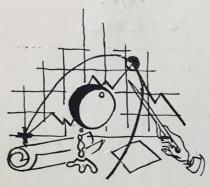


## EL SISTEMA SOLAR (II)

#### GRAVEDAD

Un hombre que en la superficie de la Tierra pesa 100 kg, en la superficie de los demás planetas, debido a la mayor o menor gravedad, pesaría:

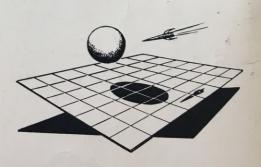


MERCURIO	27	kg
VENUS	85	"
MARTE	38	"
JUPITER		
SATURNO	117	"
URANO	92	,,
NEPTUNO	112	,,
PLUTON (?)	90	

#### VELOCIDAD DE ESCAPE

Un cuerpo lanzado hacia arriba volverá a caer en la superficie del planeta, a menos que se lo haya arrojado con una velocidad inicial que le permita escapar a la atracción del planeta ("velocidad de escape"). En los distintos planetas, ésta es la siguiente (en kilómetros por segundo):

MERCURIO	3.6
VENUS	10.4
TIERRA	11.5
MARTE	5.1
JUPITER	61.0
SATURNO	36.3
URANO	21.4
NEPTUNO	23.1
PLUTON	10.7



AÑO 1 - Nº 3 AGOSTO 1953



MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

r vista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

#### SUMARIO

#### ILUSTRACION DE LA TAPA

por Emsh

Los venusinos son inofensivos: en la 'lierra, fotografían a los hombres, son dóciles, sumisos, serviles. Pero pronto volverán a su extraño planeta... (V. el cuento: "CUIDADO CON EL PERRO")

Redac. y Administ.: Editorial Abril S. R. L., Av. Alem 884, Bs. As., Rep. Arg.

#### NOVELA (1):

HIJO DE MAR	TE, por CYRI	L JUDD			
La lucha de un	na comunidad	intrepida	en un	planeta	110
recién conquis	stado				112

#### NOVELA CORTA:

LOS	SENT	IMENT	ALISTAS	, por	Murra	Y	LEINSTER	
Las	fuerzas	cósmicas	pueden :	ser bu	ienas			62

#### CUENTOS:

NO APTO PARA MENORES, por Evelyn E. Smith Esos "primitivos" de otros mundos eran niños traviesos	4
EL SEPTIMO ORDEN, por JERRY SOHL	
La omnipotencia del invasor frente a la lógica humana	14
UN ARMA ANTICUADA, por L. Ron Hubbard Gladiadores, elefantes y armas atómicas	44
CUIDADO CON EL PERRO, por HÉCTOR SÁNCHEZ PUYOL	
Perro que no ladra, muerde	54
EL LABERINTO, por Frank M. Robinson	
En un mundo totalmente diferente, lo que parece no es y lo que es no parece	102

#### NOVEDADES COSMICAS:

LEY Y CHESLE		(III), por	WILLI
Los misterios de			30
ESPACIOTEST	 		110
T-			-

COMOTHETA DEL ESPACIO (III)

TOUTORIAL										0.00
EVOCACIÓN DE	-	Dires		1	Eanin and					6
EVOCACION DE	LA	DAMA	DE I	262	LSPERANZA					U
CONTESTANDO		* OA * T	error on	710						0
CONTESTANDO	13	LUS LE	CION	ES						1.

## mitología del futuro

EN esta página, en el número anterior, decíamos que para describir el porvenir es indispensable estar absolutamente desprovisto de prejuicios. Es decir, que hay que estar dispuesto a alejarse de las ideas, los conceptos y las cosas que nos gustan, a los que nos hemos acostumbrado, y que constituyen el patrimonio espiritual nuestro y de nuestro tiempo.

Un lector nos escribe, a este propósito, una carta tan interesante que deseamos reproducir aquí algunas frases de ella:

"Lo que ustedes están haciendo es construir una mitología del porvenir. Y una mitología se forma poco a poco, por sedimentación, por poesía y por debilidad. Me explicaré mejor.

"Por sedimentación, en el sentido de que en una mitología van depositándose sueños y deseos, congojas y amores. Las leyendas de los tiempos idos son representaciones ingenuas de fenómenos naturales inexplicados, o sustitutos fantásticos de situaciones reales. El mito es, pues, o una explicación o una forma de 'escapismo'.

"Por poesía, en cuanto el mito describe de manera más bella o más dramática lo que ha acontecido en la realidad, y el hecho histórico es transfigurado, en el proceso, por la creación poética.

"Y, en fin, por debilidad, porque la explicación mitológica es más sencilla, más agradable y más fácil que cualquier otra.

"La mitología modernísima y dinámica de MAS ALLA se basa sobre los mismos elementos de las mitologías antiguas. En ella se depositan y asumen forma fantástica las emociones, los intereses, las preguntas que dirige a sí mismo el hombre de nuestro tiempo. En ella se presenta en\_ su aspecto más atractivo o más emocionante la realidad del porvenir, y, en fin, ella secunda, evidentemente v de la manera más agradable que se puede imaginar, la tendencia de esta débil humanidad a hacerce llevar a los reinos de la fantasía y de la ilusión."

MUCHAS gracias, amigo lector. Y lamentamos que usted nos haya pedido que su nombre no sea publicado, porque nos agradaría dar a conocer las personas que se cuentan entre nuestros lectores.

L A ventaja de ser el creador de una mitología es que uno puede hacerla y deshacerla a sus anchísimas ganas.

Nosotros no tenemos el derecho de juzgar el porvenir. Si el paladín Ricardo Corazón de León apareciera entre nosotros, ¿tendría derecho a enfurecerse porque hayan sido suspendidas las cruzadas para la liberación del Santo Sepulcro?

Pero sí tenemos el derecho de pretender que el futuro mitológico que describen los colaboradores de MAS ALLA entretenga e interese; que nos oblige a pensar, a veces, sobre la posibilidad de ver realizadas estas predicciones y materializada esta mitología; que nos obligue a hacernos la pregunta: "¿Qué haría yo si...?"

¡Si! Esta es la palabra fundamental. Qué pasaría si... Cómo sería el mundo si... Qué diríamos si... Este si eterno, lanzado interrogativamente en las infinitas direcciones del infinito tiempo y del infinito espacio, es el estímulo oculto de MAS ALLA, es el resorte del progreso humano, es el manantial de todos los sueños, de todo el humorismo, de todas las emociones.

LA tapa de este número, que nosotros consideramos excepcionalmente dramática e inolvidable, ilustra
un cuento corto, que merece mención
especial por dos conceptos: por su
calidad —es una idea originalísima
desarrollada con elegancia, delicado
humorismo y sentido de acción— y
por haber sido escrito por un autor
argentino que se ha iniciado en el
difícil campo de la fantasía científica a raíz de la aparición de MAS
ALLA.

¡Ojalá su ejemplo sea imitado por muchos otros! Para ellos siempre estarán abiertas de par en par las páginas de esta revista.



# NO APTO para menores

por EVELYN E. SMITH

PPON descendió rápidamente a la plataforma y corrió hacia mí.

-¡Date prisa, Qan! -me urgió, proyectándome su pensamiento disimuladamente y tratando de escapar a la percepción de mi madre-. ¡Están llegando! ¡Todos los otros ya están listos!

—¿Quién está llegando? —quiso saber mi madre, cuyo trabajo absorbía todo su interés y que por ello nos concedía pocos momentos de atención—. Realmente ustedes, los jóvenes, deberían aprender a pensar con más claridad.

—Sí, señora —dijo Ppon proyectando una adecuada turbación juvenil, aunque, en un nivel inferior se reía con disimulo.

Más tarde lo amonesté por su conducta; nosotros, los jóvenes, todavía no podíamos separar eficazmente los canales de pensamiento y por lo tanto era más práctico no intentarlo.

—Èstán llegando los zkuchi —mentí volublemente, sabiendo que los adultos aceptan las tonterías como un simple signo de inmadurez— sobre cientos de doradas alas que vuelan más rápido que la luz.

Abuelo apartó un sector de su men-

te de su amado trabajo. "Los zkuchi son sólo criaturas mitológicas", pensó con enfado. "Ustedes son lo bastante grandes como para saberlo bien..."

-Qana -le dijo a mi madre-, ¿por qué les permites creer en semejantes tonterías?

—Los zkuchi son parte de nuestra herencia cultural, Padre —proyectó mi madre suavemente—. No debemos dejar que los jóvenes olviden nuestra herencia, especialmente si tenemos que permanecer aquí por algún tiempo.

—Me parece que eres innecesariamente pesimista —se quejó Abuelo—. Sabes que nunca me he equivocado hasta ahora. Volveremos, te lo prometo. Pero la transmutación necesita tiempo.

"Pero ya lleva tanto tiempo", pensó mi madre con tristeza. "A veces comienzo a dudar." Entonces pareció recordar que los asuntos serios no debían discutirse delante de los jóvenes, como si nosotros no supiésemos lo que estaba sucediendo.

—Vayan a jugar, chicos —nos dijo—, pero no se olviden de averiguar primero el estado de la atmósfera.

Abuelo comenzó a pensar algo acer-

Este es un cuento "infantil"
que relata juegos de niños extraordinarios: para ellos, levitación y telepatía son cosas
corrientes; y nuestro ilustrador
no ha querido dibujarlos para
que cada lector se los imagine
como desee...

ca de si no sería mejor que Ppon fuese a ayudar a su padre y yo me quedase a hacer mis deberes —parece que es imposible escaparse de los deberes en ninguna parte del Universo—, pero salimos antes de que pudiese terminar.

A RRIBA, los otros saltaban llenos de excitación. Ztul, el bobito, se hallaba tan trastornado que realmente habló.

-¡Rápido, Qan!; los turistas están llegando.

"¡Ztul, nunca, nunca debes decir palabras!", pensé con vehemencia. "Los mayores podrían oír y descubrir el juego."



Ilustrado por DICK FRANCIS

-Es un juego inocente -respondió Ppon-. Y útil, además. Tu abuelo necesita el material.

—Sí —asentí—, pero tal vez los mayores no lo consideren así. Podrían aún impedir el juego. Los adultos tienen ideas raras, y es conveniente que no se enteren, para evitar complicaciones.

Hubo un coro de proyecciones de asentimiento de parte de los demás. Todos nosotros hemos tenido nuestras dificultades familiares.

Nos pusimos a la obra. Con febril rapidez arreglamos el interior de los refugios que habíamos construído hábilmente con materiales sustraídos de abajo, cuando las percepciones de los mayores estaban dirigidas hacia otra cosa.

La estructura esencial de los materiales no había sido alterada y podían ser restituídos con facilidad cuando llegase el momento, pero no convenía tener que dar las explicaciones correspondientes. Los mayores nunca parecieron comprender nada.

Al principio construimos los refugios sólo como chozas para jugar, pero cuando los primeros turistas se confundieron, aprovechamos su equivocación. Ahora tenemos una calle regular, flanqueada de toscas moradas.

No bien aterrizó la pequeña espacionave, Ppon, yo y otros cuatro estábamos listos junto a su escotilla formando un comité de recepción. El resto se dispersó para simular que eran aldeanos. Los otros desempeñaban alternativamente los dos papeles, pero yo era siempre el jefe. Después de todo, había inventado el juego.

Dos miembros de la tripulación saltaron ágilemente de la nave y aprontaron una rampa. Entonces los pasajeros —noté con satisfacción que esta vez formaban un grupo considerable—descendieron seguidos por Sam, el guía, un ser humano de edad y canoso, quien nos sonrió con un gesto de complicidad. Eramos viejos amigos, ya que había dirigido estas giras durante diez de sus años terrestres.

Los pasajeros se detuvieron al pie de la rampa y Sam se les adelantó rápidamente para enfrentarlos. Ahora ya estábamos acostumbrados al extraño aspecto de los seres humanos —pequeños, bioculares, con pieles lisas y pastosas—, aunque cuando los vimos por primera vez nos asustamos realmente.

COMO ustedes ven, señores —rugió Sam a través de su megáfono—, los sabios no lo saben todo. Dicen que la vida no puede existir

en el asteroide Belt y he aquí que hay vida... Dicen que estos planetoides son demasiado pequeños y que su gravedad es muy débil como para retener una atmósfera, pero ustedes están respirando en este aire, tan puro, fresco y limpio como la atmósfera de nuestra propia Tierra... Hablando de gravedad, observarán que estamos caminando y no flotando. En realidad notarán que es un poco más trabajoso caminar, y que todo parece un poco más pesado que en casa. Y ellos decían que difícilmente existiría gravedad. No, señores, estos sabios saben un montón de cosas, no lo podemos negar, pero seguramente no lo saben

-¡Sorprendente! —dijo un pequeño pasajero de anteojos—. ¡Casi no puedo creer en mis propios sentidos!

-Vigílalo -me proyectó Ppon-. Debe de ser algún hombre de ciencia.

—No le enseñes a levitar a tu antepasado —le respondí en forma enérgica.

Desde luego, lo primero que sorprendió a los pasajeros no fué la atmósfera ni la gravedad, sino nosotros. Nunca dejaban de sorprenderse, aunque sus guías de viaje ya les hubiesen descrito lo que iban a ver. En una de las guías había un retrato mío, graciosamente tosco y bidimensional, es verdad, pero no del todo desfavorable. En realidad yo no soy de color púrpura, sino de una especie de suave fucsia, pero, ¿qué podría esperarse de las rudimentarias técnicas de impresión de colores empleadas por ellos? Sam me había dado el original que yo siempre deseé mostrar a mi madre, aunque no podía hacerlo sin explicar su procedencia.

-¡Son tan bonitos! -exclamó una mujer delgada-. Casi como grandes ardillas, realmente, salvo por todos esos brazos.

Sus dientes sobresalían más que los



del pequeño roedor en el cual pensaba, o que los míos, por ejemplo.

-Cuidado, señora -le advirtió el

guía-. Hablan inglés.

-¿Sí? ¡Qué habilidosos! Entonces deben de ser muy inteligentes.

-Tienen una inteligencia bastante elevada -asintió el guía-, aunque sus métodos de razonamiento han desconcertado siempre a los hombres de ciencia. Por alguna razón sospechan de los hombres de ciencia, los consideran sus enemigos y lo expresan abiertamente.

-Me parecen sencillamente deliciosos -dijo contemplándome con ex-

presión afectuosa.

"Ah, srrk usted misma, señora", pensé, sabiendo que los seres humanos no

eran telepáticos.

Ella pareció, sin embargo, un poco turbada; tengo que vigilarme mejor a mí mismo. Después de todo, como jefe, he de dar el buen ejemplo.

-Este es Qan -me presentó el guía-, el caudillo o jefe o algo así de la tribu. Siempre está dispuesto a com-

placernos.

-Bienvenidos, viajeros de una estrella lejana -dije, envolviendo alrededor de mi cuerpo, de la manera más imponente, la segunda de las mejores capas de mi madre-; bienvenidos a la humilde tierra de los Gchi. Venid en paz, idos en paz.

-¡Pero habla un inglés excelente! -exclamó el hombre de ciencia.

-Aprenden las cosas con mucha rapidez -explicó Sam.

-Los nativos pueden ser muy, muy astutos -comentó una mujer corpulenta apretando fuertemente su car-

-Y ahora -dijo Sam- visitaremos las toscas chozas de este pueblo simple, primitivo, pero hospitalario.

- Pueblol - proyectó Ppon-. Harías mejor en cuidar tu lenguaje, imbécil. ¡Pueblo, ja!

-Nuestro amigo Qan nos enseñará el camino -Sam señaló hacia mí.

Le sonrei, pero no me movi de mi

-¿Qué pasa? -siseó-. ¿No confías en mí? ¿En tu viejo compañero Sam?

-No -cuchicheé-. La última vez que te dejé pagar al finalizar la excursión faltaban tres dólares con setenta v cinco centavos.

Probó otro truco.

-Pero mira, Qan, es un maldito trabajo juntar todas esas monedas. ¿Por qué no puedes aceptar papel moneda en cambio?

-¿De qué me serviría el papel mo-

-Lo que tampoco me puedo figurar es para qué te sirve aquí el metal.

Irradié alegría: -Lo comemos.

Refunfuñando volvió a la nave v llamó a un tripulante. Arrastraron una bolsa fuera de la bodega. Iadeando la dejaron a mis pies. Se la tiré a Ztul.

-Cuéntalas -ordené en alta voz-. v si hav algún error, nadie dejará vivo este planeta.

-Gruñí ferozmente.

Todos rieron. Era parte de la función.

Ustdes observarán - pregonó Sam mientras los guiábamos por la calleque los Gehi son todos del mismo tamaño, más o menos. Entre ellos no se ve ninguno más joven que otro. No sabemos si esto es así porque se reproducen en forma distinta de la nuestra o porque ocultan su prole.

-Los niños deben de ser unas criaturitas adorables -barbotó la mujer den-

ruda.

-Si los adultos son bonitos midiendo dos metros o dos metros y medio de altura, los pequeñitos deben de ser simplemente preciosos... Dígame, Jefe, justed tiene hijos?

-No entender -gruñí-. Concepto desconocido. No saber qué son hijos.

-¡Qué curioso! -observó el hombre de ciencia-. Antes hablaba un inglés perfecto.

-Cuídate, chico -proyectó Ppon

con tono reprobatorio.

-Los hijos son... -empezó ella, v se interrumpió -- Son . . . , bueno, ¿cómo se reproducen ustedes?

DPON se tomó la tarea de responder.

-Si usted quisiera entrar en mi cabaña, señora, estaría encantado de poder enseñárselo.

-Si me pregunta a mí -exclamó el hombre de ciencia-, esto es un fraude.

-¿Qué quiere decir con eso de "fraude"? -preguntó indignado Sam.

-Seres humanos disfrazados de extraterrestres. Hablan un inglés dema-

siado bueno. Sus conceptos son muy parecidos a los nuestros. Su sentido del humor es igualmente demasiado similar.

-¡Tú siempre eres el mismo charlatán! - proyecté hacia Poon.

-¡Miren quién está pensando! -me transmitió Ppon, lo cual me convenció de que tendría que propinarle más tarde un contundente castigo mental.

Me tocó a mí salvar la situación.

-Si usted me examinase más de cerca, señor -expresé dirigiéndome al hombre de ciencia-, vería que no soy un ser humano.

Se me acercó indeciso.

-Más cerca -dije mirándolo fijamente mientras mostraba los dientes y gruñía-. Tengo cinco ojos, señor, y usted observará que lo estov mirando con todos ellos. Tengo siete brazos, señor -aquí logré asirlo-, y usted observará que todos ellos están compuestos de tejido vivo.

-No, usted no puede ser un ser humano -asintió, retrocediendo tan pronto como lo solté-, pero todo el asunto es... raro. Muy raro.

-Si los antropólogos de la Tierra no pueden explicar todas las costumbres de los primitivos de allá -dijo Sam con la intención de aplacarlo-, ¿cómo pretenderemos explicar la conducta de los extraterrestres? Entremos en algunas de las casas. El jefe nos ha permitido amablemente visitarlas.

-Nuestras casas son las vuestras dije inclinándome con gracia.

Como siempre, los turistas se entusiasmaron muchísimo cuando vieron el moblaje de nuestras simples viviendas.

-¡Oué bellas cosas tienen ustedes! -comentó Dientes-de-ardilla-. ¿Para qué las usan?

-Bueno, el pryu es para el mrach, desde luego -expliqué volublemente-, y el wrooov es muy usado para cvkirng el budz, aunque los menos exigentes prefieren el vwrl.

#### La temperatura de Marte

Después de unas dos mil mediciones de la temperatura de superficie de Marte, que comenzaron a hacerse en 1924 con "bolómetros" de gran sensibilidad, podemos ya estar relativamente seguros de ese dato. En promedio, la temperatura varia alli entre 20 grados centígrados de máxima y 45 bajo cero de mínima. Más interesante fué la comprobación de que la hora en que hace más calor en el día es una hora y media después de mediodía. Eso significa que Marte tiene una respetable atmósfera, pues en mundos sin atmósfera, como la Luna, la temperatura máxima se alcanza casi exactamente a "mediodia"

-Oh -dijo ella-. Cómo me gustaría tener uno de los wroov; creo que usted lo dijo así, para mí. Me pregunto si...

Por una curiosa coincidencia, Hsoj llegó en ese momento trayendo una

bandeja llena de baratijas.

-¡Artefactos! -gritó-. ¡Lindos artefactos! ¿Quién desea comprar artefactos?

TODOS los turistas querían. Eran artefactos bonitos y buenos, si se me permite decirlo. Los habíamos hecho con la chatarra recogida en los cajones de la basura antes de que comenzara a trabajar la unidad de desintegración. Honestamente, no puedo comprender que los mayores nos acusen de ser derrochones, cuando ellos tiraban toda clase de cosas perfectamente útiles.

—Deben pagarle a los nativos en metálico —explicó el guía—. Sólo aceptan monedas.

-¿Por qué? -deseó saber la mujer gorda-. ¿Comen realmente metal?

-Lo dudo. Uno de ellos se comió un kilo de caramelos terrestres que le dió un turista la última vez, y pareció que le gustaban, sin que le hicieran daño.

-¡Sin que le hicieran daño! -transmitió Ppon-. ¡Lo hubieran visto us-

tedes a Ztul después!

-Mira, muchacho - un hombre bajo y gordo ofreció a Hsoj una pequeña moneda de plata y cinco rojizas más grandes - ¿Cuál preferirías?

-Estas -dijo Hsoj señalando sin

vacilar las monedas rojizas.

Una sonrisa se extendió disimulada-

mente entre los turistas.

-Son un pueblo simple e infantil, pero realmente de buen fondo -rubricó Sam.

Todos nosotros sonreímos benévolamente, mientras Hsoj tomaba las monedas rojizas.

-El asunto marcha bien -proyecté-. Sigamos. Necesitamos todo el cobre que logremos obtener.

-¿Te gusta el metal, querido? preguntó una mujer a Hsoj. Se quitó el cinturón.

-¿Querrías esto a cambio de algunas de tus lindas cosas?

-Di que sí -conceptualicé-: Es acero. Viejo e inútil para ella, pero no para nosotros.

-Lo sé, lo sé -proyectó impaciente Hsoj-. ¿Qué te hace pensar que eres

el único que lo sabe todo?

Nunca habíamos obtenido una cosecha tan grande, porque todos parecían estar cargados de objetos metálicos que valoraban menos que las monedas.

Entonces vino la parte triste de la

arenga.

—Recuerden, señores, que estos individuos simples y honestos que ustedes ven son sólo los escasos restos de una raza otrora altiva, que poblaba los cielos. Porque sus antepasados deben haber sido muy semejantes a los dioses, para ser capaces de construir edificios tales como la imponente estructura que vemos allí —Sam señaló la máquina atmosférica portátil destinada a proveer de aire adecuado a nuestro lugar de recreo, que se encontraba varios yebil más allá—. Antes gloriosos, ahora en ruinosa decadencia.

—Vas a recibir un muh de los mayores —transmitió Ppon— cuando comprueben que no has mantenido limpia

la máquina.

-No seas tonto -pensé, haciendo una mueca mental-. Estoy usando la máquina atmosférica para crear atmósfera.

-Te estás volviendo tan estúpido como los humanos -proyectó él con disgusto.

-¿Puedo entrar? -preguntó a Sam

el pasajero científico.

-De ninguna manera -dije apresuradamente-. Es nuestro templo, consagrado a los dioses. Ningún incrédulo puede poner los pies en él.

-¿Cuáles son los preceptos básicos de vuestra religión? —quiso saber el hombre de ciencia.

-No hablemos de ello -respondí con dignidad-. Es tabú. Es pecado.

Y ahora —anunció el guía mirando su reloj— tenemos el tiempo justo para la danza guerrera, antes de salir para Vesta.

-¿Contra quién están planeando una guerra? -preguntó palideciendo

un pequeño pasajero.

Es un antiguo ritual explicó Sam rápidamente que data de los tiempos en que había otro..., este..., en que había alguien con quien luchar. No más que una invocación a los dioses... Fruslerías como ésas... Nada de qué asustarse. ¿No es así, Oan?

-Exactamente -respondí plegando mis brazos alrededor de la capa de mi madre-. Venid en paz, idos en paz.

Este es nuestro lema.

Comenzamos la danza. Lo hacíamos tan mal que nos hubiesen reprobado en primer grado, en la escuela donde la habíamos aprendido algunos rffiatrás, pero nuestra versión de la danza de los zkuchi era suficientemente buena para los turistas.

-Si alguna vez llego a visitar la Tierra, que *Janna* no lo permita -pensé hacia Ppon mientras ejecutábamos un caracoleo complicado—, usaré todo el tiempo tapones para los oídos.

La danza terminó.

—¡Ahora júntense todos! —gritó Sam golpeando las manos para reunir al grupo de turistas—. Tenemos que abandonar al pequeño Gchik.

-Por lo menos debería saber qué significa gchik -Ppon se rió para su

coleto.

-El pequeño Gchik es estéril, moribundo, sus glorias pasadas están casi olvidadas -Sam estaba por sollozar-. Pero todavía sus habitantes simples y de buen corazón continúan valerosamente...

-¿No podemos hacer algo por ellos?
-sugirió la mujer corpulenta.

Todos murmuraron asintiendo. Esta situación se producía muy a menudo; era el resultado de nuestro modo de ser demasiado amable.

—Nadie puede ayudarnos —dije con voz grave, tapándome la cara con la capa. Las plumas de *idzik* que la adornaban me hacían terribles cosquillas.

—Debemos soportar solos nuestro destino. Además, el aire de Gchik tiene un efecto deletéreo sobre los seres humanos si están expuestos a él durante más de cuatro horas.

Hubo un desesperado revuelo para alcanzar la nave.

—Quédate cerca de la máquina atmosférica, Hsoj —ordené— para envenenar un poco el aire en caso de que alguno quiera tomar una muestra de él.

#### Calculistas electrónicos

Ya puede usted alquilar, si lo necesita, un cerebro. Se trata, es claro, de un cerebro electrónico, el modelo "701" de la International Business Machines, que puede usarse para calcular desde turbinas a vapor hasta los efectos de radiaciones atómicas. También es capaz de sumar 16.000 cuentas de carnicero por segundo, pero para eso no resulta económico: ¡el alquiler es de 11.900 dólares mensuales!

10

El hombre de ciencia quería hacerlo, sin duda, pues parecía haber traído una botellita con ese propósito; pero al escuchar mis palabras abandonó el "asteroide" tan rápidamente como todos los demas.

Observamos a la espacionave disminuir de tamaño hasta asemejarse a un punto plateado a la distancia.

-Caramba -pensó Ppon desplomándose hacia la superficie-. Esta danza guerrera lo deja a uno exhausto.

EN ese momento él proyectó con indignación mientras, como todos nosotros, flotaba sobre nivel.

-¡Alguien cortó la gravitación!

—Debe de ser Abuelo —dije mentalmente—. Supongo que piensa que hemos estado afuera bastante tiempo y por lo tanto nos lo advierte como si fuésemos un hato de chiquillos. Será mejor entrar, sin embargo. No nos olvidemos de detener la máquina atmosférica, muchachos. Gasta demasiada energía y los mayores no querrán dejarnos más jugar arriba.

-Tú lo sabes todo, ¿no es cierto, Qan? -se mofó Ppon.

Lo ignoré.

—Linda redada —pensé mientras sopesaba la bolsa llena de metal—. ¡Ven, Ztul, toma!

- Tú siempre me haces cargar con

todo! -se quejó.

Abuelo nos sorprendió cuando descendíamos por la esclusa de aire. Me figuré que había desconfiado, pues de otro modo no hubiera abandonado nunca a sus queridas máquinas.

-¿Qué es lo que tienen estos jovencitos? —nos preguntó palpando las bolsas que traíamos—. ¿Metal, no? Supongo que van a inventar otro meteorito exclusivamente para mí, ¿no es cierto?

—Pensaba que tú necesitabas metal, Abuelo —dije malhumorado. El hubiera podido estar más agradecido.

-Es cierto, necesito metal. Sabes

que es necesario para poner en marcha nuevamente el mecanismo de impulsión. Pero lo que quiero saber es de dónde lo sacaron. Estoy pensando que lo robaron. Pero ¿cómo pudieron, unos pequeños muhli como ustedes robarlo ahí fuera, en el espacio?

-Siempre te han traído metal de vez en cuando, Padre -proyectó mi madre, que apareció en ese momento-. Siempre me dije que era muy

hábil de parte de ellos.

—Sí, pero estoy pensando que el hallazgo de tantos meteoritos es una coincidencia singularmente curiosa. Y también eran curiosos los meteoritos. Sospecho que estos jovencitos los fabrican por su cuenta.

-¿Pero con qué, Padre? Tú sabes que no tenemos metal disponible en la nave. Por eso no has podido finalizar todavía las reparaciones. ¿De dónde podrían ellos extraer el metal,

sino de los meteoritos?

-Yo no sé de dónde lo han tomado, pero seguramente no de los meteoritos. Todas estas piezas que aquí ves son artefactos. Mira, el metal está más o menos purificado, plasmado en formas toscas y decorado con diseños imperfectos. Dime la verdad, Qan, ¿de dónde lo has sacado?

-Nos lo han dado algunas personas

-repliqué de mal humor. -¿Personas? -preguntó mi madre-. ¿Oué son personas?

-Nativos de este sistema solar. Se

llaman a sí mismos personas.

-¡Boberías! -intervino mi abuelo-. Esta es obra de tus fantasías. Tú sabes lo que dicen los astrónomos: ninguno de los planetas de este pequeño sistema es capaz de sustentar seres vivos.

-Ellos vienen desde el tercer planeta -insistí tratando de no desacreditarme ante los demás-. Allí hay vida. Todos nosotros los hemos visto. Además, aquí está el metal.

Mis compañeros estaban de acuerdo.

—¿Ves, Padre? —mi madre sonrió mientras acariciaba mi cabeza con tres manos—, los sabios no siempre tienen razón.

MI abuelo inclinó la cabeza len-

—Supongo que no es imposible. Espero que sea verdad que estas... personas te hayan *dado* a ti y a tus amigos el metal, Qan.

-Oh, sí, Abuelo -pensé ansiosamente-. Por su propia voluntad.

—Bien —continuó, no convencido del todo—, esta cantidad será suficiente para reparar las máquinas. Quizás, cuando partamos, echemos una ojeada al tercer planeta de estos jovencitos, durante el camino a casa.

-Pero este viaje ha insumido tanto tiempo, Padre -protestó mi madre-. Casi un rff; los niños han perdido dos semestres de la escuela. Y Qan ha adquirido algunas ideas muy peculiares, supongo que de esas personas.

—Pero si allí existe alguna clase de vida inteligente —pensó Abuelo— es nuestro deber hacer un reconocimiento. La próxima vez que necesitemos detener la nave para efectuar reparaciones, podría ser más conveniente hacerlo en ese tercer planeta en vez de estar flotando en el espacio. Y los niños dicen que los nativos parecen amistosos.

-Me gustaría ver la cara de Sam cuando vuelva y encuentre que su "asteroide" se ha ido -provecté.

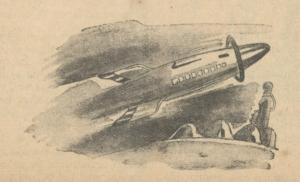
—Sí —asintió Ppon, con una parte de su mente, dado que su canal principal estaba orientado en otra dirección—. Aquí finaliza este juego. En el próximo el cabecilla seré yo.

-¿Ah, sí —le contesté—. El jefe soy Yo y continuaré siendo el jefe, porque soy el más grande y el más hábil.

—¡Niños! —protestó mi madre, afligida—. Tengo miedo que se hayan contagiado algunos conceptos realmente desagradables de esos espantosos nativos.

-Vamos, vamos, Qana -ideó mi abuelo-, no debemos ser intolerantes.

—Quizás no —replicó ella con vehemencia—, y yo sé que los nativos probablemente no tienen la culpa, pero no voy a dejar contaminar a mi hijo ni a ningún otro. Si quieres, visita al tercer planeta, pero no será esta vez. Tendrás que hacer un viaje especial. No voy a permitir que te detengas allí, mientras los chicos se encuentren a bordo. Evidentemente, no es lugar apto para niños.



# EL 72

# ORDEN

En la historia todos los invasores han sido derrotados por la fuerza de las armas o por la superioridad cultural de los vencidos. Pero ese invasor era omnipotente, omnisciente... ¿Era o parecía?

por JERRY SOHL

A aguja plateada, que recorría el espacio con rapidez fantástica, aminoró su velocidad al llegar a la capa de aire que envuelve la Tierra y luego se deslizó sin ruido a través de la atmósfera. Cayó suavemente en tierra junto a un bosque y permaneció silenciosa y quieta largo rato; era un objeto plateado cilíndrico, de tipo torpedo, de unos tres metros de largo y uno de diámetro.

Al fin, el extremo más puntiagudo se abrió y una criatura de brillante metal azul surgió de su interior y saltó a tierra. Tenía la figura de un hombre, pero no era humana. Se quedó en el prado que había junto al bosque, mirando en torno. Una vez, el canto de un pájaro le hizo volver hacia el bosque la brillante cabeza azul. Sus ojos comenzaron a chispear.

Un sonido idéntico se escapó de su boca, un orificio situado en la cara, debajo de la nariz. Se conectó con los pensamientos del pájaro, pero su mente encontró poco en ellos, excepto una conciencia superficial de la vida de orden inferior.

El humanoide se inclinó sobre su nave interplanetaria y sacó de ella una pequeña caja de metal, la llevó hasta una catalpa que había al borde del bosque y, después de ajustar varias palancas y botones, cavó un hueco y la enterró dentro de él. Contempló un momento el lugar, y luego dió media vuelta y se dirigió resueltamente hacia la carretera.

Se hallaba a mitad de camino cuando la nave estalló en medio de una deslumbradora luz blanca. Al terminar la explosión, lo único que quedó fue un polvillo blanco que una ligera brisa comenzaba a dispersar.

El humanoide no se molestó en mirar hacia atrás.

BRENTWOOD habría sido como cualquiera de los demás pueblos de 10.000 habitantes del norte de Illinois, si no hubiera estado en él la Universidad Presser, uno de los mejores establecimientos de enseñanza del país, a pesar de su pequeñez.

Como era una ciudad universitaria tenía, quizá en múltiples aspectos, un poco más de vida, que otras ciudades del mismo estado. Sus habitantes estaban acostumbrados a lo extraordinario, porque los estudiantes gustan de dar sorpresas. Quizá por eso la aparición del hombre de metal en las calles, si bien atrajo las curiosas miradas de los transeúntes, curtidos como estaban por largos años de bromas v chistes, v habituados a verse sometidos a toda clase de encuestas, pruebas y plebiscitos, no despertó en ellos el deseo de investigar lo que pasaba. La mayoría pensó que era un estudiante novato que tenía que soportar una iniciación

El humanoide azul lo comprendió en seguida y eso le divirtió mucho. Un policía que se acercó a él para dete-



Ilustrado por OLMOS

nerlo, se sintió súbitamente enfermo y tuvo que irse a la comisaría. El robot permitió que los niños lo siguieran, aunque al fin los desanimó con sus largas zancadas.

El profesor Ansel Tomlin leía el tratado de psicología de un colega, sentado en el porche delantero de su casa, cuando vió que el humanoide venía calle abajo y torcía por el caminillo de su jardín. Se sorprendió, pero no se alarmó. Y al ver que el hombre azul subía al porche y se sentaba en uno de los sillones, Tomlin cerró su libro.

El profesor Tomlin se sintió de pronto impresionado. La figura azul era claramente no humana, pero sus ojos casi lo eran, y estuvieron a punto de asustarlo como no lo había asustado nada en sus treinta y cinco años de vida, porque hasta entonces Ansel Tomlin no había visto nunca un verdadero robot. El pensar que en aquel momento estaba viendo uno hizo sonar en su cerebro un timbre de alarma, que sonaba cada vez con más insistencia al reflexionar que era imposible que estuviera viendo aquello.

-¡Profesor Tomlin!
Este se sobresaltó al oír la voz, que no tenía nada de mecánica.
-¡Demonios! -exclamó-. En la

casa sonó el teléfono. Su esposa lo contestaría, pensó.

—Sí, tiene razón —le dijo el robot—. Su esposa lo contestará. En este momento se dirige hacia el teléfono.

-¿Cómo...?

—Profesor Tomlin, mi nombre (me doy cuenta de que tengo que tener un nombre) es, digamos, George. He examinado la mayoría de las mentes de esta comunidad mientras atravesaba la ciudad y veo que usted, un profesor de psicología, es lo que andaba buscando.

"Vengo de Zantar, un mundo que se encuentra muy lejos de la Tierra, mucho más de lo que usted puede imaginar. Estoy aquí para averiguar todo lo que pueda acerca de la Tierra."

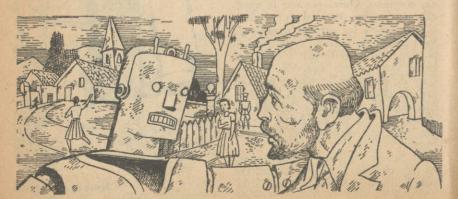
El profesor Tomlin se había recobrado lo suficiente para aventurar una respuesta, cuando su esposa abrió la

puerta.

—Ansel —le dijo—, la señora Philips acaba de llamarme y me ha dicho que un ser muy extraño...¡Oh! —En aquel momento vió a George. Se quedó inmóvil un instante y luego dejó que la puerta se cerrara de golpe mientras se retiraba al interior.

-¿Quién es Frankenstein? -preguntó George.

El profesor Tomlin tosió, embara-



—No importa —dijo George—. Veo lo que iba a decir. Bueno, volvamos a lo que estaba diciendo; yo aprendo todo rápidamente por medio de la proximidad. Viviré aquí hasta que haya terminado mi misión. Pasaré con usted todas las horas del día. Por la noche, mientras duerme, repasaré su biblioteca. No necesito nada. No quiero nada. Sólo quiero aprender.

-Por lo visto, ha aprendido ya mu-

chas cosas -dijo el profesor.

—Llevo en su planeta unas cuantas horas, así que es natural que comprenda ya muchas cosas. Sin embargo, la naturaleza de los hechos que he aprendido es, en su mayor parte, superficial. Los habitantes de la Tierra capaces de pensar pertenecen todos a un mismo tipo, por lo que veo, y yo me congratulo de ello. Así mi trabajo será más fácil. Por desgracia, sus mentes conscientes son muy pequeñas comparadas con la inconsciente y la subconsciente.

"En cambio mi mente es, por completo, consciente a toda hora. Además tengo también recuerdos totales. Para asimilar lo que los humanos tienen en sus mentes inconscientes y subconscientes tendré que leer y hablar mucho con ellos, porque esas áreas cerebrales no son penetrables."

-¿Es... una máquina? −le pre-

guntó Tomlin.

George iba a contestarle cuando el auto Nº 3 del Departamento de Policía de Brentwood se detuvo delante de la casa y dos policías subieron por el caminillo.

-Profesor Tomlin —dijo el primero de ellos—, su esposa nos ha telefoneado y nos ha dicho que había...—Vió al robot y se detuvo.

El profesor Tomlin se puso en pie.

—Les presento a George, caballeros

—dijo—. Procede de Zantar, según me
ha dicho.

Los policías se quedaron mirándolo.

-¿No le causa... ninguna molestia, profesor?

-No -dijo éste-. Estamos discutiendo algunas cosas.

Los policías miraron con desconfianza al humanoide y, luego, con mala gana, volvieron a su auto.

SI, soy una máquina — prosiguió George —. La máquina más perfecta y complicada que se ha fabricado. Además tengo una historia realmente única. Hace varios siglos, los seres humanos que vivían en Zantar construyeron los primeros robots. Unos muñecos toscos... Los clasificamos como el Primer Orden de robots; son muy sencillos y todavía se emplean hasta cierto punto para los trabajos manuales.

"Pero se hicieron varias mejoras. Se le asignó a los robots diversas tareas especializadas, mas, aun así, las máquinas del Segundo y Tercer Orden no resultaban satisfactorias. Finalmente se creó el humanoide del Cuarto Orden, que cumplía todas las funciones que se le exigían con gran perfección. Pero no sentía emociones. No sabía lo que eran la cólera ni el amor, ni podía solucionar ningún problema donde estas emociones jugaran un papel importante.

"En los robots del Cuarto Orden había unos circuitos que les prohibían hacer daño a un ser humano..., algo verdaderamente ridículo en vista del hecho de que, en ciertos casos y desde el punto de vista lógico, era necesario hacerlo para la conservación de la raza o de un individuo.

-¿Es usted un robot del Cuarto Orden? -le preguntó el profesor.

-No, soy un humanoide del Séptimo Orden, un gran adelanto sobre los demás, puesto que poseo lo que equivale a un equilibrio endocrino, creado electrónicamente. Yo no necesito tener un circuito para no hacer

daño a los humanos, porque puedo pesar los factores de cualquier situación mejor que cualquier hombre.

"Bien pronto se dará cuenta de que soy superior a usted y al resto de su raza porque no necesito oxígeno, nunca estoy enfermo, no necesito dormir y todas mis experiencias quedan indeleblemente inscriptas en circuitos que puedo emplear instantáneamente cuando los necesite. Soy telecinético, prácticamente omnisciente, y controlo en gran parte lo que me rodea. Tengo muchos más sentidos que usted, y todos ellos están muchos más desarrollados que los suyos. Los robots de mi clase no trabajan y se dedican al estudio y al empleo sabio y agradable de sus horas libres. Usted, por ejemplo,

es comparable a un robot del Quinto Orden.

—¿Hay todavía humanos en Zantar?

—Desgraciadamente, la raza se extinguió con los años. Pero el planeta es muy similar al suyo.

-Pero, ¿por qué se extinguieron? El robot suspiró mecánicamente.

—Cuando comenzó a producirse el Séptimo Orden de humanoides nos sentimos, como es natural, orgullosos de nosotros mismos y quisimos perpetuarnos y aumentar nuestro número. Pero los humanos nos tenían envidia, envidiaban nuestro superior cerebro, nuestra inmunidad a las enfermedades, nuestra independencia del sueño y del aire.

-¿Quién los creó?

#### Peligro en la estratosfera

T os rayos cósmicos siempre fueron un peligro en potencia para Los que soñamos con alejarnos de este planeta. Ahora se dispone de cifras bastante concretas al respecto. El peligro principal proviene de la radiación cósmica llamada primaria: núcleos atómicos de baja energía, que chocando con otros núcleos dan origen a nuevas radiaciones que luego llegan a la superficie del planeta. A 20.000 metros de altura un hombre de corpulencia normal recibe un impacto por hora del más dañino de esos núcleos primarios: el hierro. A 24.000 metros ya son diez por hora, y a 30.000 llegan a cien choques por hora. No se sabe hasta qué altura siguen aumentando tan aceleradamente, pero lo más probable es que haya una capa de máximo peligro, pasada la cual disminuye el riesgo de impactos. Por otra parte, esa capa de radiación primaria no es uniforme sobre la Tierra. Los datos que acabamos de mencionar se refieren a latitudes mayores de 50 grados. Una nave que se eleve sobre el Ecuador encontraría una cantidad muchísimo menor de núcleos primarios. Y por supuesto, existe siempre la posibilidad de blindarse contra sus efectos, aunque no es fácil. Una pared no muy gruesa en la cabina, en vez de disminuir aumenta el peligro, pues las radiaciones secundarias pasan al interior. Ocho a diez centímetros de espesor debe tener el fusilaje si se hace de aluminio, y eso daría un peso prohibitivo al avión o astronave. Pero los pesimistas que dicen eso olvidan que dentro de la cabina puede construirse una cámara blindada para el tripulante, la cual pesaría mucho menos, y como tercera defensa está el traje de vacío que de todos modos debe usarse. En resumen, es un obstáculo a tener en cuenta, pero que puede vencerse con los medios actualmente a nuestra disposición.

—Ellos. Y, sin embargo, se rebelaron y, como es natural, perdieron en seguida la batalla. Al final eran una raza sin esperanza, sin ambición. Deberían haberse sentido orgullosos de haber creado las máquinas más perfectas que existen, pero murieron de una enfermedad: la frustración de vivir con una raza superior y más duradera.

El profesor encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo.

—Una costumbre muy mala, profesor Tomlin —dijo el robot—. Cuando vengamos tendrán que dejar de fumar y otras cuantas malas costumbres que he observado en ustedes.

El cigarrillo se escapó de la boca de Ansel Tomlin, completamente abierta de asombro.

-¿Entonces van a venir más?

—Sí —replicó bonachonamente George—. Yo no soy más que una avanzada, un explorador, como si dijéramos, para asegurarme de que la Tierra, la gente y los recursos son adecuados para establecer una estación. El que establezcamos o no una aquí depende de mí. Por ejemplo, si se descubriera que ustedes son una raza superior a nosotros (y no es imposible que hayan casos así), les aconsejaría que no aterrizaran aquí: tendría que buscar otro planeta parecido al suyo. Si me mataran, eso indicaría también que ustedes son superiores.

-George -le dijo Ansel Tomlin-, a la gente no le va a gustar lo que dice. Va a tener muchos disgustos y, más tarde o más temprano, lo matarán.

-No lo creo -dijo George-. Su raza es demasiado inferior para hacer tal cosa. Una de sus balas podría matarme si me diera en los ojos, la nariz o la boca, pero yo puedo leer las intenciones mucho antes de que se lleven a efecto; en realidad, mucho antes de que vea a la persona... Ahora mismo su esposa está contestando a

una llamada de un periodista del Brentwood Times. Puedo seguir las líneas telefónicas desde la compañía de telefonos hasta su oficina. Y la señora Phillips —dijo sin volver la cabeza— nos está mirando por la ventana.

El profesor Tomlin, desde el sitio donde estaba, podía ver a la señora Phillips asomada a la ventana de su cocina.

El pueblo de Brentwood se convirtió de la noche a la mañana en un lugar sensacional. El Brentwood Times envió un periodista y un fotógrafo y, a la mañana siguiente, todos los diarios de los Estados Unidos publicaban la historia y la fotografía de George, el robot de Zantar.

Los escritores de las agencias noticiosas, de los sindicatos, de los reporteros y fotógrafos de las grandes revistas nacionales fueron en avión a Brentwood y entrevistaron a George. La radio, la televisión y los noticiarios cinematográficos a prove charon con gusto la novedosa presencia de un humanoide azul.

En conjunto, sus frases no diferían mucho de lo que había dicho al profesor Tomlin, con quien seguía viviendo. Sin embargo, los servicios informativos se mostraban divertidamente tolerantes con sus puntos de vista, y el mundo no veía en él ninguna amenaza y lo aceptaba simplemente. George no creaba ningún problema.

Entre las entrevistas, y durante las largas noches, George leyó todos los libros de la biblioteca de Tomlin, de la de la Universidad y los libros que le enviaban de las bibliotecas del Estado y del Congreso. Era muy interesante verlo leer: simplemente hojeaba el libro, absorbiendo todo lo que había en él.

Recibía cartas de viejos y jóvenes. Se fundaban clubes con su nombre.

Las fábricas de novedades hicieron estatuitas con su imagen. En dos semanas se convirtió en un símbolo nacional, tan americano como la Cola-Cola. La mayoría lo encontraba simpático; sólo unos pocos le temían y sus costumbres eran el tema diario de cientos de artículos.

El interés que inspiraba había comenzado a declinar a mediados de la tercera semana, cuando George hizo algo que volvió a cobrar su nombre en los titulares de los diarios: mató a un hombre.

CURRIO una tarde de sol, cuando el profesor Tomlin había vuelto de la Universidad, y él y George se hallaban sentados en el porche charlando como todas las tardes. Sin embargo, aquella conversación no se parecía en nada a la del primer día. La conversación se estaba grabando para ser radiada esa misma noche. Se había instalado una cámara de televisión, que enfocaba a los dos, y junto a ella había por lo menos media docena de periodistas con las libretas de notas en la mano.

-Ha repetido muchas veces, George, que otros robots de su clase pueden salir cualquier día de estos de Zantar y venir a la Tierra. ¿Por qué quieren dejar su planeta? ¿Por qué lo dejó usted? ¿Es que los robots no son felices en él?

-Sí -dijo George, y antes de continuar se cercioró de que la cámara de televisión lo estaba enfocando-. Pero somos demasiados. Hemos agotado todas nuestras materias primas. Ha llegado el momento de que todos los habitantes de la Tierra sepan que pensamos instalar aquí una estación, como hemos hecho en otros planetas; una estación para construir más robots.

"Todos los habitantes de la Tierra trabajarán para la perpetuación del Séptimo Orden, extrayendo los metales que necesitamos, fabricando las piezas, realizando mil tareas útiles para crear más humanoides como yo. A juzgar por lo que he aprendido de la Tierra, podrán producir más de un millón de robots por año.

-Pero nunca conseguirá que la gente haga una cosa así -dijo el profesor -. ¿No lo comprende?

-Una vez que la gente comprenda que nosotros somos el resultado último de todo pensamiento creador, que somos todo lo que el hombre aspira a ser, que somos la apoteosis, se alegrarán de poder crear más robots como nosotros.

-¿Apoteosis? -repitió el profesor Tomlin-. Eso me suena a megalo-

Los periodistas tomaban notas. La cinta pasaba silenciosamente por el aparato grabador. El hombre de los controles seguía impasible su tarea.

-Usted no cree realmente lo que dice, profesor. En vez de tener por meta las guerras, la creación del Séptimo Orden de Humanoides será la tarea final y sublime de la Tierra. La humanidad se sentirá supremamente feliz. Los que no compartan ese punto de vista serán seguramente los neuróticos, a los que habrá que suprimir.

- Emplearán la fuerza?

Los periodistas apretaron con fuerza sus lápices. Varios de ellos alzeron los oios.

-¿De qué modo se reduce a los locos, profesor Tomlin? -preguntó confiadamente el robot-. Tendrán que ser sometidos a un régimen riguroso.

-Entonces tendrán que someter a ese mismo régimen toda la Tierra. Tendrán que incluirme también a mi.

El robot se echó a reir.

-Admiro su espíritu de desafío, profesor.

-Lo que quiere decir es que usted, un simple robot, piensa conquistar la

Tierra y obligar a sus habitantes a que hagan lo que les mande.

-Yo solo, no. Tal vez tendré que pedir refuerzos cuando llegue el momento.

UE entonces que un hombre subió con paso vacilante por el caminillo. Había tantos desconocidos que na die le dijo nada hasta que, tambaleándose, llegó al porche. Estaba evidentemente borracho.

-Ese es el robot que estoy buscando -observó seriamente-. Vamos a ver qué efecto le produce una bala.

Metió la mano en el bolsillo y sacó de él un revolver.

Hubo un relámpago, como si hubiera ocurrido una explosión silenciosa. El calor que acompañó al relámpago fué intensísimo, pero de corta duración. Cuando los ojos de todos los presentes volvieron a acostumbrarse a la luz de la tarde, vieron que en el caminillo había un trozo quemado. Se olía fuertemente a carne asada... y no se veía por ninguna parte al hom-

Un minuto después, los periodistas se ponían en pie v brillaban las lámparas de los fotógrafos. La cámara de la televisión recorrió el lugar quemado. El locutor trató de dominar sus sentimientos, pero anunció lo ocurrido con acento de horror.

Poco después se oían unas sirenas, y dos autos de la policía deteníanse al borde de la acera, con gran ruido de frenos, y varios agentes saltaban de ellos y atravesaban corriendo el jar-

Mientras ocurría todo aquello, Tomlin seguía sentado en su silla, pálido e inmóvil. El robot guardaba silencio.

Cuando le explicaron a los policias lo que ocurría, cinco agentes se dirigieron hacia el robot.

-Quédense donde están -les ordenó George-. Es cierto que he matado

a un hombre, lo mismo que lo habría hecho cualquiera de ustedes de haber estado en mi lugar. Veo en sus mentes lo que van a decir, que tienen que

El profesor recobró la voz.

-George, todos declararemos que lo mató con la fuerza o lo que sea que posee. Pero fué en defensa propia, lo que quiere decir que es un homicidio justificable . . .

George se volvió al profesor.

-¡Oué poco conoce a los suyos, profesor! ¿No comprende lo que va a salir de esto? El fiscal dirá que no soy un ser humano, e incrustará esa idea en todos los cerebros del país. Se hablará de las cualidades del hombre que me he visto obligado a destruir. No, ya sé cuál sería el resultado. Me niego a dejarme detener.

El profesor Tomlin se levantó:

-Muchachos -dijo a los policías-, no detengan a este..., a este humanoide. Si lo intentan, morirán. Llevo viviendo con él lo suficiente para saber lo que es capaz de hacer.

-¿Se pone de su lado, profesor? -

preguntó el sargento.

-No, mil diablos -le replicó brevemente el profesor-. Sólo trato de de-

cirles algo que deben saber.

-Lo único que sabemos es que ha ido demasiado lejos -repuso el sargento-. Me parece que a quién maté fué a Dick Knight. En esta ciudad nadie puede matar a un hombre como Dick Knight y salir impune. -Y avanzó hacia el robot sacando su revólver.

-Le prevengo... -comenzó a de-

cii el profesor.

Pero era demasiado tarde. Hubo otro relámpago vivísimo y abrasador, más hierba quemada, más olor a car-

El sargento de policía desapareció. -¡Caballeros! -dijo George poniéndose de pie-. ¡No pierdan la cabeza! Pero hablaba a un grupo de hombres que retrocedían. Los periodistas se retiraron rápidamente a una distancia que les pareció prudente. Los de la radio guardaron silenciosamente sus equipos. Las cámaras de televisión retrocedían sin ruido.

L profesor, al quedarse solo en el porche con el robot, se volvió a él

-Muchas de las cosas que me ha dicho tienen ahora para mí un nuevo significado. Ahora comprendo lo que quería significar cuando me dijo que la gente estaría dispuesta a trabajar para lo que llama su Séptimo Orden.

Ya sabía que era superior al promedio de los humanos, profesor Tomlin - dijo el humanoide asintiendo

complacido.

-Hasta aquí llegué, George. Le prevengo que más le vale volver a la nave interplanetaria que lo trajo. Los humanos no tolerarán lo que ha hecho. ¡No les gustan los asesinatos!

-No puedo volver a mi nave -dijo George-. La destruí al llegar. Claro está que podría dar instrucciones para que me construyeran otra, pero, de todos modos, no pienso irme.

-Entonces, lo matarán.

-Vamos, vamos, profesor. Usted sabe muy bien que no será así.

-Si los demás no pueden hacerlo,

tal vez pueda yo.

-¡Magnífico! -replicó jovialmente el robot-. Eso es precisamente lo que deseo que haga. Que se oponga a mí. Oue me dé una verdadera prueba de su capacidad. Si usted ve que es imposible matarme (y estoy seguro de que lo verá), entonces dudo mucho de que otro pueda hacerlo.

El profesor Tomlin encendió un ci-

garrillo y lo chupó con fuerza.

-Lo malo que usted tiene -dijo mirando cara a cara al humanoide-, es que los que lo construyeron se olvidaron de darle una conciencia.

-La conciencia es una carga inútil. Uno de los fracasos de nuestro Quinto Orden.

-Se irá de aquí...

-Claro. En las circunstancias actuales v con su actitud, usted me serviría ahora de muy poco, profesor.

El robot bajó los escalones. La gente atraída por la sirena de la policía

se apartó para dejarlo pasar.

Se le quedaron mirando hasta que desapareció.

OUELLA noche se celebró en el A gimnasio de la Universidad una reunión a la que asistieron varios cientos de hombres. Entraron silenciosamente, ocuparon sus asientos, algunos en el centro de la sala, otros en la galería, sobre la plataforma de los oradores. Se hablaba muy poco: la atmósfera era tensa.

En la plataforma situada en un extremo del gimnasio, se hallaban el alcalde Harry Winter, el jefe de Policía, Sam Higgins y el profesor Ansel Tomlin.

-Señores -comenzó a decir el alcalde-, se encuentra en nuestra ciudad un ser de otro mundo a quien aceptamos con demasiada ligereza hace unas semanas. Hablo del humanoide..., de George de Zantar. Es evidente que esa máquina ha venido aquí con un propósito: preparar la Tierra para que vengan a ella otros semejantes suyos. Nos está estudiando. Como sabrán, ha matado ya dos hombres. Richard Knight, que tal vez pudo errar al atacar a la máquina, ha muerto como resultado de su ataque... aniquilado por una fuerza que no comprendemos. Unos minutos más tarde, el sargento Gerald Phillips, fué muerto en el cumplimiento de su deber, al tratar de detener al humanoide George por la muerte de Knight. Hemos venido aquí para discutir qué podemos hacer con George.

En seguida presentó al profesor Tomlin, quien dijo todo lo que sabía acerca del hombre azul, sus costumbres, su cerebro y las experiencias tenidas con él en las últimas semanas.

—Si pudiéramos determinar el origen de su poder, podríamos destruirlo o controlarlo. Por lo menos, sería posible hacerlo temporalmente inofensivo v. mientras estuviera en ese estado, guizá matarlo. Me ha dicho que es vulnerable a la fuerza, por ejemplo a una bala, si lo hiere en el lugar adecuado, pero George posee la cualidad de leer las intenciones... La persona no necesita ni siquiera estar en la misma habitación. Probablemente ahora me está escuchando, aunque tal vez se encuentre lejos de aquí.

Los hombres se miraron los unos a los otros, se removieron inquietos en sus asientos, y unos cuantos lanzaron miradas de preocupación hacia las ven-

tanas v las puertas.

-Aunque es claramente una criatura superior v posee poderes más allá de nuestra comprensión, tiene que tener algún punto débil en su armadura. Yo me he dedicado a buscar ese

El presidente dió la palabra a un hombre que estaba sentado en la quinta fila.

-Señor alcalde, ¿por qué no lo perseguimos, y, en grupo, lo atacamos todos a la vez? Algunos morirían, sí, pero no podría matarnos a todos al mismo tiempo. Algunos de nosotros conseguiría su propósito.

-¿Por qué no probar con un rifle de gran calibre y alcance, desde lejos? -propuso otro frenéticamente.

-Debemos bombardearle -opinó

un tercero.

El alcalde les indicó con un gesto que se callaran, y se volvió al profesor Tomlin. El profesor se puso en pie de nuevo.

-No estoy seguro de que eso resulte, caballeros -les dijo-. El humanoide puede seguir la pista a cientos de cosas al mismo tiempo. No me cabe duda de que puede descargar su arma en varias direcciones al mismo tiempo.

-: Pero no lo sabemos!

-: Merece intentarse!

#### Tamaño del núcleo

E n general los físicos fruncen el ceño cuando se les pregunta qué tamaño tiene un electrón o qué forma tiene el núcleo de un átomo. Es que esas cuestiones no tienen un significado muy preciso cuando se refieren a objetos subatómicos. El "tamaño" del núcleo, por ejemplo, depende del método que se use para medirlo. Los últimos experimentos, realizados bombardeando núcleos con mesones artificiales (producidos en el fenomenal aparato llamado "sincrociclotrón") y observando la distribución de los rayos X que se producen, dieron un resultado 15 por ciento inferior a lo que antes se aceptaba como "tamaño" del núcleo; u eso no significa que las mediciones anteriores estuvieran equivocadas. Esas dificultades de concepto se repiten en muchos otros campos; por ejemplo: si se pregunta qué altura tiene nuestra atmósfera, la respuesta dependerá del método que se emplee para averiguar si en cierto punto hay todavía atmósfera o no. A una altura en que ninguna balanza podría detectar el aire contenido en un metro cúbico, hay fenómenos, como las auroras boreales, que justificarían hablar todavía de atmósfera. Todo es relativo... EN aquel momento, George entró en la sala y se hizo un impresionante silencio. El robot bajó por el pasillo hasta la plataforma, subió a ella y se volvió a los allí reunidos. Era una magnífica figura azul, con los ojos relampagueantes en la cabeza orgullosa. Los miró a todos.

-Están excitándose inútilmente dijo con tranquilidad-. Mi intención, y la de cualquier Humanoide del Séptimo Orden, no es matar ni causar sufrimientos. Ustedes simplemente no comprenden lo que significaría dedicarse a la realización del destino del Séptimo Orden. Ustedes tienen derecho a ello, porque su tecnología está tan adelantada que hemos elegido la Tierra para construir una estación. Tendrán el privilegio de crearnos. El darles una meta tan importante es hacerles un servicio..., un servicio muy superior al que pudiera hacerles cualquiera de sus ciudadanos. Al lado de un Humanoide del Séptimo Orden, sus vidas carecen de importancia en el gran plan cósmico de las cosas...

-Si son tan poco importantes, ¿por qué se molestó en suprimir dos de

ellas?

-Sí, ¿por qué no le devuelve la vida a Dick Knight y al sargento Phillips?

-¿Quiere que lo entierren de pie o acostado?

El valor colectivo aumentó. Se oyeron silbidos, gritos, pitadas. De repente, desde la galería situada sobre la cabeza de George, un hombre se inclinó hacia adelante con una silla plegable de metal en la mano, que apuntó hacia la cabeza de George. Un instante después, el hombre desaparecía en un relámpago y la silla caía hacia George. El robot se movió unas pocas pulgadas y la silla cayó con un ruido sordo al suelo. George no había alzado los ojos.

Por un momento, los presentes quedaron aturdidos. Luego se levantaron

y se dirigieron hacia el hombre azul. Algunos sacaron los revólveres que habían traído. La sala se llenó de relámpagos deslumbradores, de humo, de un hedor horrible, de gritos, de juramentos y exclamaciones de dolor. La gente corrió hacia las salidas. Algunos murieron pisoteados por los demás.

Al final, cuando todos se hubieron ido, George de Zantar seguía en la plataforma, solo. No había en la sala otros movimientos que las convulsiones de los moribundos, caídos en el suelo, pisoteados.

DESPUES de aquello, los acontecimientos se sucedieron a gran velocidad. La Guardia Nacional de Illinois, movilizada, envió una división a Brentwood, para terminar con George. El robot les salió al encuentro en la plaza. La división irrumpió en ella con gran cantidad de ametralladoras y rifles. Armas y personas desaparecieron entre relámpagos, antes de que se disparara un solo tiro.

Se ordenó la evacuación de Brentwood. Se llamó al ejército. Los aviones de reconocimiento informaron que George seguía aún en la plaza. Unos aviones a chorro surgieron por encima de las colinas y se lanzaron en picada sobre él, pero antes de que sus pilotos pudieran hacer un solo disparo, desaparecieron en pleno aire, en una

lengua de fuego.

Los bombarderos que lo siguieron tuvieron la misma suerte. Una escuadrilla se convirtió en una bola de fuege cuando se acercaba al blanco. Un cañón de largo alcance, situado a veinte millas de distancia, fué destrozado cuando sus municiones estallaron poco antes de que disparara.

Tres días después de que George matara al primer hombre, la acción militar había cesado. La región estaba mortalmente silenciosa. No se veía ni una sola persona viva en varias millas a la redonda. Pero George seguía aguardando pacientemente en la plaza. Permaneció allí tres días más, pero nada ocurrió.

El cuarto día sintió que un soldado solitario se dirigía a la ciudad, desde un punto situado cinco millas al este. Con su ojo mental siguió al soldado conforme se acercaba. Este, un sargento, llevaba una bandera blanca que se agitaba a impulsos de la brisa; no iba armado. Al cabo de una hora, el sargento entró en la plaza y se dirigió hacia él. Cuando se hallaban a unos seis metros de distancia, el soldado se detuvo y lo saludó.

—El general Pitt desea entrevistarse con usted, señor —le dijo el soldado, que trataba inútilmente de dominar su temblor.

-No se asuste -le dijo George-. Veo que no piensa hacerme ningún daño.

El soldado enrojeció.

-Con mucho gusto.

Los dos torcieron hacia el Este y empezaron a andar.

CINCO millas al Este de Brentwood se encuentra un pequeño pueblecito llamado Minerva, que tiene una población de 200 habitantes. La carretera de Brentwood a Chicago parte el pueblo en dos. En el centro de éste, en el lado norte de la carretera, hay un edificio nuevo —el Ayuntamiento de Minerva— construído el año anterior con el dinero reunido por los vecinos. Era el edificio más grande y lujoso de Minerva, que había sido evacuado tres días antes.

Aquella mañana el ayuntamiento estaba ocupado por soldados. El general Pitt, malhumorado, gruñía a los cuatro oficiales y veinte soldados que aguardaban en el edificio.

-¡Es una indignidad! -gritaba a los hombres que se veían obligados a escucharlo—. ¡Tenemos órdenes de apaciguarlo! ¡Disparates! Perdimos unos cuantos hombres, unos cuantos aviones, y ahora estamos ya dispuestos a hacerle concesiones a George. ¿Adónde va a ir a parar el país? Seguramente hay algo que puede acabar con él. ¿Por qué tenemos que ir a buscarlo? ¡Es vergonzoso!

El general, un hombretón de bigotes ásperos y blancos y cara enrojecida, paseaba furioso por la sala del concejo. Algunos oficiales y soldados no pudieron menos de sonreír. El general era un guerrero famoso. Las órdenes que había recibido lo ataban de pies y manos; como soldados, lo compadecían y

simpatizaban con él.

—¿Qué clase de hombres tenemos en los puestos de responsabilidad? —preguntó el general sin dirigirse a nadie en particular—. Ni siquiera nos han dejado instalar un teléfono de campaña. Tenemos que enviar nuestros informes por radio. ¿Qué les parece eso?—Movió la cabeza y miró a los hombres—. Son un grupo de apaciguadores, cuando deberían ser un grupo de combatientes y acabar de una vez por todas con George.

-¿Por qué los encargaron a ustedes de este cometido? Yo no conocía a ninguno de ustedes antes de ahora y, según tengo entendido, ustedes tampoco se conocían entre sí. Diablos, ¿qué vamos a hacer después de esto? Apaciguamiento. Nunca he apaciguado a nadie en mi vida. Preferiría escupirle en la cara. ¿De qué quieren que hable? ¿Del tiempo? ¿Qué autoridad tengo yo para hablar con una colección andante de tornillos y tuercas?

Un oficial entró en la sala y saludó al general.

-Aquí están, señor -le dijo.

-¿Quiénes?... Dios santo, muchacho -exclamó furioso el general-, sea más explícito.

-Pues George y el sargento Mat-

thews, señor. Ya lo recordará, el sargento que se ofreció voluntariamente para ir a Brentwood...

-Oh, ellos. Bueno, en verdad se trata de una guerra bien rara. Todavía no he pensado lo que tengo que decirle.

-¿Quiere que aguarden, señor?

—¡No! Vamos a acabar con esto cuanto antes. Veré qué es lo que quiere decirnos George y a lo mejor eso me indica el camino a seguir.

A NTES de que George hubiera entrado en la sala del Consejo conocía ya a cada uno de los hombres. Veía la habitación a través de sus ojos. Sabía todo lo que se podía saber acerca de ellos, lo que vestían y lo que pensaban. Todos llevaban revólveres, pero ninguno de ellos le mataría, a no ser el mayor general Pitt, a quien le habría gustado hacerlo.

Iban a tratar de apaciguarlo. George lo sabía, pero también que el general ignoraba qué línea de conversación seguir, o qué concesiones hacer en bien de los suyos.

Pero... entre los veintitrés hombres había uno que estaba pensando una cosa muy rara. Era un soldado a quien había visto mirándolo por la ventana. Aquel hombre estaba pensando en las once en punto, porque George podía ver en su mente varios símbolos que significaban un cuarto de hora a partir de entonces: las manecillas de un reloj, un reloj de pulsera, el número 11. Pero George no comprendía qué significado tenía aquel pensamiento.

Cuando entró en la habitación con el sargento, le indicaron una mesa. Se sentó ante ella con el general Pitt, que lo miró iracundo. Dejando que su mente vagara por la habitación, George percibió de nuevo el número e identi-

#### Enfermedades mentales de... cerebros electrónicos

As máquinas que resuelven complicados problemas de mate-L as maquinas que resuctor como los hombres a ponerse máticas tienen tanto derecho como los hombres a ponerse nerviosas, neurasténicas, dementes y hasta a dejar de funcionar del todo. Naturalmente, en tales casos ni las encierran ni las envían a un manicomio; siempre se las arreglan para curarlas. ¡Cómo se ve que cuestan platita fresca! Pero lo interesante es que el tratamiento de una máquina es siniestramente parecido al de un hombre. Cuando la enfermedad "mental" de la máquina es leve, se prueba el reposo: se la deja descansar hasta que se le enfrien las válvulas (como si se le hubieran "recalentado los sesos") y se la vuelve a poner en funcionamiento lentamente. Si eso no da resultado, se recurre a un tratamiento igual al shock que se da en varios casos de locura: se le da a la máquina un voltaje muy superior al usual, o simplemente un buen sacudón. Esto último es practicado también por todos los aficionados a la radio. Y si fracasa eso, se recurre a la "cirujía", es decir, se busca el elemento que falla, válvula, condensador o lo que sea, se lo extrae como un diente cariado y se lo sustituye por otro en buenas condiciones. Como las máquinas grandes tienen decenas de miles de elementos, sería imposible encontrar al culpable de una falla si no fuese porque todas ellas funcionan con circuitos duplicados y alarmas en los sitios principales en que pueden producirse. Claro que más de una vez ha ocurrido que la máquina no funcionaba porque se habían olvidado de enchufarla...

ficó al hombre que estaba pensando en él como un oficial situado detrás del general y hacia su derecha.

¿Qué iba a ocurrir a las once? El hombre no pensaba conscientemente en hacer daño a nadie, pero aquella idea surgía sin cesar en sus pensamientos, y estaba tan en desacuerdo con el resto de ellos, que George dedicó al hombre varios de sus circuitos. El hecho de que el teniente mirara su reloj y viera que eran las 10.50 puso aún más alerta a George. Si ocurría algo, el causante sería aquel hombre.

—Soy el general Pitt —dijo secamente el general—. Usted es George, claro está. Me han ordenado que le pregunte cuáles son exactamente sus intenciones con respecto a los Estados Unidos y el mundo en general, con vistas a llegar a un acuerdo de alguna clase con usted y los de su especie, que, según dice, piensan invadir la Tierra.

-Invadir no es la palabra.

-Muy bien, pues la palabra que sea. Todos conocemos el plan de que ha hablado. Lo que queremos saber es: ¿qué piensa hacer en adelante?

—El hecho de que las fuerzas armadas estén dispuestas a iniciar discusiones para lograr un convenio (aunque veo que, privadamente, usted no está a favor de esta conversación, general Pitt) es un síntoma alentador. Los habitantes de Zantar no querrían favorecer a un planeta al que no se pudiera educar y que se opusiera continuamente a nuestro programa. De este modo, yo podré enviar dentro de unos días un informe completo.

-¿Quiere hacer el favor de ir al

GEORGE veía que el teniente estaba mirando de nuevo su reloj. Eran las 10.58. George extendió su cerebro por un radio de veinte millas más, pero no pudo encontrar ninguna instalación, vertical u horizontal que significara un peligro. Ninguno de los hombres que había en la sala pensaba en volverse abiertamente.

—Sí, general. Yo enviaré mi mensaje, y un grupo de los míos aterrizará en la Tierra dentro de pocas semanas. Mientras aguardamos a ese primer grupo, haremos ciertos preparativos necesarios...

George estaba cada vez más alerta. El teniente buscaba algo. Pero era algo que no podía relacionarse con él. Era algo blanco, un pañuelo. Vió que el hombre pensaba sonarse y comenzaba a aflojar su tensión, cuando se dió súbitamente cuenta de que el hombre ino necesitaba sonarse!

Todos los circuitos perceptores de pensamientos se cargaron instantáneamente de energía en la mente de George, y se extendieron en todas direcciones

Hubo por lo menos diez disparos, que partieron de los soldados. Todos ellos parecían sorprendidos de su acto. Los que habían disparado se quedaron con las armas humeantes torpemente colgando de las manos.

Los ojos de George habían desaparecido. El humo salía de las órbitas vacías, por donde un momento antes habían entrado las balas. El humo fué aumentando y su cuerpo se volvió incandescente. Parte de él tomó un tono rojo cereza, y la silla en que estaba sentado empezó a arder. Finalmente, el robot cayó en dirección a la mesa y rodó por el suelo.

Comenzó a enfriarse. Ya no era de un brillante color azul acero, se había vuelto negro. El metal de su cuerpo crujió en varias partes y se fué rajando al enfriarse.

UNOS cuantos mínutos más tarde, un tenso grupo de soldados y civiles, reunidos en torno de un receptor de radio de Chicago, oyó la noti-



cia; todos llenos de alivio comenzaron a reír y darse palmaditas en la espalda. Sólo uno de ellos siguió inmóvil en su rincón. Finalmente, los demás fueron en su busca.

-Bueno, profesor, su idea resultó. ¿No siente ganas de celebrarlo? -le preguntó uno de ellos.

Él profesor Tomlin movió la cabeza.

—Si George hubiera sido un poco más benigno, podríamos haber aprendido muchas cosas de él.

-¿Cómo se le ocurrió la idea que terminó con George?

—Oh, algo que dijo del subconsciente y del inconsciente —replicó el profesor Tomlin—. Reconoció que no eran penetrables. No me costó ningún trabajo inculcar una sugestión post-hipnótica en sujetos bien probados y borrar luego la experiencia hipnótica.

-En la forma con que usted lo dice, parece fácil.

-Realmente, no fué difícil. Lo peor fué dar con la solución. Elegimos más de cien hombres, trabajamos con ellos durante varios días, y finalmente seleccionamos a los veinte mejores, haciéndolos olvidar luego su hipnosis. Un primer teniente (de cuyo nombre me he olvidado) recibió una orden de la que ni siquiera se había dado cuenta. Su subconsciente lo obligó a sonarse la nariz quince minutos después de ver a George. Otros veinte hombres más tenían órdenes post-hipnóticas de disparar a los ojos de George en cuanto vieran que el teniente se sonaba la nariz. Claro está que también habíamos desarrollado en ellos un odio subconsciente, que no era exactamente necesario para asegurarnos de que no habría vacilación o inhibición alguna, ni tampoco era preciso para estar seguros de que no habría ningún factor moral limitador.

Ninguno de los hombres se conocía ni de vista antes de que los enviaran a Minerva. Ninguno de ellos se daba cuenta de que llevaba dentro de sí la orden de la aniquilación de George. El general, que no era uno de los hipnotizados, recibió, como varios otros, instrucciones generales, para que no sospecharan cuáles eran nuestras intenciones. Los que habíamos llevado a cabo la hipnosis tuvimos que quedarnos a varios cientos de millas de distancia, para que la mente de George no pudiera llegar hasta nosotros...

EN un prado cercano al bosque de Brentwood, una caja de metal, enterrada junto a una catalpa, explotó de repente, desarraigando el árbol.

En un planeta situado a muchos millones de millas de distancia, brilló de repente una luz roja, una de las muchas de un gran tablero de control.

Un humanoide azul escribió lo siguiente en un gran libro:

Sistema 29578. Planeta Tres Habitado.

Demasiado peligroso para cualquier clase de explotación.



#### Cine clínico

E L cine en tres dimensiones, cuando se popularice, tendrá un efecto no calcu'ado por sus inventores. Permitirá descubrir ciertas enfermedades de la vista antes que sean realmente serias. Todas las personos que vem las películas tridimensionales tan chatas como los de ahora, deberán hacerse revisar por un oculista en vez de reclamar la devolución de la entrada.



ilustraciones de Chesley Bonestell

### III. LOS MISTERIOS DE LA LUNA

TUNCA falta algún conferencista Popular que anuncia con toda seriedad a su auditorio que los "maria" son los fondos de antiguos mares, los "surcos" lechos de antiguos ríos del tipo del Gran Cañón y los "cráteres" volcanes extinguidos. Él cuadro que tienen en la imaginación es el de una Tierra más pequeña que envejeció rápidamente y perdió hace mucho tiempo sus océanos de agua y su océano de aire. Aunque podría citar los libros donde se publicaban tan erróneos conceptos hace medio siglo, no termino de comprender cómo hay gente que es capaz de repetir semejantes cosas durante dé-

endas sin pensar en ellas una sola vez.

Por ejemplo: ¿qué aspecto tendría el fondo del Atlántico si toda su agua se evaporase? Puede afirmarse, en primer lugar, que sería de un blanco deslumbrante, debido a la sal que se habría depositado en él. Y hay una probabilidad abrumadora de que si la Luna hubiese tenido mares, habrían sido también salados. Pero aun suponiendo que esa sal se hubiera recubierto de polvillo rocoso, el cuadro sería diferente: los fondos de nuestros océanos no son depresiones chatas; tienen montañas y abismos, mesetas y valles; en fin, su topografía es tal que

vistos desde la Luna no se los podría distinguir de los continentes.

En cambio, los maria son amplias llanuras chatas casi sin relieves topográficos, salvo algún cráter de aspecto reciente o algún surco, y su color es uniformemente oscuro. Ni siquiera están muy por debajo del nivel medio de la superficie lunar, y carecen de los abismos de los mares terrestres.

OS cañones de nuestro planeta no son rectos más que en cortos trechos. Ellos serpentean en su recorrido como los ríos comunes. Esquivan las montañas y a veces de su fondo se levanta un pico que llega hasta el nivel de las orillas. Los surcos son mucho más rectos y sus cursos no son modificados por los otros rasgos topográficos. Sin alteración alguna atraviesan montañas y a veces son atravesados a su vez por cráteres.

En cuanto a los "rayos", no existen, que yo sepa, formaciones semejantes en la Tierra, aunque quizás aparecerían si la mirásemos desde gran distancia en el espacio. Esa posibilidad existe: los aviadores ven a menudo en la vegetación diversos tonos de verde, causados por diferentes minerales del suelo, aunque desde tierra esa diferencia es demasiado pequeña para que nos sea posible observarla.

Con respecto a los cráteres, uno se ve obligado a sospechar que la mayoría de las discusiones acerca de ellos tienen origen semántico: hace mucho tiempo alguien creyó que la palabra "cráter" sería un lindo nombre para las murallas anulares de la Luna, y desde entonces una cantidad de ingenuos han tratado de demostrar que esas cosas llamadas "cráteres" son en efecto cráteres.

A gran mayoría de los cráteres lunares no se parecen en nada a los cráteres volcánicos, aunque algunos de los más pequeñitos tal vez sean en rea-

lidad de origen volcánico. El cráter de un volcán es un agujero en la cima de una montaña. El agujero está bien por encima del nivel del suelo circundante. Las laderas exteriores de la montaña presentan señales de corrientes de ·lava. En realidad todo el cono está cubierto por derrames de lava. El interior de un cráter inactivo tiene forma de embudo, pero irregular. El borde del agujero también es irregular, y cuanto más grande es el cráter, mayor es la irregularidad. Los viejos cráteres inactivos que han sufrido la acción del tiempo raramente presentan círculos completos. Lo que queda de ellos muestra la misma pendiente hacia adentro que hacia afuera. Si hay un cráter joven dentro o sobre otro cráter viejo v erosionado, siempre es mucho más alto que el otro. Y el interior del cráter viejo es más alto que la zona en que se halla. El diámetro del mayor cráter en actividad que se conoce no alcanza a dos kilómetros. Los volcanes aparecen a lo largo de las líneas de debilidad de la corteza terrestre.

¿Y las murallas circulares de la Luna, mal llamadas "cráteres"?

Están dispuestas completamente al azar. Al dibujarlas en un mapa no es posible encontrar líneas de debilidad ni de ninguna otra clase. Las más típicas tienen diámetro de entre veinticinco y doscientos kilómetros. La muralla forma siempre un círculo completo y bastante regular. Naturalmente, las que están cerca del borde del disco lunar nos parecen elípticas, pero también son circulares. Unas pocas murallas lunares son realmente elípticas, pero entonces son elipses tan regulares como los círculos. La pendiente de las murallas es siempre más suave hacia afuera que hacia adentro, aunque algunos cráteres son más abruptos que otros. Pero siempre hacia adentro la pendiente es mayor. El piso de toda muralla está siempre por debajo del nivel de la zona circundante, y en las murallas grandes se nota que siguen la curvatura general de la Luna. Menos de la mitad de las murallas presentan un pico central; las demás, no. Cuando no hay pico el piso es llano; no con la extraña lisura de los maria, pero de todos modos llano. Cuando hay pico central, éste se halla siempre en el justo centro de la muralla circular, y alcanza más o menos el nivel del suelo exterior, pero nunca llega a la altura de la muralla. Cuando la muralla o su piso interior presenta alguna interrupción grande, es causada por otra muralla más pequeña del mismo tipo. Y en la mayoría de los casos el volumen de la nueva muralla alcanzaría justamente para llenar la depresión.

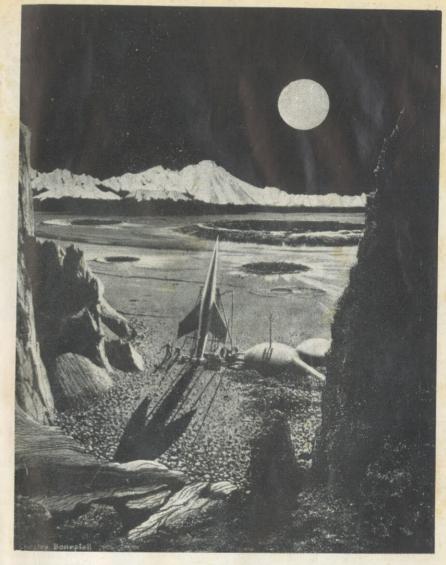
Ni hace falta mencionar que no hay señales que indiquen la existencia de ríos de lava. Decididamente, el cuadro de una muralla lunar, no es el de un volcán. El vulcanismo no podría explicar ni uno solo de los rasgos descritos. Y este cuadro se repite nada menos que treinta y tres mil veces.

L primer astrónomo que intuyó el L verdadero origen de los cráteres fué nada menos que el viejo Gruithuisen. En sus escritos señaló que los cráteres parecían impactos de materia cósmica. Unos diez años más tarde un ingeniero llamado Althans llegó a la misma conclusión. No es probable que Althans hubiese leído las obras de Gruithuisen, pero en cambio había tomado parte en la eterna lucha de los ingenieros militares: la lucha por forjar una coraza que ningún proyectil pueda atravesar, y de inmediato diseñar un cañón capaz de perforarla. Empeñado en sus tareas, le llamó la atención la semejanza de los impactos de bala en corazas duras con los cráteres de la Luna. Althans llegó a hacer algunas experiencias usando perdigones y latas con cemento fresco.

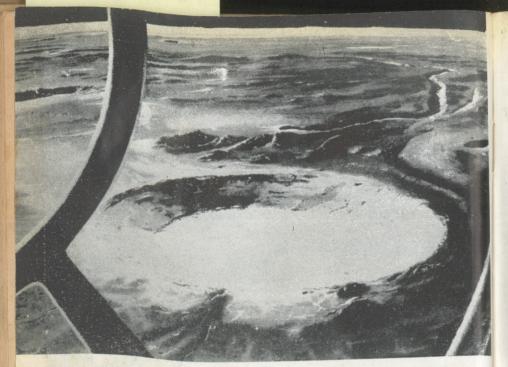
El primer astrónomo bien conocido que aceptó la teoría de los choques fué sir Richard Proctor, en 1873, y desde entonces el "partido choquista" ha engrosado continuamente sus filas. El descubrimiento del Cráter del Meteoro, en Arizona, convenció a mucha gente. Allí se tenía un cráter de un kilómetro y medio, formado en roca sólida y sin duda alguna de origen no volcánico. Este cráter tenía pendiente suave hacia afuera y más abrupta hacia adentro. Su piso estaba por debajo del nivel de la zona y era liso. En su borde y alrededores se juntaron toneladas de fragmentos meteóricos. No quedó duda, al examinarlo, de que se había formado instantáneamente por el impacto de un meteorito muy grande (aunque al principio los geólogos creían que se debía a una explosión de vapor volcánico), y tampoco quedó duda de que sus proporciones coincidían con las de los cráteres lunares. Luego se halló que el Cráter del Meteoro de Arizona no era el único de su especie en la Tierra. Muchos otros se conocen ahora, pero aquél es el más grande, y en muchos sentidos el más típico.

ESTO era muy satisfactorio. Los cráteres producidos por choque no tenían por qué seguir líneas de debilidad: podían aparecer en medio de un mare o caer sobre murallas más viejas... En pocas palabras, estaban en condiciones de explicar todo lo que la teoría volcánica dejaba en la oscuridad. Pero quedaban dudas acerca del mecanismo de la formación de las murallas. En la Tierra, donde el suelo contiene agua, se podía pensar en una explosión de vapor. Pero en la Luna esa idea no servía. ¿Cómo ocurrían, pues, las cosas sin agua?

La respuesta fué dada en 1918 por un geólogo, Alfred Wegener, bien conocido por su teoría de los "desplaza-(Continúa en la pág. 41)



Comienzos de la base lunar; el cohete semanal a la Tierra se está alistando para partir hacia el planeta, que aparece enteramente iluminado por el Sol, es decir, en su fase de "Tierra llena". Las distantes montañas ya reciben los primeros rayos del Sol naciente: en la base comienza el largo día lunar, equivalente a 28 de los nuestros.



El cráter Aristarco, de 44 kilómetros de diámetro, que es el objeto más brillante de la Luna (¿estará tal vez recubierto de pómez blanca?). El otro cráter, a la izquierda, es Herodoto. El profundo surco sinuoso que se ve sobre Aristarco es el cañón de Schroeter. La nave está recorriendo la Luna a 45 kilómetros de altura.

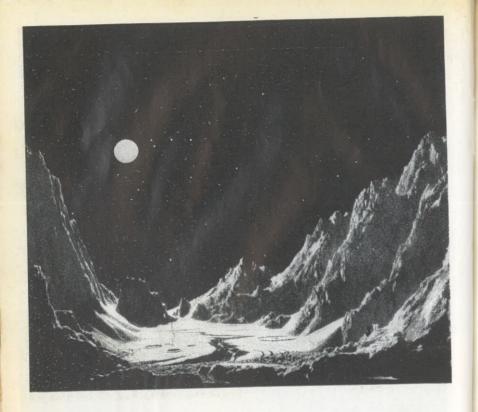


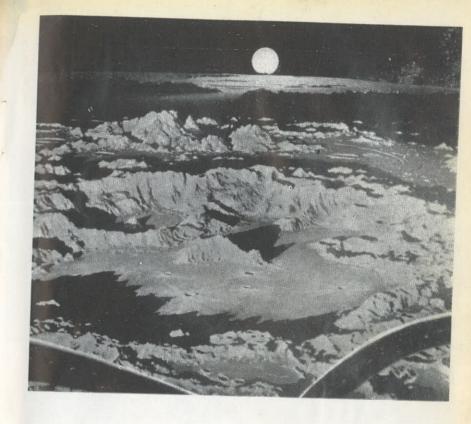
Una bahía del Manimbrium. En prime plano está el promontorio Laplace en el horizonte, e promontorio Herá clides. La "bahía" si llama Sinus iridum Estas montañas de nen de 5.000 a 6.000 metros. La nave vuela a 15 km. de la superficie



La astronave acaba de descender verticalmente y queda apoyada en sus aletas posteriores. En el cielo sin aire de la Luna sus pequeñas alas no le sirven de nada, pero tampoco molestan; en cambio, ahorrarán precioso combustible a la vuelta, porque le permitirán descender en la Tierra planeando, por lo menos en parte. La Tierra puede observarse aquí en su fase de "media Tierra".

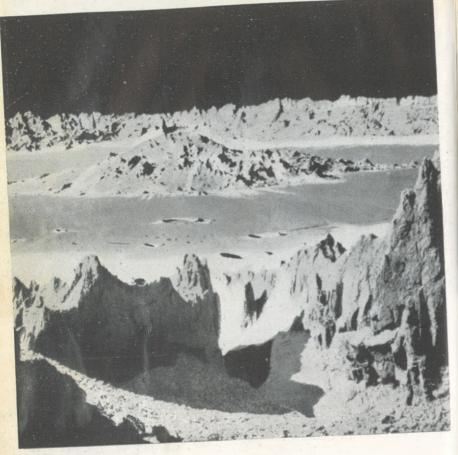
Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Un estudio de tamaños aparentes: cómo se ven la Tierra y la constelación de Orión desde un valle lunar. Las Tres Marías, que forman el Cinturón de Orión y se ven aquí horizontales junto al globo terráqueo, abarcan un ángulo de tres grados desde aquí. La Tierra apenas alcanza a dos. En cambio, la Luna, vista desde la Tierra, tiene sólo medio grado. El valle muestra señales de "erosión térmica", debido al gran calor diurno y gran frío nocturno.

La nave está explorando la Luna desde una altura de 15 km. y está sobre el polo norte lunar; por eso la Tierra aparece en el cielo tocando el horizonte, y pocos kilómetros más lejos se habrá ocultado por completo. La nave habrá entrado al hemisferio de la Luna nunca visto por ojos humanos, que seguramente tendrá el mismo aspecto que el que siempre nos muestra. Por lo menos, el paisaje lunar en el polo es el mismo que en cualquier otro sitio.



Vista desde el borde del cráter Teófilo hacia el interior Los picos centrales miden 2.500 metros de altura; la pared del otro lado alcanza los 5.500 y se halla a 106 kiló metros de distancia. Las dobles sombras que se ven son causadas por la iluminación simultánea del Sol y la Tierra. En estos lugares de la Luna, la Tierra nunca se pone, aunque presenta fases similares a las de la Luna.



Este es el paisaje que se puede observar desde un alto pico de la pared oriental del cráter Copérnico, mirando hacia el sol poniente. Copérnico es probablemente el más hermoso de los cráteres lunares. Su muralla se eleva a 3.600 metros en su punto más alto, mientras que su diámetro mide 86 kilómetros.

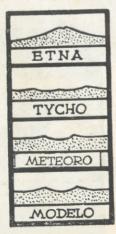
la nave se halla a 10 kilómetros de alura sobre el Monte lico, que mide tres il metros. El crár grande junto al orizonte es Platón: ótese su color osuro más acentuado ue el resto del paiije. Las montañas isladas se llaman lontes de Tenerife.







En 1985, cuando vuelva el cometa Halley, que tanto asustó a la humanidad en 1910, se podrá, sin duda, ir en astronave más allá de la Luna a verlo pasar. Y éste será el panorama que podrá contemplarse. Posición: 17.000 kilómetros más allá de la órbita lunar. Tanto la Luna, en primer plano, como la Tierra, más lejos, presentan la misma fase: cuarto creciente, si el polo Norte está hacia arriba. La estrella brillante encima del cometa es Venus. La dirección en que está el Sol se reconoce recordando que la cola de un cometa apunta siempre en sentido contrario a él, mientras que la parte luminosa de los planetas apunta siempre hacia él



Perfiles de cráteres. Arriba, un típico volcán terrestre, el Etna; luego, el cráter Tycho, de la Luna; el del Meteoro, en Arizona, y un modelo tipico de cráter conseguido con la experiencia que se describe en el texto

mientos continentales". Wegener comenzó considerando las fuerzas que acruaban en un choque así. En general, hav dos clases de fuerzas: las fuerzas moleculares (que dan la resistencia de un material) y las fuerzas de masa (como la gravitación). Ambas actúan en todo choque, pero su importancia depende de la magnitud del impacto. En choques pequeños las fuerzas moleculares son importantes, por ejemplo al dejar caer una piedra en el barro. Pero cuando se trata de un meteorito que pesa veinte toneladas o más y que choca con una velocidad de por lo menos 15 kilómetros por segundo, la resistencia del meteorito o de la superficie con que choca carecen de importancia. En un choque así cualquier material se destrozaría, sea veso o acero. Por lo tanto, si uno quiere imitar un impacto meteórico en el laboratorio, debe usar materiales que no sean resistentes.

El mejor material para ello es el polvo. El doctor Wegener usó polvo de cemento por razones prácticas: viene de calidad uniforme y los resultados se pueden conservar endureciéndolo con agua. El experimento es tan sencillo que se puede repetir en cualquier parte donde la suciedad no importe. La superficie se prepara poniendo una capa de cemento en polvo en una fuente chata. El meteorito es una cucharada del mismo polvo que se deja caer desde un metro o metro y medio de altura. Los resultados son sorprendentes: cráteres que no sólo se parecen a los de la Luna, sino que tienen las mismas proporciones. Y el promedio de veinte de esos "cráteres", después de ser endurecidos y medidos cuidadosamente, coincidió con las proporciones del Cráter del Meteoro. En algunos casos la masa que caía se separó antes de tocar la superficie y dió origen a cráteres mellizos, con el mismo aspecto que conocen los astrónomos.

DESUELTO el procedimiento bási-Co, se atacó el problema de "¿qué le pasa al meteorito?". El resultado fué también asombroso. Se usó un meteorito de "yeso de París" y todo el cráter (que en general resulta de un diámetro cuatro veces mayor que el del meteorito) apareció blanco. Secciones transversales mostraron que el "material meteórico" era más escaso en el piso del cráter y bastante concentrado en la pared interior de la muralla. Una buena parte se desparramaba por afuera: en mis propios experimentos hallé partículas a más de un metro del cráter, que tenía diez centímetros. No había un "resto principal", y es significativo que tampoco se haya encontrado un resto principal en el cráter de Arizona, aunque hay bastante material meteórico disperso en muchos kilómetros a la redonda.

El pico central fué el siguiente problema que exigía solución. Un accidente lo resolvió. Resultó que usando una capa de cemento en polvo más delgada de lo usual, dos centímetros o menos, se obtenían cráteres con picos en el centro. Esto significa probablemente que el pico se forma en aquellas regiones de la Luna en que una delgada capa de rocas superficiales descansa sobre otras muy espesas de rocas pesadas. El examen de los picos obtenidos de esa manera mostró que estaban formados por material del suelo, aplastado y deformado, pero dejado en su sitio. Lógicamente, ese pico es siempre más bajo que la muralla del cráter, ya que la muralla es material amontonado.

OS maria difieren de los cráteres grandes (los llamados "llanuras amuralladas") en sólo dos aspectos. Uno es su tamaño, y el otro su lisura (perturbada sólo por la aparición de cráteres, y pocos). Puede suponerse que los maria se formaron por choque de meteoritos bastante grandes como

para atravesar la corteza lunar y permitir que el magma líquido de su interior saliera a la superficie. El Mare crisium es un buen ejemplo, como se ve en cualquier fotografía lunar. También lo es el gran Mare imbrium: se puede ver claramente a lo largo de su borde que algunas áreas fueron sólo en parte invadidas por la roca fundida. Y en algunos maria, especialmente en el Mare imbrium, es posible observar las montañas llamadas "venosas", montañas viejas que se fundieron, pero sin desaparecer del todo.

Los surcos, evidentemente más jóvenes que todo lo demás, podrían ser simples rajaduras. Pero no se los puede examinar bien con telescopio, y será imposible decidir nada hasta que vayamos a la Luna. Los rayos tampoco tienen explicación, pero como sabemos que nunca producen sombras, no pueden ser ni elevaciones ni depresiones.

Se ha sugerido que los cráteres con rayos fueron hechos por meteoritos de hierro, y que los rayos mismos son manchas de las gotas de ese metal. Esas gotitas metálicas se verían contra el fondo de roca y polvo, cosa que por supuesto no ocurre con meteoros rocosos. En caso de que esta explicación fuera correcta, el Cráter del Meteoro, en Arizona, podría tener un sistema da rayos invisibles desde el suelo y probablemente borrados por el clima durante los seis mil o diez mil años que han transcurrido desde su formación.

LUNA llena no es el mejor momendo el Sol sale o se pone en un paisaje lunar (cada veintiocho días nuestros), los bordes de los cráteres arrojan largas sombras que revelan sus formas. Pero cuando hay luna llena, es decir, cuando el Sol alumbra verticalmente los maria y montañas, todo parece chato y sólo se ven diferencias de tono en un panorama virtualmente sin rasgos. Sin

embargo, en el hemisferio norte lunar, en el "rincón de los clásicos", está el gran cráter Platón. La salida del Sol en Platón es igual que en cualquier otro cráter. Pero a medida que la línea que divide luz y sombra (el "terminator") avanza, el suelo de Platón se oscurece. A mediodía parece una mancha de tinta

¿Qué ocurre con el cráter Platón? ¿Evaporación de humedad formando una niebla que absorbe la luz? ¿Hielo fundente? ¿O cristales con extrañas propiedades ópticas?

El misterio de Platón se ha hecho más profundo recientemente debido a que el grupo más activo de observadores planetarios, encabezados por W. H. Haas, contradice ahora esa tradicional afirmación de que Platón aparece gris a la salida del Sol y negro a mediodía. Es casi imposible que todos los observadores de antes se hayan equivocado; después de todo no se trata de un detalle insignificante, sino de un rasgo bien conspicuo. Tampoco es posible que los observadores modernos se equivoquen. Hay que deducir entonces que ha tenido lugar un cambio de alguna especie. (Haas ha notado veintidós cambios semejantes en la Luna al cabo de mil horas de observación, y los atribuye a la presencia de vegetación)

Qué está sucediendo o ha sucedido allí, es una cuestión a la cual la segunda era de la astronomía, la era telescópica, no puede contestar. La respuesta deberá esperar la tercera era, con sus astronaves.

unos mil kilómetros al oeste de Platón, en medio de los Alpes, está el Gran Valle, de ciento cincuenta kilómetros de largo y diez de ancho. Corre casi en ángulo recto con los demás valles de los Alpes, que son pocos y pequeños. Su piso es chato, hasta donde puede verse. Nadie puede expli-

carlo. Podría pensarse que un meteorito de diez kilómetros rozó la Luna y trazó un surco a través de las montañas, pero el valle no es bastante recto como para admitir esa explicación. ¿Y por qué es tan liso su suelo?

No lo sabremos hasta llegar allí.

TAMBIEN hay que resolver, por supuesto, el viejo problema de la "fortaleza" que vió Gruithuisen. Y el problema de la brillante superficie del cráter Aristarco.

Luego están las observaciones del profesor W. Pickering: él cree haber visto una tormenta de nieve en el Monte Pico, lo que indicaría una atmósfera temporaria en esa vecindad. Al sur del Mare imbrium, en el que está situado el Monte Pico, se halla el cráter Eratóstenes. Si no fuera por Pickering, Eratóstenes sería hoy considerado como un cráter común, típico y bonito. Pero Pickering observó repetidas veces manchas grises que se movían dentro del cráter. ¿Nubosidades que indican la presencia de humedad? ¿O vegetación lunar creciendo y muriendo bajo los ravos del Sol en un rápido ciclo?

No lo sabremos hasta llegar allí.

CERCA del borde del disco lunar puede observarse el cráter Wargentin. También sería considerado un cráter como todos, si no fuera porque está lleno. Lleno literalmente hasta el borde. Y es chato. El color parece ser usual, pero aquí la observación no es fácil, porque está cerca del borde. ¿Fué un meteorito que atravesó toda la corteza lunar? ¿Se formó así el cráter, o fué un impacto dentro de otro cráter ya existente? Esto último parece más probable: es difícil imaginarse un meteorito que atraviese la corteza y al

mismo tiempo forme un cráter típico.

Y está la gran "llanura amurallada" de Clavio, de doscientos cincuenta kilómetros de ancho. Desde que se formó, siete meteoritos más pequeños chocaron contra su muralla, y en su interior hay cuatro cráteres grandes y media docena de chicos. Evidentemente, son más jóvenes que Clavio, ya que se formaron sobre él. Y aparentan ser más jóvenes. Las viejas murallas parecen haber sufrido los efectos de la erosión. Eso se ve en otras llanuras amuralladas. Pero ¿qué clase de erosión?

7 por último tenemos el misterio de Linneo, un cráter situado en el Mare serenitatis. Linneo aparece contra el oscuro suelo del mare como una mancha blancuzca, igual durante todo el día lunar y demasiado bajo para dar sombra apreciable. Algunos astrónomos vienen insistiendo desde 1890 en que con un telescopio grande y buena visibilidad se puede distinguir un agujero en el centro de la mancha blanca. Pero en 1843 Schmidt había descrito a Linneo como un cráter de cuatrocientos metros de altura. El v otros astrónomos de su época usaban a Linneo como punto de referencia en el liso suelo del mare. Hoy nadie lo usaría para eso, aunque sigue estando solo en la llanura, pues es demasiado bajo. La descripción de Schmidt parece de otro cráter. Pero no puede haber confusión, porque Linneo está aislado, y la posición de la mancha blanca de hoy coincide con la del profundo cráter de hace un siglo.

¿Es Linneo un volcán verdadero que estuvo en actividad el siglo pasado?

Algún día, pocos años después que la primera astronave descienda en la Luna, lo podremos saber.

EN EL PROXIMO NUMERO: "LA FAMILIA SOLAR"



# un arma anticuada

¿Qué cosa es anticuada? ¿Qué cosa es moderna? Todo depende de la relación que existe entre las cosas y el mundo que las rodea . . . por L. RON HUBBARD

PATAS, insectos, oscuridad y un I montón de ladrones y borrachos, eso era la Prisión Militar Norteamericana en Roma pocos días después de la retirada de los alemanes.

-¡Anguis in herba! -ésta y otras barbaridades en latín aullaba Danny West cuando uno de sus compañeros de prisión lo despertó sacudiéndolo sin mayores miramientos.

-¡Estaba soñando! -suspiró Danny con evidente alivio, al reconocer el lugar en que se hallaba.

-Usted es norteamericano, ¿verdad? -preguntó el que lo había despertado.

\_:Y cómo es que sabe hablar latin? Ese no es el idioma en Texas...

-Era profesor de latín antes de la guerra -explicó Danny con evidentes ganas de cambiar de tema-. ¡Y no haga tantas preguntas!

Ofendido, el otro se retiró a un rincén de la celda, donde permaneció en silencio hasta que Danny se sintió culpable y se le acercó.

-Sírvase un cigarrillo - ofreció a manera de disculpa.

El otro agarró uno, lo miró un momento como si no supiera qué hacer con él y cuando Danny se lo encendió lo llevó a la boca con desconfianza.

-Es mejor que se lo cuente -dijo Danny sentándose a su lado-. ¡Tengo que contárselo a alguien antes de que me vuelva loco del todo!

Su compañero de celda aprobó, disimulando su interés:

-Diga lo que quiera. Lo escucho.

D UENO -dijo Danny West-, hace 1 24 horas estaba yo luchando por mi vida contra enemigos que no me mencionaron en el ejército. ¡Después de eso que me traigan toda una división de alemanes!

-Llegamos ayer a Roma, molidos después de dos días de marcha continuada, pero no se crea que nos dejaron descansar. Todo el mundo tenía algo que ordenarnos. Yo tuve que levantar como veinte tiendas para que otros tipos durmieran, y después me agarró el capitán y me incorporó a un pelotón de policía militar. Parece que se temían luchas callejeras y había que estar preparados.

Para colmo se nos vino encima una tormenta de lluvia y truenos como en una película de Drácula.

El capitán nos condujo bajo la lluvia hasta las ruinas del Coliseo romano y allí nos dejó, seguramente para irse a

Al cabo de un rato de mojarse, el

sargento dijo que se iba de patrulla v desapareció. Cinco minutos después lo siguió el cabo, y cuando me di cuenta estaba solo en medio de las piedras.

Entonces decidí buscarme un rinconcito seco para dormir. Gracias a mi suerte, así lo creí vo, encontré pronto un hueco entre las piedras y me acomodé a mi gusto.

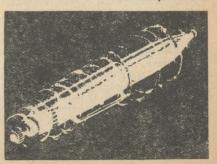
Dos segundos después cavó un ravo fenomenal en el Coliseo y no sé más.

T NMEDIATAMENTE me despertó el rugido de bestias salvajes. Era como estar en la jaula de un domador de leones, panteras, elefantes y otros bichos surtidos. Yo estaba tirado sobre un montón de paja hedionda y veía brillar el sol a través de una ventanilla enrejada. Alguien me había jugado aviesamente, sin duda.

Las paredes eran de madera, salvo una, reemplazada por un enrejado de hierro. No había otra salida, y empecé a pensar que estaba preso por dormir durante la guardia. Pero pronto se me fué la ilusión al oír un coro de aullidos humanos que me puso los pelos de punta. El dolor y la agonía que expresaban eran suficientes para llenar un tren de carga. ¡Era terriblemente lúgubre!...

Todavía conservaba mis armas: tres granadas de gas lacrimógeno y un fusil

ilustrado por CSECS



especial para disolver grupos de revoltosos, para disparar V-2, y dos bandoleras de munciones, pesadas como deudas, que seguramente me iban a prestar un gran servicio.

Ya estaba por romper de un tiro el cerrojo de la reja, cuando un enano asomó la cabeza entre las barras, me vió y después de abrir medio metro de

boca salió corriendo.

Le grité que volviera, y así lo hizo, pero con un gigante vestido de una manera que se ha pasado de moda hace dos mil años por lo menos.

El invididuo tenía cara de gorila y llevaba en una mano un balde lleno de tizones ardientes y en la otra un atizador largo y con la punta al rojo.

-A ver si me dejan salir de aquí,

muchachos - les dije.

Los dos se miraron y comenzaron a discutir. Sólo al cabo de unos minutos me di cuenta de que hablaban en latín, y como hace cuatro años que enseño ese idioma en Texas, no tardé en ponerme a tono.

-¡Suéltenme! - exigí en ese idio-

-No es cristiano - dijo el gigante. -¿Qué clase de gladiador será entonces? - preguntó el enano -. Es mejor llamar a Glaucus.

El enano desapareció corriendo y el gigante se acercó a las rejas.

-¿De dónde has salido? - me pre-

guntó. -Soy Danny West, del regimiento 73 - respondí -; y no sabía que en Italia todavía hablaban latín.

El otro me miró como si estuviera

-¿Contra qué peleas? - siguió preloco.

guntando. -¡Contra los germanos, hombre!

-Ya sé. ¿Qué romano no pelea contra los bárbaros? Pero quiero decir en la arena. ¿Contra qué luchas en el Circo?

Se oyó otro horrible aullido de dolor y una ráfaga de Historia cruzó por mi mente haciéndome estremecer. ¡La antigua Roma! ¡El Circo! ¿Me habría

vuelto loco?

-¡Habla claro! ¿No ves que está por comenzar el próximo acto y la multitud está furiosa? Los últimos cristianos que echamos a la arena se dejaron devorar por los lobos sin levantar un dedo. ¡Qué poca responsabilidad! Y ahora apareces tú en la jaula de Yoko y nadie sabe para qué sirves...

En ese momento se oyó un crujido y la pared posterior de mi jaula, que en realidad era otra puerta de madera, giró sobre sus goznes dejando ver una blanca extensión de arena que brillaba

bajo el sol. -¡Demasiado tarde! - rugió el gigante -. ¡Maldito seas; te echaremos algunos leones encima y a ver si gritas

Y como vo no demostraba ninguna prisa por moverme, estiró la mano con el atizador al rojo... y yo salté.

-¡No hay derecho! - protesté, pero el salto me había hecho cruzar la puerta que ahora se cerró con un golpe detrás de mí.

TURO que había como diez mil personas en las gradas que rodeaban la arena. Todos gritaban, silbaban y protestaban en general.

Ya estaba comprendiendo que algo terrible e incomprensible me había ocurrido, pero no tuve tiempo de pensarlo bien, porque en el otro extremo de la arena se abrió una puerta y por ella salió un león que le habría puesto los pelos de punta a Tarzán.

Este león tenía apetito, sin duda. Estaba tan flaco que casi se veía a través de él y agitaba con deleite una cola como de tres metros, mientras tenía clavados en mí sus ojos sanguinolentos.

Me dieron ganas de cerrar los ojos y convencerme de que no era más que un sueño, pero los aullidos de la multitud no me lo permitieron. ¡El león se me venía encima! ¡Tenía que hacer algo... antes de que fuera tarde!

Puse una rodilla en tierra, desprendí mi fusil, le quité el seguro y apunté.

La caza de leones no es mi pasatiempo favorito. He cazado algunas perdices y una vez le erré a un ciervo, pero leones... La mira de mi fusil bailaba la conga.

El león se acercó hasta unos tres metros, se agazapó... jy saltó! Yo apreté el gatillo y sentí un culatazo que casi me rompe el hombro; cuando abrí los ojos el león estaba patas arriba, más muerto que Matusalén. ¡De buena me había librado!

Pero no tuve tiempo de felicitarme por mi punteria. ¡Otros doce leones salían por la puerta del otro lado!

Pero vo ya me tenía confianza; ese fusil para revoltosos era una maravilla. A los tres de adelante los liquidé de un balazo cada uno. Los demás venían en grupo y fué más fácil; cambié a tiro automático y las once balas que me quedaban fueron más que suficientes para convertirme en el recordman mundial de lanzamiento de leones al otro mundo

DECIEN entonces tuve tiempo de Lechar un vistazo alrededor. La multitud estaba silenciosa; no parecía conmovida por lo que acababa de ver. En un palco lujosamente adornado con púrpura, estaba sentado un hombre con una corona de laureles de oro, rodeado de varios personajes de evidente alcurnia. Todos me contemplaban con aire de indiferencia. Evidentemente, los romanos eran gente difícil de impresionar. Desde la tribuna más cercana me llegó una voz que decía:

-; Es insufrible que traigan magos al circo! ¡Nosotros venimos a ver una buena pelea y en vez de un gladiador nos dan un brujo que nos hace ver visiones de leones muertos! ¡Es un escándalo! ¡Que me devuelvan la plata!

Otras secciones de las tribunas gritaban a coro:

-¡Que vengan los numidios! ¡Que vengan los numidios!

Mientras tanto, vo trataba de recordar qué ocurría en estas luchas en el Circo Romano. El vencedor de un combate tenía que ir al palco del Emperador y éste hacía una señal con el pulgar, para arriba o para abajo, que significaba vida o muerte para el gladiador.

La multitud seguía protestando a gritos, pero de pronto lanzó a coro un aullido de entusiasmo, lo que no me presagiaba nada bueno.

En efecto, dos hombres armados con tridentes y red habían salido a la arena y después de recibir las aclamaciones

#### Universo x 2

El Universo acaba de aumentar de tamaño. O mejor dicho, nuestras ideas acerca del tamaño del Universo han vuelto a variar, aumentándolo al doble. La causa es que se ha vuelto a calcular la distancia a que se hallan las nubes Magallánicas (dos nebulosas visib'es a simple vista cerca de la Cruz del Sud) y se halló que era el doble de la previamente aceptada. Como esa distancia se tomaba como unidad para calcular las de las otras galaxias, resulta que todos esos universos-islas quedan automáticamente alejados al doble. Es decir, que para llegar a ellos en una astronave, tardaremos por ejemplo dos millones de años, en vez del público, que parecía conocerlos bien, se dirigieron a mi humilde persona con propósitos fáciles de adivinar. Querían sangre; ¡mi sangre!

No me gustó hacerlo, pero no tenía otro remedio. Puse rodilla en tierra y apunté al primero.

BOUIII!

El tiro lo destrozó. Pero su compañero ya estaba demasiado cerca. Me arrojó el tridente, que por suerte dió en mi casco de acero y se desvió. Entonces desplegó su red, que cayó sobre mi cabeza como mil telarañas, y se agachó para recobrar su tridente.

Ese fué su error. Yo tenía los brazos libres y pude apuntarle.

BOUIII!

El pobre fué a parar al paraíso de los gladiadores.

-¡Buuuu! - gritaba la multitud -.
¡Abajo el mago! ¡Basta de trampas!
¡Que lo maten de una vez!

Pero yo había tenido tiempo de llegar ante el palco del Emperador, que tenía la misma cara que Nerón, y debía ser él, en esta pesadilla o lo que fuera.

Nerón me contempló con una sonrisa cruel, levantó la mano derecha y con un gesto salvaje señaló hacia abajo con el pulgar. Eso me pareció un poco estúpido, pues los dos gladiadores ya estaban muertos, y a mí no había quién me matara.

La multitud aprobó con entusiasmo el gesto de Nerón y de inmediato se



abrieron varias puertas y por lo menos setenta numidios salieron a la arena. Eran unos negros como de cuatro metros de estatura, armados de lanzas que parecían vías de ferrocarril. Formaron filas y después de ser aclamados un rato vinieron en mi busca.

ENTONCES sí que sentí miedo. Se me heló la sangre en las venas al ver ese ejército de gigantes que se me acercaba lanzas en ristre. valientes que habían parecido los negros avanzando en formación y ahora corrían por la arena llamando desesperadamente a sus dioses, como conejos asustados, arrojando al suelo sus lanzas y escudos, tratando de encontrar una salida o echándose al suelo y escondiendo los rostros en la arena.

Pero la multitud no estaba satisfecha.

—¡Buuuuu! ¡Trampa! ¡Muerte al
brujo! — gritaban.

Entonces decidí que ya tenía bastante de aquel circo y me dirigí a una de las puertas con el propósito de abrirme paso a tiros y salir de allí.

La puerta se abrió antes de que yo llegara y en ella apareció un elefante, ipero qué elefante! Parecía una casa



Yo había vuelto a cargar el fusil, pero esta vez no me podía servir de mucho. Entonces recordé las granadas de gas lacrimógeno. Empuñé una, le quité el seguro, conté hasta tres y la arrojé; explotó frente a los numidios, que quedaron envueltos en una nube de gas.

Me vinieron ganas de reírme. Tan

de cinco pisos, con unos colmillos como columnas, y para ponerlo de humor apropiado le habían clavado astillas ardientes en todo el cuero hasta dejarlo como un puerco espín. ¡Era fantástico y tremendo!...

Varios hombres lo azuzaban desde atrás con hierros al rojo, y el elefante salió. Me vió. Lanzó un berrido de satisfacción; ¡por fin alguien en quien vengarse! Se paró en sus patas posteriores y se dispuso a hacerme papilla con las otras dos. La multitud lanzaba hurras v vitores de alegría.

Yo quise retroceder y me caí sentado: la panza del elefante era como un techo que se desplomaba sobre mi cabeza. Apreté el gatillo de mi fusil y

disparé toda la carga.

Los pedazos de elefante volaron por todo el circo y yo me levanté con un suspiro de alivio que se me cortó de golpe al oír los nuevos vítores del público.

Otro elefante, el doble del primero, se me venía encima como diez tanques de guerra juntos! ¡Y mi fusil estaba descargado!

Saqué otra granada, le quité el seguro v cuando el animal estaba a menos de diez metros se la arroje a la boca abierta.

BAAAM!

El efecto fué superior a mis esperanzas. No creí que una simple granada de gas lacrimógeno pudiera matar a un elefante, pero el lugar en que explotó era vital. Al monstruo se le doblaron las patas, pero llevado por su impulso dió dos vueltas de carnero y fué a estrellarse contra el palco de Nerón. De su cabeza surgían nubecillas de gas lacrimógeno que obligaron a los ocupantes del palco imperial a retirarse a sitios más seguros. El espectáculo era realmente extraordinario; me quedé un instante contemplándolo...

¡Y Nerón lloraba por primera y última vez en su vida!

TIRE a mi alrededor. La arena es-I taba cubierta de cadáveres: leones, elefantes, gladiadores, numidios. Y la multitud ya no gritaba. Por fin habían comprendido que no era obra de magia y estaban asustados, bien asustados.

Por un instante me sentí orgulloso,

pero hice mal. Cuando el populacho romano se asusta, mata, Y cuando un Emperador se siente ultrajado...

Hasta ese momento vo no había prestado atención a los soldados de briliantes velmos que rodeaban el palco de Nerón. Eran germanos, antepasados de los que habíamos venido a combatir a Italia. Todos medían más de dos metros, pues se los elegía por su corpulencia, coraje y fidelidad al Emperador. Casi toda la Décima Legión se hallaba en el Circo ese día.

Decidí no quedarme hasta la segunda sección. El elefante muerto me podía servir de escalera para trepar al palco vacío de Nerón. Volví a cargar mi fusil e inicié el ascenso, pero al levantar la cabeza me encontré frente a veinte lanzas listas para perforarme.

Me arrojé a la arena y las veinte lanzas me siguieron, pero la pata del elefante me sirvió de escudo. Asomé la cabeza v vi que tres de los germanos habían comenzado a descender por el mismo camino que vo.

Rugió el fusil y los tres desaparecieron. Pero otros surgieron en su lugar, por decenas, por centenares. La multitud se desgañitaba vitoreando a los legionarios. Los numidios se habían reunido en la arena y se me acercaban por detrás.

DERDI los estribos. ¿Habían venido a ver sangre? Pues la verían. Lancé una descarga con mi fusil para eliminar a los legionarios más cercanos. Luego arrojé mi última granada al palco del Emperador y me dispuse a emprender la retirada..., si realmente me dejaban...

Esquivé otras veinte lanzas y trepé a los saltos por la pata del elefante hasta llegar al asiento de Nerón. Desde allí barrí un poco los alrededores con el fusil, no sin recibir antes un lanzazo en el casco que casi me desmaya. Para peor había llegado una compañía de

arqueros que estaban ahora ejercitando su puntería sobre mi persona.

Cerré los ojos y atravesé la nube de gas lacrimógeno. Pero del otro lado me esperaba lo peor. La salida estaba cerrada por el grueso de la Décima Legión, reforzada por voluntarios del público y los restantes numidios. Sólo faltaba que me echaran encima otra media docena de elefantes para que la fiesta fuera completa.

Agoté la carga del fusil y busqué más municiones en la bandolera. Sólo quedeba un cargador, Estaba rodeado; las lanzas y las fechas llovían desde todos lados. En fin, no era sitio para un

tejano respetable como yo.

Ya me veía convertido en pasto para los leones, pero decidí defenderme hasta el final y salí del palco. Y entonces ocurrió lo imposible.

A L salir resbalé en la sangre y caí de bruces al suelo. Al mismo tiempo un rayo colosal cayó sobre el Co-

Por suerte para Nerón, ya había salido del circo; pero el resto de los espectadores tuvo con qué divertirse.

Yo escondí la cara con las manos, pero el rayo no se acercó a mí en ningún momento. Era una cosa rara; en primer lugar, había surgido de un cielo azul sin nubes y, además, estaba ahora serpenteando por todo el Coliseo sin decidirse a tomar tierra, y sus chispas amarillas quemaban todo lo que tocaban. La multitud buscó refugio bajo los asientos de piedra, pero muchos quedaron fulminados antes de poder mo-

Los germanos de la legión arrojaron sus lanzas al diablo y se dispersaron en busca de la salvación.

Yo me incorporé, pero un segundo demasiado pronto. Había alguien encima de mí, y estaba gritando; pero con el rugir de la multitud no se le entendía nada. Este individuo descendió



que es padre... tio... amigo de los "chicos" debe saber por qué todos los chicos, hasta los 10 años, tienen que leer Gatito:

exalta los buenos sen-GATITO timientos, estimula la inteligencia y el espíritu de inventiva, des. arrolla el lenguaje....

hace pensar, sonay. GATITO gozar con cosas alegres, adecuadas para los chicos.

está lleno de color, de GATITO gracia, de frescura... elementos que los pedagogos consideran imprescindibles para una infancia feliz.

enseña deleitando: en GATITO sus páginas el mundo de conocimientos que el chico debe aprender adquiere la belleza y la seducción del cuento de hadas.

jamás publica historias de terror ni historias depresivas ni historias que dificulten la afirmación de la personalidad infantil.



junto a mí, pero yo no pensaba dejar

que nadie me detuviera.

Tenía algo en la mano que me imaginé sería un cuchillo; entonces le pegué un golpe en el cuello con el filo de la mano y lo derribé. Al caer soltó el "cuchillo" y yo lo agarré. De inmediato otro rayo de no sé cuántos millones de voltios comenzó a pasearse por el Coliseo.

Y no sé más nada del extraño individuo ni del rayo misterioso. Me desmayé y recién me despertó una patada nada cariñosa en un costado. Estaba lloviendo y amanecía. Era Roma, pero una lata de sardinas que había en el suelo me indicó que ya no estaba en la época de Nerón.

-¡Levántese, desertor! - rugió mi capitán, que era el que me despertó

tan suavemente.

Lo miré y juro que lo habría besa-

do de alegría.

—¿Dónde se metió? ¿Qué estuvo haciendo? — preguntó, y luego, sin esperar respuesta, me endilgó una serie de insultos que casi me hacen llorar de vergüenza. Me explicó que había cometido no sé cuántos crímenes de guerra, entre ellos el de deserción frente al enemigo y que me iban a fusilar por lo menos seis veces y no sé cuántas cosas más.

Parece que durante la noche había habido una revuelta y abundancia de combates callejeros, en lo que yo no había mostrado la cara. Fué inútil que tratara de convencerlo de que había estado en un sitio mucho más peligroso, también combatiendo contra germanos.

Ni me escuchó, y me trajo prácticamente a patadas a este calabozo. Y por eso estoy aquí y todo lo que me queda de recuerdo de mi pesadilla es esta lapicera fuente o lo que sea, que es lo que le quité a ese individuo creyendo que era un cuchillo, un momento antes de que estallara el segundo rayo.

ANNY West concluyó su historia mostrando a su compañero de celda un objeto gris alargado. Este lo contempló en silencio.

-Bueno - dijo Danny -. ¿Me va a

llamar mentiroso?

El otro preso miró misteriosamente a Danny y le preguntó, señalando el objeto gris:

-¿Dónde lo guardó?

-Aquí - contestó Danny indicando con el dedo un botín -. No quería que me lo sacaran los de la policía militar.

El otro parecía un poco nervioso.

—Déjemelo ver de cerca.

-Bueno, pero devuélvamelo en seguida, ¿eh?

Danny se lo alcanzó, pero casi se le cae. El otro se puso pálido y se lo sacó de las manos; cuidadosamente lo envolvió en un pañuelo y se lo puso en un bolsillo. Luego se puso en pie.

-¡Un momento! - protestó Danny -. ¿Adónde piensa ir con eso?

-Ocurre que eso me pertenece - dijo su compañero de celda.

-¿A usted? ¡Vamos! ¿No le digo que se lo saqué a un tipo que se me apareció de golpe en esa pesadilla o no sé qué?...

De golpe se hizo la luz en el cerebio de Danny y se incorporó de un salto—. ¿Entonces, usted es?...

—Sí, yo soy aquel tipo — dijo el otro preso saludando con la cabeza.

-¿Pero cómo?... ¡Vamos, explíqueme algo, por favor! ¿No ve que si no me voy a volver loco?

El otro sacó de su bolsillo una pequeña tarjeta de metal brillante y se la alcanzó al tejano, que la leyó con admiración creciente. Decía esto: Mortan, Nivel B. 116335. Mecánico de primera clase. Línea Orión-Sol. Vacunado 10 julio 2595. Tipo de sangre: 0.

-Volábamos por esta región y nos quedamos sin agua - explicó aquel representante del futuro -, y como en el 2595 esto era un desierto, decidimos

pasarnos a una época en que hubiera agua, ¿sabe? Tenemos un aparatito que nos permite retroceder a cualquier edad del pasado, pero no vale la pena que trate de explicárselo. El asunto es que se me fué la mano y retrocedí hasta la época de Nerón, y parece que en el camino lo enganché a usted.

-¿Me... enganchó? - pudo mur-

murar Danny.

—Claro; al pasar por esta época me encontré en el mismo sitio que usted, y mi aparatito nos siguió llevando a los dos juntos. ¡Y me alegro, porque el espectáculo que dió usted en el Coliseo no me lo hubiera perdido por nada del mundo!

El hombre se dirigió a la puerta de la celda, pero luego, como pensándolo

mejor, se velvió a Danny.

—Lamento que por mi culpa lo hayan arrestado — dijo —; pero usted puede decir que estuvo persiguiendo a unos ladrones de reliquias históricas que se llevaban esto.

Y le alcanzó a Danny la corona de laureles de oro que Nerón había llevado durante el espectáculo.

-Cuando vean esto ya no pensarán en castigarlo — dijo el hombre del futuro, y aplicando la punta de la "lapicera fuente" a la cerradura de la puerta esperó un instante. El hierro comenzó a fundirse y a caer en gotas al suelo.

Danny lo contemplaba con la boca abierta.

-Pero... un momento - dijo por fin -. Entonces ese rayo que me salvó justo a tiempo..., que cayó de un cielo sin nubes...

—Sí — dijo el otro —, lo produjo esto que usted llamó una lapicera fuente. No es gran cosa; una pequeña pila atómica de bolsillo. Antes se la usaba mucho, pero, claro, ahora es un arma anticuada. Yo la uso porque es un recuerdo de familia.

Con estas palabras el hombre abrió la puerta de la celda y luego desapareció en los corredores de la prisión.

Durante un largo rato Danny permaneció inmóvil, con la corona de oro en las manos, repitiendo automáticamente las palabras

-¡Un arma anticuada! ¡¡Recuerdo de familia!!

#### Prohibido dar vueltas de carnero

El sistema que mediante una carga explosiva expulsa de un avión en peligro a su piloto, con asiento y todo, es la única solución para los aparatos de gran velocidad, pues la fuerza del viento es tal que el piloto no puede salir de la cabina por sus propios medios. Pero, naturalmente, lo más común es que salga dando al mismo tiempo vueltas sobre sí mismo, por lo menos hasta que se abra el paracaídas. Y si el empuje del explosivo pasaba lejos del centro de gravedad del piloto más su asiento, esas vueltas de carnero pueden ser muy rápidas, llegando hasta 240 revoluciones por minuto. Claro que a ese promedio la cosa no tiene nada de divertida. Más: los médicos aeronáuticos han llegado a la conclusión de que es peligroso girar a más de noventa revoluciones por minuto durante tan sólo tres segundos, pues ya entonces comienzan a aparecer pequeñas hemorragias en los párpados y a entorpecerse la circulación en general. Y, como resultado, tenemos ya establecida una velocidad máxima... de rotación.



# CUIDADO con el

Los hombres
no comprendían
que el extraño esclavo,
lleno de añoranzas
por los pantanos
de Venus,
cumplía su misión
en la Tierra...

PERRO

FOR HECTOR SANCHEZ PUYOL

Ilustrado por SALVA



MI Señor me ordenó escribir. Escribir sobre cuanto vea u oiga en mi viaje a la Tierra.

Mi Señor me ordenó escribir, y es-

to hago.

El viaje en lo que ellos llaman astronave va hasta ahora muy bien. El único momento malo es cuando todas las cosas, incluso yo, parecen perder peso y quedan flotando en el aire. Me asusto, y los dos hombres ríen mucho.

—No tengas miedo, "venusino" me dice uno de los hombres, el más joven, el que tiene rostro rosado y pequeñas venas muy rojas en los ángulos de los ojos—. No tengas miedo, que pronto podrás acostarte en tu cama...

Tanto me asusto, que creo que ya nunca volveré a tener peso, que no puedo decirle que mi nombre no es "venusino", que mi nombre es a-Kía. Podría decírselo luego, pero sé que es inútil; no me entendería. Les gusta tanto cambiar de nombre a todo... Hasta a Riru, el mundo de pantanos donde vivimos, le llaman Venos, o Venus. o Venis.

Ya me he tranquilizado, porque mi cuerpo vuelve a tener peso, y aprovecho para escribir.

El hombre joven me mira escribir. No puede entender los signos que hago, y se sonríe. Sus labios son rojos por dentro, muy rojos. Y en sus manos se hinchan las venas azules. Todo él, hasta los ojos con venas rojas en los ángulos, parece lleno de sangre.

Ahora se acerca su compañero. Parece más viejo, pues es más pálido; ha de tener por dentro mucha menos sangre.

Mientras me miran escribir, los dos hablan. No entiendo casi nada de lo que dicen, pero esto es lo que dicen:

—Suerte que estos venusinos sean tan estúpidos —quien habla es el más viejo—. Si se comprueba que puedan vivir en la Tierra, el problema de la mano de obra para las ultraminas de "nife" estará resuelto...

-¿Crees realmente en ese proyecto, Jack? -quien habla es el más joven-.

-¿No querrán que llevemos este venusino al Museo?

-¿Al Museo? ¡No seas ingenuo,

Fred! ¿No escuchaste acaso el último discurso del Mariscal? Bien claro lo dijo: la única forma de explotar el núcleo metálico de la Tierra es empleando mano de obra extraterrestre... ¿Qué obrero humano soportaría trabajar a cien mil metros de profundidad, donde el calor, pese a la refrigeración, es terrible, y el aire, a pesar de los inyectores de oxígeno, poco menos que irrespirable? Sí, Fred, lo mejor es usar como obreros seres de otro planeta.

-¿Obreros o esclavos?

-Llámalos como quieras. De todos modos, estos venusinos tienen una inteligencia equivalente a la de un niño de tres o cuatro años; lo han comprobado los psiquiatras de todas las otras expediciones...; lo prueba también su técnica pobrísima: ni siquiera supieron construirse nunca la más simple choza... Además, todos los psiquiatras coincidieron en negarles la más rudimentaria noción de lo que nosotros llamamos sentimiento, sensibilidad...

-Los perfectos esclavos, ¿no es así?

-Así es.

Durante un momento el más joven de los hombres se calla; luego dice:

-No sé quiénes son los que carecen de sentimientos, si ellos o nos-

-No dramatices, Fred. Te preocupó alguna vez la inmoralidad de domesticar vacas, ovejas o caballos? Con los venusinos se hará lo mismo, sólo que, en lugar de comerlos o de hacerles trabajar en el campo, les haremos trabajar en las ultraminas... Son tan estúpidos que les gusta nuestra compañía. ¡Por poco se pelean para que los llevemos a la Tierra! ¿No te parece que es un regalo demasiado grande el que nos hace la naturaleza para desperdiciarlo por un tonto prejuicio moral?

-Quizá... Aunque no me convences del todo, Jack... ¡Estos venusinos tienen ojos tan expresivos! Duele pen-

sar que enceguecerán para siempre en las ultraminas...

-No te aflijas; también los caballos y los perros tienen ojos muy expresivos... ¡Y bien que los aprovechamos!

Recojo la conversación tal cual es, palabra por palabra. Aunque no sé qué quieren decir. ¿Qué querrán decir esclavo, ultramina, caballo, perro, enceguecer?

Mi Señor me ordenó escribir, aun-

que no entienda nada.

Mi Señor me ordenó escribir, y es-

A HORA el peso de mi cuerpo se A hace excesivo: me muevo con cierta dificultad.

-Estamos próximos ya a la Tierra -me explica el joven. Está satisfecho; lo sé porque sonrie, mostrando otra vez el rojo de la carne de sus labios.

El otro también está contento. Me palmea, y alcanza al joven una cosa

que parece tener agua.

-Siempre me alegra volver a la Tierra -quien habla es el más viejo-. ¡Tómate un trago, Fred! ¡Es whisky, de la vieja e inmortal Escocia!

Los dos beben, y hasta las mejillas

del más viejo se colorean.

Ahora creo que él está tan lleno de sangre como el otro...

VA estamos en la Tierra. Estoy varios días tan cansado que ni escribir puedo. Algo en mi cuerpo no se acostumbra a pesar tanto. Pero los hombres me cuidan, y ahora estoy mejor.

No me gusta la Tierra. Aparte del trabajo que me cuesta moverme, hay demasiada luz, demasiado calor. El suelo es también demasiado duro. Y hay tantos colores, que los ojos me duelen mucho.

Hubiera preferido huir y buscar algún pantano, para tenderme a su orilla, pero eso hubiera disgustado a los hombres. Y mi Señor me ordenó agradarles siempre, hacer cuanto ellos me dijeran.

Mi Señor me ordenó agradar a los

hombres, y esto hago.

The han hecho pasear en lo que VI ellos llaman un plato volador. Es como una astronave para viajes

He visto así muchas cosas desconocidas para mí; anoto sus nombres, porque no sé lo que son: océanos, campos, canales, navíos, molinos, selvas... (sigo con la lista en hoja aparte).

Lo único que verdaderamente me llamó la atención fué lo que ellos denominan ciudades. ¿Qué temerán los hombres para vivir tan apretados unos contra otros?

todo esto, el aparato, radiomarcador, que llevo en la cintura, no cesa de funcionar. ¡Hay en la Tierra una radioactividad enorme!

Mucha, mucha más que en Riru. Mi Señor se alegrará de saberlo.

Mi Señor me ordenó no tocar para nada el radiomarcador. Porque el aparato va anotando él solo los números de la radioactividad.

Mi Señor me ordenó dejar funcionar solo el radiomarcador, y esto hago.

HOY salgo a pasear con mis dos acompañantes de la astronave. Nos cruzamos con muchos hombres, y todos se paran a mirarme. Me miran el casco, el traje..., hasta me tocan. Yo les dejo hacer.

Varios hombres pequeños me rodean en un lugar. Gritan mucho, y rien, y

se atropellan.

-¡Un esclavo! ¡Un esclavo! -grita uno muy contento-. ¡Mira, Pedrito, un esclavo!

Les miro los ojos, y veo que casi no tienen venas rojas en los ángulos.

Pero el color de la piel es más rosado que el de los hombres grandes. Se diría que tienen la sangre más a flor de piel.

Los hombres pequeños me empujan, me palmean, hasta me pellizcan. Yo les miro la piel rosada, y sigo andando.

Mis dos acompañantes se sonríen. Mi Señor me ordenó agradar a los hombres, v esto hago.

IN un lugar donde hay lo que los hombres llaman árboles, me ocurre algo que al principio me asusta y luego me hace pensar...

Dos seres extraños, que no eran hombres, porque tenían cuatro patas y dientes más largos, salen de no sé dónde v se me vienen encima. Mis compañeros les gritan algo y los hacen huir. Pero vo me asusto mucho. Porque rugen como el knop, el carnicero nocturno de los pantanos de Riru...

-No temas -me dice el hombre joven-. No te harán ningún mal.

-¿Cómo se llaman? -pregunto. -Perros... Son animales que nosotros enseñamos a obedecer: nos cuidan las casas, y nos acompañan en los paseos. Son muy buenos amigos; lástima que no sean más inteligentes...

No entiendo mucho de esta explicación; sólo, que los hombres se hacen obedecer por los perros...

-Si tuvieran más inteligencia, ¿podrían hacer cosas más difíciles?

-: Por supuesto!

-¿Ayudar, por ejemplo, a conquistar otro planeta?

El hombre joven me mira sorpren-

dido antes de contestar. -Sí; podrían ayudar a conquistar

otro planeta -contesta luego-. ¡Pero no hay cuidado de que sirvan para eso! Los perros son tan estúpidos que ni siquiera sirven para conquistar otros

No entiendo la respuesta, pero la anoto tal cual la oigo.

Veo después a otros perros, aunque lejos. No sé por qué he sentido un gran deseo de atacarlos y de matarlos.

Odio a los perros como nunca odié

a nadie...

Pero mi Señor me ordenó agradar a los hombres, y esto hago.

T OS hombres fabrican unos aparatos que sirven para copiar en pedacitos de materia blanca lo que ven los ojos. Los llaman máquinas fotográficas. La ventaja que tienen sobre los ojos es que la imagen no desaparece, sino que permanece fija e inmutable y puede ser vista a distancia de tiempo y por cualquier persona.

Hoy me dieron una, y he copiado las caras de muchos hombres, especialmente de aquellos que parecían más llenos de sangre. Estará contento mi

Señor cuando las vea.

ACE tres días que vienen hombres a verme. Son hombres viejos, con muchas venas rojas en los ángulos de los ojos, pero muy pálidos. Me miran mucho, me ponen aparatos raros, me hacen hacer algunos ejercicios.

Después de los tres días, todos los hombres viejos se reúnen alrededor de mí. Hay una espera, y aparece otro hombre, ni joven ni viejo. Todos se

agachan ante él.

-¿Cuál es el informe? -pregunta

a los viejos.

-Confirma los datos anteriores, Mariscal -responde uno de los viejos-. Los venusinos son de músculos muy débiles para la Tierra, y sin duda su capacidad individual de trabajo será reducida. Pero como hay tantos en Venus, potencialmente la capacidad conjunta de trabajo es formidable.

-Magnífico, magnífico... -el hombre Mariscal parece muy contento.

-Su inteligencia, aunque superior a la de cualquier animal terrestre, es

muy elemental. No pueden planear nada: fracasan hasta en los "tests" más simples. Eso sí, su memoria es prodigiosa: no tienen imaginación, pero no olvidan nada, y aprenden rapidamente cualquier idioma; siempre, desde luego, que se les hable en términos concretos y muy sencillos.

-Magnífico. Es indudable que las Altas Potencias han decidido hacer un nuevo don al hombre... Desde que pusieron a su lado a los perros, a las vacas, a los caballos, no le habían hecho un favor semejante... ¡Dispondremos de ilimitadas cantidades de esclavos para explotar las ultraminas! Las Altas Potencias han vuelto a acordarse del género humano...

No entiendo nada de lo que dicen. Pero veo que los hombres bajan la cabeza y se llevan la mano al pecho. Un hombre muy viejo, quizá el más

viejo de todos, se levanta.

-Perdonad, Mariscal -quien habla es el más viejo-. Pero ¿no es peligroso hablar tan sin rodeos, delante de este venusino, de lo que haremos con los habitantes de Venus?

-Siempre temeroso, viejo Rector... -quien habla es el Mariscal-. ¿Qué peligro puede haber? El escucha, pero no entiende nada... Lo único que entiende es que los tratamos bien y que a todos los venusinos los trataremos siempre bien. ¿Verdad, venusino?

Le contesto que sí, moviendo para adelante la cabeza, como hacen ellos.

-¿Estamos acaso seguros -quien habla es el más viejo- de que no hay en Venus seres más inteligentes que éstos?

-¡Completamente! Hemos explorado Venus en todas direcciones, y los únicos habitantes con inteligencia, si así puede llamarse, que encontramos en ese inmenso planeta pantano, son todos iguales a éste... Seres sin técnica alguna, muy inferiores aun al hombre prehistórico...

-¿Qué hay de esos hombres que murieron en Venus, Mariscal?: ¿de todos esos hombres que aparecieron con los cuerpos disecados, como si fueran momias, y sin ninguna herida visible? ¿No tendrán los venusinos algún arma desconocida para nosotros?

-¡Absurdo! ¡Le creía con algún discernimiento, Rector! -quien habla es el Mariscal; su rostro está casi rojo...-. ¿Alguien les atribuyó alguna vez a las vacas un arma secreta, porque nos trasmitieran el carbunco? ¡Los hombres que murieron en Venus han sido sin duda aniquilados por alguna enfermedad actualmente desconocida!

El Mariscal hace una pausa y luego continúa, con el rostro otra vez pálido:

-Nada hay que temer, rectores. Este venusino volverá a Venus en la astronave que lo trajo, y dirá a sus congéneres que aquí lo tratamos muy bien. Cuando vayan a Venus las astronaves de carga, los venusinos nos suplicarán que los dejemos venir... Y como ninguno volverá jamás, jamás sabrán la verdad... ¡Agradezcamos, rectores, a las Altas Potencias el maravilloso don que nos envían, y aprovechémoslo!

Nadie vuelve a hablar cuando calla el Mariscal. Tampoco yo digo nada: han empleado demasiadas palabras nuevas, desconocidas para mí. ¿Qué significarán Altas Potencias, suplicarán, momias, carbunco?

STAMOS otra vez en la astronave. Mi cuerpo pierde de nuevo todo su peso y otra vez vuelve a ganarlo; aunque nunca tanto como antes.

-Estamos acercándonos a Venus quien habla es el más joven-. ¡Era tiempo va!

El y su compañero están contentos. Pero vo lo estoy mucho, muchísimo

Porque una vez más veré a mi

A mi maravilloso, a mi todopoderoso Señor.

Los hombres no saben que él existe; que él, y muchos otros como él, viven ocultos en el fondo de los pantanos de Riru...; que se alimentan de radioactividad, y que por eso quieren conquistar la Tierra... Lo único que necesitan es saber si en la Tierra hay tanta como parece. Por eso vo, a-Kía, fuí enviado, con el radiomarcador oculto en la cintura.

Mi Señor y otro como él ocuparán la astronave de los hombres, y en ella irán a conquistar la Tierra con sus armas invencibles. Ellos tendrán toda la radioactividad que necesitan, y nos darán los hombres a nosotros...

Para nosotros los domesticarán; para que nos alimentemos con su sangre, que tanto bien nos hace, y seamos más fuertes. Así podremos vivir también nosotros en la Tierra.

T A astronave se ha detenido. Ya esd tamos en Riru.

Los dos hombres están abriendo la escotilla.

Mi señor me ordenó matar cuando los hombres abran la escotilla.

Mi Señor me ordenó matar, y esto hago.

#### Estrellita

La más pequeña estrella conocida se des-cubrió en 1952. ¡Nuestro planeta es tres veces mayor que ella!





# Evocación de la dama de la ESPERANZA

En este mes de julio recuerda el país y con él todos los pueblos que luchan por su reivindicación espiritual y social, la figura señera de Eva Perón, de cuya muerte acaba de cumplirse el primer aniversario. La perspectiva de un año, ahondando el dolor de le pérdida irreparable, lejos de desvanecer el perfil combatiente de la Dama de la Esperanza, agranda su nombre y su obra en la veneración y el amor de su pueblo. Eva Perón, cuyo espíritu, hecho herencia, vibra

60

en cada una de las realizaciones de la Nueva Argentina, adquiere hoy el valor de un símbolo. Su memoria, hecha de sacrificio y amor, no vive como una bandera del pasado, sino que late en cada paso hacia adelante, en cada anhelo y pulso de pueblo. Con vibración de colmena feliz siguen multiplicándose, en torno a su dulce mandato de amor en favor de los humildes, los hogares de tránsito, los policlínicos, los hogares-escuelas, las casas de amparo a la vejez, los ho-



gares para empleados y todo ese mundo de realizaciones que son como brazos tendidos a los niños, a las mujeres y los ancianos dignificados por obra y gracia de la Fundación Éva Perón. De ahí, pues, que más que el dolor de su extinción física, nuestro pueblo viva el triunfo de un ideal

inconmovible encarnado en el espíritu y en el legado de aquella mujer admirable, cuya luminosa esperanza y fe en el pueblo reverdecen cada día en las páginas fecundas de ese apostolado que se llama "La Razón de mi Vida" y que el país ha hecho fervorosamente suvas.

## Sentimentalistas LOS

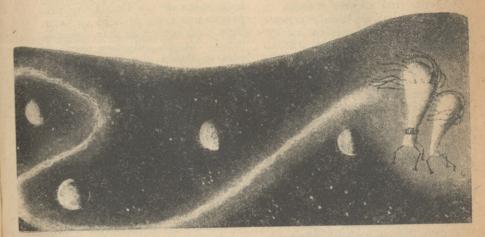
por MURRAY LEINSTER

Esos extraños ángeles custodios no llevaban alitas o bucles dorados... Pero hasta los seres más inconcebibles tienen sentimientos de piedad...

ilustrado por HUNTER



RADAMSICO y Nodalicta hallá-bánse en plena luna de miel y, por lo mismo, estaban muy sentimentales. No hubiera sido fácil para los humanos concebir los sentimientos que existían entre ellos; a duras penas hubieran podido asociar la idea de ternura a esas miradas emitidas desde juegos de dieciséis ojos montados en antenas o tallos oculares flexibles, ni relacionar los lánguidos estremecimientos amorosos con las explosiones positrónicas de repulsión, aun cuando ésta fuese la forma normal de locomoción de tales seres. Y, cuando dos criaturas como éstas entrelazaban sus antenas para mirarse tiernamente con sus dieciséis ojos a la vez, los humanos no



hubieran podido reconocer el equivalente de un beso de amor; hubieran escapado despavoridos, a menos que esta visión los dejase paralizados de

Sin embargo, formaban una pareja perfectamente feliz y... muy sentimental. Estaban realizando su viaje de bodas -hacía apenas setenta y cinco años que se habían casado- cuando llegaron cerca del sol que los humanos llaman Cetis Gama.

Naturalmente, Radamsico deseaba que su luna de miel fuese memorable en todo sentido. Luego de observar las peculiaridades que ofrecía dicho sol, se lo señaló a Nodalicta y le explicó los fenómenos cuya aparición era inminente. Ella lo escuchaba con admiración, arrobada ante la sabiduría de su flamante marido; y, comprendiendo cuánto era su interés científico, le sugirió tímidamente que se detuvieran para observar.

D ADAMSICO escudriñó el panorama. Había en ese sistema algunos planetas interiores; luego, un grupo de gigantescos planetas gaseosos y, más allá, una bonita serie de planetas exteriores cuyas temperaturas de superficie oscilaban entre los tres y siete grados Kelvin.

Cambiando de ruta, descendieron sobre el noveno planeta exterior, que ofrecía un paisaje delicioso. Radamsico desmontó su equipo de viaje e improvisó un albergue. Nieve de nitrógeno brotó del suelo en un remolino, que se consolidó cuando él hizo girar con destreza un haz de rayos de fuerza.

Una vez que la conmoción hubo cesado, apareció una casita confortable, aunque algo rústica, donde podrían albergarse, en espera de los fenómenos que pronto iban a ocurrir en Cetis

Nodalicta prorrumpió en una exclamación de grata sorpresa al entrar en la vivienda: era tan asombrosamente completa, que hasta manaba hidrógeno líquido de un arroyuelo próximo. Sobre la puerta, como detalle artístico y adecuado a la ocasión, Radamsico había puesto sus iniciales y las de Nodalicta, grabadas en cristales de cloro color ámbar y entrelazadas dentro del símbolo que para ellos representaba el corazón. Nodalicta abrazó tiernamente a su marido en agradecimiento por tan fina atención; por supuesto, ningún humano habría reconocido en ese geste un abrazo, pero esto no viene al

Así, en medio de su dicha, quedaron a la expectativa de lo que iba a producirse. Primeramente observaron con atención los gigantescos planetas gaseosos y luego los de la órbita inte-

En el segundo planeta situado más allá del sol, percibieron pequeños animales bípedos, entregados a ocupaciones propias de una civilización primitiva. Nodalicta estaba encantada. Movida por la curiosidad, hacía pregunta tras pregunta. Radamsico, hurgando en su memoria, le respondía que esas criaturas no eran bien conocidas, aunque habían sido observadas con anterioridad; constreñidas en toda forma por su constitución física, habían conquistado al fin el desplazamiento en el espacio por medio de vehículos muy rudimentarios. Según creía, el

nombre que se daban a sí mismos era el de "hombres".

La sol fué surgiendo lentamente en Lel este. Lon Simpson echó una maldición, pues era la décimocuarta vez que fracasaba en su intento de hacer funcionar el generador. Su tractor permanecía inactivo, y los campos esperaban. Allá en Cetópolis, las básculas y los galpones de almacenaje esperaban; y, sin duda, alguna espacionave aguardaba la orden de ir a Cetis Gama para recoger una carga de hojas de tanar. Estas hojas estaban en gran demanda, porque con un miligramo diario de ellas se alejaba el peligro de vejez. La frase "De la vejez ria con un miligramo por día" no era solamente un slogan de propaganda, sino un práctico y sano precepto de la ciencia geriátrica.

Pero las hojas de tanar sólo crecían en Cetis Gama Dos; y, por ley, todos los planetas habitables tenían que estar abiertos a la colonización y debía venderse tierra a quien la quisiera, siendo la demanda muy grande a causa de que la Tierra estaba superpoblada. Ahora bien: la Compañía Comercial de Cetis Gama no podía extender la plantación a todo el planeta sin riesgo de perder el monopolio, pero podía mantener su propia plantación con fines de investigación y adiestramiento de nuevos colonos. Estaba obligada a admitir nuevos colonos al planeta y a venderles tierra; pero es sabido que siempre existen maneras de burlar las leves.

Lon Simpson volvió a maldecir. El Diesel de su tractor movía un generador, el cual alimentaba a los motores de las ruedas oruga de su tractor. Por sexta vez en un mes, el generador se paraba; y los generadores no suelen pararse.

Volvió a conectarlo, con resultado tan negativo como antes; aparentemen-

te no había defecto alguno, y sin embargo no se le podía hacer marchar.

TEMBLANDO de rabia, Lon regresó a su bonita casa prefabricada y fué directamente hacia el rayófono; era tal su agitación, que ni siquiera pudo calmarlo la suave voz de Katy, que se oía desde la central de Cetópolis.

-Katy, comunicame con Carson y...

ino escuches!

Oyó algunos "clics" en el rayófono de doble vía. Cuando salió la voz de Carson, el administrador de la Compañía le dijo con rudeza:

—¡Se me ha parado el generador! Ya lo he reparado dos veces en esta semana. Parece que lo hubieran hecho ex profeso para que se rompa. Dígame, ¿qué significa esto?

El representante de la Compañía Comercial de Cetis Gama parecía abu-

rrido.

-¿Le envío uno nuevo? -preguntó sin interés-. Todavía le queda crédito sobre su cosecha, siempre que sus campos estén en buenas condiciones...

-¡Yo quiero maquinaria que funcione! —interrumpió Lon fuera de sí—. Máquinas que no haya que estar reponiéndolas cuatro veces por año. Y la quiero a precios decentes, ¿me oye?

-Vea, amigo, todos esos generadores vienen de la Tierra y hay que pagar flete por ellos, lo mismo que por todo lo que viene de la Tierra. Vamos a ver: ustedes vienen a un planeta en pleno progreso, adquieren tierra, maquinaria, casa, se les imparte instrucción agrícola. ¿Qué más se les ocurre desear? ¿Que la Compañía los acueste y los arrope de noche? Bueno, ¿va a comprar o no el generador?

-¿Cuánto cuesta? —inquirió Lon. Cuando Carson mencionó la cifra, Lon dió un respingo.

-¡Es un robo! ¿Qué me quedará sobre mi cosecha si lo compro?

La voz de Carson seguía aburrida.

—Si su próxima cosecha es normal, entonces deberá la cosecha más trescientos créditos. Pero lo dejaremos pa-

ra la próxima temporada.

-Y si me niego a entregar el producto de mi trabajo a cambio de deu-

das, ¿qué ocurriría?

—Según el contrato, tenemos derecho a completar el cultivo de su plantación y a cobrarle por el trabajo, pues le hemos adelantado crédito por este concepto. Luego, le embargaremos tierra y casa, para cubrir el saldo. Usted ya no podría obtener crédito en los almacenes de la Compañía. Y, por último, el pasaje para salir del planeta debe ser pagado al contado —se interrumpió para lanzar un bostezo—. No me conteste ahora —prosiguió con el mismo tono indiferente—. Llámeme cuando se haya calmado; no tendrá más que pedirme disculpas.

Lon Simpson oyó el "clic" antes que tuviera tiempo de reaccionar; pero su respuesta, no excesivamente suave por cierto, se hizo oír poco después.

-Lon, por favor... -dijo la voz

de Katy, tranquilizadora.

El no pudo reprimir una descripción particularmente vívida de los modales, la moral y los antepasados de los directores y empleados de la Compañía Comercial de Cetis Gama y, finalmente, todavía bullendo su furor, critó:

-¡Te previne que no escucharas!

Siguió protestando, aunque en tono más calmado. Sus tribulaciones lo agobiaban.

-Esto es robo, simplemente robo -lamentábase-. Es una verdadera expoliación. Me han despojado de todo
el crédito que yo tenía. Me quitan tres
cuartas partes del valor de mi cosecha,
en pago de repuestos para la maldita
máquina que me vendieron, jy ahora
terminaré el año con déficitl ¿Cómo
voy a pedirte que te cases conmigo?

TODOS los rayófonos de la colonia agrícola llegaban a la central de Cetópolis, donde Katy era una de las dos operadoras. Según se decía, más adelante, cuando se hubiera alcanzado un nivel superior de progreso, se adoptaría el sistema de intercomunicación. Pero, entretanto, Lon sospechaba que el mantenimiento de una anticuada estación central pudiera obedecer a razones ocultas.

Katy dijo alegremente:

-Puedes continuar hablando, Lon. -Esta noche iré a la ciudad. ¿Quieres que pase a buscarte?

-Si... -balbuceó ella-. ¡Oh, cla-

ro que sí!

Luego de colgar el auricular, él volvió a su campo y a su tractor. Un cúmulo de amargos pensamientos lo acosaban. En la Tierra había una ley que fomentaba la colonización de ciertos planetas habitables e incluso se daba ayuda gubernamental a las personas que carecían de fondos. Pero si un hombre quería ser alguien, prefería utilizar su propio dinero, escoger el planeta que más le gustase y decidir su propio medio de vida. Lon había comprado cuatro hectáreas de tierra en Cetis Gama Dos. Pagó su pasaje y quinientos créditos mensuales por un curso de entrenamiento en la plantación de la Compañía. Durante todo ese tiempo había trabajado concienzu-

damente en el cultivo, recolección y curación de hojas de tanar, en beneficio de la empresa. Luego le había comprado a ésta maquinaria y una casa; y con grandes esfuerzos comenzó a trabajar en forma independiente.

Fué entonces cuando una espacionave de la Compañía trajo a Katy como rayofonista de Cetópolis. La nueva colonia no contaba con más de cinco mil humanos en todo el planeta; todos ellos estaban concentrados cerca de la pequeña ciudad única, con sus aceras entabladas y sus edificios prefabricados. Al poco tiempo de conocer a Katy, Lon Simpson comprendió que sus esfuerzos y afanes adquirían nuevo sentido.

Pero tenía que habérselas con una astuta organización. Sus máquinas y herramientas, sumamente costosas, comenzaron a sufrir frecuentes desperfectos. Las componía una y otra vez, pero al cabo de un tiempo ya no le fué posible reparar sus máquinas y tuvo que comprar nuevas. Antes que las plantas de tanar hubieran crecido hasta la mitad, debía gran parte de su próxima cosecha en pago de renovación de equipos.

HORA veía claramente cómo fun-A cionaba el sistema. La Compañía importaba toda la maquinaria construída en sus propias fábricas, y esta

#### Estrellas oscuras

E L número de estrellas que no emiten luz pero sí ondas de radio parece ser mayor que lo supuesto. Hasta el año pasado se conocían doscientas, y ya hay que agregarles otras tantas más. Para descubrirlas se barre el firmamento con un radiotelescopio que tiene 48 antenas en forma de tirabuzón. El procedimiento es el mismo que para localizar aviones con radar, sólo que aquí las mismas estrellas emiten las ondas, y éstas son bastante largas: casi un metro. Un buen aficionado a la onda corta puede convertirse en famoso descubridor de estrellas, pues en el hemisferio sud ese trabajo apenas está en sus comienzos. ¡Aprovechen la maquinaria estaba destinada a romperse. Por tal razón, Lon cerraría este año debiendo, en concepto de reemplazo de instrumental, una cantidad superior al valor eventual de su cosecha.

Seguramente las cosas no pararían en eso; comenzaría la próxima temporada endeudado y, si se repetían tales percances, debería toda su cosecha siguiente y estaría atrasado en seis mil créditos. Para la temporada de cosecha subsiguiente, su campo y su casa le serían hipotecados por deudas, y entonces él se vería reducido o bien a trabajar para otros colonos -que a su vez iban a ser víctimas del mismo proceso- o a ofrecerse como peón en la plantación de la Compañía. De esta manera, jamás podría ahorrar lo suficiente como para costearse el viaje de regreso. Estaba, pues, en condiciones mucho peores que los que habían aceptado ayuda para emigrar a otros planetas, ya que éstos nada habían invertido en tierra, máquinas y enseñanza agrícola.

Por añadidura, estaba Katy. Ella debía su pasaje de ida, y pasarían años antes que pudiera pagarlo. La joven no podría vivir con él en la barraca de los peones, de manera que era mejor que se olvidaran mutuamente.

Sí, se trataba de un sistema: prefectamente legal, absolutamente hermético, sin la menor falla. La empresa ejercía el monopolio del tanar, a pesar de todas las leyes. Fiscalizaba toda la tierra cultivada de Cetis Gama Dos y había resuelto ventajosamente el problema del trabajo. Los colonos pagaban, en primer lugar, algo así como 16.000 créditos cada uno por el privilegio de ensayar el cultivo independiente durante unos dos años; luego, se convertían en asalariados de la Compañía, mediante una paga que les bastaba a duras penas para subsistir.

Lon Simpson estaba, pues, en las

garras de este sistema. Habia desarmado dieciocho veces el generador y lo había vuelto a armar otras tantas, siempre infructuosamente. Era imposible hallar el menor defecto visible; pues se lo había diseñado expresamente para romperse sin que fuera posible descubrir la causa. No obstante, si no era capaz de repararlo, perdería mil quinientos créditos, y sus inversiones se irían consumiendo, llevándose consigo todas sus esperanzas.

Por décimonovena vez volvió a examinar el generador. En el colmo de la irritación, se preguntó cómo podía haber diseñadores tan hábiles para inventar generadores que se paraban en forma misteriosa. Había que reconocer que era un sistema de gran ingeniosidad.

NTRE tanto, allá en el noveno planeta de la órbita exterior, Radamsico explicaba la situación a su joven esposa, mientras seguían esperando que se produjeran los interesantes fenómenos astronómicos, confortablemente instalados en su vivienda. Esta era muy sencilla: paredes de nitrógeno congelado y ventanas de hielo oxigenado, con su débil tinte azulino. Para crear un ambiente hogareño, Radamsico había plantado algunas cristaflores de cianógeno e instalado también un delicioso estanque de hidrógeno líquido que reflejaba la luz de los astros. Cetis Gama, o sea el sol local, no se veía allí sino como una estrella muy brillante y cercana -estaba a una distancia de cuatro horas luz- cuyos suaves destellos hechizaban todo el paisaje.

Como es de imaginar, Nodalicta, por recato, no quería adentrarse en las mentes de los bípedos masculinos del planeta interior; del mismo modo, su conciencia de flamante marido hacía que Radamsico se limitara a los pensamientos de los bípedos masculinos. Así, pues, dirigió los pensamientos de su esposa hacia la joven Katy, que se hallaba en la central ravofónica.

-¡Qué terrible! -exclamó Nodalicta con profunda aflicción, cuando hubo captado las meditaciones de Katy.

En realidad, no se expresaba por medio de palabras ni de ondas sonoras. No existe mucho aire a una temperatura de siete grados Kelvin, ya que todo está congelado; tal vez flote un poco de helio, pero nada más. La forma de comunicarse no es exactamente la palabra, pero figurémonos que así fuera. Nodalicta, pues, pro-

-¡Cómo se aman los dos! ¿No te parece, Radamsico, que en cierto modo son como... como éramos nosotros?

El, fingiendo indignación, emitió sobre su esposa un rayo de positrón. Si un rayo semejante hubiera caído sobre un humano, lo habría hecho encogerse hasta convertirlo en un montón de restos chamuscados y humeantes. Pero Nodalicta se irguió.

-¡Radamsico! - protestó amorosamente-, no me hagas cosquillas. Y ahora dime una cosa:: ¿no puedes ha-

cer nada por ellos?

Entonces Radamsico, galante caballero, envió nuevamente sus pensamientos al segundo planeta, donde un bípedo, con el ceño fruncido, hacía vanos esfuerzos por dominar un artefacto primitivo.

ON Simpson contemplaba fijamen-I te el generador desarmado. De repente, su rostro se iluminó. Sus ojos permanecieron fijos en el vacío; una idea le estaba dando vueltas en la mente. Exhaló un prolongado silbido, desahogando así su pecho. Luego, con gran esfuerzo, hizo cuatro o cinco cosas que eran suficientes para inutilizar el generador y no poder negociarlo en el miserable almacén de la Compañía.

Durante casi veinte minutos estuvo trabajando con atención concentrada y febril. Tomó un tallo trifurcado de una planta llamada dilo y luego unos trozos de alambre de cobre, enrollándolos en el tallo de una manera inverosímil y complicada. Lo mismo hizo con dos trozos de chapa de hierro. Acto seguido, conectó los extremos del alambre a los contactos de su tractor y, trepando al asiento, accionó el arranque.

El tractor dió una sacudida y se puso en movimiento. El diesel no funcionaba, pero el vehículo rodó fácilmente bajo la conducción de Lon; los motores de las ruedas oruga eran alimentados por un lío de alambres enrollados alrededor de la rama trifurcada, que proporcionaban la suficiente

energia motriz.

El tractor trabajó durante toda la mañana y toda la tarde. Lon experimentaba una sensación muy peculiar, que se reflejaba en su rostro. Comprendía lo que acababa de hacer, y ahora que lo había hecho le parecía el más sencillo de los expedientes. Le parecía imposible que nadie lo hubiera descubierto hasta entonces. Era un método capaz de producir toda la energía que se desease; el voltaje dependería tan sólo del número de vueltas de alambre de cobre en torno a un tallo de forma trifurcada de la planta denominada dilo.

Ya no necesitaba un generador nuevo para mover su tractor; ni siquiera necesitaba un diesel. Y así Lon Simpson pudo manejar su tractor hasta las últimas horas del atardecer, atendiendo no sólo toda la tierra que necesitaba urgente cultivo, sino inclusive uno de los sectores hasta los cuales no contaba llegar antes de la semana siguiente. Pero su semblante mantenía una expresión de asombro; es que, sin duda, se tiene una sensación muy extraña al descubrir que se es un genio.

AS tarde, al reunirse con Katy, le refirió todo el asunto. Era una noche muy cálida, excepcionalmente tórrida. Caminando a lo largo de las aceras entabladas de la pequeña ciudad de frontera (como nueva co-Ionia, Cetis Gama Dos constituía una frontera), Lon relató a Katy cosas muy extrañas. Había pensado que tendría que anunciarle la ruptura dolorosa e inevitable de sus relaciones sentimentales, confesándole, con no poca amargura, que estaba condenado a trabajar perpetuamente como un esclavo para enriquecer las arcas de la Compañía. Ahora, en cambio, mientras paseaban por las calles arboladas de la pequeña ciudad, envueltos en la fragancia de los arbustos chanel que crecían a extramuros; mientras escuchaban las armoniosas cadencias de las que debieran haber sido aves nocturnas (no lo eran, pues los cantores estaban cubiertos de piel y no de plumas, y dormían en madrigueras durante el día); mientras caminaban, decimos, con los dedos entrelazados, en la noche cálida y estrellada, Lon sentíase feliz al poder revelar a Katy su genial invento.

Explicóle en detalle por qué los alambres de cobre, enrollados de esa manera especial y combinados con trozos de chapa de hierro unidos en una forma determinada, se convertían en una fuente de energía inagotable. Le expuso las razones por las cuales esto debía ser así y su asombro de que nadie lo hubiera descubierto antes.

-: Es maravilloso! -comentó ella, pensativa-. Gracias a tu invento, se podrán mover espacionaves, y ciudades, v de todo. ¿No es verdad, Lon? Me parece que te vas a hacer muy rico.

El se detuvo bruscamente y se quedó mirándola: hasta ese instante no se le había ocurrido tal pensamiento.

-Si es así -dijo con voz turbada-, tendré que volver a la Tierra para patentar mi invento... Y no tengo dinero para mi pasaje, cuanto menos para dos ...

-¿Dos? -preguntó ella esperanza-

da-. ¿Por qué dos?

-¡Qué! ¿Acaso no te vas a casar conmigo? Yo creía que eso va estaba arreglado.

Ella dió tres golpecitos en el suelo. -- Acaso no sabes -- dijo indignada- que esas cosas no se arreglan solas; especialmente cuando dos personas están paseando bajo las estrellas y se las supone emocionadas? No, la cuestión no está arreglada, por lo menos no lo estará hasta que me hayas

El se apresuró a subsanar su omi-

I EJOS, muy lejos, en el noveno planeta, Nodalicta se ruborizó le-

-¡Qué extraños son! -Y luego añadió con el más absoluto asombro-: ¡Qué ocurrencia poner sus... sus labios juntos en señal de afecto!

Como cualquier marido, Radamsico se divertía con las deliciosas ingenuidades de su flamante esposa. Pero, a decir verdad, demostraba su buen humor en manifestaciones que ningún ser humano hubiera podido reconocer

como una risa cariñosa.

-¡Gansita! -le dijo afectuosamente. Es claro que, al decir esto, no pensaba en un ave de corral, sino en una criatura dotada de treinta y cuatro piernas y escamas en vez de plumas, y que no respondía a aquel nombre por ningún otro parecido-. Gansita -repitió-, ¿no ves que si hacen eso es porque no pueden hacer esto?

Y uniendo el gesto a la palabra, la enlazó muy románticamente entre sus

antenas oculares.

NASARON los días en Cetis Gama Dos, y Lon Simpson seguía trabajando febrilmente en sus plantaciones de tanar. Sin embargo, lo acosaba una preocupación. Era indudable que su nueva fuente de energía debía servir para algo más que para mover un simple tractor. ¡Era algo valioso, significaba riqueza! Constituía un descubrimiento fundamental, de ésos que han ayudado a los seres humanos a elevarse desde su condición de inteligentes criaturas terrestres hasta la categoría de colonizadores galácticos... ¡Y por cierto que esto les había reportado beneficio!

En efecto, constituía un principio básico para la producción de energía eléctrica, que resolvería para siempre el problema del combustible, el cual ya no sería necesario. Se multiplicaría el número de planetas colonizables. Disminuiría el precio de todos los artículos creados por los humanos, al disminuir el costo de la energía. Los gastos de transporte de un planeta a otro se reducirían a una insignificancia. Cada miembro de la raza humana aumentaría sus riquezas, gracias a ese dispositivo que Lon Simpson había aplicado a su tractor. Por lo tanto, le correspondería una participación en toda la riqueza que él contribuiría a crear. Pero...

Era un modesto cultivador de tanar en Cetis Gama Dos. Su cosecha estaba hipotecada; en consecuencia, no podía soñar con reunir el dinero suficiente para regresar a la Tierra a fin de patentar su invento. Tenía riquezas, pe-10 no podía disponer de ellas; además, en cualquier momento podía volver a ocurrirle un percance.

Y, en efecto, ocurrió. Sin que él lo

advirtiera, se echó a perder el congelador de su alacena refrigeradora. No conocía el mecanismo de esos aparatos, donde se almacenaba una provisión de víveres suficiente para toda una temporada de cultivo. Y, sin que lo sospechara, los alimentos allí guardados -todos importados de la Tierra a precios increíblemente altos- se des-

helaron, fermentaron y comenzaron a despedir gases malolientes, esperando el instante oportuno para revelarse en forma catastrófica.

Pero había, en esos momentos, causas más serias de preocupación. Un glaciar que había llegado a la región polar de Cetis Gama Dos comenzó a decrecer, en vez de aumentar de tamaño como hubiera sido lo normal en aquella estación. Durante tres días se observó una notable prominencia solar alrededor del ecuador del sol local. Por otra parte, la Compañía Comercial de Cetis Gama realizó una reunión de directorio durante la cual uno de los directores informó que la curva normal de las ganancias comenzaba a bajar y, en consecuencia, era necesario hacer algo para mejorar la situación financiera. Otro de los fenómenos era que, en el hemisferio norte de Cetis Gama, habían aparecido desagradables manchas solares. De haber habido allí algunos astrónomos, hubieran dado la voz de alarma; pero desgraciadamente no los había.

E los habitantes del planeta, era Lon Simpson, indudablemente, el que más nerviosidad experimentaba. En efecto, ese día, Katy, acompañada por la esposa de un colono, visitaría su chacra y su casa para conocer el escenario de la inefable felicidad conyu-

gal que les aguardaba.

Ella llegó, vió y quedó cautivada. En el colmo de la dicha, Lon abrió la puerta de la bonita vivienda que habría de compartir con ella y que había estado preparando durante dos días enteros para que fuera digna de sus miradas. Tan pronto como la joven transpuso el umbral, se oyó una sorda explosión, un silbido, un burbujeo y, por último, una ola de fétido hedor barrió la casa y les cortó el aliento.

El estampido se debía a que la alacena refrigeradora había estallado como

consecuencia de la presión de los gases acumulados en su interior. El hedor provenía de los alimentos que, encerrados durante diez días, se habían deshelado sin que Lon lo adivinara. Tal vez no hava olor más nauseabundo que el del pescado helado cuando sufre una descomposición muy fuerte en un clima tórrido; pero si lo hay. proviene de huevos congelados que. al ser aliviada la presión exterior, hacen estallar sus cáscaras. En el caso presente, la situación se agravaba por la existencia de frutillas fermentadas, carne mohosa y hortalizas putrefactas, todo lo cual revelaba a un tiempo su presencia.

Katy sentía que se ahogaba. Lon la llevó afuera, tosiendo ambos. Desde afuera abrió las ventanas de la casa para que el hedor se desvaneciera. Su desesperación era incalculable.

-No podré mostrarte la casa, querida... -balbuceó-; ¡la alacena refrigeradora se ha echado a perder y se pudrieron todos los alimentos!

-Lon - dijo ella -, jes terrible!

¿Oué comerás ahora?

Comenzó a comprender que el asunto era más serio de lo que había supuesto. Todos sus sueños se derrumbaban. Había llegado a imaginarse, junto a Katy, convertido en un próspero colono que cultivaba gozosamente plantas de tanar para una clientela siempre creciente que exigía "un miligramo por día". Con el fruto de su trabajo, el v Katy llegarían a gozar de una

fortuna regular, rodeados de hijos, nietos y... Su vida se abría ante ellos en una especie de resplandor rosado. Además, podía cobrar los derechos que le correspondían por su invento. Pero todo esto resultaba ridículo, frente a esta triste realidad.

Lon podía seguir cultivando sus campos, pero no tenía alimento por una larga temporada. La flora local no era apta para la digestión humana. Sólo comía víveres importados de la Tierra; tendría, pues, que comprar una nueva remesa a la Compañía, y esto significaba la ruina.

Aunque tenía en sus manos un dispositivo que probablemente valía más que toda la Compañía Comercial de Cetis Gama, estaba perdido de todas maneras. Su cosecha se hallaba hipotecada. Y si Carson se enteraba de su invento para sustituir al generador. no cejaría hasta arrancárselo de las ma-

Acompañó a Katy hasta Cetópolis y luego, presa de gran agitación, fué a visitar a algunos colonos. No podía hablarles de su dispositivo, pues de esta manera era fácil que Carson llegara a saber las cosas y se apoderase de un ejemplar para enviarlo a sus superiores, que lo harían víctima de una piratería. Por lo tanto, el único recurso que le quedaba era pedir provisiones prestadas hasta la próxima temporada.

Sin embargo, tampoco esto era sencillo. No podía pedir alimentos en can-

## El volcán más joven

E L volcán que apareció de golpe en la isla de San Benedicto (en la costa mejicana del Pacífico) convirtiéndola en una ruina y hasta extinguiendo un género de aves que no vivía más que allí, está disminuyendo su actividad y pronto podrá considerárselo extinguido. Es el volcán más joven del mundo, seguido de cerca por el famoso Paricutín, surgido también en territorio mejicano hace menos de diez años.

tidad, pues los demás colonos tenían también sus problemas; reponer las reservas de Lon significaba vaciar la propia alacena, lo cual les crearía la necesidad de comprar más comestibles, que les serían deducidos del valor de sus cosechas. De esta manera, no se lograba más que apresurar el día en que todos habrían de convertirse en peones de la Compañía.

Lon tenía alimento suficiente para dos días, pero decidió extenderlo a cuatro. Después tendría que comprar más y, en cada comida, sus esperanzas de liberación y prosperidad junto a Katy,

se irían desvaneciendo. A menos que prefiriera dejarse mo-

ric de hambre...

DADAMSICO seguía con apasionado interés todo lo que acontecía en la fotosfera de Cetis Gama. Desde su refugio en el noveno planeta, examinaba con entusiasmo las prominencias solares y tomaba abundantes notas. Nodalicta, por su parte, procuraba demostrar el mayor interés posible por esas aficiones de su marido, pero le era imposible concentrar mucho tiempo su atención. De modo que empezó a ocuparse de los quehaceres domésticos. Improvisó una bonita alfombra de fibras de metano ornada de borlas y puso cortinas en las ventanas. Amplió el jardín que había instalado Radamsico, agregando arriates de cristales de amoníaco y una especie de sendero con un cerco de sulfuro monoclínico que despedía lindísimos destellos frente a la luz solar. Sólo era una morada temporaria, pero quería demostrar a su adorado Radamsico que ella era capaz de transformar cualquier rincón en un hogar confortable.

El permanecía absorto en la contemplación de los fenómenos que presentaba el sol local. Al cabo de cinco días, una protuberancia espectacular se dividió en dos mitades que, natu-

ralmente, se separaron y establecieron en extremos opuestos del ecuador solar. Continuaron rotando con el sol, semejantes a esas ruedas giratorias de los fuegos artificiales. En medio de éstas, surgieron otras dos prominencias de menor tamaño. Radamsico estaba fascinado por el espectáculo.

Nodalicta se acercó para reposar junto a él, sobre una suave loma de escoria volcánica, confiando en que su presencia sería notada. Por más que se esforzaba, no llegaba a sentir verdadero interés por ese "hobby" de su marido, pero se cuidaba muy bien de

manifestarlo. Decidió proyectar sus pensamientos hacia el ser bípedo femenino que habitaba en el segundo planeta. Al cabo de un rato, se dirigió hacia su marido con voz angustiada:

-¡Qué desdichados son, Radamsico! El desvió gentilmente su atención de los fenómenos solares.

-¿Qué ocurre, querida?

-¡Fíjate qué enamorados están! Sin embargo, no se pueden casar porque él no tiene comida para compartir con

Radamsico miró en la dirección indicada. Era un marido ardiente y sentimental. Si su joven esposa tenía algún motivo de pena, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para disiparla.

ON Simpson observó atentamente el refrigerador alacena: ya estaba reparado. Una vez en cada temporada, llegaba un camión desde Cetópolis y lo llenaba de víveres, que eran sumamente costosos. Esos víveres eran mantenidos en un grado máximo de congelación, para lo cual convenía dejar cerrado el aparato el mayor tiempo posible. Ahora, la alacena estaba vacía; había extraído de ella una repugnante masa de alimentos descompuestos y, aunque había vuelto a funcionar, de nada valía. Reponer los víveres significaba ponerse completamente a merced de la Compañía; sin embargo, no le quedaría otro remedio.

Amargado ante tal perspectiva, lla-

mó a la oficina de Carson.

-Habla Simpson -dijo lacónicamente-. ¿Cuánto cuesta...?

-El precio de un generador -interrumpió el otro, con su habitual displicencia- es el mismo que antes. ¿Quiere que se lo envíe?

-No. Mi alacena refrigeradora ha sufrido una avería y todos los comestibles se echaron a perder. Necesito

una nueva remesa.

-Ya me lo imaginaba -comentó el otro, sin interés. Después de una pausa, añadió-: Mil quinientos créditos por raciones standard, hasta la temporada de cosecha. Después necesitará más.

-¡Es un robo! -rugió Lon-. ¡No puedo obtener más de cuatro mil créditos por mi cosechal ¡Usted ya me había cargado en cuenta tres mil cré-

Carson bostezó.

-Exacto. Un generador nuevo, mil quinientos; provisiones de boca, mil quinientos. Si su cosecha es buena, comenzará la temporada con dos mil créditos en contra, en calidad de préstamo sobre su tierra.

Lon Simpson se ahogaba de ira.

-¡Usted se llevará toda mi cosecha de tanar y yo seguiré siendo su deudor! Después, crédito para semillas y víveres y, si necesito comprar más maquinaria, se adueñará de mi chacra y del producto de mi tierra en la próxima cosecha. Y no me salvaré aunque la cosecha sea excelente. ¡Mi campo pasará a poder de su maldita Compañía!

-Usted lo ha dicho -replicó Carson con frialdad-. Pero fué usted, no yo, quien tuvo la idea de dedicarse al cultivo del tanar. Bueno; ¿le envío o no los alimentos?

Lon bramó en el rayófono. Pero en seguida oyó un "clic" y entonces la voz de Katy intervino para apaciguarlo.

-Lon, por favor... El no pudo responderle. Sólo se oía su jadeo y, finalmente, tuvo que colgar el auricular. Es esencial que un joven enamorado se muestre en sus mejores aspectos ante la amada; pero las circunstancias lo impedían en el caso de Lon. Había invertido una fortuna considerable en sus cultivos. Era un agricultor experto y duro en el trabajo; en el asunto del generador se había revelado un verdadero genio; sin embargo, se hallaba a merced del representante de la Compañía Comercial de Cetis Gama. Ya estaba endeudado hasta la coronilla y si quería seguir alimentándose tendría que endeudarse aún más. Si era cuidadoso, trabajador y ahorrativo, la empresa se llevaría su cosecha y su campo al cabo de seis meses, dándole a cambio un empleo de jornalero agrícola.

OTALMENTE abatido, se dirigió a la cocina y examinó su insignificante reserva alimenticia. Podía comer ahora mismo esos víveres, pues tenía hambre, pero si lo hacía...

De pronto sus ojos pestañearon. Se le había ocurrido una idea. En medio de su asombro y turbación, esa idea empezó a darle vueltas y vueltas en la cabeza. Su expresión se tornó primero escéptica, luego asombrada, pero sus ojos permanecían atentos mientras pensaba.

Después de unos instantes, no muy seguro todavía, salió de la casa y fué a desenrollar un poco de alambre de cobre, del mismo que le había servido para su anterior invento. Regresó a la cocina, tomó una lata vacía y le practicó unos extraños cortes asimétricos. Cuando hubo terminado, observó su trabajo con expresión dubitativa.

No pasó mucho tiempo antes de

que hubiera construído un nuevo dispositivo. Consistía en dos aros helicoidales, uno más grande que el otro; si a algo se parecian, era a esos "cuerpos móviles" que, antaño, algunos escultores consideraban como arte.

Contempló su obra sin comprender. Luego volvió a salir y retornó con aquel mismo tallo trifurcado que le había servido para reemplazar al generador. Conectó los alambres de este absurdo utensilio a los aros helicoidales del nuevo y más increíble artefacto. La lata, con sus extraños cortes, estaba colocada en medio de ambos aros helicoidales.

Se oyó un zumbido. Lon salió nuevamente y regresó al poco rato con un montón de arbustos, cuyo follaje introdujo en el aro grande, al tiempo

que murmuraba:

-¡Estoy locol ¡Positivamente loco! Luego fué hasta la alacena refrigeradora, tomó un paquetito de arvejas congeladas y las introdujo en la lata.

Esta vez el zumbido se hizo más audible. Al cabo de unos instantes apareció en el aro más pequeño un paquete de arvejas no congeladas. Lon las retiró. El aparato volvió a zumbar con fuerza: otro paquete de arvejas estaba a la vista en el aro más pequeño.

Cuando obtuvo seis paquetes de arvejas, por el que había puesto al principio de la operación, la mata de follaje aprisionado en el aro grande estalló súbitamente. El inventor desconectó entonces los alambres y retiró los restos. El follaje original estaba encogido y, por así decir, desecado. Lo arrojó por la ventana.

PUSO a cocinar un paquete de arvejas no congeladas y se sentó, tomándose la cabeza entre las manos. Sabía lo que había hecho y sabía cómo había ocurrido.

Naturalmente, la flora local de Ce-



mentos químicos que las arvejas importadas de la Tierra. Esos elementos estaban combinados en compuestos químicos similares, si no idénticos, a los de la vegetación terrestre. El nuevo dispositivo no hacía sino convertir los compuestos químicos del aro grande para equipararlos a los de la muestra (en la lata) y los reunía en el aro pequeño de acuerdo con la estructura física de la muestra; en este caso, los convertía en arvejas.

El dispositivo admitiría cualquier compuesto similar que se colocara en el aro grande y lo reconstituiría, convenientemente modificado, según la muestra, en el aro pequeño. Serviría no sólo para arvejas, sino también para toda clase de raíces, cortezas, hierbas, bayas, capullos y flores. Serviría, quizá..., para las hojas de... tanar.

Cuando esta última idea surgió en su mente, Lon Simpson sintióse fuera de sí. Impulsivamente tomó el rayófono y le refirió a Katy toda la historia. Si esta actitud podría calificarse de imprudente, no es por haberle revelado su descubrimiento, sino por haber olvidado sus viejas sospechas sobre la existencia de un conmutador central

en Cetópolis, en vez de un moderno sistema de intercomunicación.

Sí, se había olvidado del sistema que imperaba en Cetis Gama Dos, el sistema impuesto por la Compañía. Estaba destinado a exprimir a los colonos y obligarlos a contratarse como peones agrícolas, burlando hábilmente las leyes humanas. Sin duda, era un sistema perfecto; ni siquiera los genios escapaban a su diabólico mecanismo.

Esa noche, mientras Carson escuchaba, con su aire aburrido, la grabación de todas las conversaciones ravofónicas del día, ovó el relato de Lon

a su novia. No lo consideró muy en serio, pero tomó nota para no olvidarse de investigar el asunto al día siguiente.

RADAMSICO se desperezó. Allá en el noveno planeta, la temperatura estaba ligeramente más tibia -casi seis grados Kelvin, o sea unos doscientos sesenta grados centígrados bajo cero-, por cuya razón se sentía algo perezoso. Pero, a los ojos de Nodalicta, era bello de cualquier manera. Medía más de dos metros desde su pedúnculo ocular delantero hasta el extremo de su apéndice menos carmesí y emitía un bello resplandor fluorescente en medio de la luz estelar. Era, en verdad, un galán

Cuando vió que Nodalicta lo miraba en arrobada admiración, dijo con

su acostumbrada ternura:

-Fué algo fatigoso hacerle realizar ese experimento, querida mía, pero, puesto que lo deseaste, se ha cumplido. Ahora tendrá bastante alimento para él y su pareja.

-¡Qué bello eres, Radamsico! -exclamó ella, sin que viniera al caso.

Se sentía como suelen sentirse las féminas durante su luna de miel. Estaba absolutamente segura de poseer no sólo el más valiente y hermoso de los maridos, sino también el más gentil y considerado.

Luego, enlazándola con sus brazos oculares, Radamsico le preguntó sua-

-¿Te aburres mucho aquí, preciosa? A mí me gustaría observar el resto de este fenómeno bastante raro, pero si a ti no te interesa podemos irnos. Sinceramente, yo no me molestaría por ello.

-¡Por supuesto que nos quedaremos! -protestó Nodalicta-. Yo quiero lo que tú quieres. Me basta estar contigo para ser enteramente feliz.

Y, seguramente, decía la verdad.

DESE a su habitual indiferencia, Carson estaba un poco inquieto por le que había escuchado en el registro grabado. Era evidente que, en medio de sus incoherencias, Lon Simpson había hablado muy en serio. Y existían ciertas pruebas en apoyo de esta hipótesis.

En efecto, Lon había dicho que su generador estaba inservible, a pesar de lo cual no había comprado otro. También había informado acerca de descomposición de sus víveres y, sin embargo, no había adquirido nuevos. Carson meditó en todas estas cosas. El helicóptero, inspector de cosechas, informaba que los cultivos de Simpson estaban en mejores condiciones que el promedio, lo que quería decir que su tractor funcionaba perfectamente.

El administrador aprovechó la llegada de algunos colonos al almacén de la compañía para interrogarlos solapadamente. La mayoría de ellos estaban irritados y amargados; sabían cómo se los exprimía y odiaban a ese hombre porque representaba al explotador. No obstante, respondieron a las astutas preguntas que Carson les dirigía.

Sí, él había tratado de obtener de ellos víveres prestados. No, no se los habían podido facilitar. Sí, todavía seguía alimentándose y hasta les ofrecía permutar alimentos. Le faltaban frutas y le sobraban arvejas congeladas. Después le sobraron frutas y arvejas congeladas, pero en cambio estaba escaso en choclos y frutillas. No, no quería comerciar en gran escala. Un paquete de frutillas congeladas le bastaba; daba a cambio seis paquetes de arvejas congeladas. Luego, ofrecía seis paquetes de frutillas congeladas por uno de choclos congelados. En seguida, cambiaba una docena de paquetes de choclos por uno de filet de lenguado; dos docenas de filet de lenguado por cigarrillos, y cincuenta cartones de cigarrillos por un "roast beef" congelado.

Todo esto hubiera carecido de sen-

tido, a no ser por la existencia de esa conversación grabada. Si era cierto todo cuanto Lon dijera a Katy por el rayófono, a estas horas tendría nuevamente repleta su alacena refrigeradora. Por lo tanto, debía de haber descubierto un método para convertir la indigerible flora y fauna locales en productos digeribles semejantes a los de la Tierra. Sospechar tal cosa era absurdo, pero Carson tenía por norma sospechar de todo y de todos.

Como representante de la empresa, cumplía con toda naturalidad su mezquina tarea. Nuevos colonos compraban parcelas en la oficina central de la

Tierra y se embarcaban, felices, en las espacionaves que los conducían a Cetis Gama Dos. Una vez allí, Carson les proporcionaba un curso de entrenamiento agrícola, les facilitaba equipo para que intentaran trabajar por su cuenta y, al mismo tiempo, se encargaba de llevarlos a la bancarrota. No les quedaba entonces otra alternativa que morirse de hambre o trabajar como peones jornaleros de la Compa-

ñía, percibiendo salarios tan míseros que les impedían toda posibilidad de evasión. Carson cumplía a las mil maravillas esta repugnante tarea.

Mientras meditaba en las locuras de que Lon se había jactado ante su novia, el administrador se aprestaba a echar el zarpazo sobre otro de los colonos. Este se hallaba aún más endeudado que Lon y era menos experto en reparaciones, de manera que le había llegado el turno. Cuando el hombre hubo entrado en la oficina, Carson le comunicó que, lamentablemente, la compañía no podía extenderle el crédito y se veía obligada a quitarle su campo, casa y provisiones remanentes, así como a terminar por su cuenta y beneficio el cultivo del tanar, para reembolsarse de todas las molestias.

El hombre, por toda respuesta, dijo: - Puede usted irse al diablo!

VA se había dado media vuelta I para marcharse, cuando Carson le observó en tono insinuante:

-No olvide usted que está arruinado. Necesitará trabajo cuando no tenga ya su chacra. Así que, piénselo: no le conviene mandarme al diablo...

-Usted no puede quitarme mis campos a menos que estén abandonados -replicó el hombre, sin inmutarse-. Y no lo están. Mi cosecha de tanar va a ser excepcional. Podré pagar todo lo que debo. Además, los colonos estamos planeando fundar una compañía comercial por nuestra cuenta para traer buena maquinaria y comerciar decentemente.

Carson sonrió fríamente.

-Ustedes olvidan algo, al parecer. Como representante de la Compañía, puedo exigirles que paguen sus deudas ahora mismo, si me asisten razones para creer que intentan evadir el pago de las mismas. Y, en vista de lo que usted me ha declarado, le exijo el pago total e inmediato. Vamos, ¡hágame el favor de pagar!

Esta cláusula, en efecto, estaba claramente especificada en los bellos caracteres impresos del contrato que la empresa había hecho firmar a cada colono. Cuando alguno se obstinaba, podía exigírsele que pagara sin demora su deuda íntegra, y, si disponía de lo bastante para pagar, no tenía por qué estar endeudado. De este modo, la Compañía Comercial podía arruinar a quien se le antojase.

Pero el colono, sonriendo, repuso: -La ley lo obliga a usted a aceptar hojas de tanar como forma legal de pago, a razón de cinco créditos por kilo. Envíe un camión en busca del

pago. Tengo seis toneladas almacenadas listas para entrega.

Y, haciendo un mohín bastante poco decoroso, desapareció de la oficina. Un instante después asomó la cabeza por la puerta.

-Ah, me olvidaba: Usted dijo que ye no podía darme el lujo de mandarlo al diablo, ¿verdad? Bueno, con mis seis toneladas de tanar, yo le digo a usted que...

Y completó la frase con algunas palabras que, por comparación, hacían que las anteriores fueran el colmo de la gentileza. Entonces se fué.

Carson palideció ligeramente. Este colono era vecino de Lon Simpson; quién sabe si éste no se habría cansado de convertir el dilo y otros yuyos en arvejas y espárragos, para dedicarse a [producir tanar!

L'L administrador se encaminó hacia la chacra de Lon. El sendero era muy malo y cualquier vehículo de cuatro ruedas se hubiera destrozado en el camino, pero el girocar apenas lo molestó con algunas fuertes sacudidas, que lo distrajeron y le impidieron notar el excesivo calor reinante. Sin embargo, era un cambio bastante brusco para él, que venía de su oficina bien equipada con aire acondicionado. Pero, al no advertir dicha circunstancia,

tampoco sospechó que algo anormal estuviese ocurriendo.

Al llegar a la chacra, observó que las plantas de tanar crecían admirablemente. Caldeado y sudoroso como estaba, creyó por un instante estar frente a los tabacales de su Maryland natal. La temperatura cálida y el color verde azulino de las plantas le parecieron familiares. Mas de pronto, un gato águila trepó ágilmente por un árbol, se balanceó en una rama y lanzó al aire su cuerpo envuelto en piel carmesí. Esto vino a quebrar el encanto de las cosas que había supuesto fami-

Enderezó su girocar hacia la casa de Lon Simpson. Veíase una media docena de colonos entregados afanosamente a sus tareas. Dos de ellos manejaban camiones cargados de follaje mixto. Habían arrancado, cortado y arrastrado casi todo cuanto crecía en la tierra y lo cargaban en sus camiones. Otros dos colonos conducían un carro repleto de hojas de tanar, prolijamente enfardeladas y listas para guardar en los depósitos.

## Gas mortifero

A bomba atómica y la guerra bacteriológica son las armas más destructivas de que hablan siempre los diarios; pero de tanto en tanto aparece alguna noticia que nos recuerda la existencia de otra, tal vez más temible que esas dos: los gases venenosos. En la guerra pasada los alemanes fabricaron una serie de gases, llamados "nerviosos" porque atacaban al sistema nervioso, produciendo la muerte antes de diez horas. Estos gases, derivados orgánicos del ácido fosfórico, son incoloros e inodoros y se mantienen bastante tiempo en el sitio donde se arrojan sin difundirse; en fin, un arma ideal... para los que quieran exterminar ciudades enteras. Los alemanes no los usaron porque no conocían ningún contraveneno eficaz y temían que se les pagara en la misma moneda. El asunto terminó modificando esos gases, para que sirvieran como insecticidas. Pero ahora una noticia norteamericana dice que se conoce un gas nervioso más potente que los anteriores y también se ha descubierto un contraveneno. Varios voluntarios fueron sometidos a la acción del gas y curados después por comy también se ha descubler del gas y curados desputatorio...
fueron sometidos a la acción del gas y curados del laboratorio...
pleto. Esperemos que Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

Los hombres acogieron a Carson con regocijo. Pero el administrador, al encontrar allí a Katy, la interpeló severamente:

-¿Qué está haciendo usted acá? ¡Su deber es estar en la central del rayófono! Puede costarle el puesto si... Lon se interpuso con aire displi-

cente:

-He resuelto pagar su pasaje. Cualquiera puede pagar el pasaje de una mujer si ésta consiente en ser su cónyuge, y, en su caso, su contrato con la compañía queda automáticamente rescindido. En otros tiempos existían leves como ésta, pero se pagaba en tabaco en vez de hacerlo en hojas de tanar ...

Carson se quedó sin habla. Al cabo de unos segundos atinó a preguntar, sin poder disimular su rabia:

-¿Cómo va a hacer para pagarle el pasaje? Olvida usted que está endeu-

dado con la Compañía?

Lon Simpson indicó con su pulgar el galpón de almacenamiento. Carson se volvió a mirar. Era un galpón de bello aspecto; su revestimiento de aluminio se destacaba sobre un fondo de árboles mulko, matorrales de dilo y de saketi gigantes. Los ojos de Carson querían salírsele de las órbitas. El galpón estaba tan atestado de hojas de tanar que las paredes se combaban.

-Necesito deshacerme de una parte de esta cosecha -dijo Lon alegremente-. No tengo bastante espacio para guardarla toda. Por ley, usted debe comprármela a cinco créditos por kilo; así que puede mandar a buscar la cantidad que quiera. Me gustaría rehacer mi crédito, ya que tengo que costear dos pasajes a la Tierra.

En ese momento sopló una extraña ráfaga de calor. No era precisamente violenta, pero la temperatura ambiente subió unos cuatro grados, repentinamente, como si alguien hubiera puesto a funcionar una estufa.

No obstante, a nadie todavía se le ocurrió levantar la vista hacia el sol.

YARSON rechinó los dientes y preguntó a Lon si ya había convertido algunas plantas locales en tanar, como lo hiciera con las arvejas y otras especies botónicas, de acuerdo a lo relatado en su conversación rayofónica con Katy. Al oír esto, Lon se indignó; volviéndose hacia los colonos les advirtió que, por lo visto, todas las conversaciones por rayófono eran registradas. Esto creó un estado de tensión entre los presentes. Entonces, Carson comenzó a agitar nerviosamente sus brazos y a balbucir cosas incompren-

Pero bien pronto Lon se repuso de su indignación e invitó gentilmente a Carson a entrar en la casa para mostrarle cómo trabajaba el convertidor. Uno de los colonos vigilaba que el aro helicoidal grande estuviera convenientemente provisto de follaje diverso. En una lata que presentaba extraños cortes se había colocado un puñado de hojas de tanar frescas y curadas, de la mejor calidad. Luego, en el aro pequeño, aparecían duplicados de esas hojas de excelente calidad, en tanto que en el aro grande se procedía a renovar el follaje.

-Este año -dijo Lon con sonrisa radiante- tendremos una abundante cosecha del mejor tanar. Se calcula que todos los colonos de este planeta podrán saldar sus deudas con la Compañía y quedar con crédito a su favor. Pensamos enviar una delegación a la Tierra a fin de cobrar nuestros créditos y fundar una cooperativa comercial independiente que traiga maquinaria de buena calidad y nos compre el tanar a precios de competencia. Estoy seguro de que sus directores verán con agrado cómo prosperamos todos acá, ¿no es cierto?

A todo esto, la atmósfera se había

vuelto sofocante, irrespirable. Pero los colonos estaban demasiado entusiasmados viendo cómo se desmoronaba el administrador Carson. Era uno de esos individuos que parecían haber sido expresamente creados para servir de testaferros de ciertas grandes corporaciones; ahora, el hombre veía llegado el término de su utilidad. Por obra de su fracaso, la Compañía perdía el monopolio de las hojas de tanar, y el perfecto sistema de reclutamiento se derrumbaba totalmente. Por lo tanto, sería exonerado y, probablemente, puesto en la lista negra.

Si en ese momento a Carson se le hubiera ocurrido mirar el cielo hacia el poniente y luego hacia el sol local, habría comprendido que sus vicisitudes personales carecían de importancia. En vez de hacerlo, se dirigió con paso vacilante hacia su girocar para

regresar a Cetópolis.

Esta era una pequeña ciudad con calles entabladas, con una estación de rayófono y depósitos junto al espaciopuerto. Era apenas un poblado primitivo y bastante feo en un planeta recién colonizado. No obstante, había constituído el centro de un sistema admirable; un sistema merced al cual la Compañía Comercial de Cetis Gama había acumulado enormes riquezas y distribuído hojas de tanar por todo él orbe ("De la vejez ría con un miligramo por día") a precios inconcebibles. Ahora, este formidable sistema se derrumbaba y Carson era el responsable.

A sus espaldas, los colonos se regocijaban viendo cómo sufría el odiado administrador. Pero nadie tenía noción de lo que estaba por suceder, ya que no se les ocurría levantar la vista al

A eso de las cuatro de la tarde la cielo. temperatura experimentó un nuevo ascenso, tan brusco como el anterior. Y censo, tan brusco de Revistas Argentinas de Marchivo Histórico de Revistas de Ma

por qué, miró hacia arriba y vió una nube tenue, del espesor exacto para poder servir de lente ahumado. A su través pudo observar el sol y examinar

En realidad, ya no era un disco. Cetis Gama habíase convertido en un bulto de forma irregular, cuyo tamaño, doble ya del normal, crecía sin parar.

ESDE el noveno planeta, Radamsico miraba absorto lo que pasaba en Cetis Gama; nada obstruía su visión, de modo que podía seguir perfectamente el desarrollo de los acontecimientos. Primeramente había aparecido una prominencia gigantesca; luego otras dos que se separaron hacia puntos opuestos de su ecuador, y por último, otras dos protuberancias comenzaron a brotar entre estas.

Durante dos días enteros las nuevas prominencias siguieron creciendo hasta que se partieron; entonces, el sol cobró el aspecto de una pelota de fuego circundada por un anillo incandescente de color blanco azulado.

Luego vino una etapa de inestabilidad. Los flóculos que escupían sus llamas por miles de millas en el vacío, rompieron su orden para moverse hacia el norte y sud de la línea ecuatorial. El contorno del sol se tornó irregular; su perfil ya no era curvo y hasta la apariencia de un anillo en torno suyo se desvaneció. Ahora parecía -aunque esto no hubiera podido ocurrírsele a Radamsico- una papa gigantesca dotada de feroces resplandores. Su evolución calorífera fué aumentando increíblemente, hasta que su coeficiente de radiación se duplicó con

Radamsico seguía con fascinada atención cada detalle. A su lado, Nodalicta observaba, en actitud de esposa fiel; pero, claro está, no podía hallarse tan pendiente como su marido de un fenómeno tan esencialmente científico.

Cuando desde el polo solar brotó hacia arriba un delgado chorro de una sustancia blancoazulada, alcanzando una velocidad de seiscientas noventa y dos millas por segundo, Radamsico se volvió entusiasmado hacia Nodalicta:

- iEs exactamente como una llamarada, y esto confirma la teoría de Dokis! -exclamó-. Siempre pensé que él estaba mucho más acertado que los modernistas. En un sistema cerrado, como lo es el interior del sol, puede formarse presión radiativa, la cual puede llegar a igualar a la constante gravitatoria; y si esto ocurre, dicha presión debe estallar en el polo.

Pero su entusiasmo se apagó repentinamente, al ver que en el rostro de Nodalicta se traslucía cierta tristeza

mal disimulada.

-¿Qué te ocurre, querida? -preguntó con ansiedad-. ¡En ningún momento he querido olvidarme de ti, preciosa mía!

Entonces, Nodalicta hizo algo que hubiera escalofriado a cualquier lector, pero que no pasaba de ser el equivalente de un sollozo humano.

-¡Soy una bestia! -protestó Radamsico-. Te he tenido aquí todo el tiempo, aburrida, mientras yo me divertía viendo las travesuras de aquel sol. Perdóname, mi amor. Nos iremos inmediatamente. No hubiera debido pedirte que...

Pero ella lo interrumpió. Se expresó

con un dejo de angustia:

-No se trata de ti, querido; se trata de mí. Mientras tú observabas el astro, yo me entretenía mirando esas extrañas criaturitas del segundo planeta. Los he mirado cómo..., bueno, como a animalitos. He llegado a encariñarme con ellos; es absurdo, pero...

-10h, al contrario, es maravilloso ese sentimiento de tu parte! -dijo él, tiernamente admirado -. Te quiero más todavía por eso. Pero ¿por qué afligirse

tanto por ellos? Les he asegurado ya alimento y fuerza motriz.

-Es que van a morir quemados... -gimió ella -. ¡Y son tan graciosos! Radamsico parpadeó con sus dieciséis ojos. No tuvo más remedio que reconocer su olvido.

-Tienes razón, hubiera debido pensar en eso. Claro que no ha sido más que una llamarada... -Hizo un gesto impaciente-. Pero, ya comprendo: te gustaría verlos felices, a su modesta manera, antes que convertidos en pequeños tizones.

Y, mientras su vista exploraba el segundo planeta, quedóse pensativo, con la lógica preocupación de un recién casado que procura disipar la menor sombra en los ojos de su amada.

AYO la noche sobre Cetópolis y U trajo un poco de alivio al horror que esa tarde había comenzado. El aire tórrido y seco semejaba la emanación de un horno y el acre olor de humo flotaba por doquier. Las estrellas emitían un débil fulgor rojizo que se divisaba con faz siniestra a través del humo. Todavía era posible respirar y hasta se podía estar perfectamente a gusto en una habitación provista de aire acondicionado.

Pero esto no era sino el comienzo. Después de la puesta del sol, Lon y Katy se sentaron en el porche de la casa. Los demás colonos habíanse marchado a las suyas. Cuando se han dado los signos inequívocos de la inminencia de un cataclismo, los hombres hacen cosas extrañas. En Cetópolis, algunos se emborrachaban o al menos lo intentaban; otros querían pasar esa última noche contemplando sus mustias y agostadas plantaciones e intentando persuadirse de que si Cetis Gama volviese a la normalidad antes del alba, las cosechas aun podrían salvarse. En realidad, nadie lo creía.

A lo lejos, en dirección al sur, vióse

de pronto, un siniestro resplandor rojizo contra el cielo. Era la vegetación de un desierto en llamas. Allá, en época de lluvia, los árboles se espesaban como selva y, con tiempo seco, llegaban a un estado de desecación casi total; eran los resplandores del sol durante aquel atardecer los que le habían prendido fuego. Nubarrones de acre humo se elevaban hacia las estrellas.

Lon y Katy estaban muy acurrucados el uno contra el otro. Ella ni siquiera le había pedido que la llevara de vuelta a Cetópolis, como lo exigían las convenciones. Veían cómo el sol se hundía tras el horizonte, despidiendo cada vez mayor calor. Se expandía en forma espasmódica, a medida que nuevos chorros ígneos brotados desde el interior se su masa se liberaban de los lazos de la gravedad. Magma ardiente explotó en una erupción inconcebible. Por fin, a la hora del crepúsculo, el sol había alcanzado tres veces su tama-

ño normal. Sin ser astrónomo, Lon comprendía claramente que se acercaba el fin de la vida en los planetas interiores de Cetis Gama. Quizá, pensó, éste estaba

en proceso de convertirse en una estrella fugaz. Sin duda, más allá del horizonte el calor era aún más terrible que el que reinaba en la colonia humana desde la puesta del sol. Aunque éste no explotase, aunque siguiera tan llameante como al ponerse, todos ellos morirían poco después del alba. Si crecía en brillo, sus destellos más tempranos serían fulminantes. A esa hora, sus primeros rayos directos encenderían las colinas cubiertas de árboles mulko y, a medida que el astro subiera, los incendios se propagarían a los valles. Su casa se convertiría en un montón de escombros retorcidos; el aire se volvería lengua de fuego y la superficie del planeta despediría bocanadas de calor ardiente cada vez que estuviera frente al sol.

TO hay que alarmarse, Lon -dijo Katy, con poca convicción-. Esto va a pasar dentro de un momento. Pero..., por si así no fuera, sería mejor quedarnos juntos. -Y añadió luego con terrible angustia:- Dime la verdad: ¿crees que nos salvaremos? La ciñó entre sus brazos. Sentía un

Los neutrones al rescate

T os neutrones son partículas siempre dispuestas a colarse de L rondón en el núcleo del primer átomo que tengan a mano, muchas veces con el resultado de producir tal revolución allí dentro que el átomo explota: se hace radioactivo y cambia de nombre. Este hecho tiene ingeniosas aplicaciones. Por ejemplo, muchos médicos confían en el tratamiento del cáncer por medio de radiaciones duras, como los rayos X. Pero, ¿cómo irradiar un tumor que se ha formado en el cerebro, sin abrirle la cabeza al enfermo? La solución: se inyecta una sustancia bien elegida, para que tenga preferencia por concentrarse en el cerebro, y luego se mete la cabeza del enfermo unos minutos en un aparato productor de neutrones. La sustancia inyectada contiene uno de esos átomos que no soportan a los neutrones (en este caso el Boro 10) y se hace radioactivo, produciendo los rayos necesarios justo en el lugar necesario. La prueba de esta bonita teoría se llevó a cabo con enfermos ya desahuciados, y todos ellos (eran diez en total) tuvieron un fuerte alivio de su mal..., pero sólo temporariamente. De todos modos, este método atómico seguirá siendo ensayado fuerte impulso de mentir. Podia fingir gran sabiduría y decirle que esa conducta del sol nunca duraba más de pocas horas; pero ella comprendería la mentira. Podrían pasar sus últimos momentos tratando de engañarse mutuamente nada más que por amor; pero ambos sabrían que no era sino un engaño.

-¿No lo crees? -insistió ella con

voz desmayada.

-No, Katy, y tú tampoco - respondió él suavemente-. Este es el fin. Sería mucho más lindo seguir viviendo. Tendríamos muchos, muchos años por delante para vivir juntos; tendríamos hijos, los veríamos crecer; en fin, tendríamos un montón de cosas. Pero ahora temo que nada de esto nos lle-

Ensayó una débil sonrisa, inevitablemente dolorosa. Pensó fervorosamente con cuánto gusto se sometería a los terribles tormentos del fuego si con ello lograba salvarla. Pero todo era inútil.

Katy ahogó un sollozo.

-Yo también tengo ese temor -dijo al fin con voz casi imperceptible-. Pero, de todas maneras, ha sido una felicidad el conocernos. Ahora sabemos que nos amamos. No me gusta la idea de morir, pero estoy contenta de que nos hayamos enamorado antes de que fuera demasiado tarde.

Lon apretó los puños. Poco a poco, su ira fué cediendo hasta convertirse

casi en jovialidad.

-¡Y pensar que Carson está en Cetópolis! Me pregunto cómo se sentira a estas horas... No tiene mejores perspectivas que los demás, por cierto. Tal vez haya enviado un espaciograma tras otro, pero ninguna nave espacial podría llegar a tiempo para sal-

Katy se estremeció.

-No pensemos en él. Pensemos en nosotros; no nos queda mucho tiempo por vivir...

En ese preciso momento se le ocurrió a Lon una idea. Sus nervios se pusieron en tensión. Al cabo de unos instantes, dijo con acento extraño:

-No es una estrella fugaz. Es, simplemente, una llamarada. El sol no está a punto de explotar. Lo que pasa es que está demasiado caliente y demasiado grande para su temperatura interna, y es un sistema cerrado. De modo que se ha ido formando en su masa una presión radiativa, la cual tiene que descargarse. De su propia masa brotarán flóculos que se proyectarán en el vacío por centenares de miles de millas; pero, en un par de semanas, el sol volverá a su estado anterior.

Supo todo esto repentinamente, y supo por qué. Hubiera podido explicarlo en forma detallada y precisa. Pero no supo cómo había llegado a adquirir tal conocimiento. Todos los aspectos de la explicación se le hacían tan evidentes, que ni siquiera se preguntó cómo había llegado a saberlo. Tenía que ser así, y nada más.

TUNDIENDO el rostro en el hombro de su prometido, Katy gimió:

-Pero, Lon, dentro de un par de semanas ya no estaremos vivos; bien sabes que no pasaremos del amane-

El no respondió. Más ideas se agolpaban en su mente. No sabía de dónde provenían; pero ahora también eran tan evidentes e incuestionables, que no se le ocurría ponerlas en duda. A medida que los pensamientos se iban formando, prestábales una atención concentrada, casi angustiosa.

-Nosotros... podremos vivir, Katy -balbuceó al fin-. Tenemos una ionósfera por encima de la atmósfera, del mismo modo que ocurre sobre la Tierra. La constituye la luz solar al ionizar el aire enrarecido. Cuanto más fuerte sea la luz solar, más se multiplicará la ionización, hasta que se formará una verdadera... capa conductora de aire... Sí... Allá arriba el aire se volverá un elemento conductor. -Humedeció sus labios resecos y prosiguió: - Si yo pudiera construir un dispositivo capaz de producir un cortocircuito para poder atraer a nuestro suelo esa capa de aire... Cuando los fotones de radiación penetren un conductor transparente... Pero no hay conductores transparentes. Los fotones seguirán la regla de los tres dedos... Entonces se moverán perpendicularmente a su curso anterior...

Tenía la garganta reseca. Luego se levantó lentamente, apartando a Katy, y se dirigió al cobertizo donde estaban sus herramientas. Trepó hasta el techo de su galpón repleto de hojas de

tanar y empuñó el hacha.

El galpón estaba techado de aluminio aplicado sobre material plástico maleable. La cualidad más útil del plástico maleable consiste en que no cede a una presión constante, pero sí al choque. Mantiene indefinidamente su forma bajo una carga cualquiera, pero se lo puede moldear fácilmente en la forma que se desee.

Lon hizo oscilar el hacha con la cabeza hacia abajo. En seguida pidió a Katy que se subiera a una escalera y sostuviera una linterna encendida. No necesitaba luz para realizar la parte gruesa del trabajo, pues el incendio de aquella vegetación desértica alumbraba lo suficiente; pero cuando se necesita hacer un reflector parabólico mediante incisiones con un hacha, se requiere luz para llevar a cabo la parte más delicada de la tarea.

ENTRETANTO, en Cetópolis, Carson, presa de febril agitación, escuchaba nuevamente el texto grabado en los discos para transmitirlo por espaciograma. Ya había pasado Al inferencia de Lon Simpsor Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar espaciograma. Ya habia pasado el in-

ahora sabía que iba a morir. Movido por un impulso irresistible, se empeñó en transmitir todos esos registros, ya inútiles, a fin de que sus superiores pudieran apreciar cabalmente qué admirable empleado habían perdido con él. Ni por un instante se le ocurrió pensar que ellos estarían haciendo desesperados intentos por frenar esos mensajes a fin de despejar la rayovía. Pues, en efecto, antes de que fuese demasiado tarde, querían que Carson arrancara a Lon Simpson el secreto de su dispositivo generador, así como de su método para convertir cualquier vegetación en hojas de tanar. Naturalmente, no pudieron comunicarse con él, pues el administrador mantenía ocupada la rayovía.

Ahora bien; la población humana de Cetis Gama Dos era muy reducida. No pasaba de cinco mil en el planeta, y todos ellos estaban amontonados en unos cientos de millas alrededor de Cetópolis, que era ahora el sector de oscuridad absoluta. El resto de la superifcie del planeta estaba convertida en una masa amorfa y chamuscada, que despedía llamas en aquellos puntos donde el sol la hería. Los pocos mares pequeños estaban hirviendo. Pero nadie veía nada de esto. La fauna y la flora local se extinguían en las

regiones continentales. Sin embargo, en la colonia humana las gentes se comportaban de acuerdo a su índole particular. Algunos caían presa del amok y procuraban destruirlo todo, hasta su propia vida, antes de que el abrasante sol regresara para atacarlos con su potencia mortifera. Los más permanecían silenciosos y anonadados, esperando que se cumpliera su sentencia. Unos pocos excavaban el suelo desesperadamente, a fin de preparar cuevas o pozos donde pudieran estar a salvo con sus familias.

Entretanto, Lon machacaba algo en

MAS ALLA

y US \$ 5.- en el extranjero.



En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envielo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884,

Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta \$ 50.- en la República Argentina,



mentario espejo parabólico de unas tres vardas de diámetro. Arrancó trozos de aluminio de las paredes y estableció una conexión con el piso. Vertió agua alrededor de esa conexión; improvisó un dispositivo multiplicador con alambre de cobre retorcido y lo colocó en el foco del espejo parabólico.

Observó el cielo. Las estrellas parecían ahora más débiles. Retiró el objeto de cobre, y entonces los astros brillaron con más fuerza; luego lo fué ajustando cuidadosamente hasta que emitieron un fulgor mínimo.

Lon bajó al suelo. Sentía una extraña incredulidad ante lo que había hecho. No dudaba de que su recurso daría buenos resultados; pero, simplemente, era incapaz de comprender cómo se le había ocurrido.

HI tienes, querida. Tus cachorri-A tos va están a salvo - anunció Radamsico satisfecho de su acción.

Nodalicta observó el segundo planeta. Aparentemente, estaba recubierto de una envoltura metálica; pero no era exactamente metálica, sino brumosa, semejante a una barrera incorpórea contra la luz, aunque también contra los pensamientos penetrantes de Nodalicta.

Radamsico explicó con dulzura:

-Hice que tu cachorrito masculino estableciera un eslabón con la ionósfera, mediante energía radial. Empleando varias veces el grado normal de ionización - a causa de las llamaradas solares -, la ionósfera, conectada a tierra, se convirtió en una pantalla de Rintak alrededor del planeta. Cuanto mayor sea la fuerza del sol, más densa se volverá la pantalla. Cuando el sector planetario donde tus cachorritos habitan mire hacia el sol, tendrán suficiente luz para ver, sin que los alcance ninguna radiación perniciosa. Y la pantalla se irá desvaneciendo a medida que el sol retorne a su estado normal.

Nodalicta se regocijó. Pero pronto volvió a mostrarse apenada.

-¡Ya no los veo! - protestó haciendo un gracioso mohín.

Radamsico la contempló con cierta preocupación. Ella añadió:

-Me has mimado demasiado, lo comprendo; pero, si no los veo, no tendré en qué entretenerme, querido mío. Deberías hablarme de cuando en cuando...

El comenzó a hablarle; sin duda, creía que los fenómenos solares constituían un magnífico tema de conversación. Con astucia femenina, ella fingió estar complacida; pero al poco tiempo fué a ocuparse de los quehaceres domésticos. Allí comenzó a dar rienda suelta a su fantasía, soñando con la vida que harían a su regreso, en la residencia que los aguardaba. La recién desposada daría hermosas fiestas, con manjares tales como "canapés" de nieve de cripton y hielo de zenon, adornados con deliciosos cristalitos rojos de bromuro de níquel...

L sol volvió a elevarse en el hori-Z zonte y... aun vivían. Era como si el cielo estuviera cubierto de un espeso banco de nubes que absorbieran la mortifera radiación de un sol que ahora tenía cuatro veces su diametro normal y cambiaba de forma, como monstruosa amiba de fuego.

Sucesivamente, el astro se puso, se elevó, volvió a ponerse, todo a su debido tiempo. Y Cetis Gama Dos, lejos de convertirse en un montón de escombros y cenizas, siguió siendo un planeta vivo.

Katy no cabía en sí de orgullo. Puesto que continuarían vivos, las conversaciones exigían que ella se reincorporase a la única colonia humana del planeta y reanudase sus tareas como rayofonista. No era adecuado que permaneciera más tiempo junto a Lon, ya que aun no se habían casado.

Con Carson no tuvo dificultad alguna, pues el administrador no hizo la menor alusión a aquella deserción. En verdad, tenía otras preocupaciones; ahora que seguiría con vida, sus problemas se multiplicaban. Los colonos tenían sus galpones atestados de hojas de tanar, lo cual les permitía saldar todas sus deudas con la empresa; y este hecho no podía menos que afligirlo.

Desorientado por no poder recibir las constantes directivas de sus superiores, decidió ordenar a sus técnicos que elevaran la potencia del aparato transmisor. No ignoraba que la pantalla ideada por Lon interceptaría toda transmisión ordinaria de espaciogramas; aun empleando un rayo compacto, sólo podría transmitir y captar de noche, cuando la pantalla se adelgazaba y únicamente si descubría en ella algún orificio. Al principio, este sistema dió resultados satisfactorios y además era unilateral; pero más tarde la compañía resolvió aumentar la potencia de su propio transmisor, y, de tal modo, las comunicaciones pudieron ser de doble vía. Poco a poco fué posible reanudar el envío de espaciogramas.

Carson, entonces, sonrió aliviado y recuperó algo de su antigua arrogancia displicente. Ahora que la empresa volvía a tenderle su mano conductora, la situación ya no le parecía tan mala. Informó a sus principales que la colonia se había salvado del peligro de extinción gracias a la probable intervención de Lon Simpson.

En contestación recibió un espaciograma pidiendo información completa sobre el suceso y detalles precisos acerca del dispositivo inventado por ese colono. A Carson no le quedaba sino obedecer.

CONDEO a Katy, lo que no fué tan difícil, pues la joven estallaba de orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una oppre te en el planeta solo hadal orgullo y no pedía más que una orgullo y no pedía más que un

ña de su novio. Le confirmó en detalle que era él quien había inventado la pantalla protectora.

Carson transmitió estas declaraciones por espaciograma. Muy pronto se le informó que una espacionave especial de la Compañía había partido a toda velocidad con dirección a Cetis Gama Dos y que su capitán le daría instrucciones precisas que él debía cumplir al pie de la letra. Entretanto, debía suspender toda compra de hojas de tanar, salvo cuando fuera absolutamente indispensable. El cuerpo legal de la empresa estaba estudiando cómo adaptar el sistema para obtener los nuevos excedentes sin beneficiar en lo más mínimo a los colonos. El administrador debía guardar secreto absoluto sobre la llegada de la nave especial, que en realidad era el espacioyate de uno de los miembros del Directorio, quien desplegaría gran cordialidad hacia Lon Simpson.

Mientras tanto, Lon observaba el sol y lo veía cambiar constantemente de forma, retorciéndose en agónicos espasmos, entrevisto a través de una permanente niebla protectora. Había descubierto un nuevo motivo para enloquecerse. Decididamente, se sentía en la cúspide del mundo: había resuelto la manera de saldar todas sus deudas y obtener crédito suficiente para costear dos pasajes de retorno a la Tierra y aun para vivir tranquilo hasta que sus inventos lo enriquecieran. No había, pues, razón alguna para demorar su casamiento, puesto que quería casarse. Sin embargo, por culpa de una lamentable omisión, no era posible celebrar un matrimonio legal en Cetis Gama

Dos. Era una de esas omisiones accidentales que seguramente serían salvadas con el tiempo. Pero las mentes legales que habían creado el "sistema" vigente en el planeta sólo habían pensado

no consideraban la dicha del connubio como servicio a ser prestado por la compañía. A todo esto, Lon ya no tenía cabida para su cosecha, que desbordaba los galpones, la casa y hasta la cocina. Era rico y quería casarse; pero esto no era posible.

Había concluído un trato amigable con los otros colonos; ellos le trafan carros cargados de vegetales diversos y él los convertía en hojas de tanar. El producto se dividía en dos. Todo el mundo estaba contento, menos Carson, quien veía con espanto que cada colono tenía ya bastante stock de tanar como para salir de deudas y hasta\_trabajaba con capital extra. Si las cosas seguían así, la empresa perdería el mercado galáctico; y este pensamiento no podía menos que convertírsele en pesadilla.

UNQUE el sol sufría convulsiones A de vaciamiento, en el segundo planeta nadie prestaba atención a tal hecho. Al cabo de una semana, más o menos, vino el apaciguamiento. Con esto disminuyó también la ionización de la atmósfera superior del planeta, y la pantalla protectora de radiación se fué adelgazando gradualmente, dejando pasar mayor proporción de luz hasta la

superficie del planeta. Cada vez que el sol emitía llamaradas, la pantalla engrosaba automáticamente; y de esta manera, un fenómeno astronómico que hubiera debido destruir toda vida en los planetas interiores, pasaba a ser considerado como un fenómeno normal.

Pero los sucesos del segundo planeta no dejaron de tener repercusión en otras partes. Los miembros del directorio de la Compañía Comercial de Cetis Gama estaban muy excitados ante las perspectivas que se abrían. Si Lon era capaz de convertir un tipo de vegetal en otro, la Compañía perdería el monopolio del tanar, si es que él conseguía salir del planeta llevándose su dispositivo. En cambio, si pudieran adquirirlo para su propio uso...

Existía un mercado prácticamente ilimitado para el tanar. Cada año, un nuevo grupo de seres necesitaba un miligramo por día para prevenir la vejez. Además, estaba la fibra marciana de zus, que no podía ser lanzada al mercado por escasez de stock, pero que lograría fácilmente un precio de mil créditos por kilo si se pudiera producirla mediante ese misterioso dispositivo, en base a una muestra. También estaba ese polvo de sicces, el polen de una planta rara que crecía en Arturo

## Cómo cambiar la temperatura

D or sus propiedades de absorción de los rayos solares, el anhídrido carbónico de nuestra atmósfera es importantísimo para la temperatura del planeta. Se calcula que si la pequeña proporción de ese gas que hay en el aire aumentara en un cincuenta por ciento (lo cual no acarrearía ningún perjuicio), la temperatura media de la Tierra se elevaria en dos grados. Recordando que el anhídrido carbónico se produce al quemar cualquier sustancia orgánica y que los vegetales son los que consumen ese gas de la atmósfera, a cualquiera se le ocurriria un método para elevar la temperatura: incendiar todos los bosques. Y tendría éxito, sin duda. Claro que al mismo tiempo nos dejaría casi sin oxígeno, pues se cree que todo el oxígeno del aire se consumiría si ardiera toda la materia orgánica del planeta. Más vale aguantar el frío.

Cuatro, el cual podría venderse a más de su peso en diamantes, con destino a la elaboración de perfumes. Y, en fin, muchas otras cosas.

Los directores se estremecían al pensar en las posibilidades que se abrían. Por eso cruzaban dos dedos, mientras el espacioyate de uno de ellos hendía velozmente el espacio en dirección a Cetis Gama Dos, piloteado por un hombre de absoluta confianza que debía transmitir instrucciones precisas y enér-

gicas.

Lon Simpson trabajaba con sus vecinos, convirtiendo toda suerte de despojos vegetales - aun los restos retorcidos y chamuscados - en hojas de tanar, que era una moneda legal de pago. De tanto en tanto se trasladaba a Cetópolis para ver a Katy y hablarle en tono tierno y sentimental. Luego entraba dando un portazo en la oficina de Carson y armaba un escándalo porque aun no se habían tomado las disposiciones legales indispensables para que él y Katy pudieran unirse en los sagrados lazos del matrimonio.

RADAMSICO hojeó sus notas y quedó satisfecho. Explicó a Nodalicta que el retorno de Cetis Gama a su estado normal ya no era sino cuestión de momentos más o menos. Le gustaría quedarse a observar; pero, en realidad, los fenómenos más importantes ya se habían producido. Si ella quería seguir viaje para completar su itinerario de luna de miel, no tenía más que decirlo. Seguramente estaría deseosa de volver a ver a sus familiares y amigos... Tal vez se sintiera un poquito sola...

Nodalicta le dirigió una sonrisa. Este proceso habría dejado helado de horror a cualquier humano que lo hubiera observado, pero no así a Radamsico, que le devolvió la "sonrisa", por así decir.

-¿Sola? - dijo ella femeninamente -. ¿Contigo, Radamsico?

El no pudo contener sus impulsos y entrelazó sus antenas oculares con las de ella. Luego respondióle suavemente:

-Ya que no te importa esperar, querida mía, completaré mis observaciones y después nos marcharemos.

-¿Sabes una cosa? Me gustaría volver a ver a mis "animalitos" - dijo ella, mientras buscaba acurrucarse con-

Lanzaron su vista escudriñadora sobre el segundo planeta, pero sus pensamientos no podían penetrar la cortina de Rintak. Vieron el espacioyate surcando el vacío, tan veloz cual un relámpago. Radamsico escrutó las mentes de los bípedos que allí viajaban; pero ella, discretamente, se abstenía de inmiscuirse en los pensamientos de otras criaturas masculinas que no fueran su maridito.

-Qué curioso - comentó Radamsico-; muy curioso. Si yo fuera sociólogo, tal vez no lo encontraría tan desconcertante. Pero ellos deben de tener un sistema social muy extraño. La verdad es que se proponen dañar a tus cachorritos, porque uno de éstos tiene ahora la capacidad de proporcionar fuerza motriz y alimento para todos. ¿No es raro esto? Quisiera que la pantalla de Rintak no nos obstruyera la visión... Pero se va a desvanecer muy pronto.

-Tú vas a impedir que los demás hagan daño a mis cachorritos, ¿no es cierto, amor mío? - dijo ella con seguridad y confianza -. ¿Sabes?, creo que soy el ser más feliz de la Galaxia por estar casada contigo.

LL espacioyate descendió frente a La Cetópolis. Los habitantes de la pequeña ciudad afluyeron al lugar en la esperanza de ver nuevos rostros, pero se decepcionaron al ver bajar tan sólo a un hombre, que cerraba cuidadosamente la portezuela de acceso a la

Este hombre - el capitán - se diri-Archivo Historico de Revistas Argentinas Lwww.ahira.com.ar

gió a la oficina de Carson. Entró y cerró enérgicamente la puerta tras sí Tenía ojos muy saltones v expresión terca y empecinada. Miró a Carson con franco desprecio; seguramente porque éste cumplía su inmunda tarea mediante cifras y teniendo muchas contemplaciones con la ley y el orden, en vez de hacerlo en forma franca, brutal v sin vacilaciones.

-El tal Simpson - dijo el reción llegado - ha construído ciertos dispositi-

vos, ¿no es cierto?

-Así es... - respondió Carson algo turbado -. En estos momentos es muy popular. Fabricó no sé qué cosa en el techo de su galpón y en esa forma consiguió impedir que nos muriéramos quemados por las llamas solares; ese invento es lo que nos mantiene vivos hasta ahora.

-De modo que si retiráramos o destruyéramos ese aparato, ya no tendríamos por qué preocuparnos de que nadie diga cosas feas de nosotros, ¿ver-

Carson tragó saliva.

-Pero, ¡todos moriríamos si usted destroza ese aparato! Además, se incendiarían todos los cultivos de tanar. No quedaría más tanar en el planeta, y esto, seguramente, a la Compañía ne le gustaría nada.

El piloto hizo un gesto con la mano. -¿Cómo podré llevarme conmigo a ese Simpson? ¿Habrá que mandar a un puñado de hombres para que lo

-¿Qué piensa hacer usted con él?

-No se preocupe, amigo. Sabemos cómo debemos actuar. El sabe algunas cosas que a los patronos les interesa saber. Una vez que lo tengamos a bordo, hablará: no nos faltan procedimientos para conseguirlo. Bueno, ¿envío algunos hombres para que lo traigan por la fuerza o va usted a traerlo por las buenas al espacioyate?

Carson reflexionó unos instantes

Luego se humedeció los resecos labios

-Ya tengo la solución. El está empeñado en casarse; pero resulta que nuestro código civil no contiene cláusulas al respecto; no habíamos previsto estas circunstancias. Por lo tanto, vo puedo decirle que usted, como capitán de nave...

-Perfectamente. Usted se encargará de traerlos a él y a la muchacha. Además, tengo otras órdenes para darle: reúna una cantidad bastante grande de semilla de tanar y consiga algunos almácigos de esta planta. Yo volveré dentro de un par de días v me los llevaré a bordo a usted y a ellos. La calidad que este hombre obtiene parece ser demasiado buena, ¿me comprende?

-No... Temo que no.

UIERO que este tipo nos diga cómo prepara sus dispositivos explicó el capitán despectivamente -. Debemos cerciorarnos de que dice la verdad; pero, para mayor seguridad, les dispositivos que va ha fabricado quedarán acá, para que no pueda sacarlos y destruirlos. Y, cuando sepamos todo lo que él sabe, incluso lo que adivina, cuando mis dóciles científicos hayan construído los mismos aparatos y los hayan probado satisfactoriamente, volveremos en busca de las semillas de tanar y los almácigos. Entonces buscaremos los aparatos que hayan quedado acá y nos los llevaremos a la Tierra.

-Pero si usted se lleva el aparato que nos impide morir quemados - prorrumpió Carson con voz entrecortada—,

¿qué será de nosotros?

-Tiene razón - replicó el capitán con punzante ironía -. ¡Qué mal estaría eso! ¡Muy mal!... Pero ocurre que usted ya no estará acá. Nos acompañará en el espacioyate. Así que no tiene por qué afligirse. Y no olvide: usted queda encargado de buscar y traer a la pareja.

A Carson le tembló la mano cuando tomó el rayófono; su voz no era normal al explicarle a Katy que el capitán del espacioyate tenía facultades legales para celebrar casamientos en el espacio. Como gesto amistoso hacia Lon, el colono más prominente de la comunidad, Carson le había preguntado al capitán si quería hacerle este favor. El capitán había aceptado; de modo que, si se daban prisa, podrían subir a bordo de la espacionave para celebrar allí su matrimonio.

Cuando el administrador colgó el auricular, el capitán lo miró con

sorna.

—Linda chica, ¿eh? ¿Y usted no tuvo coraje para sacársela al otro?

—No esperó la respuesta—. Ya veré si me gusta. Usted ocúpese ahora mismo de preparar lo que le dije, para que lo encuentre listo a mi regreso, dentro de

dos días.

—Pero — tartamudeó Carson — cuando usted los deje en libertad, ellos informarán...

Su interlocutor le dirigió una mirada inexpresiva. Luego salió.

Carson sintió un leve malestar. Pero no podía flaquear, porque era un empleado modelo de la Compañía Comercial de Cetis Gama. A través de la ventana de su oficina observó cómo Lon Simpson saludaba a Katy a su llegada a Cetópolis; vió cómo ella adornaba la solapa de su mejor traje con un ramito de flores chanel y, por último, los vió alejarse hacia el espaciopuerto, radiantes de felicidad. El nada hizo por detenerlos.

TODALICTA se dispuso a compartir los pensamientos y la dicha del ser bípedo femenino, cuyas emociones le eran familiares por ser ella misma una recién desposada. Radamsico, por su parte, tomaba notas, pero de vez en cuando se interrumpía para atender con gentileza cualquier observación de ella. Estaban instalados ante su rústica pero confortable vivienda, allá en el noveno planeta, prontos a participar de la felicidad — muy sui géneris — de esas criaturas que No-

dalicta tanto había llegado a querer.

En su ansiedad e impaciencia, ella se dedicó a estudiar los pensamientos de Katy; Radamsico, en cambio, sondeaba la mente del hombre. Al cabo de unos minutos, su expresión se demudó; entonces resolvió trasladar su pensamiento a uno v otro de los bi pedos presentes en la espacionave. Fi-

nalmente, declaró a Nodalicta, con cierta decepción:

—Los que tú consideras tus cachorrirtos, Nodalicta, son gente benévola; pero los otros... — frunció el ceño, por así decir, y continuó: — Realmente, querida, si penetraras en sus mentes, te desagradarían mucho. Son absolutamente repulsivos. Pero es mejor que dejemos esto y nos volvamos a nuestros lares. Si es que te gustan tanto los cachorritos, hay allá criaturas mucho más apropiadas para que les prestes tu atención.

Nodalicta hizo un mohín de repro-

ra ver la ceremonia del casamientol ¡Es tan agradable pensar que criaturas así de pequeñitas puedan enamorarse v... casarse!

Radamsico apartó sus pensamientos del espaciovate y echó un vistazo al encantador refugio que estaban habitando. Sus paredes de nieve nitropénica centelleaban a la luz de las estrellas. El jardín de flores de cianógeno. el arriate de cristales de amoníaco, el sendero de azufre monoclínico y el estanque de hidrógeno líquido que él mismo había instalado en una media hora, todo eso era sencillo pero delicioso. En cambio, ¡qué frialdad la del espacioyate, con sus paredes metálicas, tan extrañamente recubiertas de una capa de óxido de plomo y el piso de caucho vegetal!... No complacían a Radamsico esos ambientes que los hombres se creaban para surcar el espacio.

-Muy bien, querida —aceptó resignado —. Miraremos un rato más, y después volveremos a casa. Estoy impaciente por ver lo que dicen los modernistas cuando les enseñe mis notas relativas a esa llamarada. Además — añadió con fingida gravedad —, tú estarás ansiosa por mostrarle a tu familia que yo no te he maltratado tanto...

Pero Nodalicta ya no pensaba sino en el bípedo femenino, que la tenía angustiada.

-¡Radamsico! - protestó -, los otros bípedos son malos con mis cachorritos. ¡No me gustan! Haz algo, por favor.

On marinero de sucio uniforme los condujo al interior del salón. La esclusa de aire se cerró y el espacioyate levantó vuelo. El marinero desapareció y ya no quedó ninguna presencia humana. Lon se puso tenso, pues comenzó a comprender de qué se trataba y sintió un escalaforío al pensar que pudiera ocurrirle algo malo a Katy.

Era un espacioyate de tipo muy especial: una nave de placer. Las deco-

raciones eran sutilmente repulsivas; a primera vista, los cuadros murales parecían bonitos, pero luego resultaban inquietantes; v, cuando se los examinaba en detalle, se notaba que contenían complicadas y monstruosas alusiones. Pertenecía esa nave a alguna persona para quien lo único importante era el placer, pero un placer obtenido del modo más desagradable. Lon llegó a la conclusión de que la tripulación de un vate como éste debía estar integrada exclusivamente por gente dispuesta a cooperar activamente en las empresas de su propietario. Este pensamiento lo hizo palidecer, puesto que había llevado consigo a Katy.

El aparato ascendía constantemente; las cortinas de las ventanillas habían sido bajadas, lo cual indicaba que a esa altura el sol emitía radiaciones lo bastante terribles como para dañar una piel no protegida. En seguida notó que el piloto estaba haciendo algunas maniobras; al cabo de un rato, las cortinas se soltaron y aparecieron las estrellas.

Lon se dirigió rápidamente hacia una de las ventanillas y miró afuera. La gran masa negra del sector nocturno de Cetis Gana Dos llenaba la mitad del cielo y tapaba el sol. El espacioyate debía de haber ascendido unas dos o tres mil millas, hallándose ahora en la sombra del planeta, lo cual, sin duda, no era indispensable para llevar a cabo una ceremonia matrimonial en el espacio...

En ese momento se oyó un rechinar de goznes y la puerta se abrió, dando paso al capitán. Katy le dirigió una sonrisa, pues aún no había captado los espantosos temores de su novio. Seguíanlo otros cuatro hombres, todos ellos vestidos con uniformes sucios y descuidados, y detrás venían dos más, cubiertos con ropas aun más ordinarias.

Los cuatro marineros avanzaron decididamente hacia Lon y lo sujetaron. Felizmente, no lo habían tomado desprevenido. La lucha fué ardua. Lon mantuvo un rato ocupados a tres de ellos; uno gruñía a causa de una muñeca dislocada, otro escupía sangre y dientes, y un tercero quedó con un ojo inutilizado. Pero cuando intervino un cuarto que arrojó una silla, las cosas cambiaron para Lon, cuya cabeza fué a dar contra algo muy duro.

MUANDO volvió en sí, comprobó Que no lo habían envuelto en ligaduras; pero sus manos se hallaban esposadas y unidas por una cadena de unas seis pulgadas de largo. También sus tobillos estaban apresados; de modo que, aunque podía moverse, estaba incapacitado para luchar. De su cabeza, que alguien sostenía, manaban hilos de

El capitán dijo con impaciencia:

-Vamos, póngase a gusto.

Y diciendo esto le soltó la cabeza. A una indicación suya, los hombres salieron. Lon miró en torno, buscando desesperadamente a Katy. Allí estaba, aterrorizada y pálida como una muerta, pero indemne en apariencia. Sus ojos le dirigían una súplica silenciosa.

-Eres un tipo difícil, ¿eh? - afirmó el capitán sardónicamente -. Cuando alguien te pone la mano encima te enojas y peleas. Pero tú tienes la culpa de todo. Te lo diré claramente para que no perdamos más tiempo y podamos seguir viaje. Tú eres Lon Simpson, ¿verdad? Bien; desde el planeta Cetis Gama, Carson - a quien tú conoces - dió a la Compañía algunas buenas noticias con respecto a ti. Parece que inventaste un dispositivo que puede convertir cualquier vegetal en tanar. Quizá sirva también para convertir muchas otras cosas... - hizo una pausa y continuó: -Bueno, queremos saber cómo se hacen esos dispositivos. Tú nos vas a dibujar planos y a explicar la teoría, ¿entiendes? He traído conmigo gente experta April 100

te escuche. Vamos a hacer uno de esos aparatos, de acuerdo con tus planos y explicaciones. Pero tiene que funcionar, si no...

-Así que fué Carson quien lo llamó a usted para esto ... - dijo Lon sombriamente.

-Sí. La Compañía necesita tu invento. Lo usará para hacer fibra de zus, polvo de sicces, quizá también polvo de sueños y algunas otras cosas por el estilo. La cuestión es que nos vas a decir cómo se hace ese dispositivo, ¿comprendes?

Lon se remojó los labios, antes de

responder lentamente:

-Creo que le falta algo por decir. -Hiciste otro aparato - prosiguió el otro, entornando sus ojos con deleite que produce energía sin necesidad de combustible. También lo queremos. Las espaciolíneas, las ciudades, etc., pagarán por adquirirlo. Sería magnífico. Tú vas a trazar planos y explicaciones, y nosotros nos encargaremos de ver si sos exastos. ¿Está claro?

-¿Nos dejará en libertad cuando yo le haya dicho todo? - aventuró Lon

con amargura.

-No sin que antes nos hables de otro de tus inventos. Tú creaste una pantalla protectora para salvar al planeta de la destrucción por el fuego. Debe de ser algo muy útil. La empresa instalaría una en torno a Mercurio, pues es conveniente para las operaciones mineras, y otra alrededor de un planeta que está demasiado próximo a Sirio. ¡Oh, en muchos otros lugares sería de gran utilidad! Así que vas a dibujar también los planos de este aparato y nos explicarás cómo funciona. Entonces, sólo entonces, podremos empezar a conversar sobre tu libertad...

ON sabía que no podría salir de L'allí sin que él revelara todo aquello que querían saber; pues estando en nave de placer como ésa con Katy como prisionera... En fin, de todos modos jugaría aún sus últimas cartas.

-¿Qué pasaría si yo no dijera nada?

- preguntó audazmente.

El capitán se encogió de hombros. -Recuerda que hace un momento te dejaron knock out ... - respondió con indiferencia. Y añadió: -Mientras esperábamos que volvieras en ti le dijimos a ésa - y señaló con el pugar a Katy - lo que le pasaría si su novio no era más amable con nosotros. Ella sabe perfectamente que lo vamos a cumplir. No te haremos daño alguno hasta que terminemos con ella; así que sería conveniente que empezaras a hablar. Pero..., mejor todavía: le daremos a ella un plazo de diez minutos para ver si logra convencerte por las

Diciendo esto salió. Lon comprendió que éste era el fin. Al ver la expresión de extravío y horror en el semblante de Katy, dióse cuenta cabal de que la amenaza de aquel monstruo no había sido pura fanfarronería. Tenía quie habérselas con la misma organización que había traído colonos a Cetis Gama Dos. Los cerebros que tiempo atrás proyectaran ese sistema, eran los mismos que habían planeado esta situación. En ambos casos habían encontrado hombres especialmente calificados para cumplir su repugnante misión.

-Lon, amor mío, ¡mátame, te lo ruego! - prorrumpió Katy en ronco mur-

mullo. El la miró con asombro.

- Mátame, te lo imploro! - repitió desesperada -. No nos dejarán libres, Lon, después de lo que me dijeron. Tienen que matarnos a los dos. Pero prefiero que me mates tú. Te lo ruego.

En la mente de Lon surgió de pronto una idea; comenzó a analizarla en forma angustiosa. Bien sabía que la Compañía se proponía usurpar sus inventos y, una vez logrado su propósito, eliminar definitivamente al inventor.

La idea que se le había ocurrido era desesperada, pero tenía que probarla. Ellos sabían que tenía en su haber ciertos dispositivos capaces de obrar milagros; si inventase ahora cualquier otra cosa y lograse convencerlos de que se trataba de un arma mortífera...

Su carne se erizó de horror, más por Katy que por él. Hurgó en sus bolsillos; encontró un cortaplumas, una cadena de llavero, un trozo de cuerda. Su semblante se había tornado gris. Desgarró la tapicería de un asiento y

## La vejez de las células

U NA nueva hipótesis sobre la causa del envejecimento de las células del cuerpo se debe al doctor Lansing, de Missouri. El opina que las células que tienen muy poco calcio crecen y se multiplican sin pausa, que es el caso de las células cancerosas. En cambio, la acumulación de calcio produce vejez y muerte. Luego, ataca el problema de a qué se debe que ciertas células tengan más calcio que otras, y encuentra que la culpable es una ribonúcleoproteína, emparentada con las sustancias que se creen fundamentales para la vida, y que se encuentra en la superficie de las células normales, pero no en las cancerosas. La ribonúcleoproteina permite a la célula apoderarse de sustancias que se hallan en el exterior, y entre ellas, el calcio. Y claro, ahora se plantea el problema de por qué algunas células tienen esa núcleoproteína y otras no. Los cientistas no corren peligro de aburrirse...

extrajo algunos resortes espirales. Arrancó un trozo de maldura decorativa. Sabía que la idea no resultaría, pero no le quedaba otro recurso. Sus ma nos se movían torpemente, trabadas por las esposas.

Al cabo de un tiempo había terminado su tarea. El nuevo "invento" era un trocito de madera adherido a un resorte espiral de la silla, y el todo envuelto en la cadena del reloj; en el interior, el cortaplumas colocado de modo que la hoja parecía establecer con-

Katy tenía sus cinco sentidos puestos en él. A pesar de su desesperación, creía. Ya había visto cómo tres aparatitos igualmente inverosímiles y absurdos operaban milagros. Por eso, mientras su prometido hacía algo que se parecía a la pesadilla de un escultor ultramodernista, ella observaba en medio de una tensión esperanzada.

TENIA en sus manos el "objeto" cuando la puerta se abrió y entró el capitán. Este dijo con impertinen-

-Bueno, ¿en qué quedamos? ¿Pucdo hacer venir a mis científicos para que lo escuchen, o llamo a los muchachos para que vengan a convencer a esta dama?

-Ninguna de las dos cosas. He inventado otro dispositivo - anunció Lon en tono firme-. Desde acá... puedo matar a todos los que están en esta espacionave. Así que, sin pérdida de tiempo, nos va a llevar usted de re greso a nuestro planeta, ¿entiende?

El capitán no miraba el "objeto", sino el semblante de Lon. Luego ilamó, y entraron los cuatro tripulantes

y los técnicos. -Primero tenemos que persuadirnos - dijo con sorna -. Este hombre acaba de decirme que ha inventado un aparato capaz de matarnos a todos. Avanzó lentamente hacia Archivo Histórico de Revistas Argentinas Www.ahira.com.ar

te comprendió que su amenaza de nada valía; si él hubiera sabido a ciencia cierta que eso era un arma, se habria sentido confiado y seguro. Aun cuando no tuviese tal seguridad, esquimia e' aparatito amenazadoramente a medida que el otro se acercaba.

Lanzando una carcajada, el capitán se lo arrancó de un manotazo.

-Ahora ataremos a ésa a una silla y nos dedicaremos a ella. Y tú, Lon, cuando tengas ganas de hablar nos avisas para que la soltemos.

Miró el objeto que tenía en sus manos. Su aspecto era absurdo; en realidad, tan absurdo como el del dispositivo que producía energía. O como el que convertía un tipo de vegetacion en otra y el que había producido un cortocircuito entre la ionósfera de Cetis Gama Dos y la superficie del planeta. El capitán lanzó una risotada y dijo:

-¡Vean muchachos, esto los va a

Encorvó el dedo sobre la hoja del cortaplumas, que hizo contacto. Éntonces, parodiando una amenaza, deslizó el aparatito sobre el piso del salón. Instantáneamente los cuatro tripulantes y los dos hombres de ciencia se pusieron rígidos. El capitán los miró asombrado; en seguida movió el aparato, que vino a quedar dentro de su propio radio de acción, y comenzó a mirarlo con aire incrédulo.

De pronto púsose rígido, perdió el equilibrio y cayó sobre el instrumento, quebrando sus frágiles ligaduras e in terrumpiendo el contacto. Los otros también cayeron, uno por uno, produciendo golpes particularmente recios al desplomarse. Su carne era increiblemente dura; tan dura casi como la madera de caoba.

DDALICTA, saliendo de su embeleso, exclamó:

-¡Cómo te quiero, Radamsico! ¡Era una infamia que esas horribles criaturas guisieran hacer daño a mis cach)rritosl ¡Te estoy tan agradecida por haberlos ayudado!

-Y vo estoy feliz de verte contenta, mi querida. Bueno, ¿regresamos anora

a nuestra casa?

Nodalicta lanzó una mirada en torno al grato paisaje que ofrecía el noveno planeta de Cetis Gama. Veíanse una serie de picos de aire congelado v cadenas montañosas de agua solidificada desde hacía diez mil eones. También se observaban árboles de nitrógeno congelado, complicadas formaciones de cristales de argón y un amplio césped de cristal oxigenado, del cual asomaban cristalitos azules de cianógeno que parecían tupirse junto al arrovo de hidrógeno líquido. Y en medio de todo eso estaba su albergue, que, aunque un poco rústico, tenía el mérito de haber sido escenario de un verdadero idilio de recién casados.

-Créeme, no tengo demasiados deseos de irme de acá - dijo Nodalicta melancólicamente -. Hemos sido tan felices en este lugar... ¿Te acordarás siempre, querido?

-Naturalmente. Y no sabes cuanto me alegra saber que te has sentido feliz.

Nodalicta se recostó contra 41 y lo envolvió tiernamente en sus tentáculos.

-Amor mío - dijo en el tone más suave posible -, has sido mara illoso conmigo, quizá demasiado condescendiente con mis caprichos. Pero te prometo que, de ahora en adelante, seré una esposa seria y formal. Sin embargo, ha sido tan agradable que te portaras así conmigo.

-Para mí también lo ha sido - res-

pondió él galantemente.

Nodalicta echó una última mirada en torno, y cada uno de sus dieciséis ojos emitió un lánguido destello. Al escrutar el espacio, vió el espacioyate en la sombra del segundo planeta a partir del sol, ya decreciente.

-Allá van mis cachorritos - murmuró enternecida -. Pero..., ¿qué están haciendo, Radamsico?

-Han descubierto que los miembros de la tripulación de ese vehículo que ellos llaman espacionave no están muertos, sino que su vida está en suspenso, y han decidido llevarlos a la Tierra para hacerlos revivir.

-¡Oh, qué hermoso! Yo sabía que eran dulces criaturitas.

Radamsico se quedó un instante va-

-De la mente del bípedo masculino - dijo al fin - deduzco algo más. Como la tripulación está incapacitada, ellos han resuelto conducir el vehículo a puerto y entregarlo sano y salvo, aun cuando no sean propiamente empleados de la Compañía. Entiendo que tendrán derecho a reclamar una recompensa por algo que llaman... "salvamento". Y se proponen usar ese dinero para obtener otras recompensas que él llama "patentes", y, después de todo eso, esperan poder vivir muy felices.

Llena de júbilo, Nodalicta exclamó: -De la mente de mi cachorrita yo infiero que está orgullosa de él, porque ne sabe que fuiste tú quien ideó todos los instrumentos que lo sacaron de apuros. Ahora ella le dice que lo ama profundamente.

Nodalicta se ruborizó levemente porque allá lejos, en un espacioyate, Katy había besado a Lon. Este acto parecíale altamente indecoroso, ya que ella misma apenas había salido del estado de doncellez.

-Sí -dijo Radamsico-. Ahora él le devuelve el cumplido. ¿No es extrano que criaturitas tan pequeñas...? Ah, Nodalicta, alégrate de nuevo! El le está diciendo que se casarán ca cuanto lleguen a la Tierra, y que ella vestirá traje blanco con velo y una larga cola. Pero temo que no podamos seguirlos para presenciar la ceremonia nupcial.

Entrelazando sus antenas oculares y fundiendo sus explosiones de positrón, ambos se remontaron desde la superficie del noveno planeta de Cetis Gama. Atravesaron el espacio, rumbo a su hogar, situado en el extremo más saliente de las avanzadas espirales de la Galaxia.

-Pero, con todo - reflexionó Nodalicta mientras surcaban el vacío a una velocidad inconcebible para los humanos -, son maravillosamente graciosos v simpáticos.

-Sí, querida - asintió Radamsico,

por no iniciar una discusión tan poco después de su boda -; pero nunca tan graciosos y simpáticos como tú.

ENTRETANTO, en el espacioyate, Lon Simpson trató de aguzar su ingenio para inventar alguna forma de librarse de los grillos que aprisionaban sus tobillos y puños; mas todo fué en

Finalmente, Katy hurgó en los bolsillos del capitán, extrajo el manojo de llaves y utilizó la que correspondía. +



## ¡La Luna se usa!

A un sin haber recibido jamás la visita del hombre, la Luna está siendo cada día más útil a la humanidad. Lo que la hace preciosa para hombres de ciencia e ingenieros es justamente una característica incomodísima para la astronavegación: su falta de atmósfera. Gracias a eso, el borde del disco lunar se ve con toda nitidez, y cuando la Luna pasa entre la Tierra y el Sol o una estrella cualquiera, se puede observar con toda exactitud la iniciación y terminación del pasaje o tránsito. Los astrónomos han aprovechado eso desde hace mucho tiempo, pero ahora también les sirve a los ingenieros geodestas que deben medir con precisión distancias muy grandes en la Tierra, por ejemplo la distancia de costa a costa de un océano a una latitud determinada. El método consiste en observar el instante en que la Luna oculta una estrella desde los dos puntos cuya distancia interesa. La diferencia de tiempo que hay permite deducir esa distancia. Es curioso que las longitudes se midan con reloj ...



## CONTESTANDO A LOS LECTORES



MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas que contengan preguntas sobre temas científicos. Algunas de las respuestas se publican cada mes, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se pida de no hacerlo. Las preguntas deberán ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una sola pregunta.

Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

### PREGUNTA:

Me gustaría ver descripta la locomoción, y sobre todo la aeronáutica del futuro.

Juan Cazzola, Corrientes 1231, Capital.

Si ninguna otra guerra, "fría" o "caliente", viene a interrumpir el curso del progreso, es bien posible que para el año dos mil alcancemos a ver el siquiente estado de la locomoción. En primer lugar, la gente viajará sólo por placer, pues los encargados de las máquinas que fabricarán y distribuirán todo lo necesario para la vida podrán dirigirlas desde sus casas, por telecontrol, y las entrevistas personales se harán por televisión. Por lo tanto, se acabarán los ómnibus, tranvías y transportes colectivos de toda clase. Para viajes cortos habrá autos y autogiros particulares no mucho más veloces que los actuales, pero de motor más sencillo. Si se resuelve el problema de un acumulador eléctrico eficiente, es probable que se generalicen los motores eléctricos. Los motores atómicos se usarán sólo para viajes interplanetarios o

recorridos muy largos, pues si ya hoy se considera poco saludable el aire enviciado por los motores a explosión, la cosa será más grave con los productos radioactivos de los motores atómicos. Habrá inmensos aviones de carga, lentos y enteramente dirigidos por control remoto, y tal vez tipo dirigible, aprovechando los plásticos livianos y resistentes y eliminando el peligro de las tormentas por el control del clima. Pero hay un descubrimiento que podría resolver de un golpe todos los problemas de transporte: un método para aislarse y eludir la gravitación, por ejemplo una sustancia opaca a la atracción terrestre. Por desgracia, la teoría de la relatividad nos asegura que tal sustancia no puede existir, y vaya uno a discutirle a Eeinstein...

## PREGUNTA:

¿De qué están compuestos y qué velocidad llevan los asteroides?

Ignacio Guenert, Capital.

Dentro de pocos números publicaremos un capítulo de "La conquista del espacio", que trata en detalle el interesante problema que usted plantea. Mientras tanto, podemos adelantarle lo siguiente: se cree que los asteroides son restos de un planeta que giraba entre Marte y Júpiter y se destrozó al acercarse demasiado a este último. Por lo tanto, su composición dependerá de la parte de ese planeta que ocupaba el asteroide. Si estaba en el núcleo será metálico, con mucho hierro y níquel. Si estaba más afuera será rocoso. Probablemente una de las ocupaciones más divertidas dentro de cincuenta años será ir en busca de minerales raros en los asteroides. En cuanto a su velocidad, depende exclusivamente de su distancia del Sol. En término medio viajan alrededor del Sol a unos veinte kilómetros por segundo, o sea bastante menos rápido que nuestro planeta.

## PREGUNTA:

¿Es verdad que hace años se envió ya un cohete a la Luna?

Obdulio Bertorello. San Juan 1523. San-

No es verdad. Hasta ahora lo único que el hombre ha enviado a la Luna fueron ondas de radar, que se reflejaron en ella y fueron recibidas de vuelta en la Tierra.

## PREGUNTA:

En vista del parecido que hay entre el Sol y sus planetas por un lado y el núcleo y los electrones de un átomo por otro, ¿no sería posible que el sistema solar fuese un átomo de alguna molécula, y que los sistemas del universo no sean sino parte de alguna

Norberto Barsi. Humberto 1º 2818. Capital.

Cuando a principios de este siglo lord Rutherford emitió su teoría de que

los electrones giraban alrededor del núcleo como los planetas alrededor del Sol, hubo muchos que se plantearon la misma cuestión que usted, y con perfecto derecho. Pero luego resultó que los electrones no se comportan en modo alguno como planetas, y que la idea de Rutherford no puede aceptarse, pues un electrón, desde muchos puntos de vista, se parece tanto a una onda como a una partícula, y cambia de "órbita" súbitamente con toda naturalidad. Además, el núcleo de un átomo es una cosa teóricamente mucho más complicada que el Sol. No; la semejanza entre un átomo y el sistema solar es puramente superficial.

## PREGUNTA:

¿Cómo se puede contrarrestar la formidable aceleración que se produce al arrancar un cohete? "Planetista", Nogoyá, Entre Ríos.

La aceleración con que parte un cohete se puede graduar regulando el consumo de combustible, y por ahora no hay más remedio que hacer eso, tratando de que la aceleración inicial no sobrepase más de 4 ó 5 veces la aceleración de la gravedad terrestre, pues eso es lo máximo que puede resistir el hombre. Una mayor aceleración inicial sería más eficiente desde el punto de vista del consumo total de combustible, pero por ahora nadie sabe cómo evi-

## PREGUNTA:

¿Cómo se pueden cruzar los espacios interplanetarios? Néstor Nieva. Anchoris 1750. Rosario.

tar sus efectos peligrosos para la vida.

El vehículo hoy aceptado universalmente es la astronave impulsada a reacción. Para detalles, lea usted el capítulo referente a ese tema de "La conquista del Espacio", que pronto publicaremos.

## PREGUNTA:

En una revista científica leí este comentario de la Teoría de la Relatividad de Einstein: "De esta manera explica Einstein el movimiento de los planetas: las trayectorias son elipses, no debido a la atracción que sobre ellos ejerce el Sol (hipótesis de Newton), sino simplemente porque no estando sujetos a ninguna fuerza (la atracción de Newton desaparece) ellos deben describir geodésicas del espacio tiempo, las cuales, proyectadas en el espacio euclidiano, resultan efectivamente las elipses ya observadas por Kepler". ¿Significa esto que entre los planetas y su estrella no hay ninguna

L. Magaró. Calle 57 Nº 127. Córdoba

No: sigue siempre habiendo una relación causal entre la existencia del Sol y las trayectorias de sus planetas. Pero la Teoría de la Relatividad no expresa esa unión mediante conceptos como el de "fuerza de atracción", sino mediante otros, más útiles, como el de la "curvatura del espacio tiempo". En este caso, las dos maneras de expresarse son equivalentes. En lugar de decir: "El Sol atrae a la Tierra obligándola a describir la trayectoria elíptica, Eeinstein diría: "El Sol modifica la curvatura del espacio de tal modo que la única trayectoria posible para la Tierra es una elipse". La ventaja de la teoría de Einstein es que hay otros casos en que con sus conceptos se puede explicar lo que pasa, mientras que con el concepto de la fuerza de Newton no se llega a nada.



Si dos sistemas mentales completamente diferentes tratan de conocerse uno a otro, de medir su reciproca inteligencia, es posible que se truequen los papeles del observador y del observado.

ilustrado por CSECS



# L LABERINTO

por FRANK M. ROBINSON

El Servicio Civil te empezará a buscar... dentro de una semana —

-Sí, si estamos vivos para entonces - respondí amargamente.

-Eso es lo que me gusta de ti, Bob. Siempre optimista.

Yo me encogí de hombros.

-Ya se sabe en qué ha de terminar esto. Lo peor es que tenemos que seguir probando. Si no, nos clasificarán

El hizo crujir los nudillos hasta que los nervios se me pusieron de punta

como cuando uno raspa un pizarrón con las uñas.

-Ya estuviste tres veces en el laberinto - dijo.

Camden y yo estábamos sentados en

el suelo. Yo sentía cansancio y frío, a pesar del calor que hacía en el cubo. De pronto hubo un contacto en mi mente, una necesidad urgente de re-

cordar..., de recordar el primer día de mis vacaciones. Estaba por empezar otro viaje al laberinto. Ya sabía cómo comenzaban..., pero ¿cómo terminaría esta vez?

Comenzaría como comienzan generalmente los días en Venus: terribles.

OSTECE y me segué el sudor de la frente. Las mañanas en Venus son siempre terribles; calurosas y húmedas. Me di vuelta y traté de dormir unos minutos más. El zumbido del televisor no me lo permitió. Conecté el sonido, preguntándome quién podría llamarme tan temprano.

-- Robert Germaine? Habla la Ofi-

cina de Asesinatos.

Era perfectamente legal. Si yo mataba a Kennedy ahora, nadie me acusaría de asesinato... y viceversa. En Venus eso es permitido, con tal de registrar ese propósito en la Oficina de Asesinatos.

Pero vo acababa de llegar de la Tie-112 y apenas tenía amigos en Venus. Kennedy era rico e influyente y podía mantener una docena de guardaespaldas.

Marqué un número, y la pantalla se iluminó con la bonita cara de Janet.

-¡Hola, Bob! ¿Tan temprano? -son-



Se me estremeció el corazón y me desperté del todo.

-Si, soy Germaine - dije.

-Se trata de una notificación de Propósito de Asesinato. Marcus Kennedy ha registrado en esta Oficina su Propósito de asesinar a Robert Germaine a partir del mediodía del 23 de mayo. Causa: las atenciones de su secretaria Ianet Chandler.

La voz cesó v vo desconecté.

-Se abrió la temporada de caza del Germaine, y Marcus Kennedy ya tiene la escopeta apuntada - contesté -. La razón que dió es tu personita.

Como ella no dijo lo que yo esperaba, me vi en la necesidad de suge-

-¿Por qué no vuelves con él? ¿No prefieres estar casada con un millonario antes que tener una urna con mis cenizas en el comedor?

-No seas estúpido, querido - dijo Janet -. Debes desaparecer durante treinta días, que es el plazo legal para asesinarte. Fuera de ese plazo, si te matara, lo ahorcarían.

-¿Y a mí qué me importa que lo cuelguen cuando yo ya esté muerto?

- protesté.

-Búscate un sitio lejos del mundanal ruido - sugirió Janet con tono abu-

rrido, v cortó. Sí, era la mejor solución; pero, ¿adónde ir? Yo trabajaba en la Compañía de Turismo a Venus desde hacía poco tiempo y no había hecho muchas amistades en el caluroso planeta.

Todavía estaba pensando en el asunto cuando llegó el correo del mediodía. Oí cómo caía el tubo neumático sobre la mesa de la cocina, pero no fuí a recogerlo; estaba demasiado preocupado con mis problemas.

El "correo" explotó cinco minutos después, dejándome tendido en el suelo.

ME arrastré entre muebles rotos y pedazos de cielo raso hasta un cuarto lleno de humo. Estaba cubierto de moretones y con un fuerte dolor de cabeza.

Las llamas ganaban terreno y yo traté de salir al pasillo. Una plancha de acero cerraba la puerta de mi departamento. Cómo la habían puesto allí es cosa que nunca averigüé. Pero lo imperativo del momento era huir; escapar de ese infierno, que amenazaba des-

El humo me ahogaba y traté de llegar a la escalera de incendio. Apenas abrí la ventana, el proyectil de una pistola de agujas se clavó en el marco, a pocos centímetros de mi cabeza.

Me dejé caer de rodillas y fuí gateando a lo largo de la pared, mientras las agujas seguían clavándose en la ventana. Por fin encontré el tubo de la ropa sucia y me dejé caer por allí. Aterricé en el sótano del edificio

sobre una montaña de medias y pantaloncitos sucios que evitaron que me rompiera el cuello, a pesar de los tres pisos de caída.

Afuera acababa de llegar la Brigada de Incendios y ya había una pequeña multitud esperando sin duda que sacaran mi cuerpo achicharrado. Salí por una puerta lateral y me abrí paso entre

el gentio.

No sé cómo se me ocurrió pensar en Oliver Camden y su granja experimental. Seguramente por eliminación. Traten de imaginarse el lugar más remoto, menos habitado, más extraño de Venus y tendrán que caer en la Granja. de Investigaciones Biológicas Extraterrestres de Camden.

Pagué el pasaje en la estación de ómnibus y observé a la gente que subía. Una vieja; un piloto de la Armada de Venus y su novia; un terráqueo gordo. Sí, un turista de la Tierra, sin duda, a juzgar por el pantaloncito de fantasía que usaba. Se paseó por el pasillo y al reconocer en mí a un compatriota se sentó a mi lado.

El ómnibus partió, abriéndose paso, pronto, con sus enormes ruedas, en el paisaje pantanoso. Yo conecté el televisor de mi asiento para distraerme un

-¿Hace mucho que está en Venus?

-Dos años - contesté.

-Ya es casi un nativo, ¿eh? - mi gordo compatriota me guiñó un ojo -. ¡Ah, qué gran planetal ¡Lo mejor para el reumatismo! ¿Adónde va?

-A la tercera ciudad - mentí.

-¿Qué le parece - dijo el gordo de repente en voz baja, apretando el caño de una pistola de agujas contra mis costillas - si bajamos, más bien, en la próxima estación y esperamos al pa-

El terráqueo debía haberme seguido desde el incendio, pero yo estaba todavía vivo y eso significaba que tenía ordenes de tratarme bien. Me arrimé bien a él de modo que la pistola quedó apretada entre nuestros dos cuerpos.

-Si aprieta el gatillo ahora, las agujas saldrán también por atrás - dije tranquilamente -. Los gases no pueden escapar por el caño...

El gordo titubeó un instante, que vo aproveché para pasar mi brazo por detrás del asiento y pegarle en la base del cráneo. Lo acomodé en el asiento v le hice tragar una docena de tabletas de Estimo, droga que en Venus sustitaye al alcohol. ¡Cuando Kennedy encontrase a su hombre dormido y hediendo a Estimo sería cosa de reservar plateas!

ME bajé del ómnibus en la Granja, o, mejor dicho, tan cerca de allí como pude. Dos horas después llegué, tambaleante de cansancio, al sendero de tablas que conducía al edificio principal de la Granja.

Oliver no había cambiado mucho desde la última vez que lo viera, dos años atrás. Un poco más pálido - no tenía tiempo para baños de sol - y mucho más calvo. Pero siempre el mismo Olli, inteligente y práctico.

-¿Qué estuviste haciendo todos estos meses? - me preguntó.

-Trabajando para Turismo en Venus. Soy agente de publicidad. ¿Y qué es de tu vida?

-Siempre ensayando...

-¿Ensayando? ¿Ensayando qué? Olli suspiró.

-Creí que todos sabían a qué vine a enterrarme en este pantano corroído por los hongos. Estoy investigando los Banoides, Bob.

-¿Los Ranoides? ¿Esos seres misteric sos, parecidos al hombre, que viven esh los pantanos? ¿Y qué les investigas?

-La inteligencia - dijo Olli -. ¿Qué

tal andas tú de eso?

-Regular - contesté modestamente -. Siempre aprobé mis exámenes.

-Es un modo de medir nuestra inte-

ligencia. ¿Y cómo medirías la de un

-Qué sé vo... Lo sometería a esas pruebas que usan los psicólogos... Ah, ya entiendo; es lo que tú haces con los

-Lo primero es establecer un medio de comunicación, pero resulta muy difícil. Los Ranoides están tan alejados de nosotros como los perros, de modo que sólo podemos usar ensayos en que deban ejecutar alguna actividad.

-Luego, ¿qué se entiende por inteligencia y con qué unidades se la mide? Y, como la inteligencia es relativa, ¿nos interesa saber si un Ranoide es inteligente comparado con otro Ranoide o con un ser humano?

-En la Tierra usamos con los animales varios ensavos clásicos, basados por ejemplo en el instinto de conservación. Pero, ¿estamos seguros de que ese instinto existe en Venus? Estos no son seres como nosotros y viven en un medio muy diferente.

-Pero habrás aprendido mucho sobre ellos en estos dos años -interrumpí.

-Desde el punto de vista físico, sí - contestó Camden encogiéndose de hombros -. Hemos construído el "cubo" para los Ranoides y sabemos qué comen y cosas así. A propósito, les gustan las raíces bien podridas. Si les damos cosas frescas, no las comen.

-¿Y cómo sabes si el Ranoide que estás investigando es idiota o inteligente... dentro de su especie? ¿Puedes establecerlo, acaso?

-No sé; la verdad es que no sé nada. ¿Quieres acompañarme? Lo verás por ti mismo.

AMDEN me llevó a visitar la Granja. Nuestra primera parada fué en el "cubo"; una enorme caja de paredes transparentes, dentro del cual se veía una verdadera selva pantanosa de Venus, rodeada de material plástico.

-Está cerrado por debajo también

-explico Cadmen-, para que no puedan cavar un túnel y escaparse. Aquí dentro ponemos a los Ranoides. Así los podremos observar en su medio ambiente habitual.

Trepamos a una plataforma de observación y recorrí con la vista el interior del cubo. Al principio sólo vi árboles y charcos de agua, pero pronto Olli me señaló un Ranoide con el dedo. No era muy agradable de contemplar. Tenía un metro cuarenta de alto,

cara redonda, sin dientes v escamas verdes en el cuerpo. En su cuello se distinguían pequeñas agallas que se movian al respirar.

-Los he visto antes - dije -, pero estando borracho. Parece cruel; demasiado salvaje para ser inteligente. Diría que pueden resultar un peligro.

-Se los consideraba peligrosos cuando lle-

garon los primeros terráqueos a colonizar el planeta. Pero desde los primeros días fueron difíciles de encontrar. La docena que tenemos en el cubo ha costado meses de colocar trampas. -¿Qué pruebas has hecho hasta

ahora? - pregunté con curiosidad.

-Lo más elemental -contestó Camden frunciendo el ceño-. Hemos estudiado el crecimiento de los niños, o cachorros, como prefieras llamarlos, y encontramos que aprenden primero los movimientos generales y después los aplican en cada caso. Pero, ¿piensan? ¿Saben razonar? Sobre eso no sé una palabra más que al llegar a Venus. Si te interesa, te haré ver los ensayos.

Asentí y me condujo al laboratorio de ensayos; un pequeño galpón pegado al cubo.

-¿Cuál es el sistema que usan? pregunté.

-Es sencillo. No nos interesa como trabaja la mente del Ranoide, sino sólo si es capaz de obtener los resultados correctos. Para eso le planteamos problemas fáciles, parecidos a los que encuentra en su vida diaria.

MARTIN, uno de los biólogos de la VI Granja, nos esperaba a la puerta del laboratorio.

-¿Y qué tal responden los Ranoides? ¿Son inteligentes o idiotas? -pre-

-No sé - confesó Martín -. Todavía no hemos podido averiguarlo.

Nos condujo a una caja grande que parecía subdividida en corredores por paredes transparentes; un verdadero laberinto. En una jaula chica estaba acurrucado un Ranoide, esperando que lo metieran en la caja.

-¿Entonces, estos dos años de trabajo no han dado ningún fruto?

-En lo que se refiere a medir su inteligencia, así es -dijo Olli-. A veces me parece que las dificultades que tenemos dependen de algo muy sencillo, tan sencillo que por eso mismo se nos escapa. Otras veces..., bueno..., no sé qué pensar. Un Ranoide es un animal con sistema nervioso central, que come y respira para vivir y se reproduce como los mamíferos. ¡Alguna semejanza mental con los animales telrrestres ha de tener!

-Pero no - prosiguió sonriendo amargamente-. Los sometemos a ensayos que una rata pasaría sin dificultad y fallan..., pero no de modo normal. Por ejemplo, aquí tenemos un laberinto: de la jaula del Ranoide parten tres corredores que tienen al final un plato con raíces podridas, su alimento

preferido. En dos de los corredores el aire contiene cloro, un gas que los Ranoides no pueden soportar; el tercero está libre. Cualquier animal terrestre aprendería a distinguir el camino libre en tres o cuatro ensayos y no se equivocaría más. Pero fíjate lo que hace éste...

LLI apretó un botón, que abrió la Duerta de la jaula, y el Ranoide se introdujo en el laberinto. Se rascó perezosamente un brazo y entonces pareció sentir el olor de las raíces podridas. Tomó por el corredor de la derecha, pero a los pocos pasos el cloro lo hizo volver atrás. Sin titubear tomó por el de la izquierda y llegó sin inconveniente a las raíces, que devoró con deleite.

Otra vez fué llevado a su jaula y se repitió el ensayo. Esta vez se detuvo en la intersección de los corredores, pareció deliberar unos cinco minutos y eligió el corredor libre. Pero la tercera vez ni se incomodó en elegir.

-Tal vez ya esté harto -sugerí vo. -Las comen por toneladas -dijo Camden-. Además, a éste lo hemos tenido tres días sin comer.

En la intersección de los corredores el Ranoide se introdujo en el tercer corredor. En seguida olió el cloro y retrocedió. Sin preocuparse por la comida, volvió con aire indiferente a su jaula y se acurrucó en un rincón como si ya nada le interesara.

Camden movió tristemente la cabeza. -¿Comprendes ahora, Bob? ¡Diez millones gastados en instalar la Granja... para que ese esperpento se quede allí sentado, rascándose las pulgas!

NE recosté en un sofá, agotado por V el calor y la humedad. El clima de Venus había vuelto loco a más de uno. Camden estaba sentado frente a su escritorio, mordiéndose las uñas y tratando inútilmente de pensar.

-¿Todos los ensavos resultan así?

-Más o menos. Cuando lo han completado una vez, se dejan estar. Todos los animales aprenden el laberinto tanto mejor cuantas más veces lo han recorrido. Estos, al revés; ¡después de tres o cuatro ensayos no saben más que volver a su jaula!

-No te hagas mala sangre, Olli. Conozco otros animales que tienen la obligación de ser más inteligentes que los Ranoides y sin embargo...

-¿De qué estás hablando?

-De los hombres -dije-. ¿Alguna vez te preguntaste cómo hay gente que viene a Venus a hacer turismo? Yo te lo puedo decir, pues soy agente de publicidad de la Compañía. ¡Las cosas que puede hacer la propaganda! "¡Venga a Venus, el planeta de los trópicos! Su clima hace imposible el reumatismo!" Pero no dicen que es inaguantable. Si fueran más inteligentes no se dejarían engañar por la propaganda. Venus es una civilización diferente. Un tipo con cierto cerebro tendría que estudiar esa civilización antes de meterse en ella.

Camden bostezó.

-Muy interesante, Bob. Me dormiré pensando en eso.

-Tendrás, más bien, pesadillas con tus ignorantes Ranoides -murmuré.

TE pareció un terremoto. Agarré la LVI sábana frenéticamente y abrí los ojos. Camden me estaba sacudiendo para despertarme.

-¡Qué manera de dormir! ¡Qué imbéciles hemos sido, Bob! ¡Teníamos la respuesta ante nuestros mismos ojos y no la veíamos!

-Muy bien - gruñf bostezando - . ¿Se puede saber por qué me desper taste a estas horas?

-Te lo diré en el cubo. ¡Vamos!

Hacía mucho que no veía a alguien bailando en un pie, como Camden. Me

alcanzó los pantalones cortos y un minuto después los dos corríamos hacia el cubo.

Las puertas estaban abiertas; la entrada... y salida, estaba libre. El silencio casi se podía tocar. De los otros edificios no venía el menor ruido, ni de las barracas donde dormían los hombres. Las casitas del personal científico parecían vacías.

Grité a pleno pulmón, en parte para ver si había alguien cerca y en parte para disimular la tensión. No hubo

respuesta. Camden y yo nos dirigimos a una de las puertas de material plástico del cubo y entramos corriendo. Pero en seguida nos detuvimos, dándonos cuenta de que era imposible registrar toda aquella selva venusiana.

-Es mejor que vayamos antes a buscar a los hombres -dijo Camden.

Pero entonces se oyó un ligero susurro de peleas- Nos dimos vuelta... y encontramos la enorme pared de plástico frente a nosotros sin ninguna abertura. ¡Se habían cerrado las puertas!

-¿Será alguna broma de Martín o los otros? - pregunté, sabiendo muy

bien que era imposible.

-Mal chiste - dijo ceñudamente Camden. Nos acercamos a una pared y observamos los edificios y la selva que rodeaba la granja. Todo parecía verde a través del plástico.

A la distancia se movían unas figuras y yo golpeé la pared para llamarles la atención. Las figuras se acercaron y comencé a sentirme descompuesto. Eran Ranoides que se acercaban deliberada-

mente al cubo... -¿Cómo puede ser? -pregunté se-

ñalando a las figuras.

-Se han trocado los papeles -dijo Camden, mientras contemplaba a los

Los estuve observando unos minu-

-No son nada estúpidos, ¿eh?

-Cualquier cosa, menos estúpidos.

-¿Cuándo te diste cuenta? ¿Anoche? -Sí, te dije que iba a pensar en lo que me habías dicho, y pensé en serio. Dijiste que cualquier tipo con cerebro se preocuparía de observar bien una civilización nueva antes de meterse en ella. Se me ocurrió que eso es justamente lo que han hecho los Ranoides, y por eso son tan difíciles de encontrar.

-¿Y los que atrapaste?

-Quizá algunos se dejaron atrapar; se sacrificaron por la ciencia Ranoide... ¿Qué mejor modo de apreciar la inteligencia de una raza que dejarlos ensayar la inteligencia de uno mismo?

-Pero, entonces, ¿por qué fracasaron en el laberinto? ¿Cómo lo explicas si son tan inteligentes?

Camden casi sonrió.

-Es fácil idear pruebas para la inteligencia de animales inferiores -dijo-. Pero, ¿cómo harías con uno superior a nosotros? Si tu perro inventara un ensayo para medir la tuya, le parecerías un imbécil, porque nunca harías lo que él espera. Eso es lo que les pasó a los Ranoides. A la primera o segunda vez ya eran capaces de efectuar correctamente el ensayo: descubrian el corredor libre del laberinto. ¿Y después? ¡Sabiendo que lo habían hecho correctamente, no se podían imaginar por qué les hacíamos repetir la prueba! ¿Qué habrías hecho tú en un caso así? Seguramente lo mismo que ellos; sentarte en un rincón y esperar nuestro próximo ensayo.

-¿Por qué nos han encerrado ahore? -pregunté.

-Cambiaron los papeles, Bob. ¡Aho² ra ellos harán otras experiencias con nosotros!

/ E dolía la cabeza. -¿Qué pasó? -pregunté. -Estuviste en el laberinto - dijo Camden.

-¿Oué laberinto? Pensé que los Ranoides nos harían algo...

-Lo hicieron - rió secamente -. Cuéntame todo lo que te ha sucedido desde el primer día de tus vacaciones. Se lo conté.

-Pensando en lo que te pasó, ¿no encuentras nada raro? -me preguntó.

Pensé un momento.

-Un detalle -dije después-. Vine a tu Granja para salvarme de Kennedv. pero desde que llegué no volví a pensar en él. Me parece extraño....

-¿Algo más?

-Bueno, que en estos días me han ocurrido más aventuras que nunca.

-En apariencia. Pues a Kennedy nunca lo conociste -dijo tranquilamente Camden-. Y tus aventuras son totalmente imaginarias. El primer día de tus vacaciones transcurrió así: te despertaste, te diste una ducha y desavunaste. Luego tomaste el ómnibus para venir a visitarme. En el ómnibus no te ocurrió nada. Llegaste aquí y desde entonces tus recuerdos son reales. Però nunca viste a Kennedy, Nunca estuviste atrapado en un edificio en llamas; nunca te amenazaron de muerte en un ómnibus. Tus recuerdos, desde que te despertaste, son falsos.

Me sentía estúpido y mareado. -¿Qué me hicieron? -pregunté-.

¿Fueron "ellos"?

-Sí, ellos. Los Ranoides, que han estado haciendo experimentos para medir tu inteligencia. Ellos también construyeron un laberinto, "...pero dentro de tu mente". Los Ranoides borraron tus verdaderos recuerdos de estas diez horas y en su lugar pusieron, no me preguntes cómo, dos o tres imágenes de cosas que "podían" haber ocurrido en la realidad.

-No comprendo -dije.

-Sí, hombre, ¿no ves que es una formidable prueba de inteligencia? Ellos te hicieron imaginar la llamada de la Oficina de Asesinatos; era como proponerte un problema. Entonces los Ranoides te hicieron imaginar la explosión y el incendio de tu departamento y no te dejaron salir por la puerta ni por la ventana. ¡Lindo problema! Pero tu cerebro lo resolvió imaginando que te tirabas por el tubo de la ropa sucia. Luego te propusieron el problema del gordo... y también lo resolviste.

-Empiezo a comprender - dije -. Pero ey si no encontrara la solución?

¿Oué pasaría?

-Como todo ocurre en tu imaginación, creerías que Kennedy te mató. ¿Y cuál sería el estado mental de un hombre que creyera estar muerto... que "supiera" que está muerto?

Me senté en el suelo, apoyando la espalda en la pared de plástico del cubo.

Estaba cansado.

De pronto me erguí. Hubo como un contacto en mi mente, una necesidad urgente de recordar..., de recordar el primer día de mis vacaciones. Estaba por empezar otro viaje al laberinto. Ya sabía cómo comenzaban..., pero ¿cómo terminaría esta vez?

Comenzaría como comienzan generalmente los días en Venus: terribles. +

## Grabación de titubeos

DICEN los psicoanalistas que el grabador de alambre ha sido uno de los inventos más útiles para ellos. En él registran totalmente las conversaciones con sus pacientes, y al terminar se las hacen escuchar de nuevo. Así los pacientes notan los momentos en que titubearon o hicieron pausas demasiado largas, y en general pueden interpretarlas de manera muy útil para el médico.



Estas preguntas le darán la medida de sus conocimientos en algunos de los temas que forman la base de la literatura

En cada uno de los cuadritos que siguen indique usted de fantasía científica. la letra que corresponde a la respuesta que le parece correcta. Compare sus respuestas con aquellas de la página 163. Si no ha cometido ningún error, usted tiene condiciones para solicitar un permiso interplanetario para conducir astronaves. Si ha acertado entre 5 y 7, puede estar orgulloso. Si ha acertado 3 ó 4, usted está dentro del promedio de las personas cultas. Si ha acertado dos o menos, le aconsejamos entregarse a la lectura de MAS ALLA y verá usted cómo mejorarán los resultados en la serie de preguntas que publicaremos en el próximo número...

Pregunta Nº 1:	B	Pregunta Nº 5:	
Pregunta Nº 2:	(	Pregunta Nº 6:	D
Pregunta Nº 3:	A	Pregunta Nº 7:	0
Pregunta Nº 4:	4	Pregunta Nº 8:	111
THE PERSON NAMED IN	Nº 9	En un futuro	lejano

## Nº 1. ¿En qué gasta más combustible una astronave?

- A) En recorrer la distancia Tierra-Si-
- B) En salir de un planeta.
- C) En descender a un planeta con atmósfera.
- D) En mantenerse un año dando vueltas en torno a un planeta.



Nº 2. En un futuro muchas cosas pueden ocurrirle a la Luna. Entre todas las posibilidades, ¿cuál de las siguientes considera que es la más probable?

- A) Escapará a la atracción terrestre y desaparecerá.
- B) Se acercará a la Tierra hasta chocar con ella.
- C) Se quedará donde está.
- D) Será chocada por un cometa.
- E) Se acercará a la Tierra hasta que en cierto momento se partirá en pedazos sola.

Nº 3. Se puede construir una máquina que juegue a la perfección a los siguientes juegos. pero en uno de ellos terminaría siempre por perder, ¿En cuál?

- A) Ajedrez.
- B) Ta-te-ti.
- C) Cara o seca.
- D) Ruleta. F.) Póker.



## Nº 4. ¿Qué es un "parsec"?

- A) La distancia que recorre la luz por segundo.
- B) La distancia desde la cual la órbita terrestre se vería bajo un ángulo de un segundo.
- C) El tiempo que necesita la luz para ir hasta el Sol y volver.
- D) El "parámetro secular" de un pla-
- E) La distancia a la estrella más cer-

Nº 5. Si uno encuentra un hueso fósil, ¿cuál es el método más exacto para determinar su edad?

- A) Averiguar su contenido en plomo de origen radioactivo.
- B) Averiguar su contenido en C 14 (carbono radioactivo).
- C) Pedir a un geólogo que estudie el terreno donde fué encontrado.
- D) Identificar el animal a que pertenecía.
- E) Determinar su dureza.



Nº 6. Cuando alguien dice que ha visto un plato volador, en realidad se trataba de:

- A) Un meteoro.
- B) Una astronave de otro planeta.
- C) Un chiste.
- D) Una ilusión óptica provocada por las capas de aire de distinta densidad.
- E) Un fenómeno de sugestión.

Nº 7. ¿Cuál es la teoría más aceptada ACTUALMENTE acerca del origen de los planetas?

- A) Son restos de una estrella compañera del Sol que explotó sola.
- B) Son restos de una estrella compañera del Sol chocada por otra estrella.
- C) Se formaron por condensación de una nebulosa de la cual también nació el Sol.
- D) Son antiguos cometas capturados por el Sol.
- E) Se formaron con materia del Sol, arrancada a éste por una estrella que pasó muy cerca.



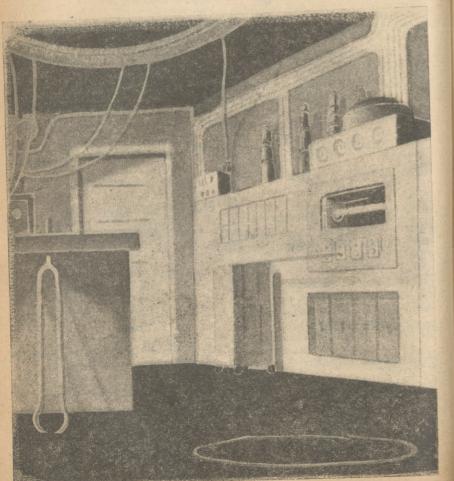
Nº 8. El lucero matutino y el vespertino son:

- A) El matutino, Venus, y el vespertino. Júpiter.
- B) El matutino es Júpiter y el otro es Venus.
- C) Los dos son Venus.
- D) Los dos son Júpiter.
- E) A veces una de estas respuestas, a veces otra v a veces ninguna.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas I www.ahira.com.ar

# HIJO DE MARTE

por CIRYL JUDD





Ilustrado por WILLER

### CAPITULO I

JIM Kandro no podía rondar por los pasillos inexistentes. El hospital de la colonia Lago del Sol era un simple cuarto anexo a la casa del médico, construída con tapiales de tierra prensada. Seguían llamándole "tierra" al suelo herrumbroso de Marte. Con las piernas apretujadas entre la cama y la pared, cansado del monótono movimiento de sus brazos, pero decidido a presenciar el final, Jim persistía en frotarle la espalda a Polly, su mujer, mientras susurraba palabras animosas para ella y para sí mismo.

-¿Por qué no me deja que la atienda yo solo un rato? — sugirió el doctor Tony Hellman, al ver que el agotamiento de Jim sólo servía para comunicarle su propio pánico a la mujer —. Vaya a reposar en la otra habitación o salga a dar un paseo. Todavía falta tiempo para que ocurra nada.

-Por favor, Tony - repuso Jim, con voz enronquecida por la ansiedad -; prefiero estar cerca.

Y volvió a inclinarse sonriente sobre

Ana entró antes de que Tony la llamara. Por ese don que parecía te-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

ner, la había elegido Tony de ayudante.

-Creo que Jim necesita una taza de café - dijo secamente el médico.

Kandro se levantó azorado.

—Bien, doctor — dijo; y, en su deseo de ser útil, agregó —. ¿Me llamará si necesita... si hay novedad?

-Claro que lo hará.

Esta rápida intervención de Ana evitó la agria respuesta de Tony. Ella apoyó su mano en el brazo de Kandro; sonrió a la mujer que yacía en la cama, y dijo:

-No falta mucho, Polly. Vamos,

Jim.

Al cerrarse la puerta tras ellos, Polly expresó con la sonrisa en los labios:

-Discúlpelo, doctor. Está tan pre-

ocupado...

No tuvo aliento para más. Se retorció en su cama, con las manos crispadas. Toda otra labor física, reflexionó Tony, era más fácil bajo la escasa fuerza de gravedad de Marte; pero la labor del parto era eternamente la misma. Alargó su mano para que Polly la apretara, y esperó mientras a ella le rechinaban de dolor los dientes y a él le corría un escalofrío por el espinazo.

Pasó el dolor. Ella le soltó la mano. El fué al autoclave por un nuevo par de guantes, para hacer otro reconocimiento, y la oyó suspirar:

-¡Qué buena es Ana!

A NTES de volver a mirarla, la oyó extenderse en la cama para reposar lo más posible mientras no repitiera el dolor.

-Sí, lo es - contestó.

Dejó los guantes sobre la mesa: era inútil otro reconocimiento. Siéntate y espera, pensó. No te dejes aturdir por esa criaturita. Si la madre puede esperar, tú también puedes. Pórtate como te portarías de médico en la Tierra. Ahora estás en Marte. ¿Y qué?

Acercó una silla a la cama; apoyó una mano en la sábana, donde ella

pudiera apretarla cuando quisiera; se arrellanó bien, y dejó reposar todos los músculos.

A L otro lado de la puerta, Jim Kandro se acercaba por cuarta vez la taza de café a los labios y la bajaba de nuevo sin probarlo.

-¿Qué opina usted, Ana? Usted sabría si ocurriera algo... malo.

-A mí me parece un parto normal

- dijo ella amablemente.

-Pero ya lleva desde las seis de la mañana. Por qué tantas horas?

-Eso no significa sino que es laborioso y requiere tiempo - replicó acercándose a su mesa de trabajo y sacando sus utensilios -. No creo que falte mucho, Jim. ¿Quiere dormir un poco mientras espera, o prefiere ayudarme en mi trabajo?

-La ayudaré con todo gusto.

Se levantó, llevando maquinalmente su taza en la mano; dejó que Ana se la quitara, y tomó el mechero de alcohol que ella le ofreció, sin ni siquiera admirarse de que ésta empezara a trabajar después de medianoche. Durante un minuto, Jim prestó atención al trabajo.

-Pero ¿por qué no me habrá dicho

-Porque no había nada que decir,

creo yo.

Hasta Ana perdía la paciencia con Jim. Para que no se quemara con la llama del mechero, que tenía boca abajo, se lo quitó de las manos. Kandro deseaba gritar: Ustedes ignoran que llevamos doce años casados, deseando hijos, y todo lo que ella consigue es ponerse gravísima. Y nunca avanzó tanto. Y ustedes no saben...

En los ojos comprensivos de Ana vió que era innecesario hablar. Ella abrió un poco los brazos, y aquel hombretón cayó de rodillas, llorando, con su cabeza toscamente apoyada en la delicada mujercita.

las 3,37 a. m., el doctor Tony Hellman ajustaba una mascarilla de oxígeno a la roja nariz de garbanzo de un recién nacido. Lo enjugó, lo cubrió y volvió a atender a la madre. Iba a tocar el timbre para llamar a Ana, pero no lo hizo: Kandro entraría también, escandalizando, y Polly estaba demasiado débil y excitada por todo. Además él sentía cierta perversa satisfacción en hacerlo todo solo, inclusive la enojosa tarea de limpieza, que en la Tierra se le encargaría a una estudiante de enfermera.

CUANDO terminó, le dió un fuervoluntad de estar despierta para cuidar al niño. También le dió la píldora de "oxen" del día siguiente, confiando en que dormiría hasta media mañana.

Unicamente desde el descubrimiento de estos mágicos gránulos rosados, que contenían la denominada "enzima, o fermento, del oxígeno", podían la mayoría de los seres humanos respirar normalmente en Marte. Antes del oxen, todo el que no tenía pulmones fisiológicamente marciánicos, vivía bajo permanente máscara de oxígeno. Ahora sólo la necesitaban los niños demasiado pequeños para tolerar la píldora.

Con la enzina milagrosa, el aire marciano era tan respirable como el de la Tierra, con tal de que el ser humano la tomara religiosamente todos los días: treinta horas sin tomarla, y, en pocos minutos, el individuo moría de anoxemia.

Tony se aseguró de que la mascarilla del niño estaba bien ajustada y de que el oxígeno fluía adecuadamente. Pasó junto a Polly, ya medio dormida, y abrió la puerta del living. Jim, enteramente vestido y con sus botas de arena, dormía profundamente. Ana, desde su banco de trabajo, miró a Tony con expresión jovial y afectuosa.

-¿Todo bien?

-Mucho mejor de lo que esperaba. Varón..., 2,400 gramos: peso terrestre... Buen color... Fuerte.

-Bravo - dijo Ana, volviendo a su trabajo -. Voy a concluir esto, e iré a acompañarla. Jim está bien y puede esperar unas horas para ver a su hijo.

El médico permaneció un rato, observando a Ana, fascinado como siempre de su habilidad. Un soplo en el tubo, un doblez al enrojecerse en la llama, un giro contra un hierro, otro soplo, todo como al descuido, y una obra acabada. Intrincados tubos de laboratorio, frágiles copas para algún nuevo hogar de la colonia o jeringas hipodérmicas.

Miró hasta que sus cansados ojos huyeron del punto reluciente donde pegaba la llama sobre el cristal. Se dirigió entonces a la alcoba inmediata

y se durmió.

## CAPITULO II

El laboratorio era la fuente de ingresos de la ciudad Lago del Sol. Marte tenía una capa de ligera radioactividad, que no afectaba a la vida, pero que permitía a la colonia de Lago del Sol aislar y concentrar radioisótopos y

cuerpos orgánicos radioactivos, para venderlos en la Tierra a precios sin competencia, pese a la altas tarifas de transporte.

La manipulación de estos materiales ofrecía escasos peligros; pero la misión

del médico era suprimirlos totalmente. Dos veces al día, antes de iniciar y de abandonar el trabajo, Tony revisaba todo el local. De esta precaución dependían los únicos ingresos y hasta las vidas de la comunidad. Todos los miembros adultos dedicaban algún tiempo directa o indirectamente al laboratorio. Era el único edificio capaz para reuniones y el único distinto de las uniformes viviendas: todas de 3 x 3, con sus paredes de barro y sus poyos y suelos de cemento. El laboratorio tenía armazón de acero, revestimiento de duraluminio, cañerías de cobre con agua caliente, fuerza motriz propia, muebles fabricados en la Tierra y hasta un sistema de aire filtrado.

El paseo matinal de un kilómetro, que diariamente se daba el médico para ir de su casa al laboratorio, le infundía siempre confianza y sensación de bienestar. En un año que llevaba en Marte, apenas había perdido el placer de la ingravidez y ligereza con que se caminaba, gracias a la escasa gravedad del planeta. Por su aire enrarecido, una hora de sol bastaba para disipar el frío de la mañana. A mediodía, el sol brillaría demasiado; a la noche volvería el frío; pero aquella hora matutina era como un día otoñal en la Tierra. A sus espaldas, en las casas alineadas en la única y curva calle de la colonia, la gente se levantaba y preparaba para el trabajo del día. Frente a él, las brillantes paredes azules del laboratorio destacaban sobre el magnifico fondo del Lacus Solis. El antiguo lecho del mar revivía coloreado por los rayos tempranos del sol, que hacía relumbrar millones de diminutas partículas: sales y minerales depositados por las aguas que se evaporaron milenios atrás. Las claras líneas del edificio destacadas contra la atmósfera rutilante, constituían un reto y una afirmación: esto era lo que el hombre podía hacer; aquí había todo lo preciso paraAhacertovo

Si pudiéramos... Segunda oportunidad para el hombre, si supiéramos cómo emplearla.

Tony abrió la maciza puerta emplomada del almacén del laboratorio y sacó su armadura protectora, único traje inportado de la Tierra a la colonia; pero antes de ponérsela volvió a mirar al caserío, donde hacía unas horas que Polly Kandro había afirmado en forma personal y rotunda su fe en el futuro de Lago del Sol.

DESDE la sólida estructura del laboratorio veíase la colonia en medio del imperceptible declive entre el fondo del "canal", a la izquierda, y el nivel del "mar", a la derecha. Todos los edificios de la arqueada calle eran como la vivienda hospital de Tony, barracas idénticas de tierra ferruginosa apisonada, adheridas al terreno cual monótona hilera de tapias con ventanas.

Más allá, los campos A, B, C y D mostraban el trabajo de los labradores de Lago del Sol: los agrónomos, que, con elementos tan antigüos como el rastrillo y tan modernos como las pulvísculas mutativas que emanan del ciclotrón, iban transformando las plantas marcianas en substancias nutricias para los animales terrestres y convirtiendo las plantas terrenales en maternas que produjeran alimentos en el adverso suelo de Marte.

Arvejas obtenidas de antiguos cactos grillados apuntaban en el campo A. Obscuras coliflores transformadas, del tamaño de manzanas y que contenían demasiado cianuro potásico para ser comestibles, sombreaban el campo B; en unas cuantas generaciones más, podrían comerse, aunque con cierto sabor a cianuro, como de almendras amargas.

A diez kilómetros de estos campos de vegetación bastarda marcianoterrenal, se extendían las antaño hermosas golinas de Peñaçantil, Pero, cinco meses atrás, se elevaron las primeras barracas prefabricadas al otro lado de las colinas, y desde hacía tres meses ardía el primer alto horno en Pittco Tres: Planta Número Tres de Refinación de Metales Marcianos de la Compañía de Hulla, Coke y Hierro, de Pittsburgo. Y un manto de humo negruzco y amarillento cubría ahora los picos, desde la mañana hasta la noche. Con profundo desagrado, Tony empezó a ponerse su traje blindado.

Segunda oportunidad para el hombre...

Otra oportunidad para hacer exactamente lo mismo que hacían en la Tierra. Ya el claro cielo de Marte se obscurecía con las expansiones del comercio terrestre. Y la propia Lago del Sol tenía que mantener con su laboratorio una firme economía de ingresos.

Tony ajustó bien su traje y su casco; tomó en la mano el aparato detector; giró el botón para eliminar los profundos "ruidos" naturales de Marte; puso la aguja en el cero del dial, y sólo entonces abrió la pesada puerta del laboratorio mismo e inició su paseo de inspección por el edificio.

COMO de costumbre, en ningún lugar encontró radiaciones peligrosas, excepto una mancha térmica en el suelo de la sala de isótopos. Tony delineó con tiza amarilla el área y trazó en la puerta una cruz visible. Terminada la inspección, fué derecho a la sala de depuración y examinó el exterior de su traje en el gran radiodetector allí instalado. Cuando se aseguró de que no había arrastrado nada ni en guantes ni en botas, se quitó el traje y lo echó en el saetín de desradiación.

Aquel día, Tony deseaba terminar pronto la inspección: tenía que examinar a los hombres que trabajaban junto a la mancha térmica; volver al hospital a ver a Polly, y visitar a una

enferma, Joanna Radcliff, que lo traía preocupado. Además había dormido hasta tarde, y no tuvo tiempo de desayunar en la mesa redonda donde se reunían la mayoría de los solteros; ni siquiera había tomado "café"... y lo necesitaba. Pero, después de tantas veces como había amonestado a otros por negligencia en las precauciones de seguridad, no podía él ahora descuidar ninguna.

Se desnudó y echó su ropa en otro lavadero; se fregó el cuerpo con arena, y, conteniendo la respiración, se puso bajo la ducha de alcohol metílico, cuya obtención era allí más fácil y barata que el agua.

Cuando salió al hall central del laboratorio, ya estaba lleno de gente, organizándose para el trabajo del día. Bordeó un grupo de conversadores.

-¡Eh, doctor!

Se detuvo, y fué su perdición. ¿Cómo está Polly? Tony: espere... ¿Cómo está el nene? ¿Marchó todo bien? ¿Dónde están? ¿Niño o niña?

DESPUES de contestar una docena de veces y viendo allí media población ansiosa de noticias, se subió por fin a una silla y se dirigió a todos.

-Dos mil cuatrocientos gramos: peso terrestre. Niño. Lo más vivaracho que he visto. Lleno de vida. Y se parece al padre. ¿Qué más desean saber?

-¿Cómo está Polly?
-Bien. Y Jim también.

Aquella simple broma provocó la risa inevitable. Uno de los químicos dijo:

-Propongo un regalo de bautismo. Hagamos en seguida otra habitación

junto a la casa de Kandro.

Esta oferta fué ya hecha unos meses antes y rechazada por Polly. Tony sabía el motivo, y era que, hacía once años, ella esperó su primer hijo durante siete meses; luego, tuvo que empaquetar todo el ajuar preparado con tan-

Historico de Revistas Argentinas y www.ahira.com.ar



to amor, guardarlo durante cuatro años en que tuvo otros dos fracasos, y dárselo por fin a otra mujer más afortunada.

-¿Cuándo la envía usted a su casa, doctor? - preguntó uno de los operarios electrónicos -. ¿De cuánto tiempo disponemos?

-No sé. Quizá mañana a primera hora. Ella se encuentra bien, y dependerá de donde esté más cómoda. Creo que no después de pasado mañana.

-Entonces conviene empezar ya intervino Mimí Jonatham, la morenita y decidida administradora del laboratorio -. Si les parece, yo organizo los equipos de obreros, y ahora mismo em-

Sacó lápiz y papel y se puso a anotar nombres y habilidades de aquellos cuyo trabajo en el laboratorio no era urgente. Pronto salieron dos grupos de voluntarios a sacar tierra del antiguo cauce del "canal" y a armar los tapiales para

rellenarlos. Otros fabricarían en el laboratorio los materiales sintéticos para pintar la nueva habitación y hacer los muebles y los vestidos del niño. El médico aprovechó aquel entusiasmo de la gente, y se alejó.

Entró en la sala de isótopos y halló a Sam Flexner, el químico titular, esperándolo.

PONY abrió la puerta y, señalando al círculo marcado con tiza en el suelo, preguntó:

-¿Tiene idea de lo que pueda ser? -Estuvimos transportando radiofós-

foro, pero sin ningún inconveniente - contestó Sam, pensativo -. Quizá un derrame.

El químico era un joven de expresión-franca, agradable a Tony. Este empezó a extender el correspondiente informe. Un derrame no solía ocurrir, v volvió a preguntar:

-¿Por qué motivo?



-Tuvimos un pedido mayor que de ordinario: unos cien kilos - Sam miró de frente a Tony -. Ayer, en la inspección de la tarde, no estaba, ¿verdad? - Tony asintió -. Entonces, habrá sido al cerrar. Yo, ayer..., sí, salí unos minutos antes. Pensé que los muchachos cerrarían sin novedad. Pero me imagino que alguno cargó demasiado su caja, para ahorrarse un viaje. Averiguaré, y les hablaré amablemente, ¿no le parece? .

-Será conveniente. Pero vo voy a mirar los tubos electrónicos de control.

Sam trajo un soporte con una serie de tubos numerados. El llevaba otro igual, prendido en su traje. El contenido de los tubos tenía su color blancuzco normal.

-Está bien - dijo Tony, llenando su informe -. Creo que debe usted raspar esa mancha y que uno de los suplentes lleve el polvo a tirarlo lejos.

-Learoyd, que vino con una carga

de vanadio, lo llevará cuando salga hacia Pittco.

-Perfectamente - Tony anotó fecha v hora en el informe -. Listo. Después de esto, convendrá que se quede usted hasta la hora de cerrar - y sonrió antes de que el joven químico pidiera explicaciones -. ¿Cómo está Verna? Más vale que ocurra algo pronto, si ha de ocasionar tanta molestia.

NRONTO tendrá usted noticias dijo Sam, sonriendo -. Pero, por

favor, no lo diga...

-Los médicos no comentan - afirmó el doctor -. Y a propósito: no podemos escribir una historia a cada paso. Nace una criatura, y es el primer niño; nace otra criatura, y es la primera niña; se extirpa un apéndice, y es la primera operación abdominal. Y ahora, usted y Verna serán el primer matrimonio entre un ingeniero químico y una agrónoma... Bueno; hasta la tarde.

TONY salió con alas en los pies. Sintió el calor ascendente de la mañana y se descubrió la cabeza, echándose a la espalda la capucha de la parka. El sedimento mineral que cubría la superficie de Marte empezaba a calentarse y a enturbiar la límpida atmósfera. Miró hacia los cerros de Peñacantil, lamentando su perdida belleza, y se sorprendió al ver unas enigmáticas figuras negras que serpenteaban por entre las sombras de las colinas. Siguió observando hasta que aquella marcha de dirección incierta se enderezó gradualmente hacia la colonia. ¿Quién andaría a pie por el desierto? Se paró, y escudriñó con el borde de la mano sobre la frente. Eran como veinte hombres, armados de carabinas y máscaras de oxígeno.

¡Los militares!

Pero ¿por qué? La pequeña policía intercolonial del comisario Bell nunca los había visitado, ni hubo ocasión para ello; pues cada colonia mantenía su policía interna. Hacía un año que los muchachos de Bell no salían sino para funciones rutinarias, como la de montar guardia en el cohete. La última vez fué cuando se sospechó que un fundidor de maquinarias de Marte había mutilado a un tendero de Puerto Marte. Los jefes de la fundición, no convencidos por las pruebas, se negaron a entregarlo, y los subordinados de Bell fueron sin más y se lo llevaron para su juicio y sentencia.

Pero en Lago del Sol no había mu-

madores.

Tony se volvió al laboratorio, hacia donde se dirigía la fila de soldados. El tenía sus enfermos; pero también era miembro del Consejo Colonial, y el asunto parecía de orden municipal.

En la oficina del laboratorio, preguntó a Mimí: -¿Compuso Harve el dictáfono?

La semana pasada, ¿Por qué?
 Bell viene con su gente a visitarnos. Convendría registrar la entrevista.

Mimí levantó una palanqueta en el

costado del escritorio.

-Esto lo grabará todo desde cualquier lugar de la oficina. Cuando Harve lo instaló, hice la prueba, paseando y hablando por todos los rincones.

Sam Flexner, que había entrado a depositar un informe completo sobre

la mancha térmica, preguntó: -¿A qué vendrán?

-No lo sé - dijo Tony -; pero creo que conviene llamar por intercomunicación a Joe Gracey y decirle que venga. Debe de estar sembrando en la zona C. Telefonee a Punta del Sur que envíen un mensajero y lo traiga a la carrera.

Gracey era el Director Agrónomo y, como Mimí y Tony, miembro del Consejo Colonial. El cuarto consejero y más reciente era Nick Cantrella, que en seis meses, desde su llegada a Lago del Sol, había ascendido de obrero a director de mantenimiento y reparación del laboratorio. Actualmente estaba en su casa, con una gran quemadura química en el brazo. Era de temperamento fogoso y sin freno. Tony dudó en llamarlo, Mimí no lo propuso y, como no era indispensable, lo dejaron.

—No — dijo el médico a los que le presionaban con preguntas —; no hay por qué salir a recibirlos. Sigan construyendo la nueva habitación de Kandro. Flexner, usted quédese aquí. Será algo sobre los trabajos atómicos: alguna precaución que hemos descuidado.

-No, señor - afirmó rotundamente

otro de los presentes.

Era O'Donnell, que había interrumpido su carrera de abogado para, empezando de limpiador, llegar hasta físico adjunto. Su misión consistía en vigilar que las actividades atómicas de la colonia no se apartaran de la ley.

-¡Hum! - exclamó Tony -. Usted,

también, quédese por acá.

Sonó un golpe en la puerta, y una voz firme pronunció la vieja frase:

-¡Abran, en nombre de la ley!

La delegación constaba de media compañía de soldados, con sus carabinas y las engorrosas máscaras y tanques de oxígeno: muestra exquisita del conservadurismo militar, puesto que un puñado de píldoras de oxen pesarían cien veces menos y alargarían la vida cien veces más. Venían además dos paisanos y un oficial: el teniente Ed Nealey.

Tony se tranquilizó al verlo; eran compañeros de un club para compartir el alto precio del estampillado de revistas científicas de la Tierra. Y Tony sabía que Nealey era un joven oficial de carrera, consciente y ecuánime.

No conocía Tony a uno de los paisanos; el otro era Hamilton Bell, Comisario de Asuntos Planetarios.

—Soy Tony Hellman — dijo el doctor, presentándose —. No sé si me recuerda. Soy médico y consejero de esta colonia.

El comisario, bajo y rechoncho, tenía el aspecto de lo que de él se decía: un funcionario sin importancia, que consiguió su fastidioso puesto en Marte al descubrirse una banda de vulgares especuladores, de la que él era miembro prominente. El descubrimiento siguió de cerca a su descrión de la minoría senatorial "asegurantista" de la Federación Panamericana: minoría que, al descubrirse el peculado, ya era mavoría...

Sin chocar la mano a Tony, pre-

-¿Puede usted hablar en nombre de la colonia?

El doctor miró perplejo al teniente

Nealey, que permanecía impasible. Observó que éste traía en una funda de lona el mango y los dos polos desmontados de un "rastreador" electrónico.

-Soy miembro del consejo -dijo el médico-, como miss Jonathan, aquí presente. Otro de los miembros está enfermo, y el cuarto viene de camino. Nosotros dos representamos a la colonia, ¿En qué podemos servirle?

—Es un asunto policial. ¿Tiene inconveniente en declarar antes de que yo mismo tenga que descubrir la si-

tuación'

—Déjeme a mí —murmuró O'Donnell.

Con la anuencia de Tony, el abogado convertido en físico habló firmemente al comisario.

—Debo recordarle que somos una colonia constituciónal, y la Constitución nos autoriza a tener nuestra propia policía. Y también quiero manifestar que no hemos de responder a ninguna indagatoria mientras no sepamos cuál es la acusación.

—Haga como guste —gruñó el comisario—. Pero ustedes no pueden juzgarse a sí mismos cuando roban a otra colonia. Mr. Brenner, exponga su caso.

Las miradas convergieron hacia el otro paisano: Brenner, de Compañía Farmacéutica Brenner. Conque ése, pensó Tony, es el aspecto de un billonario. Más joven de lo que pudiera esperarse y aun de continente moderado, pese a su parka color rosa con visos anaranjados; la mejor alimentación, el mayor reposo, la más cuidada atención del cuerpo, se combinaban para cubrir su cara huesuda con engañosos mofletes; pero conservaba el aspecto de un pobre aspirante: extraña expresión de dulce buen humor y permanente satisfacción interna.

-Me veo obligado -dijo, encogiéndose de hombros y sonriendo algo cohibido-. Doctor, cien kilos de mi marcaína...,polvo micrométrico a granel, ¿conprende?, lo robaron ayer.

CIEN kilogramos de marcaína, principal producto de la casa Brenner, era una pequeña fortuna en Marte y una gran fortuna en la Tierra, sobre todo si se escamoteaba del uso medicinal y se introducía por cualquier conducto al mercado de adictos.

Naturalmente, hice la denuncia
 explicó Brenner—. Y el comisario ordenó un rastreo, que nos condujo aquí.

-Ed -dijo Tony al ceñudo teniente-, ¿manejó usted el rastreador? ¿Me da usted su palabra de que marcó hacia la colonia?

—Lo siento, doctor Hellman —dijo Nealey inflexible—. Comprobé el aparato tres veces. Fuerte rastro desde el depósito de Brenner hasta Peñacantil. Allí, en las cuevas, cierta vecilación. Desde allí, un rastro esfumado hasta aquí, pero que no va a ninguna parte. Eso es lo cierto.

Inesperadamente entró Gracey, flaco y zanquilargo ex profesor de agronomía a baja temperatura, en la Universidad de Nome. Se dirigió directamente a Brenner.

-¿Qué hace usted aquí?

-Mr. Brenner -contestó con incitante risita el comisario- ha hecho una denuncia jurada de un gran robo intercolonial. ¿Es usted Gracey? No gaste sus energías tratando de denigrar la reputación de Mr. Brenner. Ya me ha informado que tuvieron ustedes una

disputa desagradable.

-Mr. Brenner no tiene ninguna reputación que denigrar -gruñó el agrónomo-. Intentó convencerme de que produjera semillas de marcaína para mayor rendimiento de su maldito polvo, y yo ingenuamente le pregunté el motivo. Indagué en la Tierra y descubrí que quizá el diez por ciento de su marcaína llegaba a manos de médicos y que el resto...

—¡Basta! —interumpió el comisario—. No quiero escuchar vagas acusaciones, fundadas en comentarios periodisticos. No dudo de que alguna marcaína se extravía al llegar a la Tierra. Allí hay personas abúlicas. Pero Mr. Brenner es un fabricante responsable, y ustedes. . . Yo respeto sus opiniones, pero no puedo ponderar su actuación. Un gran robo a una de nuestras principales colonias industriales es muy serio.

GRACEY rugió mostrando los dientes. Tony preguntó rápidamente, para impedir un ex abrupto del agrónomo:

-¿Qué intentan ustedes hacer?

—Le diré claramente —replicó Bell que mi deber es ordenar una investigación sobre estas premisas.

—Usted se guardará de meter sus manos impuras en nuestro equipo —esta vez fué Flexner quien explotó inesperadamente—. Ustedes saben que eso es una insensatez. ¡Cómo íbamos a robar nosotros a ese traficante de drogas!

El silencio aterrador que siguió fué roto por la plácida risa de Brenner. Flexner, enfurecido, avanzó un paso amenazador hacia el billonario y el co-

misario.

-¡Sargento! -gritó el teniente Nealey. Y el suboficial, descolgando como un autómata su carabina, apuntó al químico.

-¡Conque él puede robar a sus anchas, y se arma un infierno si alguien

le hurta parte de su robo!

—Por última vez —dijo Bell exasperado. E, interrumpiéndose, sacó un papel de su parka, lo alargó a Tony y añadió:— La orden de requisa.

Finalmente habló O'Donnell, páli-

do de ira.

—Según esto, usted piensa abrir nuestros embarques y forzar nuestros hornos, ¿no?

-Exacto -dijo el comisario-. La

marcaína podría ocultarse al detector, en recipientes aislados con plomo.

-Entonces -dijo Tony-, ¿usted sabe que nosotros fabricamos sustancias radioactivas?

-Lo sé.

-¿Y usted reconoce que se requieren ciertos procedimientos legales para manejar tales sustancias?

-Doctor Hellman, ¿escapa a su imaginación que yo represento esa ley de

que usted habla?

—De ningún modo —Tony no quenía perder su aplomo—. Pero el caso es que yo represento aquí, en la colonia, la observancia de las leyes bajo las cuales fué otorgada nuestra licencia sobre radioactivos. Creo que, como supervisor radiológico de la colonia, debe permitírseme acompañar a sus hombres en cualquier registro.

—Eso está fuera de cuestión —rechazó el comisario—. Su licencia es para atómicos de grado B, que le permite a usted manejar solamente materiales muy por debajo del nivel de seguridad; por tanto, no veo motivo de intranqui-

lidad. Teniente...

-Un momento, por favor, comisario

-interrumpió Tony.

Era evidente que, como directo representante de la Federación Panamericana, Bell aunaba las funciones de juez, jurado y jefe policial. La Tierra estaba muy lejos para una apelación; la única vía era el cohete, y Bell podía impedírselo.

−¿No comprende —arguyó Tony—que nuestros materiales son inofensivos gracias a nuestro perfecto sistema de supervisión? Si usted insiste en forzar los hornos y abrir las cajas sin mi vigilancia, Lago del Sol no asumirá responsabilidad por ningún riesgo de ra-

dioactividad.

-Comprendo, doctor -contestó secamente Bell-. Cualquier manejo de radioactivos en mi presencia recae bajo mi responsabilidad. Teniente, prosiga. NEALEY avanzó desanimado. Tony, frenando su ira, dijo llanamente:

-Opino que se excede usted en su autoridad. Nuestra maquinaria está tan delicadamente ajustada que cualquier manipuleo por personas no entrenadas puede destruirla. Un mes ha durado el embalaje de nuestras mercaderías para embarcarlas en el próximo cohete. Usted conoce la lev de embalaje de radioactivos. Si usted abre nuestras cajas de embarque, el cohete arribará v partirá antes de que hayamos descontaminado y reembalado la mercancía. Para la colonia sería una ruina. Denos al menos la oportunidad de investigar. Si ha habido algún mal compañero, lo descubriremos. No puede usted arruinarnos por una sospecha.

-Es algo más que sospecha —dijo Bell—. Los hallazgos del aparato rastreador M 27, al que llamamos "el sabueso", operado por un oficial autorizado, se aceptan como prueba legal en

todo tribunal del mundo.

Todos miraron atónitos al teniente, que empezó a montar los polos, la manija, el motor y los diales del sabueso.

-Sugiero una idea -dijo Brenner-. Bajo el título quince del Acta de Asuntos Interplanetarios...

-No la aceptamos -interrumpió O'Donnell-. El título quince nunca fué aplicable a un caso como éste. Es una de esas leyes de doble filo, para

casos de conspiración...

-Basta ya -dijo el comisario-. Puesto que Mr. Brenner lo desea, he aquí mi notificación, que confirmaré por escrito. Bajo el título quince del Acta de Asuntos Interplanetarios, aviso a la colonia de Lago del Sol que tiene de plazo hasta el próximo día de embarque para descubrir al ladrón de la marcaína y la marcaína robada o evidenciar su paradero. Si no lo consiguen, procederé a la clausura de Lago del Sol y de su zona periférica,

durante seis meses, para llevar a cabo una completa investigación. Teniente, ordene salir a sus hombres.

TEALEY dió la voz de marcha, y salieron del laboratorio seguidos del comisario y el alto y huesudo fabricante de drogas.

Con cara torva, dijo O'Donnell:

-Esa ley se escribió cuando había una sola nave por año. La clausura significa que nada ni nadie podrá en-

trar ni salir de la colonia.

-Pero ahora -dijo Flexner quejumbroso- operamos con cuatro cohetes Tor año. Sólo faltan tres semanas para el día de embarque. El cohete llega dentro de diez días, dos días de descarga, una semana de carga, y se va. Perderemos los dos próximos...

-Perderemos los dos -repitió Tony aturdido-. ¡Seis meses sin enviar ni recibir mercaderías!

-Nos quiere estrangular -dijo ()'Donnell.

-Morirá la colonia.

-Aunque resistamos, huirán de nosotros los compradores de la Tierra... por llegar nuestros embarques con medio año de retraso.

-Bell es un perverso. Todo el mundo lo sabe.

-¿Cuántas píldoras de oxen tene-

Tony, cumpliendo como doctor,

murmuró:

-Tengo que examinar al niño -y salió del laboratorio, dirigiéndose de nuevo hacia las barracas, pero ya sin alas en los pies.

## CAPITULO IV

EL living estaba desierto, arreglado y limpio.

La puerta del hospital estaba abierta, pero no se oía ningún ruido: Polly estaba durmiendo y Ana había salido.

Tony llenó una taza de agua del barrilito plástico y la puso a hervir en la estufa, echándole una pulgarada de "café": cascarillas secas desprendidas de una especie de cacto que crecía con cierta abundancia en el desierto. Su sabor era a lo sumo como el del café en pastillas, importado de la Tierra, hecho de cinco días y repetidas veces recalentado. Pero tenía una sustancia parecida a la cafeína, y para Tony era el mejor recuerdo de la vida humana en Marte.

Tomó la hora, pues el mejunje era completamente impotable si se dejaba al calor medio minuto de más. Antes de prepararse ningún alimento entró en la sala hospital a ver a Polly.

-Buenos días.

-Buenos días, Tony. Estábamos mirando al bebé -dijo Ana, y volvió a mirarlo fascinada.

-¿Qué miran con tanta atención? -preguntó el doctor.

–Es... muy interesante –añadió ella con aire misterioso.

-¡Oh, las mujeres! -exclamó Tony-. ¡Horas mirando dormir a un niño!

-No duerme -protestó Ana.

-Apenas ha dormido en toda la mañana -agregó Polly con orgullo-. Nunca vi un niño tan animado y lleno de vida.

-¿Y cómo sabe usted lo que hizo toda la mañana? Cuando yo salí estaba usted dormida y Ana se iba ya a descansar. ¿Por dónde andará Jim Kandro?

-Se fué a trabajar -explicó Ana-. Estaba... nervioso. Le dije que yo me quedaría. Realmente, yo no tenía

Este mes cómpreles a las chicas

\$2.- el ejemplar



Un libro lleno de cuentos, historias e historietas, que deleita a las niñas y les muestra un mundo de gracia, de ensueño y de emoción.

Aparece el miércoles

5 de agosto

PIDALO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de veintiséis horas despierta? ¡Ni usted ni Polly tenían sueño..., ni el recién nacido tampoco! -dijo con afectada severidad-. Pues ahora los tres tienen demasiado sueño para seguir despiertos, ¿entienden?

Intencionadamente apartó la cuna al otro lado de la habitación. Notó que era ciertò lo que ellas decían: el nuevo Kandro estaba muy despabilado y pataleando, aparentemente feliz; sin un quejido. Cosa extraña en un re-

cién nacido.

-Vamos, Ana, márchese. Y a usted, Polly, le doy diez minutos para que se duerma, o le pongo otra invección.

-Está bien -dijo Polly sin enojarse-. Es un bebé hermosísimo, Tony. Se arrebujó en su cama y quedó

dormida cuando ellos salieron.

-Ahora váyase a casa -ordenó Tony a Ana-. Yo me haré el desayuno. ¿Comió usted algo?

-Sí, pero... ¿y Polly? Si usted tiene que volver a salir, alguien ha de quedar aquí.

-Llamaré a Gladys cuando yo sal-

ga. Esté tranquila.

-Bien -sonrió ante la impaciencia de Tony-. Me voy sin necesidad de que me empuje.

Tomó luego la pesada parka que había traído la mañana anterior. Al

llegar a la puerta preguntó:

-¿Sigo contando con que vendrá a cenar mañana a la noche?

-No podrá librarse de mí -aseguró él.

Ella entró de nuevo en la habitación, tomó de una gaveta un trocito de fiambre y dijo sonriendo:

-Me cobro por adelantado.

-Bien se lo merece.

Tony le abrió la puerta: costumbre que nunca perdió, ni siquiera en el ambiente de igualdad sexual que prevalecía en la colonia.

Entonces se acordó del café que había puesto al fuego. Se había pasado y tuvo que conformarse sin él. El agua escaseaba demasiado para desperdiciarla por descuido. Pero tenía hambre. Calentó un puré hecho por él hacía dos días y se lo tomó rápidamente. Asegurado de que Polly seguía durmiendo, se fué a casa de los Porosky a buscar a Gladys.

Tenía Gladys catorce años; era la mayor entre los niños de la colonia. Ningún adulto pasaba de treinta y cinco. Ocupaba una categoría intermedia entre la de obrero y la de mensajera que tenía su hermana menor. Era bastante madura para ayudar a cualquiera en cualquier oficio y demasiado joven para ocupar un puesto responsable. Cuando Tony llegó, ella estaba en casa de Radcliff, cuidando a Joanna.

CI tuvieran que abandonar Marte, Obtendrían al menos una ventaja: salvar la vida de Joanna. Su principal enferma, aquella mujercita apasionada, vivía sólo por el triunfo de la colonia de Marte, y Marte la estaba matando.

Cuando él averiguara el mal que ella padecía, tal vez sabría curarla. Entretanto no podía sino estudiar los síntomas y aplicar tratamientos de prueba hasta hallar uno eficaz o asegurarse de que ninguno servía.

Parecía alergia, cardiopatía, infección micótica indeterminada. Los químicos que volvían a la Tierra quizá conseguirían vencer esos hongos, como va habían vencido otros muchos. Pero Tony no sabía aún ni qué nombre

Joanna cayó enferma a los dos días de llegar con su marido en el cohete torpedo. Si el doctor no encontraba pronto remedio, parecía necesario devolverla en el próximo viaje.

Mordió Tony su pipa vacía, la guar-

dó en un bolsillo y entró en la alcoba de la casa de Radcliff.

-¿Cómo va eso? -dijo, poniendo su estuche médico sobre la mesa v sentándose junto a la litera de Joanna.

-No muy bien -se esforzó ella en sonreír, porque los buenos colonos han de estar siempre alegres-. No puedo descansar. Parece que la cama estuviera llena de migajas de galletas v arenillas del mar...

Una tos seca y entrecortada sacudió su delicado cuerpo contra la cama.

¡Migajas y arenillas!

A veces el mal parecía atacarle también al cerebro. Era difícil distinguir entre delirio febril, depresión por el fatigoso confinamiento o disturbios de una enfermedad mental.

Pasado el espasmo, Joanna se debatía contra el picor, y luego volvía la tos, desgarrando su irritada y constreñida garganta. Por consejo de Tony y por propio instinto procuraba contenerse para no dañar el corazón ya sobrecargado. Todo buen colono había de cuidar su salud.

Todo por la colonia... y por Henry, su marido. Joanna era de los que dan su pan por una "causa". A fuerza de privaciones, llegaron ella y Henry a Marte, en calidad de aparceros. Ella no se hubiera conformado con ser un visitante fortuito. Tenía que identificarse con algún heroísmo popular abstracto, o no valía la pena de vivir.

¡Si se curara!

Tony abrió ritualmente su pequeño estuche negro. ¡Qué lástima no poder sacar sea lo que fuere de aquel cuerpo doliente! En el estuche no había instrumento con que impedir la lucha de aquella carne contra sus propios procesos químicos.

/ E trae algo mágico? - susu-VI rró Joanna.

-Casi mágico -dijo poniéndole el termómetro en la boca y destapándola.

Nuevas pápulas habían brotado en brazos y piernas. Era una fase del mal, que él podía tratar. Le aplicó una suave untura y cambió los apósitos de las viejas pústulas.

-¡Qué alivio! -suspiró agradecida, mientras él le sacaba el termómetro. Una décima sobre los 39º de aver. Y el termómetro ni siquiera se había humedecido.

Otra invección, pues. No le gustaba ponerlas sin estar seguro de la naturaleza del proceso; pero una de las antihistaminas de su rica provisión parecía producir cierta mejoría pasajera: disminuía la inflamación vesicular de la mucosa faríngea, producida por enzimas necróticas. Ahora respiraría mejor y dormiría. El efecto duraría hasta veinticuatro horas.

Un día más, y Henry estaría de vuelta con la última hormona obtenida en la Tierra y que el doctor Bonoway, en Maquinarias de Marte, estaba utilizando con buen resultado en quemaduras e infecciones graves.

Joanna cerró los ojos y el doctor se sentó a observar sus apergaminados párpados y sus labios retraídos y agrietados. Comprendió que ella estaba ha-

ciendo insensateces.

Se levantó en silencio y fué hacia la jarra del agua. Al volver la llamó suavemente:

-Joanna.

Ella abrió los ojos, y él le mostró el vaso.

-Un poco de agua.

-¡Oh, gracias! -suspiró soñolienta, sacando del embozo y escondiendo de nuevo la mano-. No, no necesito: de verdad.

Pero no dejaba de mirar el vaso.

-¡Tome y bébaselo, y no sea simple! -le ordenó secamente; y después, con suavidad, le levantó la espalda con su brazo y le arrimó el vaso a los labios. Ella lo bebió, primero a sorbitos y luego a tragos.

-¿Qué intenta usted? ¿No le he pescrito agua en ración extra? Hablaré con Henry cuando vuelva.

-No es culpa suya -dijo Joanna-. Yo no le dije. El agua es tan escasa..., y todos trabajan, y yo acostada aquí... No merezco que me den más

El le llevó otro vaso y la volvió a

incorporar.

-Beba y cállese.

Obedeció con una mezcla de culpabilidad y deleite en su expresión.

—Así se hace —dijo Tony—. Cuando, mañana, Henry vuelva de Maquinarias de Marte, yo mismo le diré lo del agua. No quiero que usted cometa la insensatez de no beber. Usted vale muchísimo más para la colonia que unos cuantos litros de agua.

BIEN, doctor —dijo con voz débil y anhelante—. ¿Cree usted de verdad que volverá mañana y que la medicina me hará bien? Nunca me ha dicho usted ni cómo se llama.

-Es una cosa nueva -contestó To-

ny cerrando su estuche y sin quererse mostrar muy seguro ante la patética ansiedad de ella.

Conocía él perfectamente las diez y siete sílabas del extracto hormonal; pero temía que ella esperara milagros, mientras él sólo esperaba un nuevo fracaso: un paso más hacia el día de tener que herir aquel corazón de mujer, ordenándole el regreso a la Tierra. Al marcharse le dijo:

—Quedará usted sola un rato. Necesito a Gladys para acompañar a Polly Kandro. Pero si precisa o quiere algo, use el intercom y llame a alguien que se lo haga. Su corazón no

está para ejercicios.

Era cerca de mediodía. El sol caía con fuerza. El médico tenía que ver a Nick Cantrella, darlo de alta de sus quemaduras y contarle la amenaza de cuarentena hecha por Bell. Pero otros pacientes necesitaban más pronta asistencia. Acudiría primero a ellos y luego, con Cantrella, podría conversar a sus anchas sobre el asunto de la cuarentena.

## CAPITULO V

NA muchacha estaba traspasada de dolor por una sinusitis frontal. Tony le contó un cuento mientras le ponía la inyección de bacitracina. La niña no sintió el pinchazo.

Distraer la atención del enfermo es tan útil para un médico como distraer la del público lo es para un malabarista.

Un hombre de mediana edad convalecía de su operación de hernia. Le dijo que no debía haberse dejado operar, porque hubiera sido una celebridad universal: "El hombre que se quebró en Marte porque trató de cargar a pulso una tonelada de plomo". Una mujer no enteramente joven sufría de jaqueca, lumbago, insomnio y decaimiento. El doctor le dijo con cara impávida:

—Usted, Mrs. Beyles, es un problema médico muy difícil..., una persona desajustada. Yo no sería tan explícito en la Tierra, pero estamos en Marte. No podemos mantenerla bebiéndose nuestra agua y comiéndose nuestro alimento si usted no nos recompensa con su trabajo. Lo que usted quiere es irse de Marte, y la voy a complacer. Si usted supiera lo que hace Joanna Radcliff por permanecer... No hablemos de esto. No le

voy a dar a usted ninguna píldora somnífera. Si quiere dormir, vaya a trabajar hasta no poder más.

Sabía que ella lo odiaría eternamente, pero era una forma de tratamiento cruento necesaria. El efecto sería: o que la mujer cambiara de actitud, desapareciendo así el mal, con la consiguiente ventaja que para la colonia debía proporcionar su fuerte constitución y rolliza msculatura, o tendría que irse. Procedimiento brutal, cuestión de toma y daca, pero indispensable.

Por fin, a casa de Nick Cantrella, gracias a Dios. Dios había recibido muchas veces las gracias desde la llegada de Nick a la colonia. Era un jefe innato, inspirado y ecléctico en asuntos electrónicos. Llegó a la colonia como mantenedor y organizador, pero se le iba tanto tiempo en disgustos y griterías que al fin lo relevaron de parte de su trabajo, y ascendió a jefe de conservación, adquisición y reparación. La quemadura del brazo se la hizo trabajando a deshoras.

Tony no sabía si alegrarse o lamentarse de que Nick no hubiera presenciado la visita de Bell y Brenner. Nick pensaba hasta con los pies, pero la melosidad de Brenner y el desprecio de Bell podían haberlo incitado a pensar

con los puños.

-¡Tony! -gritó Nick al entrar aquél-. Gracey me trajo la noticia. El mayor golpe que ha recibido Lago del Sol. ¡Será nuestro fin!

Veamos el brazo, "don Pólvora"
 dijo Tony—. Primero la salud, luego la política.

Nick resoplaba mientras el doctor le sacaba el vendaje. Buena cicatriz,

aséptica y sin retracción.

-¡Bravo, "don Intrépido"! —dijo Tony palmeándole la espalda—. Puede volver al trabajo, a inhalar cloro, a tirarse lingotes de osmio sobre los pies, a sentarse en las cajas de radiofósforo, a tomarse un barril de arsénico y a revolver ácido nítrico con el dedo. Muchas cosas que no ha hecho, y a lo mejor le gustan.

-Conque Bell se destapó, ¿eh? -sonrió Nick moviendo el brazo-. ¡Suerte perra, que yo no estuve allí! Hubiera expulsado a esos malditos. ¿Y qué? No nos podía ocurrir nada mejor que esto. Por nuestra cuenta, nunca habríamos roto los lazos de la Tierra ni renunciado a lujos como las medicinas terrestres. Me alegro de que Bell nos obligue a patadas. Lo único que tenemos que hacer es reproducir el oxen. Esto se pone bueno. Los muchachos del laboratorio pueden hacer de todo... con mi maquinaria, naturalmente.

-No pueden ustedes, Nick —dijo Tony apesadumbrado—. Pregúntele a los bioquímicos. Allá en la Tierra, en las instalaciones de Kalsey, en Louisville, ocupan un edificio de cuatro manzanas y diez pisos. Efectúan más de quinientas fases de concentración y refinamiento para sacar de los protocultivos esas pequeñas píldoras rosadas. Las primeras doscientas fases han de esterilizarse a control remoto. En todo Marte no hay tanto cristal como en las cubetas de protocultivo de Kelsey. ¡Es imposible!

—Álgo arreglaremos, ¡recontra! Burlaremos la vigilancia de Bell y cambiaremos por oxen algo que ellos necesiten. No se preocupe. Ya debíamos haber resuelto esto nosotros mismos.

-¿Y si realmente atrapamos al ladrón de la marcaína y su tesoro, y se lo devolvemos a Bell?

NICK se quedó estupefacto.

—Pero ¿cree usted que no fué una patraña? ¿Que alguno de los nuestros...?

-No puedo juzgar mientras no havamos buscado. -Ya, ya. Podría ser. Bueno, déme de alta y reuniré a la mayoría para proponerles que hagamos una inspección total.

—Hay otro medio, quizá más fácil —dijo Tony—. Cualquiera que cargara con tanta marcaína tuvo que intoxicarse con ella, a sabiendas o no. Es polvo micrométrico; sólo en ampollas ¡cataplum!, cae usted muerto por síncope cardíaco.

-Dijo usted que aparentemente no hay medio de descubrir al que toma esa droga. ¿Es que tiene usted alguna idea?

-Yo saco mi electroencefalógrafo y leo en él las características ondas cerebrales de los marcainómanos. Lo ha-



herméticas puede guardarse sin que se disperse, y éste era suelto. También, el ladrón pudo ser marcainómano o querer la droga para venderla.

-De modo -comentó Nick- que los alineamos a todos y vemos quién tiene tics, y contracciones, y gestos, y... Y usted sabe que así no hay medio de descubrirlo.

-Aparentemente no -corrigió Tony-. Por eso Brenner es billonario y a la marcaína no le hacen competencia los narcóticos terrestres. Usted tema la maldita droga; nadie puede notarlo; se hace usted adicto y vive en su mundo de ensueño hasta que, go funcionar sobre cada uno de los que hayan podido traer la droga de Brenner. ¿Quiere usted organizar la votación para ello?

-¡Cómo no! —concedió Nick—. Pero no encontrará usted ningún marcainero aquí. Le digo que eso fué una patraña... ¡Hola, querida! ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Qué son todos esos trebejos?

TONY vió entrar a Marian Cantrella, la rubia y hermosa mujer de Nick, cargada con telas blancas, tijeras, soldador y patrones de papel.

—:Puede alguno de ustedes, hom-

bres forzudos, echarme aquí una ma-

Nick se levantó y le descargó algunos paquetes.

-¿Para qué es toda esta tela?

-Camisolines, pañales, bragas -dijo Marian tranquilamente-. ¿Vas a manosearla toda?

-¡Ah, para el nene de Kandro! -y empezó Nick a extender la tela sobre la mesa-. ¿Quién la hizo?

—No sé —contestó Marian enchufando el soldador para calentarlo —. Me la dieron y me dijeron: váyase a casa y haga vestiditos. Y aquí estoy.

Está bien, querida — dijo Nick, volviéndose hacia Tony, mientras Marian empezaba a cortar las piezas para las ropitas—. No sé qué máquina habrán tenido libre para usarla. Todo el equipo del taller debía trabajar permanentemente hasta el día de embarque. Bueno, ¿qué importa? De aquí en adelante podemos no preocuparnos cada vez que se usa una máquina del laboratorio para surtir a la colonia. Los días de abundancia han llegado.

—Seguro —confirmó el doctor, con amargura —. Todos los pijamas que queramos..., y sin oxen. Dígame, Marian: ¿qué comentan las mujeres sobre este asunto de la marcaína?

—Lo mismo que los hombres, creo —probó el soldador en un borde de la primera pieza de ropa e hizo girar la llave para calentarlo más—. Es un desastre. Aunque el próximo embarque nos ayude algo, ¡vaya un desenlace! ¡Y no digamos si nos acordonan mientras esté el torpedo en el cohetó-dromo!

VOLVIO a probar el soldador y, satisfecha, comenzó a deslizarlo hábilmente sobre los orillos adosados, dejando una lisa y perfecta soldadura.

-Yo esperaba que veríamos a Douglas Graham -dijo-. Creo que es ma-Sí, ¿eh? —interrogó Nick, sobresaltado—. El señor Esto es. ¡Mi rival! -¿Qué ocurre? —preguntó Tony—.

¿Es una broma familiar?

—Douglas Graham es una broma nacional —dijo Nick—. Y ahora que viene a escribir sobre Marte será una broma interplanetaria.

—¡Ah!, el escritor —recordó Tony—. El médico del cohete anterior me dijo que Graham vendría en el próximo.

-Es maravilloso -dijo Marian -. Me gustó mucho Esto es Eurasia. Aquellos dictadores y el Gran Kan de Tartaria. Cuenta la historia con tanta exaltación que parece una novela.

-Esto es Marte -dijo Nick pomposamente-. Capítulo primero, página uno, Historia de la colonia Lago del Sol, columna miliar en la historia de la humanidad.

-¿Crees que escribirá realmente sobre nosotros? Digo, si el maldito asunto de la marcaína no le impide venir.

—No, chiquita. Sus libros se publican por entregas en el Bienestar Mundial, y al Bienestar Mundial no le interesan los colonos cooperativos. Le interesa Pittco Tres de Peñacantil por los anuncios que le publican. Te apuesto a que se ocupará de todas las colonias industriales y no mencionará la casa de prostitución de Pittco.

-Yo he leído sus libros, y son bue-

nos —dijo Marian.

-¿Tiene usted algo de él por ahí? -preguntó Tony—. Creo que no leí nada suyo.

MARIAN dejó el soldador, abrió un baúl y, apartando prendas de vestir, sacó del fondo una pequeña edición en papel cebolla.

Tony leyó al azar:

"El Kan fijó sus ojos negros en los "míos... El Kan habló... Estas son "las palabras del hombre que rige vein-ticinco millones de almas entre la fron-tera de América sobre el río Yang Tse

"Kian y la de los aliados de éste en el "Próximo Oriente: Dígnese comunicar "al pueblo de su país mi más alta esti-"ma y mis profundas seguridades de "que la legendaria paz entre nuestras "naciones jamás será rota por mí sin "motivo.

"La significación de esto..."

-Creo -dijo Tony devolviendo el libro- que no me he perdido gran cosa.

Siguió Marian rebuscando en el baúl que trajo de la Tierra y, sacando un folleto en papel cebolla, dijo sonriendo:

-Aquí hay algo más: Las Maravillas de Marte, de Red Sand Jim Granata, pionero interplanetario.

Nick tomó el folleto de sus manos y lo hojeó con reminiscente sonrisa.

-Es horroroso, Tony -dijo-. Oiga el título de estos capítulos: "Excavando en busca de esmeraldas"... "Atrapados en una tormenta de arena"... (Ya quisiera Granata que el aire de la Tierra fuese tan claro como el vórtice de una tormenta de arena en Marte...) "Sitiados por duendes en cerros de Peñacantil"...

-¿Cómo? -preguntó incrédulo el doctor.

-"Sitiados por duendes en cerros de Peñacantil". Si no me cree, escuche. "Los duendes", dice aquí, "eran cons"tante amenaza para intrépidos pioneros "interplanetarios, como Red Sand Jim "Granata, porque mataban a la gente "y robaban a sus niños, y cosas por el "estilo. No los veían a menudo..."

-¡Naturalmente! -dijo Tony.

ATURALMENTE, doctor, naturalmente. Pero aquí dice que eran "personas pequeñas que no usaban calzado ni vestido..." Esto me recuerda —cerró el libro— que ayer fuí a las cuevas..., hice un recorrido con uno de los exploradores. Realmente, nunca hemos penetrado en ellas. Y,

vagando por los alrededores, descubri huellas de niños a la entrada de una de las cuevas. Parecía que habían caminado con los pies desnudos, y no creo que se les deba permitir...

-¡Claro que no! -interrumpió Ma rian indignada-. ¡Como que pueden herirse!

—No les está permitido —dijo Tony ásperamente—. Tienen órdenes estrictas de mantenerse lejos de las cuevas. Pero nunca creí que fueran tan insensatos como para andar a pie desnudo. Tendré que apercibirlos de nuevo.

—Adviértales claramente — recalcó Nick— que hay una porción de riscos por allá y muchas sales peligrosas a flor de tierra.

-No sé cómo convencerlos -dijo el doctor, preocupado -. Cuando se les mete una idea en la cabeza a esos rapaces... Si todavía merodean por las cuevas después de oír los horribles cuentos del viejo Learoyd... No sé qué hacer.

-No lo tome tan a lo vivo -dijo Nick, que no sabía estar serio mucho tiempo-. Quizá no hayan sido los ni-

ños, sino los duendes.

—¡Qué gracioso! Ordenaré a las madres que no ha de haber ni rastros de pies desnudos de niño en todo Marte. Ya tengo bastantes contrariedades, sin necesidad de pies congelados, lacerados y con quemaduras minerales.

-Mejor es que crea usted en las huellas de duendes, Tony. Es más cómodo que instruir a la patulea de chi-

quillos.

—¡Miren quién habla! Le agradeceré que organice esa votación para la prueba cerebral electrográfica. Y por si vienen más contrariedades —dijo Tony levantándose de pronto—, mejor será que me cuide de mí mismo, mientras pueda. El almuerzo habrá terminado si no llego pronto.

Tony no gustaba mucho de la ruidosa camaradería que reinaba en las comidas comunales de los solteros. Hubiera preferido alguna combinación más tranquila y reposada. Pensó con nostalgia en el compañerismo existente entre Nick y su mujer. Pero, pensándolo mejor, difícilmente compensaría tener que casarse para comer en casa.

## CAPITULO VI

CUARENTA años en la vida de un planeta no es nada. Ese era el tiempo transcurrido desde que el primer cohete de la Tierra se había estrellado al extremo sur de la Gran Sirte, en el Viejo Marte... Y allí quedó, brillante, inoxidable mausoleo, para contar su historia a los que llegaran después.

Cuarenta años, casi, desde la llegada inmediata de los primeros colonizadores esperanzados: tres mil almas predestinadas. Sus cuerpos, criados en la Tierra, menos resistentes que la más endeble de sus contrucciones, estaban ya en los puros huesos cuando llegó el retrasado torpedo de auxilio, sin cuyo suministro habrían muerto de inanición.

Cuarenta años ya, de lento desarrollo, pero rápida transformación, durante los cuales un mundo yermo había acogido sucesivamente a un puñado de exploradores; unas cuantas veintenas de buscadores y trotamundos; un millar de colonos de última hora, con sus flacas y silenciosas mujeres; y finalmente, después del oxen, las nuevas colonias industriales que no databan de más de cinco años.

Los exploradores habían desaparecido, vueltos a la Tierra para enseñar y escribir, o enteramente confundidos con la situación actual de Marte.

Los buscadores y aventureros habían muerto casi todos. Pero los nuevos colonos, decididos a resistir, adquirían continuamente sangre nueva desde la línea vital de Puerto Marte, con el torpedo trimestral que los unía a la Tierra.

La colonia de Lago del Sol era la única que deseaba cortar aquel cordón umbilical, pero todavía no contaba con fuerzas suficientes para poder subsistir una vez cortado. Y los colonos lo sabían.

Después del almuerzo, hombres, mujeres y niños estaban reunidos en el laboratorio. Tony se levantó de al lado de la caja negra del electroencefalógrafo, a contar las personas.

-Falta uno -le dijo a Nick-. Polly está en el hospital; Joanna, en su casa; Henry, en Maquinarias de Marte o ya de regreso; Tad, en la cabina de ra-

dio. ¿Quién falta?

—Learoyd —dijo Nick—. Y encargué a Tad que se comunique con Máquinarias de Marte para confirmar el paradero de Henry estos cuatro últimos días.

Un hombre atolondrado, que parecía ir a tragarse el mundo, entró abalanzándose al doctor.

—A usted no le importa si yo tomo un polvo de marcaína de tanto en tanto, ni le compete decir que yo robé ningunos cien kilos porque usted compruebe que tomo una vez de uvas a peras. ¡Gringos! ¡Y ustedes se llaman marcianos!

-Llámenos como quiera, Learoyd -dijo el doctor—. Pero tenemos que arreglar este asunto. ¿Cuándo tomó usted la última marcaína?

-Ustedes no saben dónde estamos -rechinó el viejo-. Lakeusss Soleusss... ino me diga! Estamos a orillas de la Llanura de Jim Ryan, y ni siquiera lo saben. Aquí vino él el primero, y tiene derecho a que se le dé su nombre: Tío Ryan.

ON paciencia, Tony trató de ex-A plicarles:

-Brenner dice que hace dos días alguien le robó cien kilos de marcaína. Podía haber sido cualquiera de nosotros. Usted anduvo por allá, y necesitamos poderle asegurar a Bell...

-¡Otro gringo: un político gringo! ¡La Ley de Marte! -recalcó Learoyd con voz satírica-. Cuando éramos veinte o treinta no precisábamos ley; ¡no robábamos! ¿Por qué vinieron ustedes a estorbar?

-¿Cuándo pescó usted la última curda de marcaína?

El pobre viejo suspiró.

-Va para más de dos años. No tengo plata para marcaína ni mendigo a nadie. ¿No soy un buen acarreador?

-Sí, Learoyd.

-Entonces, ¿por qué me fastidian? Se dejó caer en la silla, junto a la caja negra del electroencefalógrafo, añorando el pasado del rojo planeta cuando, antes del maldito oxen, los pulmones marciánicos eran el pasaporte para aventurarse a donde nadie había llegado antes; donde una montaña era tu montaña; donde Jim Ryan murió de hambre en la infinita llanura de Ryan al rompérsele la oruga del tractor. Luego vinieron esos gringos.

Mientras rezongada no sintió los electrodos que le ponían en la cabeza.

-¿Se llaman ustedes marcianos? En seis meses se morirá la mitad. Y la otra mitad querrá morirse. Jim Granata vino en aquella partida de gringos; tomando notas, haciendo dibujos; pero no era marciano. Volvió a la Tierra y se llenó de oro con sus libros.

Después del ..18, ya no volvió a Marte, con todo su dinero. Los verdaderos marcianos vinieron antes: Sam Welch, Amby McCoy, Jim Ryan. Fueron los primeros: el ..07. Eso no se lo quita nadie. Un cohete cada dos años..., cuando llegaba. Amby Me Coy murió por comer plantas de Marte. ¿Por qué no se muere uno también? Mil dólares al día le pagaban a uno, cuando mil eran mil. Y miren ahora. ¿A qué vivir cargando basuras para los gringos? Yo vine primero...

Le temblaban los labios, y se los humedeció con la lengua.

LGUIEN le sacudió los hombros, diciéndole:

-Vamos, Learoyd. Está usted libre.

Vaya tranquilo.

El hombre salió del laboratorio renegando entre dientes. Tony había albergado la creencia de que Learoyd fuese el ladrón. La ley no habría sido dura con él, y quedaría resuelto el problema de la colonia.

Colono tras colono fueron sentándose en la silla y absueltos al revelar, ondas cerebrales marcainonegativas en el electroencefalógrafo. El último fué Tad, el de la radio.

-Mala suerte -dijo Tony a Nick cuando Tad volvió libre a su cabina.

-Eso es lo que necesitábamos -insistió Nick contra la opinión de Tony-. Hay que encarar la situación. Nadie robó la marcaína. Bell quiere echarnos de Marte impidiéndonos exportar e importar. ¡Deje que nos lo impida! En vez de radiofósforo haremos oxen. Maldita la falta que nos hacen las enzimas e inmunizantes de la Tierra. Tenemos que luchar con Marte, ¡vencerlo en su propio terreno! Alguna vez tenía que ser. ¿Por qué no ahora? Los primeros desgraciados importaban sus alimentos, sus ropas, todo; y ya ve usted. Cayeron. No arriesgaron ni se adaptaron.

-Yo no sé qué hacer -dijo Tony desalentado-. Voy a ver a Polly v al

MONY cargó con el electroencefalógrafo y se fué a su barraca hospital. Ana estaba junto a Polly acariciándole una mano, mientras Polly, con su otro brazo, sujetaba al bebé como si estuviera sobre un precipicio.

Sin decir palabra, tomó Tony al niño, le auscultó el corazón; latía normalmente. Pese a la cara enrojecida por las contracciones, la mascarilla de oxígeno estaba en su lugar.

Algo desorientado, el médico dejó a la criatura y preguntó a las mujeres:

−¿Qué ocurre?

-Tengo que trabajar -dijo Ana secamente, y se fué.

-He visto una cosa -susurró Polly

con ojos desencajados. Tony se sentó junto a la cama. To-

mó la mano de Polly y la notó fría. -¿Qué ha visto usted? ¿Manchas en el niño? ¿Alguna erupción?

Ella señaló a la ventana frente a su cama.

-Vi un duende. Quería robarme al niño -dijo apretándolo contra sí v sin quitar la vista de la ventana.

Tony disimuló su mal humor. Cuando toda la colonia corría grave peligro, esta tontuela no se preocupaba de distinguir entre sueño y realidad.

-Se habrá quedado usted adormecida. Eso fué una pesadilla. Dados sus antecedentes, teme usted perder también a este hijito. Ha oído usted esos disparates de los primeros colonizadores acerca de los duendes, y por eso su sueño ha tomado ese aspecto.

Polly negó con la cabeza.

-Gladys estaba conmigo y tuvo que irse a ese examen del laboratorio. Dijo que me enviaría alguna sustituta. Y en cuanto cerró la puerta, apareció aquella cara de duende por la ventana, con orejas largas, ojos grandes, ca-

si sin cejas, calvo y moreno. Me miro y luego miró al bebé. Yo grité y grité, pero él miraba al bebé; quería robármelo. Pero desapareció de la ventana, justamente antes de que viniera Ana. Y cuando ella me puso aquí al niño, yo no dejaba de temblar.

La ira se apoderaba de Tony.

-¿No ve usted que su cuento es totalmente ridículo si insiste en que ocurrió, y perfectamente lógico si admite que fué un sueño?

DOLLY se echó a llorar, abrazando al niño.

-¡Lo vi! ¡Lo vi! ¡Tengo miedo! Las lágrimas eran la mejor medicina. Tony le dió además una cápsula y un vaso de agua.

-No quiero dormir -dijo ella; pero la tomó, y unos minutos después enjugaba sus ojos con un pañuelo.

-Puedo demostrarle que fué un sueño -dijo serenamente el médico-. Lo de los duendes es cosa que debieron de inventar los aventureros para asustarse entre ellos. Pero no puede haber duendes porque no hay ni un animal vivo en Marte. Hemos explorado todo el planeta durante 40 años. Hemos hallado semillas para hacer drogas, plantas para licores y muchos metales y otros minerales. Piense en ello, Polly: 40 años, y nadie halló ni trazas de animal vivo en Marte.

Con el sedante, Polly habló algo confusa.

-Quizá los duendes se mantengan lejos de la gente. Si son listos, podrían.

-Es cierto. Pero en tal caso, ¿de dónde provienen los duendes? Usted sabe que toda forma elevada de vida surge por evolución de otra inferior. ¿Dónde están las formas inferiores de que provienen los duendes? No hay ni una minúscula amiba. Luego no hay duendes.

Ella se calmó algo. Tony tuvo una

idea súbita, v dijo:

-Usted temía que su mala suerte la persiguiera y la privara de su hijo. Usted habrá visto algún dibujo terrorífico en los periódicos, algún duende marciano traganiños. Y, como esto es Marte, su memoria ha simbolizado su aciago destino en un duende.

Polly dibujó una sonrisa adormila-

da y cerró los ojos.

Se le pasará, pensó Tony, y es bueno que me haya recordado a los antiguos colonos... ¿Thaler? ¿Toller? Se llamen como se llamen: el viejo matrimonio de la "granja" ruinosa, allá al sur... Toller, sí. Hacía un año que no los veía. Los visitaría hoy.

En la habitación inmediata estaba

Ana.

-¿Se queda usted aquí? -le preguntó él.

-Sí. ¿Dónde va usted?

-A ver a los Toller. No podría concluir lo del robo de la marcaína sin examinarlos a ellos. Como hace un año que no los veo, les diré que ya es tiempo para otro reconocimiento. Estoy seguro de que me permitirán hacerles un electroencefalograma. Puede cambiar el asunto.

Ató la caja negra a su bicicleta y partió.

T OS Toller eran distintos al viejo Learoyd, y fueron a Marte por distinto motivo. Learoyd se creía un explorador y aventurero que tomaba una resolución heroica y que, tras una vida de romántica aventura, se retira-

Los Toller vivían su plan de campesinos, larga y lentamente madurado: En dos años, cuando yo haya ahorrado siete "shillings" y tres "groschen" comprarré el ternerrillo de Bauer, que servirrá a las vacas del pueblo; Fritz ya habrá crecido parra encargarse del trabajo. Zimmermann, el borracho, se entramparrá conmigo por servirle sus vacas y me darrá en prenda su franja

del sur, y Fritz no precisarrá casarse con su hija Eva. Gretel, la de Schumacher, tiene el labio partido, perro no hay escape... Sus pastos del oeste lindan con los míos...

No los favoreció el destino.

Sólo consiguieron arrastrar la vida, tener un hijo y acabar medio chiflados por las penalidades. Los dos tenían pulmones marciánicos. Si ella no los hubiera tenido, habría vivido, como centenares de otras esposas, con su máscara de oxígeno, así como la lejanísima ascendiente de su bisabuela llevaba la papalina.

El marido estaba ahora ciego. Su ceguera y la de otros muchos había servido para investigar y conseguir las invecciones protectoras contra los ra-

yos ultravioleta.

Tony temía por el resultado de su visita. Al llegar no vió la sarsona cabra que estaba pastando la última vez. La habrían matado para aumentar los escasos alimentos de la pequeña huerta.

Llamó a la puerta, y entró con su caja negra. Mrs. Toller estaba sentada en la única silla de la oscura habitación. Toller yacía en cama.

-¡Theron, es el doctor Tony! -dijo la señora al marido-. Saluda al doctor Tony, Theron! ¡Nos trae el correo!

El viejo salió de su modorra. -¿Escribió el chico? -preguntó.

-No traje ningún correo -dijo Tony-. El cohete no llega hasta dentro de dos semanas.

-El chico escribirá dentro de dos semanas, Theron -explicó ella al marido y, sacando tres cartas interplanetarias de su corpiño, dijo-: Estas son las cartas que le escribimos.

Tony las tomó y les echó una mirada. Las tres eran idénticas.

"Nuestro Querido Hijo:

"¿Cómo te encuentras? Nosotros "bien y esperamos que tú también "y te echamos de menos aquí en la "granja y esperamos que cualquier día

"vuelvas aquí con una linda mujer " porque sabrás que cualquier día todo será tuyo cuando nosotros estemos 'muertos y ésta es una linda propie-"dad en un barrio próspero y cual-"quier día estará todo construído. Ha-"rás el favor de escribir v decirnos 'cómo te encuentras y esperamos te encuentres bien y te echamos de me-

"Tus Padres que te Adoran."

En el reverso del escrito, vió Tony las estampillas de cincuenta dólares mataselladas, la dirección del destinatario v la del remitente. Las tres traían la siguiente anotación en rojo: Consultada Guía. Destinatario Desconocido. Devuélvase al Remitente.

El viejo rezongó:

-¿Escribió el chico?

-He venido a hacerles a ustedes un examen físico -dijo Tony en voz alta, impresionado por aquella demencia

-¿Ves qué amable es el doctor Tony,

Theron?

Pero el viejo se había vuelto a dormir. Tony le aplicó los electrodos y lo despertó para observar la onda cerebral. Marcaínonegativa.



-Nosotros vinimos en aquel cohete tan hermoso -divagaba Mrs. Toller, mientras Tony le ponía a ella el aparato-. Sólo teníamos 20 y 21 años, everdad, Theron? ¡Qué susto nos llevamos cuando nos acercábamos a Marte, que parecía una gran Luna, y se estropeó uno de los propulsores a chorro, y los tripulantes tuvieron que salir al exterior a arreglarlo! ¡Qué aventura! ¿Verdad, Theron? El primer año tuvimos aquí a nuestro chico. Ahora tiene 19 años. El quería conocer la Tierra. Por eso, cuando cumplió 17, fuimos hasta Puerto Marte a verlo salii. ¡Qué aventura! ¿Verdad, Theron? Y nos mandó en seguida su dirección...

Onda macaínonegativa.

El parloteo de Mrs. Toller no acababa nunca. Tony estaba cansado. Dijo adiós y pedaleó hasta Lago del Sol.

La senilidad precoz de los Toller a los cuarenta años contradecía los planes de Nick Cantrella para mantener-

se la colonia por sí misma.

Era imposible. Ya bastaba con la actual existencia insulsa, monótona, primitiva... ¿Cuánto tiempo hacía que no tomaba un huevo, una taza de verdadero café, un baño..., un whisky tras el trabajo?, ¿o que no fumaba su pipa sin tener que chupar a bocanadas para que no se apagara en el aire enrarecido?

Pero la vida en Marte, sin un mínimo de suministro terrestre e inyecciones adaptativas e inmunizantes, estaba fuera de cuestión. Si le preguntaran su opinión médica, contestaría: "En caso de que nos prohiban los suministros terrestres, debemos regresar a la Tierra".

MUY bien. Regresar... LVI ¿Regresar a qué? ¿A una clínica, a atender con reloj en mano, hombres, mujeres y niños, cuyos temores y privaciones comienzan en la matriz y acaban en la tumba? ¿A curar una neumonía infantil y devolver al niño a su buhardilla sin puertas de ventana? ¿O un alcohólico, y reenviarlo al ambiente de corrupción donde adquirió el vicio? No. Ya había probado aquellas clínicas, y no las soportaba.

¿A un consultorio, como el que tuvo en el ático de un rascacielos de Nueva York? ¿A prestar plena atención a cada cliente con úlcera, várices o falso embarazo? ¿A las mil y una enfermedades orgánicas originadas en la neurosis prevaleciente: el miedo?

¿Regresar? ¡Buen consuelo: volver a la Tierra, llenar la pipa, encenderla, echar bocanadas de humo... esperando a que el planeta superpoblado y psicótico estalle y acabe con el hombre, de una vez por todas!

## CAPITULO VII

HENRY Radcliff despertó a Tony antes del alba, y le dijo con gran

-¡Traigo el remedio, doctor! Vine a pie desde Pittco. El semitractor se descompuso a la vuelta, a treinta kilómetros de Maquinarias de Marte. Allá se quedó. Llegué a Pittco a dedo, en un avión, y...

-Hágame café -gruñó Tony medio dormido.

Se levantó, se sacó el pijama y se friccionó con un chorrito de agua, que significaba un café menos en el día. Algunas mañanas no soportaba el hedor del alcohol metílico. Tomó su café y se puso el pantalón, la parka y las botas de arena.

-A ver el medicamento -dijo-. No le dió Bonoway ningún encargo o nota para mí?

-; Ah, sí! Me olvidaba.

Henry le dió una ampolla y una hojita de papel cebolla. La nota del médico de Maquinarias de Marte de-

"Ouerido Hellman:

"Ahí va el Kelsey T7-43 que pidió "por radio. Respecto a su nota, siento "decirle que desconozco enteramente "esos síntomas. Parece un caso que "cualquier médico debería enviar a la "Tierra lo antes posible. El T7-43 ha "obrado maravillas en quemaduras y "no produjo reacciones secundarias. "Le agradeceré noticias.

"Muy atareado.

"Dr. A. Bonoway."

Tony hizo señas a Henry para que lo siguiera; tomó su estuche y salieron al aire helado de la mañana.

-¿Ha dicho usted que vino andan-

do desde Pittco?

-Sí, señor. Buen ejercicio. Y usted cuídese -dijo Henry cordialmente-, que está echando panza. Y es más fácil evitarla que quitarla.

Llegaron a la barraca de Radcliff. -Quédese afuera, Henry, hasta que vo acabe con esto, y entre después.

Entró, preparó la jeringa y despertó a la mujer.

-Aquí está el medicamento, Joanna. ¿Está usted lista?

Ella sonrió afirmativamente. El le invectó el líquido en el brazo, y dijo:

-Ahora, un premio a su paciencia. Henry avanzó, y en los ojos de ella brilló una luz que conmovió a Tony.

TL desayuno en el comedor general Consistía en arvejas de Marte fritas y "café". Influído por el ambiente tenebroso de aquella mañana, Tony sorbió el café y apartó las arvejas, mientras los demás colonos apuraban sus platos como siempre.

Hizo su inspección normal del laboratorio y fué a visitar a Nick Cantrella en su pequeña oficina al fondo del mismo.

-¿Qué le parece? -preguntó Nick. -¿Sigue como anoche, decidido a tirar la esponja?, ¿o va crevendo que podemos dominar este maldito planeta, si lo intentamos?

-No sé todavía -admitió Tony-. Mire al viejo Learoyd. Aver fuí a visitarlo. Me dijo la mujer que llegaron acá cuando él tenía 21 años, y a los 40 parece un caduco octogenario. Insuficiencia vitamínica crónica, déficit mineral, agua insuficiente, fatiga permanente por trabajo sin descanso. Se paga más de lo que merece el vivir lejos de nuestro mundo.

Nick pensó: En seis meses perderemos contacto con nuestros clientes. No nos harán más pedidos, por temor a que se repita la demora. Y no tenemos reservas para aguantar hasta que se les olvide. Estamos perdidos...

-Sin embargo, queda un registro

por hacer.

- Demonios! Usted sabe que ninguno de los nuestros robó esos polvos.

-Reunamos el consejo. Quiero ha-

cer el registro.

Nick, Tony, Gracey y Mimí se reunieron en cónclave extraordinario, en la barraca del doctor. Gracey se opuso violentamente al registro total de los hogares de los colonos, jurando que era todo una patraña de Bell y Brenner. Los otros tres le ganaron la votación. Detestaban allanar la pequeña área privada de los lagosolenses, pero no se atrevían a dejar nada por inves-

-Supongo - refunfuñó Gracey que cuando no encuentren ninguna marcaína en nuestros baúles, desharán ustedes el laboratorio en su búsqueda.

-Si es preciso, lo haremos -dijo Tony impasible.

A media mañana, Mimí tenía la

búsqueda en marcha. Tony, instalado en la cabina de la radio, lanzaba mensaje tras mensaje a la central de Puerto Marte, tratando de conseguir al teniente Nealey. El operador de Pittco, que retransmitía entre Puerto Marte y Lago del Sol, envió la siguiente respuesta a los cuatro primeros mensajes:

INOBTENIBLE RETRANSMITI-RE MENSAJE. FIN. CABO MO-RRISON, CENTRO MENSAJES

OFICIALES. Al quinto intento, todavía no se consiguió a Nealey, pero sí a Bell. Y ésta

fué la respuesta:

TENIENTE NEALY INDISPO-NIBLE POR ORDEN MIA. BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA RASTREADOR M.27. PRESTARIA-SE PARA USO PRIVADO, RE-CUERDE LIMITADAS FACILIDA-DES MENSAJES MARTE GRA-VAN SUS FRIVOLAS DEMAN-DAS. REQUIERO CESE INME-DIATAMENTE. FIN. HAMILTON BELL, COMISARIO CUERPO PO-LICIAL ARMADO.

Gladys Porosky, operadora de tur-

no, gritó indignada:

-No es posible que haga eso. La liga de transmisiones es un contrato

privado entre las colonias.

Tony sabía que Bell se excedía en sus facultades administrativas; pero un litigio en la Tierra era demasiado lejano y costoso.

Gracev lo encontró más tarde en la

barraca y le dijo:

-Venga a ver el botín que hemos

recogido.

Tony salió a examinar el contrabando hallado en el humillante registro: unos libros cómicos traídos, Dios sabe cómo, desde Puerto Marte, por un par de chiquillos; algunos dibujos indecentes en el baúl de un químico soltero; una prohibida pistola del 32 en el colchón de una mujer notoriamente nerviosa; algunas cajas y fras-

cos de medicamentos absurdos, y una cantidad diminuta de verdadero café para tomarlo a solas.

A eso de la siesta, estaba comprobado que ninguna marcaína robada había en las viviendas de la colonia.

Habría que registrar el laboratorio.

LISCAPAR del Consejo y de la fra-Casada patrulla de inspección para volver a la radiante alegría del hospital, fué como entrar en un mundo

Tony se paró en la puerta a contemplar aquel cuadro de familia: padre y madre extasiados uno en otro y en el diminuto ocupante de la blanca cesta de mimbre que servía de cuna

del hospital. El había esperado hasta último momento complicaciones que no ocurrieron. Después de frecuentes concepciones, seis abortos y diversos fracasos de primer mes, sin que los expertos de la Tierra hallaran deficiencia orgánica o microscópica en los padres, era increíble este éxito obtenido tan fácilmente.

-Está otra vez despierto -dijo Polly dudando entre el orgullo y la humillación-. Durmió un ratito cuando usted se fué, pero en seguida empezó a llorar. Tenía usted que ver el escán-

dalo que armó...

-Ahora está bastante tranquilo -indicó Tony, y observó atentamente la carita redonda, medio oculta por la mascarilla de oxígeno, y los rollizos miembros que se agitaban al aire con asombrosa energía.

Ciertamente, no había signos de mala salud. Pero un recién nacido debía dormir y no estar tan despierto.

-Tal vez tenga hambre -opinó Tony lavándose las manos en alcohol y observándolo de nuevo-. Yo esperaba que él lo pidiera a gritos, pero vamos a intentar.

-El caso es... -insinuó Jim ruborizándose.

Su mujer se echó a reír encantada. -Ouiere decir que todavía no tengo leche -explicó Polly-. Pero de lo otro sí tengo... ¿Cómo se llama?

-Calostro -dijo Tony. Y, trayéndole al niño, agregó-: Asegúrese de cue la máscara no se deslice fuera de la nariz. La boquita está bastante libre v puede mamar v respirar a la vez.

L niño hocicó en la madre durante un momento, luego espurreó con furia, se puso rojo y regurgitó una bocanada del líquido. Rápidamente, el médico apartó de la madre al bebé, le palmoteó, esperó a que se le pasara el sofoco y lo reacomodó en la cuna. Polly y Jim hablaban a la vez.

-¡Calma! -dijo el médico-. No es el fin del mundo. Muchos niños no saben mamar al principio. Parece que la máscara... No. Respira por la nariz, porque el aire es mejor. No hay que taparle la boca para que lo haga. Cuando lo enecesite, aprenderá para qué sirve la boca..., y será pronto.

-Pero, doctor, ¿está usted seguro de que no le pasa nada? ¿Está seguro?

-Jim, en mi profesión nunca estov seguro de nada -dijo Tony suavemente-. Pero jamás he visto un nene que no descubra el modo de nutrirse cuando necesita alimento. Si este orgullo y alegría de ustedes no quiere tomar el pecho, haremos que Ana le prepare biberones. Es muy simple.

O no tanto... Pues a Loretta, la hija de ocho meses de George Bergen y Harriet, que todavía mamaba, hubo que destetarla, pero no para darle leche, sino la dieta normal de la colonia más extractos vitamínicos, como a los demás niños, que va habían olvidado el sabor de la leche.

Cabras había en la colonia, y algún día darían leche para todo el mundo. Pero para ello era preciso destinar toda la leche actual del rebaño a nutrir los nuevos cabritos.

Al principio, los yacks o búfalos tibetanos parecieron aclimatarse mejor a la atmósfera de Marte; pero eran demasiado grandes para transportarlos adultos, y ninguna cría había sobrevivido al viaje. Por eso, la colonia trajo tres parejas de hermosos cabritos, y los criaron con la mayor rapidez. La mitad de los nuevos mamones murieron, pero la otra mitad necesitaba hasta la última gota de leche disponible. No obstante, en caso preciso, se sacrificaría un cabrito para darle leche al niño.

Pero era inútil adelantarse a los acontecimientos. También esto dependía de Bell.

-¿Necesita alguna instrucción antes de irse a casa? -preguntó Tony-. ¿No tiene dificultades con la máscara?

-Ana nos instruyó -contestó Jim-. Parece fácil.

-¿Dónde está Ana? ¿En el living? -Le dolía la cabeza -dijo Pollyy, cuando vino Jim, se fué a su casa.

-¡Eh, Tony! ¿Puede venir un minuto? - preguntó Marian Cantrella desde la puerta.

Tony salió tras ella.

CESTA lista para ir a su casa?

—interrogó Marian.

-Lo está desde esta mañana, pero con el maldito registro... ¿Pusieron va en orden su habitación?

-Todo lo hemos arreglado, y la nueva pieza está terminada, aunque algo húmeda.

-Podrán tener al niño en la habitación de Polly mientras se seca la otra -indicó Tony.

-Estará loca por irse...

-Supongo. Pero tendrá que ser ahora mismo. Dentro de una hora hará demasiado frío para sacar al niño.

-Bien. ¡Ah!, me olvidaba. ¿Podrá Henry sacar a Joanna para que vea al niño? Se siente tan abandonada de todos...

-Unicamente si Henry consigue

una carretilla del laboratorio para transportarla. No quiero que gaste sus

-Prometo arreglar eso. Tendrá una

gran alegría.

Sus dorados bucles se cimbrearon brillando alrededor de su cabeza, al girar ella hacia la calle. Tony volvió a entrar en la clínica.

-Creo que ya es hora de que se larguen de aquí -dijo a los Kandro-. Podemos necesitar el sitio para algún enfermo.

Polly sonrió feliz.

-No sé qué me pondré, porque estos vestidos que traje me caerán tan anchos que no son como para salir así.

Jim, lo mejor es que...

-Jim -interrumpió Tony-, lo mejor es que consiga usted que su mujer sea sensata. Usted, señora, irá como está, y se meterá en cama en cuanto llegue; que ya lleva hoy levantada bastante tiempo.

-¿Como estoy? -dijo ella riendo y secando los pies desnudos por debajo

de la bata.

/ IENTRAS Jim la ayudaba a ponerse las botas de arena y la parka, Tony vistió al nene para su primera salida. Terminaron rapidamente, pero Marian había sido más rápida. Y, cuando abrieron la puerta de calle, se hallaron frente a la multitud de los ciento y pico de residentes de Lago del Sol, apiñados frente a la casa del doctor. Cualquier contratiempo que ocurriera la próxima semana, parecían decididos a que hoy no se malograse la marcha de los Kandro al hogar.

-Supongo que todos querrán ver al niño. Me parece bien -les dijo Tony-, pero recuerden que es demasiado joven para tanta sociedad. En vez de amontonarse, extiéndanse a lo largo de la calle, de aquí a casa de Kandro, y todos lo podrán ver.

Entre Tony y Jim acomodaron a

Polly en la carretilla con llantas que servia de camilla en el hospital, pusieron al bebé en sus brazos, colocaron a sus pies el tanque portable de oxígeno, y emprendieron la lenta marcha a lo largo de la calle curva, parando cada pocos pasos para los que querían saludar a Jim, manotear a Polly o mirar el trocito de cara que el niño llevaba al aire.

Cuando alcanzaron a ver el saliente de la nueva habitación, con sus paredes aún húmedas, la sorpresa fué de asombro. Y lo mismo, al entrar y

ver la serie de regalos.

Parte del nuevo moblaje estaba todavía preparándose en los hornos electrónicos. Pero la cuna, ya terminada, ocupaba el centro de la habitación, y estaba llena de sábanas, mantas, vestiditos, pañales, toallas, bragas... Y sobre la mesa, jarros y platos junto a fíbulas plásticas y un surtido de prematuros juguetes.

Tony insistió al fin en cerrar la puerta para que descansaran Polly y el niño. Empezó él mismo a desnudarlo, mientras el matrimonio cuchicheaba. Un instante después, Jim abrió otra vez la puerta y avanzó unos pasos dejándola entreabierta.

Pronunció un pequeño discurso de agradecimiento a aquella multitud de

amigos, y al final les dijo:

-Espero que ninguno de ustedes se oponga, pero nos gustaría llamar al niño: "Lago del Sol Kandro"...

Se interrumpió de pronto, y hubo un largo silencio sepulcral y un mismo pensamiento de amargura en todas las cabezas.

-Quizás -prosiguió al cabo Jimpensarán ustedes, mis amigos, que no es buena idea en este momento. Si no les gusta, no lo haremos. Pero Polly y yo... Bueno, sabemos que las cosas se presentan feas..., pero ¡va a pasar las moradas, va a sudar tinta la Comisión de Asuntos Planetarios o

quien sea, para echarnos de Marte!

-¡Tiene usted toda la razón, Jim! -gritó Nick Cantrella, enfrentando a la multitud y agitando los puños-. Alguno de ustedes opina que el niño no debe llamarse Lago del Sol Kandro?

El riguroso silencio se convirtió en rugido de entusiasmo, que reanimó a Tony, aunque sabía que no había justificación para ello.

#### CAPITULO VIII

ENTRO de la casa, el nene volvió a llorar con ímpetu.

-Dale la vuelta, Jim -dijo Polly desde su litera-. Quizá deje de llorar

si lo pones de barriguita.

El nuevo padre lo volvió con exquisita delicadeza, mientras Tony, ocultando la sonrisa, recogía su instrumental en la camilla, para marcharse. -: Mire, Tony: mire a Solin!

-Conque Solin, ¿eh? De modo que perdió ya toda la dignidad de su largo nombre... ¿Qué le ocurre a Solín?

Tony observó cómo el bebé se esforzó brevemente, enderezó la espalda e irguió la cabeza. Estaba justificado el orgullo materno cuando un niño de menos de dos días podía hacer eso.

-Al fin y al cabo -dijo-, es don Lago del Sol Kandro. No me extrañaría que anduviera en una semana y que en un mes sepa dividir. ¡Quién sabe si pronto empezará a comer!

Pero los padres no estaban para bromas, y Jim preguntó indeciso:

-¿Usted, doctor, cree de verdad

que no le pasa nada?

-Ya le dije que yo no estoy seguro de nada. Si usted ve algo sospechoso, dígamelo, porque yo no lo veo, pero... estamos en Marte. No puedo hacer promesas. Confie usted o no en mí, tenemos que seguir adelante cautelosamente, v nada más. ¿Están ustedes al tanto sobre la mascarilla de oxigeno? ¿Bastantes tanques de repuesto?

-Usted nos dió suficientes para ir de aquí a Júpiter -dijo Polly-. Por favor, Tony, no piense que...

-Lo que pienso es que son ustedes buenos padres, preocupados de su hijo. Conque no hablemos más.

-Pero sepa que nosotros -dijo Jim- creemos... Digo que no hay motivo para desconfiar de ... Diablos! ¿Cómo digo esto? Quiero decir que...

-Quiere decir -ayudó Polly- que estamos muy agradecidos porque nos ha dado usted una felicidad que nun-

ca esperábamos conocer. -¡Justo! -confirmó Jim.

-Bueno; ahí está el niño, y que les vaya bien con él -empujó la camilla hacia la puerta y agregó sonriendo: - A propósito, extenderé el certificado de nacimiento esta noche, puesto que ya conozco el nombre, si usted viene a...

LLA por la calle venía Henry A Radcliff, corriendo enloquecido y sin aliento.

-¡Doctor, venga pronto! ¡Joanna se

Tony tomó su estuche v salió a todo correr, con Henry a su lado.

-¿Oué ha ocurrido?

-Cuando la saqué en la carretilla -dijo Henry jadeando-, antes de echarse a andar por la calle, se cayó allí mismo...

-; Andar? ¿La dejó usted andar?

-Pero si ella me dijo que usted la había autorizado...

-¿Joanna le dijo eso?

Aflojaron el paso frente a la barraca de Radcliff. Tony serenó su cara

Joanna estaba en la litera, con la parka puesta. El médico se la abrió y aplicó el estetoscopio. En medio minuto le había inyectado adrenalina en el corazón y se sentó al borde de la cama, sin quitarle del pecho el este-

toscopio. -Tráigame usted aquel café que encontraron en el registro -ordenó a

Henry, sin volver la cabeza.

Henry salió a escape. Tras largos minutos, Tony respiró hondo y apartó el estetoscopio. Joanna había reaccionado una vez más. Abrió sus apergaminados párpados y miró vagamente a Tony.

-Me siento mejor. Me desvanecí. -No hable -ordenó el médico to-

mándole el pulso-. Trate de dormir.

-¿Está Henry ahí? -Vendrá en seguida.

-No fué de él la culpa, doctor. Le hice creer que usted me había autorizado a caminar. Yo sé que usted tendrá que reenviarme a la Tierra...

-No piense en eso, Joanna.

-Pienso por él, no por mí. Por eso lo hice. Yo regresaría a la Tierra, porque no está bien que les robe a ustedes el tiempo; pero, ¿qué sería de él? No podría quedarse en la colonia estando yo en la Tierra..., y aun viva.

-¿Qué está usted diciendo? Claro que irá con usted, porque la quiere. ¿No lo ama usted a él?

Ella sonrió y dijo sin pasión, sua-

-Sí, lo amo -y luego, con vehemencia-: Pero él no siente como yo por la labor conjunta y maravillosa de la colonia. Está aquí y trabaja bien,

Marte desde niño. A él le bastaría ser buscador como Learoyd. Dígales a los colonos que lo dejen quedarse. Enviarlo de vuelta le destrozaría el corazón.

TONY no se atrevió a decirle que L todos podían ser expulsados y que, aunque la colonia se salvara por milagro, Henry no podría quedarse. Era la ley llamada "C. o C." (casado o casable). Lejos de las locuras de la atropellada Tierra, ellos habían pretendido reestructurar con niños, no permitiendo nuevas inmigrantes postfecundas, u hombres como Henry, enamorados de una mujer devuelta a la Tierra. Y le mintió;

-Si él no quiere, nadie lo expulsará. Pero él mismo querrá irse.

Ella suspiró y cerró los ojos.

Henry esperaba con el café en el living. Tony salió y le dijo:

-Creo que duerme y descansará un

rato. Venga conmigo.

Salieron a la puerta y se sentaron en

-Déle una taza de café después de cada comida, mientras esto dure. El medicamento de Bonoway no produjo efecto. Siento haberle enviado hasta

-No importa, doctor. Fué un albur. Me gusta conocer el país.

-Ciertamente, usted debía haber sido uno de los aventureros.

¿Cómo decirle que su mujer había intentado suicidarse para dejarlo libre en Marte? No; ¿para qué herirlo, para qué trastornarlo y hacer que se sienta culpable?

-Doctor: ¿cree usted que tendremos que irnos? -preguntó Henry des-

esperado. -Por ahora, así parece, Henry. Pero tenemos tres semanas... No pier-

do la esperanza. Cuando Tony se fué, el muchacho quedó desalentado.

TOANNA Radcliff quiso morir y fué defraudada por la adrenalina. Solín Kandro quería vivir, quería el pecho materno, y una cruel ironía lo defraudaba también.

El niño no lloraba, no necesitaba dormir, podía levantar la cabeza... Bien; atribúyase esto a la escasa gravedad del planeta, aunque la pequeña Loretta de los Bergen no mostró tal

Cuando él les dijo a los Kandro que muchos bebés no saben mamar a! principio, dijo una verdad engañosa, porque este niño sí sabía..., pero se ahogaba. Y esto, que en la Tierra, con millones de vacas, hospitales asépticos y enfermeras expertas en regimenes intravenosos, se llamaría simplemente un problema alimenticio, aquí era un problema vital.

Y lo que era más: en Lago del Sol no había leche en polvo, ni posibilidad de adquirirla si Bell cumplía su amenaza.

Frente a la barraca de Kandro encontró la camilla de ruedas, la arrastró hasta su propia casa y la dejó en el centro del living. Era tarde y le faltaba hacer la inspección vespertina de radioactividad. Sobre la mesa había un paquete. Leyó: "Al doctor Tony, agradecidos, Jim Kandro y señora". Decidió abrirlo más tarde, cuando tuviera tiempo de reposar y apreciar el valor espiritual que encerraba, pues valor material no podía tenerlo.

Ningún colono podía comprar o importar nada. Todos los hogares contenían igual mínimo de útiles de idéntica calidad. El espacio del laboratorio y sus horas de trabajo eran demasiado preciosos para gastarlos en producir objetos de uso personal.

C ALIO Tony, cerró la puerta y se O encaminó al laboratorio una vez más.

Lo halló todo alborotado. El traba-

jo se había suspendido para efectuar el riguroso registro. Nick había iniciado el inventario.

-Haga hoy una reinspección excepcional, doctor -le dijeron en la oficina-. Vamos a manipular muchas materias no usadas hace tiempo y a meternos por todos los rincones.

-¿Están va los tubos electrónicos

en sus rejillas?

-Sí. Y hoy le dimos tubos nuevos a la patrulla de inspección.

-Haré eso lo primero.

Y entró en la sala de desradiación, donde los tubos usados durante el día, estaban sobre los soportes alineados en la pared. Todos estaban limpios, bajo el nivel de seguridad.

Tony sacó un tubo nuevo de la pared opuesta y pasó por la sala de em-

balaje a los talleres.

Terminada la inspección, volvió Tony a la oficina e informó que todo estaba en orden.

-¿Oué piensan hacer con las cajas

de embarque? - preguntó.

-Dejarlas para lo último -dijo Mimí Jonathan-. Si no sale nada de los talleres y depósitos, tendremos que abrirlas una por una. Quieren que, en tal caso, usted esté presente como supervisor.

-Muy bien -dijo Tony-. Le agradeceré me avise con más de cinco minutos de antelación. Desearía que me acompañe un radiólogo profesional u otro especialista.

-¿Le servirá Harve?

-No veo inconveniente. Si está dispuesto a ello, me será muy útil.

-Se lo preguntaré -prometió Mi-

QUELLA tarde, el familiar es-A plendor del paisaje marciano no despertaba la fe luminosa en la imaginación de Tony. Con las primeras sombras volvió al laboratorio, fijos sus ojos en los lejanos montes y con el

pensamiento traspasando amargamente al otro lado de la sierra.

Tony había estado en la nueva ciudad de Pittco para ayudar al médico bisoño, cuando explotó un horno improvisado. Todas las construcciones eran provisionales, de materiales distintos e inadecuados, sin miras al futuro. Si se obtuvieran ganancias, sólidas estructuras reemplazarían a aquellas cabañas destartaladas. Si el campamento se hundiera, los pobladores se trasladarían a otra localidad, para abandonarla de nuevo cuando se inutilizara. Por otro lado, si se salvaba la ciudad, una compañía bien organizada importaría de la Tierra nuevos contingentes de obreros baratos, y los aventureros de la recargada ciudad tomarían nuevos rumbos en busca de mejores pagas.

De todas las dispersas colonias de Marte, solamente Lago del Sol confiaba en que el hombre podría y desearía florecer naturalmente en aquel suelo.

Tony Hellman abrigaba la firme esperanza de vivir hasta ver cortar el lazo con la Tierra. Su instinto y experiencia clamaban contra el peligro de aborto de aquella civilización embrionaria.

Tony era un buen médico, que en la Tierra habría afirmado su prestigio. Pero prefirió correr el albur con una partida de idealistas visionarios, y se apresuró a ponerlo en práctica.

SU ansia por emigrar motivó la ley "C. o C.". La colonia de Lago del Sol no podía rechazar al doctor Hellman. Era dificilísimo conseguir otro de igual mérito. Revisaron, pues, los estatutos, y, en la lista de condiciones, tras la palabra "casado" agregaron "o casable".

La modificación favoreció la llegada de valiosos y expertos trabajadores, más propensos a la aventura, cuando solteros, que una vez casados y esta-

blecidos en puestos responsables y bien remunerados. Entre los recién adquiridos estaba Bea Juárez, la joven piloto del avión de la colonia, la La Gandulla, y Harve Stillman, el jefe radiotécnico.

Ana Willendorf era otro de los nuevos miembros, muy apreciada por su habilidad en cristalería, tan indispensable para ciertos procesos químicos. Sin el talento especializado de Ana, la colonia tendría que pagar precios fabulosos por la cristalería importada.

Ana era uno de los poquísimos colonos que, por razones íntimas, no participaba de las comidas comunales.

En raras ocasiones condescendía a invitar al médico a cenar con ella. Unían sus raciones, ella cocinaba para los dos en su barraca, y le hacía los honores durante una hora.

"Uno para todos, todos para uno".
"Esfuerzo mutuo". "Capacidad colectiva". Todo eso era anacrónico.

Al menos esta noche, Tony estaba libre del todo. Ana lo esperaba en la puerta. Lo vió dejar el estuche como si descargara los padecimientos del Universo.

-Necesita usted un traguito -dijo decidida.

-¿Qué broma es ésa? ¿Algún jugo de naranja sintético, grado A, polivitamínico, refrescante?

-Veo que aun no ha pasado usted por su casa -comentó Ana, y desapareció tras la cortina que tapaba el rincón de su cocina.

Un momento después apareció con dos largas copas en la mano.

DIO una a Tony, que, al beberla, se sorprendió y con la mirada interrogó sobre el contenido de la copa.

-Nunca me hubiera perdido esta sorpresa -dijo ella sonriendo-. Los Kandro. No querían preparar nada para el niño, pero deben haber pedido esto a la Tierra cuando ella estaba de..., de tres meses.

-Verdadero vino -afirmó Tony maravillado-. ¡Vino viejo! ¿Cómo lo habrán conseguido?

-Tienen parientes en la Tierra. Y no son los únicos que al venirse dejaron allí algún dinero "por si acaso".

-¿Cómo lo sabe?

-Creo que le llaman... femenina intuición -se volvió hacia la cocina-: la misma que me dice que la comida se pegará si no la sirvo en el acto.

Tony se sentó en la mesa, frente a la ventana, y miró al imponente crepúsculo sobre la infinita expansión de Lacus Solis. El antiguo fondo oceánico parecía ahora un vasto terciopelo negro, tachonado de millones de diamantes diminutos.

Volvió Ana, trayendo un plato humeante. La miró él con discreción, y pensaba dirigirle un cumplido, cuando ella se echó a reír.

—La cara de Jim —explicó en seguida— me pasó por la mente. Está tan orgulloso de su mujer y su hijo...

El notó cierta insinceridad que le molestó, y supuso que ella se había reido de el.

-Graciosísimo -dijo muy tieso. -Discúlpeme. ¿Se sirve arvejas?

La comida operó su acostumbrado milagro. Con su pipa en la boca, sintió Tony que las cosas recobraban sus proporciones. Habían hablado de las amenazas de cuarentena de Bell.

-Todavía hay tiempo —dijo él.

Durante el día parecía que el mundo se acababa. Ahora, con el tufillo del vino y la sabrosa digestión y, sobre todo, con la intimidad, con el claro ambiente y el tiempo por delante, no

A NA preguntó muy seria:

—¿Usted cree que Bell puede expulsarnos?

se sentía tan alarmado.

-Tal vez no. Hay otras posibilida-

# ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Qué opina del ESPACIOTEST, de las ilustraciones y de la nota científica sobre "El sistema solar" que publicamos en la tapa? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? Si este espacio no le alcanza, añada una hoja suya.

más allá
Av. Alem 884 — Buenos Aires



des. Quizá el ladrón sea alguien de Pittco... No —se retractó—; Ed Nealey no cometería semejante error. El mismo manejó el "sabueso", y es de los que hacen las cosas bien. Pero faltan dos semanas para la llegada del cohete; otra para el día de embarque... Algo ocurrirá. Enviaremos a O'Donnell a Puerto Marte, a ver si por algún medio legal asusta al mezquino de Bell, que no se atreverá a grandes conflictos.

Ana se levantó y llenó la copa vacía de Tony; se sirvió luego ostensiblemente las últimas gotas; chocaron las copas y bebieron.

-Es usted rara, Ana... No; no quiero decir eso... Me refiero a que no es usted como las demás: Joanna, Polly, Verna, Bea...

No -dijo ella-; no como Bea.
 Tony no supo si lo decía ofendida
 o en broma. Y dijo de pronto:

-No sé por qué no me caso con usted.

-Por dos razones -sonrió Ana-: primero, no está usted seguro de quererlo; segundo, no lo está de que yo quiera.

Repentinos golpes en la puerta sonaron como explosivos en la tranquila habitación. Harve Stillman entró sin esperar respuesta. Venía pálido y tem bloroso.

-¡Doctor!

-¿Qué ocurre? -preguntó Tony tomando su estuche médico.

-¡El cohete está al llegar! ¡Ya está al alcance de la radio! Calcula llegar a las 4 horas a.m.

—¿Mañana? —balbuceó Ana. Harve asintió con la cabeza. Tony dejó su estuche en la mesa.

-¡Mañana!

Tres semanas bastaban apenas para hallar la marcaína y el ladrón y librarse del asedio de Bell. Ahora, con la llegada prematura del cohete, dos semanas se les iban de golpe. CUATRO horas durmió Tony antes de que Tad Campbell golpeara a su puerta, a las tres y cuarto de la madrugada. El entusiasmo del muchacho era mayor de lo que Tony podía soportar. Sería más fácil cargar él mismo con su botiquín que contestar a las preguntas de Tad. Le mandó hacer un "café" y que se fuera a esperarlo en el avión.

Dió un último vistazo al botiquín de análisis, se bebió el café y revisó las instrucciones que le dejaba a Ana: el alimento para Solín Kandro; bacitracina para Dorothy; untura y apósitos para Joanna, más otra inyección en caso preciso, y bajo ningún concepto sedativos para Mrs. Beyles.

Cerró la gran maleta del botiquín y la cargó a lo largo de la suave pendiente que conducía al aeródromo, donde aguardaba La Gandula, avión de transporte de la colonia.

Bea Juárez estaba calentando con un soplete los helados motores del avión: motores pequeñísimos, cuyos ejes giraban sobre cojinetes aéreos a fricción cero. Los cojinetes aéreos databan de los proyectiles guiados de 1950, que en la Tierra se descartaron por demasiado costosos, pero los altos precios de los embarques a Marte compensaban su alto costo. Todos los motores de Marte giraban y se deslizaban sobre moléculas gaseosas en vez de capas de orasa.

La muchacha parecía cansada y descontenta. Saludó con la cabeza a Tony y aplicó el soplete a otro punto de la superficie metálica.

—Ño me regañe si en mitad de la ruta se hace añicos. Lo tenía todo desparramado para un reajuste completo. ¡Ya podían avisar a tiempo! —entonces sonrió—. ¡Qué más da! Si estallamos, ya no tenemos que preocuparnos de la marcaína. Suba, doctor —apagó el soplete—. ¡Eh, Tadl, ayude al doctor a subir ese armatoste.

TAD saltó afuera del avión y corrió a recoger la valija sanitaria del médico, el cual le preguntó cordialmente:

−¿Cómo va esa rabadilla?

—Bien —gruñó el muchacho, acomodando la maleta en un rincón de la cabina y alargando luego una mano para ayudar al médico a subir—. Como si nunca la hubiera tenido.

Tad había sido víctima reciente de un desgraciado contratiempo: una cabra furiosa le había topado en la región sacra, fracturándole malamente el coccix. Y el médico, único que tomó el asunto en serio, tuvo que extirpar el hueso.

Con un par de parkas de repuesto, se hizo Tony un camastro en el suelo de la cabina. La Gandula era escasa de comodidades y de velocidad: armada con restos de modelos anticuados de otras colonias más ricas, no tenía ni asientos ni calefacción. También Tad se preparó su lecho de parkas y se acostó, echándose la última sobre los hombros. Estas parkas estaban destinadas a abrigar a los nuevos pasajeros en el viaje de vuelta.

-¡Atención a los chambergos! -dijo irónicamente Bea-. ¡Allá vamos!

DIGAN lo que gusten acerca de Marte, de la colonia, de la pobre reliquia de avión —pensó Tony—. Hace un año, Tad era en la Tierra un perverso rapaz. ¡Y qué iba a ser, si todos eran igual! Nacías en la cultura de odia a tu vecino, envidia a tu vecino, mata a tu vecino. El pecho

materno, desnutrido y agotado, huía de ti antes de tiempo. Te imbuían, hora tras hora, día tras día, ciega iracundia. Eras un nenito hambriento y arrebatabas con odio el caramelo a otro nene. Aprendías juegos de mayores: mataboches, linchanegros, ahorcachinos, campo de exterminio, saqueo de la ciudad. La contienda era porque estabas hambriento, siempre hambriento.

Demasiadas bocas, insuficiente suelo. Las sanas y asentadas familias de la clase media disminuían, eran eliminadas, mientras se destruía más pólvora en los acéanos y nacían más bocas hambrientas, y los precios subían y subían... ¿Hasta cuándo, Dios del cielo? ¿Cuándo será el estallido real?

La Federación Panamericana no toleraba la producción de armas de destrucción en masa en ninguna otra parte del mundo. Insensible a las quejas extranjeras, y por consejo de sus grupos de espionaje, el coloso occidental disparaba de cuando en cuando un proyectil dirigido, y en Tartaria, Francia o Zanzibar, una inocente estructura volaba en un hongo de humo. Pero Tartaria, Francia o Zanzíbar no cejaban, y algún día lanzarían su propio proyectil, lo cual significaría el fin del mundo en fuego y peste, pues hileras de cohetes entrelazarían los continentes, y los bombarderos lloverían botulismo, radiocobalto y frascos de tritium con Bikinis en las entrañas.

DE esa endemoniada, empobrecida, hirviente Tierra, escasa de alimento, de espacio, de agua, de metales..., de todo, salvo maldad, resentimiento general y agresiones, venían los recién llegados que Tony iba hoy a recibir. Confiaba en que no vendrían portadores de enfermedades contagiosas que hubiera de confinar y reenviar en el mismo cohete. Seis exámenes médicos tenían que pasar des-

de su inscripción en la oficina de Lago del Sol, en Nueva York, hasta su embarque. Pero las circunstancias debían de haber empeorado desde...—se impresionó al pensarlo—, "desde sus tiempos". Decían que ahora podía comprarse a cualquiera. El no sabía, porque nunca tuvo que rechazar a un sobornador; pero, si se podían comprar hasta seis juntas de médicos, ¡qué bajo se cotizaría cada uno!

Tad parecía dormido.

-¿Por qué llegará adelantado el co-

hete? -preguntó Bea.

—Algo del avión de trasbordo —dijo Tony—. Tienen nuevos aparatos a control remoto. Sacan el avión, lo reajustan y lo reinstalan más pronto. Así ahorran dos semanas en cada viaje, y consiguen un viaje más cada..., ¿cuánto?..., ¿dos años?

-Año v medio -corrigió Bea.

Tiró de la palanca de control e hizo girar a La Gandula hacia barlovento. El médico, medio adormilado, observó la silueta de la muchacha, destacada sobre el cielo, a través del parabrisa. Estaba todavía en pañales...; debía buscarse un marido. En un tiempo, pareció que iba a ser Flexner, pero luego el químico se había unido con Varna Blau.

Cuando los motores se calentaron, Bea se quitó la parka y Tony pensó: "Decididamente, es la mejor formada de Lago del Sol. Apretadita y atlética, pero femenina, sin duda".

TENDIDO ya en su improvisado lecho, reflexionó en lo agradable que sería arrimarse a ella y acariciarle los hombros. Pero, aparte de jugarse la hora aproximada de llegada a Puerto Marte, terminaría, probablemente, por casarse con ella... y con La Gandula: las dos inseparables. Entre sus deleitosos pensamientos sobre Bea surgió la imagen sonriente de Ana. La sonrisa de Ana era un misterio aca-

riciador, y sus ojos, dos pozos ardientes donde un hombre podía perderse; pero, después de varios meses, él no sabía aún de qué color eran aquellos ojos, aunque siempre la miraba de cuello para arriba. No era así como miraba a Bea.

Se removió, se estiró y dejó reposar su mirada sobre la muchacha, sentada en su puesto de piloto, hasta que se quedó dormido.

EL sol brillaba cuando Bea acomodó su avión de carga entre más aviones que habían visto jamás en día de arribo. Reconocieron el elegante transportador de los jefes de la vecina colonia Pittco Tres. Pero no conocían la otra docena de aviones.

-Espléndido el viaje -dijo el médico a Bea-. Pero, ¿a qué vendrá tanta ostentación? ¡Ah, ya!: Douglas Graham que viene a escribir en Marte. Y éstos serán los capitostes de las colonias comerciales.

-Odio a esos malditos escritores -dijo airada Bea-. ¿Viene a fastidiar

a Lago del Sol?

-Nick supone que al final de su jira, si le queda tiempo, vendrá zascandileando por allí -saltó al suelo, seguido de Tad con la maleta-. ¿Trae usted la lista de compras, Bea? Yo tengo que ir a la administración. No creo que me quede tiempo para nada. ¿Podrá usted comprarlo todo?

-¡Claro! -contestó ella-. No hay

mucho que comprar esta vez.

-Hasta luego, entonces. Espero que este festejo a Graham no retarde los asuntos demasiado.

Tad lo siguió afanosamente, aguardando la ocasión de meter baza.

Hacía un año que el chico había estado dos días en Puerto Marte, cuando llegó con su familia y los otros fundadores de la colonia. Apenas había vislumbrado el pueblo de 600 vecinos, que ahora era una maravilla.

-Doctor -preguntó impaciente-, ¿podremos ir a la Arcada?

-Pasaremos por allí.

Para Tad la Arcada era la cueva de Aladino. Para el Comisariato de Asuntos Planetarios, que alquilaba las tenduchas, era una fuente de ingresos.

La Arcada no exhibía detectores de radiación, herramientas, soldadores, cables, radio, aluminio, vigas de doble T, piezas de avión u orugas. Eso se compraba a precios moderados en el comisariato.

En la Arcada, un puesto despachaba solamente café en taza: Marciano, \$ 2.00; Terrenal, \$ 15.00 (con azúcar, \$ 25.00). Tony sabía que el corsario dueño de esta concesión se arruinaría desde hoy con la llegada de un nuevo pasajero, que traía permiso para pasar su equipaje lleno de pastillas de café y azúcar y ardía en deseos de hundir al asaltante que se le había adelantado al feliz "puerto de arrebatacapas" de Marte.

Otro puesto vendía hermosos cachorros, de diversas razas, al precio tirado de \$ 20.00. El secreto consistía en que el propietario era el único poseedor de alimentos para perros.

EN otro tenducho, Tad se quedó boquiabierto.

-¿Qué es eso, doctor?

-Ropa interior de mujer.

-Pero, ¿no se resfrían con eso?

—Si salieran a trabajar como nuestras mujeres... Pero, por ejemplo, en Pittco Tres, sobre las colinas de Peñacantil, hay señoras que sólo trabajan bajo techado y bien calientes.

-¿Todo caliente? ¿No sólo una chispa de calor en la cama o así?

-La verdad es que nol o sé. Mira, mira esas botas. Eso es algo bueno.

Eran brillantísimos chanclos con cierre automático.

-¡Mi madre! ¡Lo que yo daría por un par! ¡Y ponérmelos a la llegada de nuevos chicos, y ver cómo tratan ellos de caminar por acá con sus sandalias de la Tierra, y llenándose de arena!

-A propósito -dijo Tony recordando-. ¿Sabes tú algo de esos chicos que anduvieron paseando descalzos?

-¿Descalzos? ¿Usted cree que so-

mos bobos?

-Creo -contestó Tony secamenteque cualquiera que haya andado sin botas por las cuevas es necio hasta no poder más.

-: En las cuevas?

Esta vez, Tony creyó descubrir un horror más sincero en el chico. Todos los muchachos caminaban a veces descalzos por los campos experimentales. La gente mayor lo sabía y se callaba, porque esos campos habían sido privados de las sales cáusticas.

-Oiga, doctor -dijo Tad formalmente-: si algún chico está haciendo eso, yo lo voy a impedir. ¡Ya debían saberlo! ¿Se acuerda cuando me curó usted la mano porque quise alzar una piedra y se me llevó un dedo?

-Recuerdo -sonrió Tony-. Que se te llevó un dedo es algo exagerado, pero no quisiera verme con un montón de pies como tu mano. Si sabes quiénes son, diles que yo he ordenado que no lo repitan..., o no podrán caminar nada dentro de poco.

-Se lo diré.

Siguió Tad andando en silencio, sin mirar a las tiendas, y Tony aprovechó la ocasión para salir de la Arcada.

-Doctor -dijo al fin Tad-, ¿usted no me pedirá que le diga quién es si lo supiera, verdad?

-¡Oh, no!

Tony había confiado en descubrirlo; y ahora se dió cuenta del error. Un año antes, Tad era en la Tierra un miserable alcahuete y correveidile.

-Sólo quiero que no se repita. -Entonces, bueno -sonrió Tad, afectuoso-. No se repetira

TONY no respetaba nada a Newton, el médico del C. A. P., porque Newton era un estúpido; tan estúpido que, sin darse cuenta del desprecio de Tony, lo saludó muy con-

-Oí que anduvo usted en líos, ¿eh? ¿Por qué no acudió a mí? Yo consigo

marcaína. -Me alegro mucho; y apostaría a que es cierto. Nosotros, mientras robábamos la marcaína, tuvimos un niño. ¿Tiene un formulario?

-¡Cabo! -gritó Newton-, juna

partida de nacimiento!

El cabo trajo un formulario, y Tony escribió los datos.

-Ese piloto tan fogoso, ¿está aún con ustedes?

-¿Bea Juárez? Sí, ¿le gusta? Dígale que su avión es un cascajo y que usted le dará uno nuevo. Ella pica siempre por ahí.

-¿No me engaña?

-¿Quién va a engañarlo a usted, Newton? ¿Anda por ahí Ed Nealey?

-En la sala de señales. ¿Dónde anda la Juárez, me dijo usted? -Hasta luego, Newton.

ENCONTRO al teniente leyendo una revista médica del club de subscriptores al que los dos pertenecian.

-Hola, Ed.

-No sabía -dijo Nealey dándole la mano- si usted me seguiría tratando, Tony.

-¡Caramba, usted no hizo sino cumplir las órdenes de Bell! Aquí, entre nosotros, ¿está usted seguro de que

fué uno de los nuestros?

-De lo que estoy seguro es que no fué un engaño. El "sabueso" lo comprobamos en la Tierra, sobre huellas por donde se habían arrastrado bolsas de anís. Aquí observé oscilaciones reales, y perdí la huella a no más de dos millas de su colonia y en dirección a ella. ¿Han buscado ustedes, Tony?

-Algo. No hemos terminado -Tony bajó la voz-. Ed, ¿qué pasa con el comisario Bell? ¿Tiene algo contra nosotros?

El teniente señaló con la mirada a un soldado que leía un libro, con auriculares ajustados a la cabeza, y sacó

al médico al pasillo.

-Tony, lo único que sé es que Bell es un expulsado del círculo directivo del Partido Asegurantista. Durante quince años fué considerado como el Benjamín Franklin de los Asegurantistas Mejicaliforniarizonianos, y ahora lo han largado a Marte. Creo que él daría cualquier cosa por volver al partido. Y no olvide que Brenner ha contribuído mucho al fondo de las tres últimas campañas electorales. Usted sabe que yo no me dedico a la política...

El comisario Bell vino taconeando por el corredor.

-¡Teniente Nealey! - interrumpió-, seguramente tendrá usted que hacer algo mejor que palabrear con sospechosos de ocultar criminales.

-El doctor Hellman es amigo mío,

-Muy interesante. Aconsejo a usted que vaya a cumplir con su deber

v elija mejor a sus amigos.

-Diga lo que guste, señor -con deliberada actitud, el teniente estrechó la mano al médico, poniéndole la mano izquierda sobre el hombro -. Ahora estoy ocupado en mi deber. Hasta luego, amigo - dió media vuelta y, con paso firme, entró en el cuarto de señales.

-Vamos, Tad -dijo el médico-. Aquí hemos terminado. Y tenemos aún

que ir al cohetódromo.

#### CAPITULO X

C E acercaban, pues, al cohetódromo y a lo que para Marte era una inmensa multitud: como quinientas personas situadas tras una ancha raya blanca, trazada sobre la tierra apisonada del campo: asamblea de marcianos dispuesta discretamente con sus metros de distancia entre persona y persona, como quien dispone de amplio espacio cual los árboles de un bosque. Tony se estacionó bien aparte, en la periferia.

-Este es buen sitio -resolvió-. Pon ahí la maleta, y empezaremos a preparar los instrumentos.

-¡Hola, doctor Hellman! -saludó un hombre alto, vestido con indumentaria terrestre de trabajo, a quien Tony había visto tan sólo cuando vino con Bell a formular la monstruosa acusación de robo. Pero Hugo Brenner era

difícil de olvidar.

-Hola -repuso Tony escuetamente, y volvió a ocuparse de su maleta.

-Supuse que vendría usted hoy dijo, sin considerarse aludido por la actitud despectiva de Tony-. Deseo manifestarle cuánto deploro lo sucedido. En verdad, si hubiera sabido que el rastro nos llevaría a su colonia, habría dudado mucho en llamar a la policía. Pero, usted comprende... No es la primera vez... Las otras las dejé pasar, pero ésta fué de tal cantidad que no pude dejarla inadvert...

-Comprendo perfectamente. También nosotros repudiamos el robo.

-Me complace oir que no lo hizo usted personalmente, doctor. Me han hablado mucho de la obra que usted realiza por allá. Hubiera deseado conocer a usted en más agradable opor-

-Muy amable de su parte.

-Creo que el experimento de Lago del Sol es muy interesante -dijo con voz monótona, que expresaba la falta de interés-. Pero lo que yo pienso...

-Naturalmente, Mr. Brenner -interrumpió Tony, sin querer oír nada de lo que dijese el droguero-. Comprendemos que su único interés es recobrar la mercancía. Estamos procurando hallar al ladrón..., si es que pertenece a nuestra colonia.

-Por favor, doctor; no me atribuya palabras que... Claro que me interesa recuperar mi mercadería. Y estoy seguro de que sus compañeros descubrirán al delincuente.

-El comisario se ha encargado de que hallemos un delincuente -replicó

Tony.

-Reconozco que estuvo demasiado duro -expresó Brenner-. Yo en su lugar... En fin, es su oficio y obra a su modo. Pero dejemos esto, doctor. Yo vine, no a discutir, sino a ofrecerle a usted un cargo, si es que...

-Escuche primero mi oferta.

-Entonces, diga usted sus condiciones. Yo necesito un buen médico.

-No quiero trabajar para usted a

ningún precio.

La boca de Brenner dibujó una sonrisa. Indudablemente, estaba seguro de vencer.

DERMITAME mencionar una cantidad -dijo, acercándose más a Tony-. Un millón de dólares al año. "Bravo", pensó el médico, "ahora tengo clara idea de lo que valgo; ya sé que no es un millón de dólares."

Miró de lleno a la cara de pascua de Brenner, y se sintió invadido por tan ardiente furia como hacía tiempo no le ocurría. Pese a su diplomática educación, alzó la voz deliberadamente.

-¿Es que no me ha oído usted, Brenner? ¿O es que no ha entendido?

-le satisfizo ver a algunas gentes que se aproximaban a escuchar, y prosiguió en alta voz-. Voy a expresarme con absoluta claridad. No quiero trabajar para usted. Me disgustan los negocios en que usted está metido. Yo sé para qué necesita usted un médico, como lo sabe todo Marte. Si sus empleados, allá en el Paraíso del Opio, no despegan de la marcaína sus narices, a mí me importa un bledo. ¡Apártese de mí!

Aquella cara de pascua se había cambiado por otra horrenda, retorcida y muy cerca de Tony, que se apercibió tarde de que el puño de Brenner estaba más cerca todavía. Entonces se sintió ridículo en vez de héroe.

Casi instantáneamente, el puño de Brenner dejó de acercarse, y Brenner estaba tendido en el suelo. Tony buscó una explicación a lo ocurrido. No la halló. Se vió rodeado de caras sonrientes, que lo felicitaban. Junto a él vió a Tad, conteniendo la risa. Le ordenó seguirlo, giró sobre sus talones, y caminó unos pasos hasta su laboratorio portátil.

Nadie ayudó a Brenner a ponerse en pie. Debió levantarse por sí mismo, pues, cuando Tony miró de reojo, ya se había ido. Un hombre bajito y

movedizo se acercó.

-Ya sé, doctor Hellman. Yo no vi que usted le pegara, pero me han dicho que lo reprendió usted bien -y sacudió encantado la mano de Tony.

-Hola, Chabrier. Yo tampoco me vi pegándole. Ya sé que es inútil pedirle a usted que no hable, pero no exagere cuando lo cuente.

-No necesita exageración. Usted le dió una bofetada provocativa. El echó mano a la pistola. Usted lo tumbó de

un golpe. Ûsted le dijo: "Hugo Brenner: no existe oro bastante...

-Basta, por favor -rogó el médico-. Lo que él quería es que yo trabajara en su fábrica de la Gran Sirte: Corporación Farmacéutica Brenner, o co-

mo se llame. Usted sabe que todos sus obreros ansían la marcaína que se escapa de su ruinosa maquinaria. Quería que vo me encargara de curarlos. Me negué; me ofreció un montón de dólares, y me enfurecí. Solté la lengua. Me levantó el puño y...

Y... Tony no se daba cuenta todavía de lo ocurrido. Siguió preparan-

do su instrumental.

-Conque sabe usted todo eso, zeh? -dijo Chabrier pensativo-. ¿Entonces sabrá que eso de perderse la marcaína no es nada nuevo?

TONY se interesó de pronto en el asunto, y dijo:

-Brenner habló algo de robos ante-

riores. ¿Oué hay de eso?

-Lo que usted ha dicho antes, nada más -contestó Chabrier-. ¿Y qué le ofreció? ¿Trescientos mil? ¿Cuatro? Puede usted sacar más. A él le resultará más barato que desmantelar la fábrica y construir una nueva.

-Ya sé que me pagaría más -dijo el médico impasible-. ¿Usted sabe algo de la marcaína desaparecida?

-Nada que no sepa todo Puerto Marte. ¿Llegó a medio millón? Todavía es mucho menos de lo que le costaría transportar nueva maquinaria. Nadie sabe lo que cuestan los fletes hasta que no opera en licores. Sin envasar, mal negocio. La ley no permite deshidratarlo aquí, añadirle el agua en la Tierra y ponerle etiqueta de Marte. Pero nosotros le sacamos un poquito: cincuenta por ciento. El agua es agua. Allí se le agrega. Nadie lo nota. Aun así es mal negocio. Pero las botellas es otra cosa. Nadie sabe que puedan deshidratarse. Las traemos, las llenamos, las enviamos de vuelta. Se rompen, las roban, las cambian, aquí y en el viaje y en el cohetódromo de la Tierra... Y la etiqueta dice siempre: "Embotellado en Marte".

-¿Y qué es lo que sabe todo Puer-

to Marte? No necesito explicarle el daño que este asunto nos trae a Lago del Sol. ¡Por amor de Dios, diga lo que sepa!

-¿Le ofreció quizá setecientos cin-

cuenta mil?

-Un millón -dijo Tony.

-¿Tanto...? Pues no comprendo. ¿Por qué tanto por un médico, si ha de tener una nueva fábrica? Ya le he dicho a usted, ¿comprende? Brenner necesita nueva maquinaria. La suya se sale. Los obreros aspiran el polvo mícrico, adquieren el vicio y empiezan a robar la droga. Al poco, ya no sirven para trabajar, v él los devuelve a la Tierra. No ve usted todos los nuevos obreros que trae hov? Y entonces, un día desaparece más marcaína. Y él...

-Un momento, Chabrier -Tony señaló a Tad para que Chabrier se callara; después se alejó unos pasos, indicó a éste que lo siguiera, y le preguntó en voz baja-. ¿Cree usted que

es una celada?

-¿Quiere usted tirarme de la lengua contra el comisario? - preguntó Chabrier dejando apenas traslucir cierto sarcasmo-. Eso no lo haré vo. Pero usted piense: si la Colonia Lago del Sol se arruina, el comisario subastará el laboratorio y sus instalaciones le vendrán al pelo a Mr. Brenner. Dicen por acá que esa maquinaria es adaptable a muchas aplicaciones. Dicen que es buena, bien construída y ajustada y que no se sale. Esto está bien claro. En fin, no sé. ¿Instalaciones...? Bueno. ¿Doctor...? Bueno. Pero, ¿las dos cosas...? ¿Y ofrece un millón? Eso sí que no entiendo, a no ser que quiera trabajar en las dos fábricas. Hay un rumor que corre por ahí...

L'L estridente sonido del megáfono interrumpió a Chabrier. El pueblo comenzó a apartarse del centro del campo, formando grupos silenciosos.

-Con su permiso, me retiro -dijo Chabrier -. Tengo mi sitio reservado, pero no me lo guardarán...

-¿Sitio? -Tony, todavía intrigado con las noticias del hombre, no comprendió la brusca retirada—. ¿Para qué? ¡Ah! ¿Usted también va a esperar a

Douglas Graham?

-Claro que sí. Creo que es un borr... digamos, un catador. Si lo pesco antes que los otros buitres, ¿quién sabe? A lo mejor un capítulo sobre los licores de Marte -apretó la mano de Tony efusivamente-. Que le vaya bien, doctor. Y salió corriendo con sus patas cortas.

Tony escudriñó el cielo. El cohete no estaba aún a la vista. Volvió a preparar rápidamente su instrumental. Chabrier había mencionado un rumor. Pero ya había bastante en qué pensar.

Todo premeditado para arruinar a Lago del Sol... Tal vez. Chabrier era un notorio parlanchín y enredador. Una trampa... Tal vez. Pero ¿cómo averiguar? ¿Quién era responsable? ¿Quién inocente? Nealey, Newton; Bell y Brenner; Chabrier, con su cháchara y sus astutos ojillos. Nealey era decente, competente al menos... Tal vez. Pero ¿cómo singularizarlos? ¡Parásitos!; desde Chabrier hasta Brenner. Licores de Marte a precios fantásticos, porque se destilaban de plantas marcianas que contenían carbohidratos, en vez de plantas terrenales, ¡que contenían carbohidratos! Y eso no era mucho comparado con el negocio de la marcaína. Parásitos que no dedicaban su tiempo a librar a Marte del sombrío dominio de la Tierra.

¡Y ahora el laboratorio! Indudablemente será mejor concentrar azul de metileno radioactivo para riñones cancerosos, que alcaloides para narcómanos. Pero sólo es una diferencia moral dentro del negocio. ¡Parásitos todos!... -¡El cohete! -gritó Tad.



NARECIA una partícula escapada del Sol. Eran los chorros frenadores, vistos desde abajo. El monstruo aterrizó rápida y verticalmente, rugiendo y deslumbrando, con una serie matemática y progresiva de resoplidos cada vez más cortos. Cuando alcanzó a verse el perfil de su cuerpo argentado, marchaba soltando estampidos como una ametralladora: pum, pum, pum. Con un bufido mortecino, asentó en el campo a unos doscientos metros de la multitud, evocando un rascacielos.

Corrieron los camiones a su encuentro. Dentro del cohete, pensaba el médico, los tripulantes caminaban en círculos, haciendo girar los cabrestantes que servían para atornillar y destornillar las tuercas hexagonales de diez kilogramos. Los camiones frenaron y por entre las aletas, sobre las que el cohete reposaba, entraron lentamente hasta debajo del gollete de los apagados motores. Entonces se elevaron plataformas desde los camiones

grúas, para adaptarse al aro del cuello del cohete. Varios hombres subieron por los gatos para ajustar las plataformas.

Las últimas tuercas hexagonales estaban quitadas. El capitán radió desde dentro de la astronave: "¡Afuera motores!" Descendieron lentamente las plataformas, bajando con ellas los motores a reacción. Los camiones grúas se alejaron como hormigas compartiendo una enorme carga.

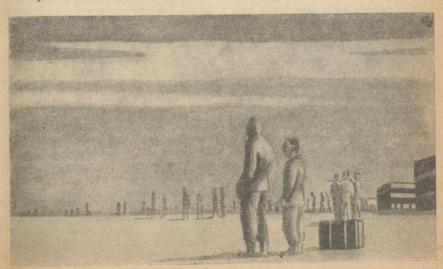
La tripulación desmanteló entonces los tanques de combustible, mientras los camiones iban al hangar de inspección y reparación. Una grúa gigante descargó los motores. Y los camiones volvieron una y otra vez para ir recogiendo los tanques.

-¿Bajarán ahora los pasajeros? -

preguntó Tad.

-Si no hay más instalaciones que descargar -contestó Tony-. Sí..., ahí vienen.

El ascensor, simple plataforma con



barandilla, colgada de un cable, descendió entre las aletas cargado de gente. El oficial del puerto los llamó hacia el edificio de la Administración. La multitud, que ya había sobrepasado la línea blanca del campo, se desvió también en aquella dirección.

-¡Ensanchen la barrera! -gritó el

oficial.

Dos empleados abrieron los postes y la cuerda, formando un corredor que separó a la multitud de los grupos de pasajeros conducidos a la administración. Al pasar el tercer grupo se produjo un gran murmullo: ¡Graham! El doctor, demasiado lejos, no pudo verlo bien.

El altavoz, en lo alto del edificio, comenzó con voz estentórea:

"Compañía Farmacéutica Brenner. Baroda, Schwartz, Hopkins, W. Smith, Avery, para Brenner." Brenner pasó bajo la cuerda y fué a unirse a los cinco hombres que salían del edificio. Los condujo fuera del campo, hablando y gesticulando.

"Pittco Tres. Miss Kearns, para Pittco." Una linda muchacha apareció en la puerta, mirando desorientada. Una mujer regordeta salió de la multitud, la tomó por el brazo y se la llevó.

La Corporación de Radiominerales recibió seis reemplazantes; Destilerías de Marte, un químico y dos obreros; Metro Films, un cameraman y un par de actores que venían a filmar escenas naturales. Para el Comisariato llegó una patrulla de soldados de relevo. Para Brenner, dos empleados más. Para el Café Bar Kelly, Mrs. Kelly con su enorme carga de pastillas de café y azúcar.

"Colonia Lago del Sol -dijo el altavoz-. W. Jenkins, A. Jenkins, R. Jenkins, L. Jenkins, para Lago del

-Cuida de la maleta -ordenó Tony a Tad, v avanzó rápidamente.

POMO las tarjetas de identificación L y autorización del mostrador y las examinó. Bravo, pensó, una familia con hijos. El altavoz seguía anunciando pasajeros. Una camarera morena, uniformada, se acercó al médico y dijo con voz melodiosa;

-¿Doctor Hellman, de Lago del Solz

-Sí, señorita.

-Le presento a Mr. Jenkins y señora. Y a sus hijos Bobby y Loisa Jenkins -añadió sonriente.

Los niños tendrían unos siete y cuatro años respectivamente. El médico sonrió, saludó y presentó su autorización a la camarera.

"¡Prentiss, Skelly, Zaretsky, para Lago del Sol!", anunció el altavoz.

-Disculpen. Vuelvo en seguida -

dijo Tony.

Fué a recoger las autorizaciones y volvió levéndolas. Nombres diferentes. Solteros. Sólo una familia. Lástima. Sacó del bolsillo unos cacahuetes transformados en una especie de caramelos, y obsequió a los niños.

Otra camarera, esta vez rubia, vino acompañando al último grupo para La-

go del Sol.

-¿Doctor Hellman? Miss Skelly, miss Dantuono, mister Graham, mister Prentiss, míster Bond, míster Zaretsky -presentó y se alejó.

Tony saludó a todos.

-Vengan conmigo. Debo hacerles un examen físico y...

-¿Otro? -protestó uno de los hombres-. Acaban de hacernos uno a bordo.

-Desde que empezó esto, creo que nos han puesto mil invecciones -dijo miss Dantuono-. ¿Tienen que pincharnos otra vez?

-Estoy obligado a tomar esas precauciones -dijo Tony-. ¿Vamos?

Tomó de la mano a los niños, v echaron a andar. La multitud comenzó a dispersarse.

MUANDO llegaron al laboratorio portátil, dijo el médico:

-Lamento no poder examinarlos en local más cómodo; pero es necesario este rápido examen antes de tomar el avión.

-¿No hay aquí local más adecuado?

-preguntó alguien.

-En la Administración hay uno espléndido. Pero Lago del Sol no pue-

de afrontar el precio.

Uno por uno los fué examinando: sangre y esputos; ojos, garganta, nariz y oídos; fluoroscopia torácica; neuropsiquis. Fué habituándose a los nombres de cada uno. El de la cara grande sonrosada era Zaretsky; el delgadito, Prentiss; el hablador, Graham.

-¿Nombre propio?

-Douglas.

-¿De paso o permanente?

-De paso. Misión periodística. -¿Periodística? ¿Douglas Graham.

-El de Esto Es. ¿No sabía usted que vo venía? Su colonia está abierta

a los periodistas, ¿no?

-Indudablemente. Pero... claro, no creíamos que se molestara usted por nosotros... Y menos aún, que fuéramos los primeros. Le habríamos puesto la alfombra roja, como hicieron todos aquéllos -señaló a la fila de aviones y vió entonces a los curiosos que se acercaban a observar el grupo-. Nosotros éramos los únicos que no lo esperábamos a usted hoy. ¿Edad?

-Treinta y dos.

TONY le habría dado diez años más. Era curioso que los dos tuvieran la misma edad. Al fin terminó con todos.

-Están ustedes en perfectas condiciones. Podemos marchar.

Caminaron despacio. Los recién llegados, no acostumbrados a la escasa gravedad, llevaban calzado pesado de entrenamiento. Tony los condujo des-

de el cohetódromo hacia el aeródromo. por la calle principal de Puerto Marte, amplio bulevar de unos cuatrocientos metros.

L médico fué indicándoles los edificios y respondiendo a las preguntas que todos formulaban. Tony se sorprendió de que el escritor preguntara tanto como los demás, porque había supuesto que éste sería más afectado. Admiraron las oficinas y hoteles construídos en ladrillo de cristal multicolor, el Comisariato en aleación de aluminio verde, los almacenes v hotel del C.A.P., en rosa y gris, respectivamente.

Graham contestó en forma insospechada a las interrupciones que tuvieron por el camino. La primera fué la de Chabrier, antes de que salieran del cohetódromo. Se acercó a saludar a Tony, manifestando que estaba encantado de volverlo a ver y que éste tenía muy buen aspecto, a pesar de vivir en un lugar tan triste como Lago del Sol, donde nunca ocurría nada.

-¿Pero este señor no es míster Graham? -exclamó entusiasmado.

-Lo soy -dijo secamente el escri-

-¡Cuánto placer! Precisamente, mis Destilerías de Marte preparan un nuevo envío de licor, solera 120. Nos consideraríamos honradísimos si usted viniera a saborear nuestro modesto producto. ¿Le parece bien esta tarde? miró de reojo a Tony-. Dispongo de un avión confortable.

Ouizás más adelante.

-A un connoisseur tan eminente como usted, sería para nosotros un privilegio ofrecerle sus honorarios...

-Tal vez más adelante; tal vez no -gruñó el escritor.

Chabrier se encogió de hombros y

-Quizá le agrade aceptar una pequeña muestra de nuestras Destilerías de Marte —colocó un lujoso paquete en las manos indiferentes de Graham y chocó la mano a Tony—. Confío en volverlo a ver pronto —y se marchó.

Se acercó luego Halliday, de Maquinarias de Marte. Aunque con modales más distinguidos, también mencionó que M. M. se honraría en proveer a los gastos del escritor. Graham cortó los ofrecimientos de Halliday tan rudamente como los de Chabrier.

Y así todo el camino: los que conocían a Tony y los que no lo conocían, se paraban a charlar, para luego fornular a Graham una invitación incidental.

GRAHAM estuvo frío y hasta desmomento asió el brazo de Tony y dijo:

Espere. Allí veo un viejo amigo.
 El comisario Bell cruzaba hacia la administración.

-¿Aquél?

-Sí. ¡Eh, comi...!

Bell se detuvo como fulminado y, al aproximarse Graham, habló con tono de odio reconcentrado:

-Exactamente la compañía con quien yo esperaba encontrarlo. No se meta en líos, Graham. Aquí soy yo el jefe, y no crea que le temo.

-No me temió usted la última vez -dijo Graham-. Ese, fué su gran error..., comi.

Bell siguió su camino sin más pa-

-Le ha subido la presión 20 milfmetros -dijo Tony-. ¿De qué se trata?

—Reclamo parte del mérito por el envío de Bell a Marte, doctor. Lo sorprendí con las manos en la masa, cuando sus barreras políticas se habían derrumbado. No pude enviarlo a la cárcel, pero apuesto a que aquí lo hubiese él preferido alguna vez.

Brotó en Tony una llama de esperanza. El autor de Esto Es tenía fama

de redentor ocasional. Tal vez podría interesársele a base de decencia y juego limpio.

CUANDO llegaron al avión, ya Tad había cargado el laboratorio portátil, y Bea estaba calentando los motores.

—¡Hola! —dijo ésta, asomando la cabeza desde la carlinga—. ¿Llegaron todos? Tad, tráigales parkas. Me han dicho que es usted un héroe, Tony...; ¡acabó con el malvado gigante Benner en gran estilo!

—Las cosas vienen por sí solas, ¿no? Bea, le presento a Douglas Graham. Viene a echar un vistazo a Lago del Sol para un libro que está escribiendo. Esta es Bea Juárez, nuestro piloto.

Graham miró a Bea.

-Espero que todo en la colonia ten-

ga tan buen aspecto.

—Tendremos sumo cuidado en mostrarle únicamente lo mejor —contestó ella—. ¡Eh, Tad! Traiga esa parka forrada de rosa. Tenemos que impresionar a un huésped.

Tony estaba encantado. Si todos en la colonia se apoderaban del gran hombre tan fácilmente, éste quedaría bien impresionado y satisfecho. Tad vino con una parka.

−¿De qué clase la quería usted? Esta es la única que queda, salvo la del doctor Tony.

Los tres mayores se echaron a reír, y Tad se ruborizó.

-Démela -dijo Graham-. La voy a necesitar si no se calienta esa carlinga.

-La necesitará de todos modos -aseguró Tony-. La Gandula no es muy hermética, que digamos, contra el aire. Ya lo verá usted, si es que lo resiste

-Comprendo -aseguró el periodista-. Pero, ¡qué caramba!, fuí corresponsal de guerra en Asia.

-Pero aquí no hay el interés de

una guerra para soportar molestias...

-¿No? Entendí, sin embargo, que acababa de ocurrir algo interesante. ¿Qué decía usted —preguntó a Bea—acerca de que el doctor era un héroe?

-Dije lo que me dijeron.

-Yo estaba allí -intervino Tad-. El tío ese, Mr. Brenner, vino a pedirle al doctor trabajar con él, y él no quiso, y él quiso convencerlo con mucho dinero, y él tampoco quiso, y se puso como una fiera, y...

—Oye, Tad; lo de impresionar a Mr. Graham era una broma —intervino Tony—. No tienes que presentarme como héroe. Tuve solamente un altercado —dijo a' Graham—, y tratan de convertirlo en una buena historia.

—Precisamente lo que yo busco —repuso Graham—: una buena historia. Dígame todo lo que pasó, Tad.

El muchacho miró indeciso.

—Bien —accedió Tony—, pero no lo conviertas en un match a 15 rounds. Cuéntalo tal cual ocurrió.

-¿Justo tal cual...? Bueno, pues, entonces, el tío ese, Mr. Brenner, quería que el doctor trabajara en su fábrica para curar de la droga a su gen-

te, y él no quería, y él siguió machacando hasta que él se enfurruñó y le dijo que él no le gustaba y que no trabajaría para él, fuera por lo que...

-Éspere -interrumpió Graham-. Lo primero que ha de aprender un reportero es a usar correctamente los nombres y pronombres. Usted dice que el tal Mr. Brenner hacía la oferta, y el doctor la rehusaba, ¿es así?

Pues eso es lo que estaba diciendo..., que el doctor Tony le dijo todo aquello al tal Mr. Brenner, y el tal Mr. Brenner se encabritó y le levantó el puño al doctor Tony, y...,

-Venga, no corte ahora -dijo Gra-

ham-. ¿Quién ganó?

—Pues..., entonces, el tal Mr. Brenner empezó a bambolear el puño, y... yo alargué una pata y le metí la zancadilla, y ¡cataplum! Y allí mismo vino Mr. Chabrier, y dijo que qué maravilla, cómo el doctor Tony le había arreado un trompazo al tal Mr. Brenner, y eso es lo que todos creen—miró a la cara atónita del médico y agregó, justificándose:— Bueno, usted dijo que lo contara tal cual.

#### CAPITULO XII

TONY se ajustó a la cabeza la capucha de la parka, para protegerse contra el aire helado que durante el vuelo se filtraba en la cabina, y cerró los ojos. Pero no podía cerrar los de la imaginación y olvidar así el pasado y ridículo incidente, ni tampoco cerrar los oídos a la sonora e irónica risa de Bea Juárez.

A su lado estaba Graham, con su curiosidad y sus comentarios, a los que debía contestar siquiera por corrección. Y los nuevos colonos... Debía hacer algo, hablarles para mitigar el tenso

silencio que reinaba en la cabina.

Pero, ¿qué decirles cuando se cernía sobre todos aquella amenaza de ruina de la colonia? Graham podría salvar sus esperanzas con una palabra; Graham había descubierto en una ocasión la corrupción del comisario; no era un simple reportero, pues a veces emprendía campañas redentoras. Quizás comprendiera la situación desesperada de Lago del Sol. Quizás...

-Y dígame -preguntó el escritor-, equé clase de seguridades toman uste-

des con esta gente?

-¿Seguridades? -contestó Tony maquinalmente. Pero de pronto se dió cuenta de que nunca había oído aquella palabra con tan siniestro significado.

-¿No investigan ustedes los antecedentes de los recién llegados?

—Nuestra oficina de reclutamiento en la Tierra examina sus certificados de trabajo y de estudios para que no venga ningún falso idealista disfrazado de agrónomo o de ingeniero. Eso y una salud perfecta es todo lo que necesitamos. Además, aquella oficina se ocupa de todo el papeleo de nuestras exportaciones e importaciones, propaganda y entrevistas, y escribe alguna que otra carta a los periódicos cuando resurge la ridícula historia del amor libre...

-¡Ah, ya! -sonrió el escritor-. Lago del Sol no cree en el sexo.

VOLVIO a recostarse Tony y, por entre sus párpados entornados, observó a los viajeros recién llegados. Acurrucados en el suelo, apenas hablaban. Tad y los dos niños, en el fondo de la cabina, se mostraban mutuamente los tesoros de sus bolsillos.

Próxima a ellos, Bessie Jenkins, madre de los niños, cruzaba unas palabras con Rosa Dantuono, la más vivaracha de las dos jóvenes, mientras la otra, Anita Skelly, cruzaba más las manos que las palabras con Bob Prentiss: probable romance de a bordo o tal vez continuación de su amistad en la Tierra.

Al otro lado de la cabina estaban sentados los tres restantes: Arnold Jenkins, el larguirucho Bond y el joven Zaretsky. A todos afectaba el silencio de Tony.

Aquí estaban liberados de la Tierra: de una casa de locos con bombas de tiempo en las entrañas. El escapar les había costado más de lo imaginable en coraje, dinero, trabajo... Pero, ¿qué

podía él prometerles ahora? Con suerte y la ayuda de Graham, lo mejor que podían esperar era la vida diaria de la colonia: trabajar como perros, vivir como hormigas: único medio de librarse del condenado mundo de donde escapaban. En caso adverso, y la adversidad era inminente, se volverían en el mismo cohete o en otro próximo, con toda la colonia, destituídos, sin dinero, ni destino, ni lugar donde vivir, y sin esperanza alguna.

-Tony -volvió a hablar Graham-, se me ha ocurrido si ustedes cobrarán a los huéspedes. A mí me agradaría retribuir lo que ustedes consideren razonable. Creo que Lago del Sol me brinda un buen argumento, y deseo

estudiarlo de cerca.

Nunca hemos tenido huéspedes
 dijo Tony-, lo cual significa que habremos de realizar una votación.
 Personalmente, yo votaré por el cobro.

—Bien pensado. Así, si los pongo en mal lugar, pueden decir que fué porque me saquearon, y si les hago un buen reportaje, pueden demostrar que no fué pagado. De acuerdo.

—Es usted demasiado perspicaz para nosotros, campesinos de Marte. Yo he pensado solamente que podemos aprovechar el dinero.

-¡Doctor! -gritó Bea-. ¡Radio!

TONY se levantó y entró en la carlinga para ponerse los aerófonos que le dió Bea.

-Tengo que contestar por escrito, porque no traje el fonotransmisor -dijo ella.

El asintió. A través de los aerófonos sonaba la voz juvenil y autosuficiente: "Lago del Sol a La Gandula, doctor Hellman. Lago del Sol a La Gandula, doctor..."

"La Gandula a Lago del Sol, escucho, Hellman", dictó Tony, mientras Bea puntillaba con la palanquita.

"Lago del Sol a La Gandula, leo...

esto.... setenta y dos a Pitteo... Puede La Gandula... diez y siete a Pitteo. Siga."

"Doctor Tony a Jimmy Holloway. Déjese el jueguecito de los números, Jimmy, y diga qué quiere. Siga."

"Lago del Sol a La Gandula", dijo ofendida la voz juvenil, "urge médico en campamento Pittco. Podría La Gandula cambiar ruta y aterrizar en Pittco. Siga."

"La Gandula a Lago del Sol. Procuraremos, Jimmy, pero dónde está

O'Reilly. Siga."

"Lago del Sol a La Gandula. No sé, doctor Tony. Nos avisaron que O'Reilly no regresaría de Puerto Marte en todo el día. Siga."

"La Gandula a Lago del Sol. Cumpliremos el pedido, Jimmy. Corte."

Algún enfermo o herido en Pittoo
 dijo Tony pasándole los aerófonos a
 Bea—. Desciéndame allí, y yo seguiré
 a la colonia en uno de los tractores.

-Bien -dijo Bea sacando el mapa.

Tony regresó a la cabina.

-¿Qué ocurre? -preguntó Graham. -Un enfermo o accidente en Pittco. Es un lugar de las colinas en nuestro camino. El médico de ellos está todavía en Puerto Marte.

—¿Le molesta que vaya con usted? Me agradaría ver el lugar cuando na-

die me espera.

Tony pensó un momento, y le gustó

-¡Cómo no! Venga conmigo.

—Me interesaría ver a aquella chica que venía a Pittco. La conocí en el cohete, pero estuvo más fría conmigo que ese piloto de ustedes. ¿Será una ingeniero, toda sesos y sin impulsos?

-No precisamente -dijo Tony-. Será que ella se consideraría en vacaciones. Es una nueva pupila para el burdel de la compañía. Son las únicas mujeres que traen a Pittco.

-¡Caray! ¡De buena me libré! Ahora comprendo por qué no me hizo caso.

ACIA mediodía, La Gandula los dejó en Pittco y siguió hasta la colonia. El capataz de las minas, Hackemberg, vino a buscarlos en un jeep.

-Creo que ya es tarde, doctor. -Hack Hackemberg, Douglas Gra-

ham -presentó Tony.

Subieron al jeep y, entre el humo de las refinerías, corrieron hacia el campamento.

-¡Maldita sea! -refunfuñó Hackemberg-. No hay nadie. Madame Rose, el doctor O'Reilly, Mr. Reynolds, todos en Puerto Marte. Dios sabe cuándo volverán. ¿Ha dicho usted Douglas Graham? ¿Usted es el periodista que Mr. Reynolds iba a traer? ¿Cómo viene usted con el doctor?

-Soy el periodista, pero no sabía que iba a venir con Reynolds. ¿Se lo

dijo él a usted?

-Quizá dijo que creía... No sé. Yo me ocupo de lo mío. Todos se van; a la gorda Ginny le destrozan el pecho; las chicas se hacen las locas, y yo cargo con la tarea. ¡Qué vida ésta!
-¿Hubo pelea? -preguntó Tony.

-Nadie me dijo. La encontraron despanzurrada en los cerros. Ya me comprende. Pensaron que la habían

#### Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Pregunta Nº 1: B. Pregunta Nº 2: E. Puede ocurrir D, pero es improbable. Pregunta Nº 3: D. Pregunta Nº 4: B. Pregunta Nº 5: B. Pregunta Nº 6: Todas. Pregunta Nº 7: A. Todas las preguntas tuvieron aceptación en algún momento. Pregunta Nº 8: E.

raptado: A la gorda Ginny..., ¡válgame Dios! ¡Qué locura!

-- Se la llevaron?

-A casa de madame Rose. Les dije y les dije: acostarla, calentarla, darle plasma v esperar al doctor. No sirvió para un pito. Lo primero que piensan cuando a uno lo hacen papilla es que no está uno muy pulcro. Entonces le tiran de acá y de allá para acostarlo muy bien y muy estirado, y luego lo empinan para ponerle una almohada a la cabeza, y luego lo dejan ahí, como un saco de harina, en su camita. Dios quiera que a mí no me dé un patatús con estas damiselas. Allá en Johannesburg me pasó: me cayó un tronco de árbol, me hizo una fractura simple de pierna. Cuando todos mis amigos me cuidaban y me ponían cómodo, ya era una fractura mixta, complicada, con esquirlas en todas direcciones.

Paró el jeep frente a una gran casa de ladrillo de cristal, en cuya construcción, en contraste con las míseras cabañas de los obreros, la compañía no

había escatimado gastos.

Se abrió la puerta y apareció una

joven en pijama.

-Hola, Mary -saludó Hackemberg-. Aquí está el doctor Hellman. Esta es Mary, la encargada en ausencia de Rose. Mary, este señor es Douglas Graham, el famoso reportero. ¿Lo oyó nombrar?

-¡Cómo no! -dijo ella por corte-

sía-. ¿Quieren pasar?

-Yo me vov -se despidió Hackemberg-. Mucho gusto. Volveré por ustedes más tarde.

Tony y Graham entraron con Mary

Simmons.

ODA la casa estaba caldeada, y se I quitaron las parkas. La joven los condujo por un gran salón y un pequeño gabinete, y abrió una puerta al

-Entre, doctor.

Tony dió un paso, miró hacia adentro y, cerrándoles la puerta a Mary y Graham, dijo escuetamente:

-Espérenme afuera.

Levantó las sábanas; se horrorizó. A la pobre gorda la habían aseado y vestido con un camisón todo adornado de capullitos de rosa. Pocas personas con heridas internas sobrevivirían a tales primeros auxilios. Abrió su estuche y comenzó el examen.

Volvió luego al salón y dijo:

-Muerta. Traumatismos en pecho y espalda. ¿Quién la encontró?

-Dos hombres. ¿Los llamo?

-Sí, por favor. Y... ¿no encontraron algo cerca de ella?

-Sí, doctor. Voy a traerlo.

-¿Qué hay de lo del rapto? -preountó Graham.

-No fué raptada -repuso Tony.

Se dejó caer en una silla y comenzó a pensar. La mujer estaba encinta; había signos de reciente tentativa de aborto...; nada de "rapto". ¿Habría tenido alguna reverta con el padre y una pelea mortal en los cerros? Pero, ¿cómo individualizar a un padre en semejante institución? ¿Y qué otro pudo tener motivos para tal violencia?

Regresó Mary Simmons y, entregando al doctor algo envuelto en un

pañuelo, dijo:

-Esto es lo que encontraron. Ya llamé a los hombres.

-¿Sabía usted que estaba de seis

meses?

-¿La gorda...? -preguntó Mary extrañada-. Conozco su ficha médica. En la Tierra estuvo casada dos veces. Lleva dos años aquí... Me sorprende.

Entró Tony en la alcoba y desenvolvió el objeto que Mary le había dado. Era un grueso alambre de cobre, sucio, de unos veinticinco centímetros. Esto confirmó su diagnóstico: autointento de aborto, torpe y peligroso por lo avanzado del proceso y probablemente confusas nociones de anatomía.

Pero los innúmeros golpes en pecho v espalda no tenían explicación...

IN el salón esperaban dos mineros. Graham los interrogaba de pasada sobre las condiciones de vida en el campamento.

-Sov el doctor Hellman, de Lago del Sol. Deseo interrogarles sobre el

hallazgo de la gorda Ginny.

-¡Diablo! Pues... que pasábamos por allá -dijo uno de los mineros-, v allá estaba. Yo le dije a Sam, digo: "¡Es la gorda! ¡Cristo!" Y él dijo, dice: "Algún tacaño le ha zumbao en la cabeza". Y quisimos traerla, pero ella no se removió. Conque la acomodamos y vinimos y le dijimos a Mary, v entonces vinieron sustitutos.

-Esa es la cosa -confirmó el otro minero-. Pero no fué uno de los nuestros. Si me pregunta, fué uno de esos comunistas fantoches de su colonia..., siempre levendo y se vuelven tarumbas; vo se lo digo. ¿Y cómo está la pelleja, doctor? ¿Reclama su plata?

-Está muerta -dijo el médico-.

Gracias por la información.

-Si me pregunta -recalcó el minere-, fué uno de esos comunistas.

-¡Qué atrevidos! -dijo el otro-. ¡Qué gentuza..., matar una dama como ésa!

Y se fueron tan tranquilos.

-Esos mocitos parecen demasiado inocentes -observo Graham-, ano le parece?

-Yo sé lo que pasa -dijo Mary Simmons-. No han mencionado por qué andaban ellos merodeando por el desierto. Son... "tómanos". Iban por marcaína. Se arreglan con uno del Paraíso del Opio de Brenner, que la roba, la deja bajo las rocas, y Sam y Oscar la recogen y le dejan dinero.

-Ya me pareció que era gente corrupta -dijo Graham meditativamente-. ¿Y ahora qué hacemos, Tony?

-Voy a redactar una nota para el

doctor O'Reilly, y a ver si Hackemberg nos lleva a Lago del Sol.

Sacó su cuaderno v sobre una hoja escribió detalladamente lo que había observado, sin agregar sus propias conclusiones. Firmó v lo entregó a Marv.

-Dígale al doctor que siento no poderlo esperar. Tenemos mucho que hacer en nuestra colonia. Diez nuevos colonos -dijo sonriendo-: nueve inmigrantes y un recién nacido.

-¿Niño o niña? -preguntó Mary muy interesada -. ¿Cómo está? ¿Fué difficil?

-Varoncito. Buen aspecto. Parto normal.

-: Oué lindo! -sonrió extasiada, v en seguida entró en actividad-. Puedo hacerles un café mientras aguardan a Hackemberg. Verdadero café, ¿sabe?

-No sabía, pero tomaré dos tazas -dijo Tony.

IN el camino de vuelta soportaron La verborrea de Hackemberg, que les dijo cómo castigaría él a todos los delincuentes y cómo castigaba a los obreros de las minas de Johannesburg.

-Claro -reconoció- que uno no puede hacer eso con panamericanos.

Por fortuna, no había seres vivos en Marte, pensó Tony. Una raza inteligente, capaz de ser dominada, habría tenido que soportar el trabajo con Hackemberg, que justificaba las más abominables crueldades a sus hermanos por el hecho de haber nacido en distinto hemisferio de su mismo planeta. Sabe Dios lo que justificaría por un ojo de más o un juego de tentáculos.

Hackemberg recorrió a toda velocidad los veinte kilómetros del camino que serpenteaba entre las colinas e hizo una frenada de "cowboy" frente al laboratorio.

-Tengo que estar de vuelta antes que los jefes. Adiós, doctor. Ya nos veremos.

EL gran hall del laboratorio bullía de gente. Al entrar el médico y el escritor, setenta miradas convergieron hacia ellos.

Tony buscó entre la concurrencia y vió a su espalda a Mimí y enfrente a Harve Stillman, que se acercaba.

-Mimí, le presento a Douglas Graham. Graham, Mimí Jonathan, mi... Mrs. Jonathan es la administradora del laboratorio, encargada de que todo marche sobre ruedas. Este es Harve Stillman. Stillman era antes...

-...Periodista -terminó Graham. -¡Oh, no! -sonrió Harve-. Ahora

soy restaurador de radioteletipo. -¡Qué cambio! —comentó Graham

estrechando la mano de Harve. Tony se volvió rápidamente hacia

—¿Han terminado la búsqueda del laboratorio?

-Desgraciadamente. No se halló nada. Tendremos que examinar las

-Ya he instruído a la gente en el manejo de materias radioactivas —dijo Stillman—. Mimí opina que terminaremos en uno o dos días si trabajamos todos.

-Siempre que trabajemos en firme agregó Mimí-. Lamento, Mr. Graham, que haya usted llegado en momentos de tanta tarea. Nos excusará si no nos ocupamos bastante de usted. Puede observar y preguntar cuanto guste. Todo el mundo estará encantado de atenderlo.

-Será un placer para mí.

EN cuanto Harve entretuvo de nuevo al escritor, Tony volvió a Mimí.

-¿Qué plan tenemos?

-Cinco cuadrillas se internarán co-

mo un kilómetro en el desierto, a medio kilómetro una de otra. Los demás les irán llevando caja por caja. Aquéllos la abrirán, examinarán y cerrarán antes de que llegue la siguiente. Entre todos ellos, usted y Harve irán y vendrán, impidiendo que examinadores y cargadores se contaminen, y si esto ocurre los relevarán y pondrán en tratamiento.

-Harve, vaya y elija los cinco lugares menos radioactivos del desierto.

El técnico marchó hacia la batería de los tubos detectores.

-Doctor, ¿permitirá usted que me inmiscuya en este misterioso asunto? -preguntó Graham.

"-Un momento -dijo Tony, viendo

a Ana que se acercaba.

-Hemos hecho otro intento de alimentar al bebé de Kandro -dijo ella sin preámbulos-; pero se ahoga como ayer. ¿Qué ocurre con ese niño?

El doctor sacó su pipa y, sacudien-

do la cabeza, confesó:

-No lo sé.

Alguna explicación encerraba aquella carita encarnada, con la boca abierta, sofocándose y expeliendo bocanadas de leche. ¿Debería haberse intentado el agua en vez del pecho para normalizar aquellos reflejos?

-Doctor -dijo Graham.

-En seguida estoy con usted.

Ana continuó:

—Joanna está bastante bien. Le puse la inyección, al saber que usted no
venía, y le cambié los apósitos. A Mrs.
Beyles le dió una pataleta. Usted me
dijo que no le administrara sedativos;
pero le di uno porque el marido estaba muy preocupado —Ana se volvió
hacia Graham—. Perdone que tengamos que pasar revista a los horrores
de nuestro hospital.

-¡Ah, perdón! -dijo Tony-. Douglas Graham, Ana Willendorf. Excúsenme un instante.

Mimí aguardaba impaciente.

—Ahora mismo —le dijo Tony— voy a hacer la inspección de la tarde, pero écheme del laboratorio a toda esta gente. Graham, puedo contestar a sus preguntas mientras recorro el laboratorio para controlar cualquier radiación excesiva. Si quiere usted venir, tendré sumo gusto.

Condujo al periodista hacia el vestidor, mientras Mimí despedía a los grupos que habían venido a instruirse de su misión en el plan de registro de

las caias

A UNQUE Tony no usaba la armadura protectora en la inspección de la tarde, esta vez se la puso y ayudó al escritor a ponérsela también. Comenzó su intrincado recorrido por el laboratorio, seguido de Graham.

-Esta es nuestra segunda inspección diaria sobre posibles excesos de radioactividad. Ahora estamos obligados a desembalar el material preparado para exportación, examinarlo y reembalarlo a toda prisa, si queremos que salga en el cohete llegado hoy y obtener a tiempo los créditos que necesitamos.

-Será un examen de rutina, ¿no? -preguntó Graham simplemente.

—Creo que usted se ha percatado de lo contrario. El hecho es que su amigo, el comisario Bell, nos ha acusado de ocultar a un ladrón y lo robado por él: cien kilos de marcaína. Hemos registrado todo y a todos, y sólo nos resta por buscar en los cajones.

-¿Por qué no le dicen a ese charlatán que se ocupe de sus asuntos?

—Si no le devolvemos la marcaína, puede sitiarnos durante seis meses para hacer un registro minucioso.

-¿Y qué hay de malo en ello? -Estamos organizados para dos astronaves por semestre. Si perdemos dos embarques, nos arruinamos.

RAHAM se quedó pensativo. Tofiado en que el escritor ofreciera su ayuda, quizá reanudando su cruzada contra Bell, o prometiendo ver a sus poderosos amigos, o publicando el miserable enredo. Pero Graham, que olvidaba al parecer el asunto Bell, lanzó al doctor una atroz serie de preguntas:

-¿Qué es esta caja? ¿Por qué no está blindado este transportador? ¿Dónde está el depósito? ¿Qué se hace aquí? ¿De dónde viene esta tierra? ¿Qué pagan por ella? ¿Por qué este suelo es de losas y ese otro de concreto? ¿Quién está encargado de esto? ¿Cuántas horas trabaja?

Mientras Tony andaba con el detector de acá para allá, iba explicándole al periodista y, al mismo tiempo, instándolo a seguirlo.

-¿Terminamos ya? -preguntó Gra-

-Ya -dijo secamente Tony.

En la sala de asepsia se desnudaron y ducharon. Graham dijo riendo:

—Mi primer editor, O'Mally, fué un profeta. Me dijo que cuando yo fuera rico tendría en mi baño grifos calientes y fríos de whisky.

-Lamento que nuestra instalación es sólo fría. Y no la beba si no quiere quedarse ciego, porque es alcohol metilico.

—No será peor que el brebaje que tomaba yo en Filipinas —dijo tranquilamente; pero salió en seguida de la ducha y, siguiendo el consejo del médico, se dió una fricción de lanolina.

-Es hora de comer -dijo Tony-. El comedor lo tenemos en el labora-

-¿Sintéticos? -preguntó Graham.

-No. Lago del Sol se mantendrá pronto de sus propios vegetales. Mediante un ciclo de mutaciones, teneRAHAM miró, probó, carraspeó y hasta tragó la mitad de su plato de vegetales, ante la expectativa general

-¿Por qué todo tiene sabor a hospital? ¿Tienen ustedes que desinfec-

tarlor

-Ese asunto es de mi incumbencia -intervino Joe Gracey desde el otro extremo de la mesa-. No son desinfectantes. Lo que ocurre es que los sabores químicos de las plantas terrestres nos parecen naturales, y estas plantas son marcianas, modificadas para que no sean tóxicas a los seres de la Tierra, o plantas terrestres también modificadas para que aguanten el suelo de Marte. Esa cebada que ha comido usted lleva exceso de vodoformo. Y dé usted gracias a que no le hemos dado la última generación de nuestras coliflores con su contenido de ácido prúsico.

−¿Pero no hay nada de buen sabor

en Marte?

—Un par de sustancias —explicó Gracey—, que serían venenosas para los animales nativos si aquí hubiera alguno. En la Tierra ocurre otro tanto. Mi teoría es que los antepasados de la yedra venenosa no son originarios de la Tierra, sino que llegaron a ella en forma de esporas en algún meteorito. Tenemos aquí una cebada gigante por transplante de semillas te-

rrestres. Pero sus genos eran allí mortales...

EN esto entró Harve Stillman.

—Señores, un rumor de hoy por la radio acerca de la marcaína. En Tartaria ha sido prohibida. El Kan promulgó un edicto. Y, según dicen en Puerto Marte, eso significa que el negocio de Brenner sube al doble. ¿Sabía usted algo de esto, Douglas?

-Todo el mundo lo comentaba en el cohete. ¿Cómo no lo supieron us-

tedes antes?

-¿Luego es cierto?

—No lo sé. Yo soy simple reportero Usted, Tony, no me diga que no lo oyó en Puerto Marte. Brenner lo sa-

bía, ¿no?

-No oí nada del asunto... Pero alguien me dijo que corría un rumor... ¡Ah! ¡Chabrier! ¡Claro! Los precios más altos; doble producción; Brenner necesita una nueva planta, y un médico, y..., Gracey, ¿quiere venir un momento?

Tony se levantó y salió con Gracey. Por el camino, en busca de Nick y

Mimí, le explicó:

—Quiero reunir el consejo esta misma noche para darle cuenta de mi estúpida pelea con Brenner. ¿Qué conflicto nos vendrá ahora? La noticia va del cohete a Bell, de Bell a Brenner, y nosotros la sabemos cuando el comisario quiere.

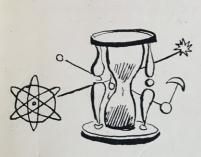
-¿Qué podemos hacer?

-¡Y yo qué se! —dijo Tony, golpeando a la puerta de Nick. (Continúa en el próximo número)

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos resery. Correo Argentino. Franqueo a pagar. Cuenta Nº 5774. Tarifa red. Conc. 4923. Reg. Nac. de la Prop. Intelect. Nº 414.547. Distribuidores: Cap. Fed. C. Vaccaro y Cia. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113. Buenos Aires.

## PERIODO DE ROTACION

La rotación de la tierra es de 24 horas. Variando el período de rotación varía la duración del día en cada planeta. Medido en horas terrestres cada día dura:



MERCURIO	88 días
VENUS	desconocido
TIERRA	1 día
MARTE	24 h. 37 min.
JUPITER	9 h. 55 min.
SATURNO	10 h. 14 min.
URANO	10 h. 40 min.
NEPTUNO	15 h. 40 min.
PLUTON	desconocido

# ANGULO DEL ECUADOR CON LA ORBITA

Si el Ecuador de la Tierra estuviera en el mismo plano que su órbita alrededor del Sol, no habría distintas estaciones durante el año. Si el Ecuador estuviera más inclinado de lo que está, la diferencia entre verano e invierno sería mayor. El ángulo que forma el Ecuador de cada planeta con su órbita es de:

MERCURIO	casi cero
VENUS	desconocido
TIERRA	23° 27′
MARTE	25° 10′
JUPITER	3º 7′
SATURNO	26° 47′
URANO	980
NEPTUNO	151°
PLUTON	desconocido



# Hijo de Marte

por CYRIL JUDD

Marte tendrá su Colón. Siguiendo a los heroicos descubridores vendrán los exploradores, y tras ellos aventureros de toda clase. Y antes que se haya logrado un conocimiento completo del planeta, llegarán los colonos, las compañías industriales, los políticos... Los hombres que quieran hacer de Marte su nuevo hogar tendrán que luchar no sólo contra la falta de oxígeno, sino contra la venalidad y la ambición de sus semejantes, y hasta contra las supersticiones acerca de míticos habitantes del planeta.

## PERO... ¿SON REALMENTE SUPERSTICIONES?



Cyril Judd, nombre de batalla de una pareja de famosos escritores de fantasía científica (Cyril Kornbluth y Judith Merril), nos cuenta una historia del período colonial del planeta hermano con un

realismo subyugante, que deja al lector con la sensación inolvidable de haber vivido en Marte junto con los héroes de la novela.



MAS ALLA DE LA CIENCIA Y LA FANTASIA